
Melodía de medianoche
María Vaquero
matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Dedicatoria

Prólogo. «California Dreamin'», The Mamas & The Papas

Parte 1. Inspiración
- Capítulo 1. «Wish You Were Here», Pink Floyd
- Capítulo 2. «Stairway to Heaven», Led Zeppelin
- Capítulo 3. «Take Me Home, Country Roads», John Denver
- Capítulo 4. «This Time Tomorrow», The Kinks

Parte 2. Melodía
- Capítulo 5. «Society», Eddie Vedder
- Capítulo 6. «Country House», Blur
- Capítulo 7. «Strangers», The Kinks
- Capítulo 8. «She's a Rainbow», The Rolling Stones
- Capítulo 9. «American Pie», Don McLean
- Capítulo 10. «Sad Song», Oasis
- Capítulo 11. «Dust in the Wind», Kansas
- Capítulo 12. «To Build a Home», The Cinematic Orchestra
- Capítulo 13. «Let It Bleed», The Rolling Stones
- Capítulo 14. «Smells Like Teen Spirit», Nirvana
- Capítulo 15. «Let It Be», The Beatles
- Capítulo 16. «More Than Words», Extreme
- Capítulo 17. «Boulevard of Broken Dreams», Green Day

Capítulo 18. «Midnight Special», Creedence Clearwater Revival
Capítulo 19. «Winter Winds», Mumford & Sons
Capítulo 20. «Strangers in the Night», Frank Sinatra

Parte 3. Letra
Capítulo 21. «Clouds in My Mind», Long Days
Capítulo 22. «Rock 'n' Roll Love Letter», The Records
Capítulo 23. «Have You Ever Seen the Rain?», Creedence Clearwater Revival
Capítulo 24. «The Sound of Silence», Simon and Garfunkel
Capítulo 25. «Iris», Goo Goo Dolls
Capítulo 26. «This Could Be the Start of Something Big», Ella Fitzgerald
Capítulo 27. «You Really Got Me», The Kinks
Capítulo 28. «I Got Life», Hair
Capítulo 29. «Something», The Beatles
Capítulo 30. «Dog Days Are Over», Florence and the Machine
Capítulo 31. «Scary Monsters (and Super Creeps)», David Bowie
Capítulo 32. «Who Are You», The Who
Capítulo 33. «Goodbye Stranger», Supertramp
Capítulo 34. «Your Flame Is Always Burning», Olivia Smith
Capítulo 35. «Light My Fire», The Doors
Capítulo 36. «Melodía sin nombre», Jack Evans
Capítulo 37. «Melodía de medianoche (Instrumental)», Jack Evans
Capítulo 38. «Like a Rolling Stone», Bob Dylan
Capítulo 39. «Louie, Louie», The Kingsmen
Capítulo 40. «Cosmic Love», Cosmic Love

Parte 4. Acordes
Capítulo 41. «Disorder», Joy Division
Capítulo 42. «Telescope», Cage The Elephant
Capítulo 43. «Eternal Lights», Long Days
Capítulo 44. «You Shook Me All Night Long», AC/DC
Capítulo 45. «Little Lies», Fleetwood Mac
Capítulo 46. «Do I Wanna Know?», Arctic Monkeys
Capítulo 47. «Suspicious Minds», Elvis Presley

Capítulo 48. «Season of the Witch», Donovan
Capítulo 49. «Midnight», Coldplay
Capítulo 50. «Don’t Look Back in Anger», Oasis
Capítulo 51. «I’m Not for Sale», Olivia Smith
Capítulo 52. «Let Me Out», Dover

Tres años después

Parte 5. Estructura
Capítulo 53. «Redhead», Long Days
Capítulo 54. «Goodnight New York», Bon Jovi
Capítulo 55. «Good Morning Starshine», Oliver
Capítulo 56. «Brooklyn Baby», Lana Del Rey
Capítulo 57. «Psycho-Sonics», The Sonics
Capítulo 58. «Here Comes the Sun», The Beatles
Capítulo 59. «It Says Here», Billy Bragg
Capítulo 60. «Starting Over», John Lennon

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Banda sonora

Créditos

Melodía de medianoche

María Vaquero

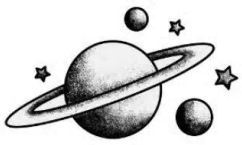
matchstories

Para todas aquellas personas
que encontraron refugio en una canción,
hasta en los momentos más difíciles.

Para Andrés.
Porque tu primer te quiero fue a través de una guitarra.
Y por demostrarme que también se puede hablar a través de la música.

Prólogo

«California Dreamin'», The Mamas & The Papas



Olivia

A mediados de marzo terminamos la gira por Estados Unidos. Ahora el tiempo se me antoja algo muy relativo, pues muchos de los días que sucedieron a aquella tarde me parecieron largos e indiferentes... como si no tuviera suficiente aire en los pulmones para sobrevivir a cada uno de ellos.

Las flores ya comenzaban a asomar en los campos de manera tímida y la brisa se iba convirtiendo en primavera lentamente. Era la primera vez que pisaba California, y San José, la capital del condado de Santa Clara, era todo lo que podía pedirle a una ciudad tras finalizar nuestro *tour*. Altas palmeras, una temperatura agradable y todos esos planes que habían conseguido calmar nuestros nervios, al menos durante el tiempo libre, fueron algunos detalles que enriquecieron nuestro final de viaje.

Lo primero que pensé al pisar sus calles y ver a una pareja de patinadores cruzar el paseo frente al mar fue «Este lugar podría ser hogar en unos años». Y, si soy sincera, en contadas ocasiones había tenido ese pensamiento sobre cualquier sitio que no fuera Nueva York.

Tras dos meses de conciertos y trayectos en furgoneta, estábamos exhaustos; tanto que nuestros cuerpos no eran capaces de sentir el cansancio; solo dejaban espacio para la euforia y las primeras veces.

La primera vez que hacíamos una gira. La primera vez que el nombre del grupo figuraba en letras grandes y, por consiguiente, nos convertía en los únicos protagonistas. Y lo más decisivo: la primera vez que alguien confiaba en nosotros.

Es prácticamente imposible que en un futuro llegue a olvidar los rostros de felicidad que tuvimos frente a miles de personas. Estábamos plenos, saciados; como si, por arte de magia, hubiéramos pasado del plano terrenal a uno que, aunque no tenía nombre, nos elevaba a un lugar más ligero. Recuerdo que observábamos a todas aquellas personas desde arriba mientras cantaban nuestras canciones como si hubieran sido parte de su creación.

Fue una auténtica locura para toda la banda.

Antes de iniciar el *tour*, nos avisaron de que nuestro contrato incluía un transporte más cómodo: un avión privado pagado por la discográfica o uno comercial, pero en primera clase. Recuerdo que Sam casi se atragantó de la risa, imaginándonos como cinco ricachones que no sabrían ni abrir el champán que nos sirvieran allá arriba. Aquello no era una opción para ninguno de nosotros. Ni de lejos. Todos opinábamos que no existía una sensación similar a la de sentir el viento en la cara a través de las ventanillas de la furgo; o a la de poder elegir una *playlist* y cantarla a pleno pulmón sin que nadie alrededor pudiera juzgarnos; reír a carcajadas cuando John contara alguno de los chistes que ya había contado cientos de veces antes, o dormir unos encima de otros como si fuera la tienda de campaña de un campamento de verano. Esa era nuestra manera de hacer las cosas y hasta el olor a cerrado, mezclado con polvo, nos parecía un componente familiar del que no queríamos desprendernos.

Nada, independientemente del dinero que pudiera costar, podría superar eso.

Aunque para las emisoras radiofónicas de Norteamérica hubiéramos escalado muy rápido, nuestra felicidad no dependía de ello. De hecho, ese sentimiento ya venía pegado a nuestra piel desde hacía muchos años: cuando los cinco aún compartíamos un piso de mala muerte en Brooklyn Heights, en una época en la que

todos teníamos varios trabajos para sobrevivir y en la que, cada noche, tocábamos y bebíamos hasta la madrugada porque eso era lo único que nos llenaba.

Un puñado de acordes y las ganas abriéndose paso entre los pulmones.

Ni un dólar en el bolsillo.

Y la pasión entrelazada con la cabezonería de cinco chavales con un sueño por cumplir.

Muchos años después, John no había cambiado ni un ápice de su humor y, durante esa gira inicial, siguió siendo el batería más optimista que había conocido nunca. Mark conservaba su timidez y aquel corazón enorme que solo dejaba ver en dos ocasiones: cuando charlábamos sobre música y cuando la creaba con el bajo. Con Noah seguía teniendo claro que el resto del grupo estaría a salvo; no sé, nunca dejó de ser esa persona comprometida con la que sentir que no ibas a estar sola. Y, de algún modo, sabía transmitir ese sentimiento con el teclado. Luego estaba Sam, con todas las razones posibles para creer que el mundo era suyo y ninguna intención de reclamarlo. Él le ponía alma a todo lo que tocaba: ya fuera la guitarra o mis caderas. Aunque nunca se expresó con palabras, si le hubieses preguntado a cualquiera de la banda quién era el líder, todos habrían dicho su nombre sin dudarlo.

Creo que en aquella gira conseguí que mi voz fuera una extensión de sus acordes, o quizá al revés. Sam y yo estábamos conectados de muchas maneras, pero no tengo dudas de que nuestra relación, después de casi seis años, se consolidó cantando «Cosmic Love» por primera vez ante tanta gente.

Algo explotó... como los fuegos artificiales, que estallan en el cielo, descienden como chispas de luz y acaban siendo polvo sobre todo aquel que esté debajo.

Fuimos pólvora.

Lo fuimos todo.

Después de dos meses cantando en varios estados que jamás imaginamos pisar, tocaba volver. Pennsylvania, Virginia, Florida, Alabama, Misuri, Kansas, Nebraska, Colorado, Arizona, California... Diez lugares en los que logramos dejar nuestra huella, independientemente de que, al cabo de unos años, solo pudieran recordarnos unos pocos.

Eso era lo de menos.

Una sensación agridulce inundó la furgoneta en cuanto nos subimos para poner rumbo a casa. Comiéndonos la carretera, dejábamos atrás los gritos de euforia, las luces de neón y todas aquellas canciones que nunca volverían a volar sobre las mismas cabezas.

—¿Y ahora qué?

La voz de Mark sonó tranquila desde el asiento de atrás.

—Ahora, a descansar, para volver con más fuerza. Yo ya estoy pensando en algunas letras que creo que os...

—¿No puedes descansar ni cinco minutos? —le preguntó John a Noah.

—Lo haré cuando deje de oírte gemir por las noches.

Su comentario generó una carcajada general, ya que los escarceos de John eran conocidos por todos.

—En eso le doy la razón —coincidió Mark, que ya tenía los cascos puestos y estaba preparado para desconectar del resto de nosotros.

—Sea como sea —dijo John—, voy a echar de menos esto.

Un silencio nos inundó durante unos minutos. En cuanto llegáramos a Nueva York tendríamos que aprender a vivir de nuevo sin compartir cada espacio y sin que la música ocupara todos los rincones de nuestra mente. A mediados de junio ya estaríamos en pleno proceso creativo, ensayando los nuevos temas y puliendo las letras para tener grabado el siguiente disco en septiembre, pero llevaba razón Noah: antes necesitábamos recargar pilas.

—Cariño, ¿quieres que conduzca?

Sam me miraba con los ojos achinados desde el asiento del acompañante. Le pasaba siempre que el sueño se apoderaba de él y era tierno ver cómo luchaba contra ello.

—Del primer tramo me encargo yo. —Le sonreí.

Sus labios me rozaron la nariz y volví a sentirme tan plena como la noche anterior. Porque los besos de Sam solían tener el mismo efecto en mí que subirme a un escenario y cantar desde las entrañas. En lo que mis ojos se detuvieron en su aro de plata y su larga barba, él ya se había dormido.

Puse la radio y comenzó a sonar «Jolene», de Dolly Parton. Adoraba ese tema y, a su vez, me entristecía mucho escuchar a una mujer suplicarle a otra que no se llevara a su hombre solo porque podía. Desconectados de la letra de la canción y su mensaje, el ambiente de la furgoneta era radicalmente diferente. Los chicos reían en la parte de atrás por una anécdota que no alcancé a oír para, acto seguido, conversar sobre lo que harían esos tres meses de descanso. Mark iba a ver a su familia y su objetivo era desconectar. Noah y John tenían más planes de los que podrían abarcar. Y yo... yo solo tenía la mente puesta en Sam.

Hacía unos días que habíamos hablado de pasar unas vacaciones en Europa. Escapar lejos del ruido unos meses, a un lugar tan diferente que nuestros ojos tuvieran que acostumbrarse a él para entenderlo todo. Sam no dejaba de hablar de Suiza. Desde que lo conocí, siempre me contó que ese pequeño país poseía los paisajes más bonitos que había visto jamás y que le encantaría verlos conmigo algún día.

¿Por qué no? Habíamos trabajado muy duro y nos echábamos de menos como pareja. Extrañábamos nuestra intimidad. Tomar un helado en silencio; caminar sin prisa bajo la lluvia, quizá. Componer juntos lejos del ruido, como solíamos hacer cada vez que nos quedábamos a solas con una guitarra cerca. No lo sabía. Lo que tenía claro era que, en cuanto llegásemos a nuestro piso de Manhattan, donde ya solo vivíamos los dos, comenzaría una nueva etapa.

Miré por la ventanilla y sonreí a las nubes. Estaba segura de que nada podría robarme la sensación de calma que me recorría la piel. Lo que nadie me había contado nunca era que, cuanto más arriba estás, casi a punto de rozar el cielo, mayor es todo lo que puedes llegar a perder.

—¡Olivia!

El grito de Mark se me clavó como un cuchillo ardiendo cuando un coche apareció de la nada y se cruzó en nuestro camino, haciendo que pegara un volantazo brusco y sin control. El cielo perdió su color de repente. Solo recuerdo que la furgoneta empezó a dar vueltas y no me veía capaz de pensar con claridad. Múltiples golpes en los brazos comenzaron a robarme el aire hasta que uno de ellos fue directo a mi pecho.

Cuando el volante se me clavó con rabia entre los pulmones, todo se fundió a negro.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que abrí los ojos de nuevo. El humo se colaba por las rendijas de mis heridas y la realidad se había teñido de cristales rotos. Solo podía oír voces detrás de mí, pero no era capaz de descifrar lo que decían.

Lejos quedaban Suiza y sus paisajes. Lejos quedaban todos los planes que habíamos construido cuando, con miedo, miré hacia mi derecha y vi a Sam inconsciente y completamente ensangrentado.

—Sam —balbuceé—, cariño...

Acerqué la mano a su cuerpo e intenté despertarlo con torpeza.

—¡Noah! —comencé a gritar—. ¡Noah! Ayúdame a despertarlo.

—Tranquila. —Su voz estaba rota, casi tanto como lo iba a estar mi corazón unos segundos después—. Tienes que tranquilizarte.

—¿Qué le ocurre? —chillé desesperada—. Haz algo, joder. ¡Despiértalo!

Me quité el cinturón de seguridad de manera brusca y saqué de mi interior unas fuerzas con las que no contaba. Necesitaba abrazarlo; ver de nuevo sus ojos verdes y achinados mirarme como solo él sabía hacerlo.

Entonces, al abrazar su cuello y posar mi cabeza sobre su corazón, lo supe. Ya no podríamos sincronizar nuestros latidos nunca más.

La pólvora se había apagado para siempre.

THE NEW YORK RUMORS

25 de junio de 2025

¿DÓNDE ESTÁ OLIVIA SMITH?

Olivia Smith, cantante de la emergente banda Cosmic Love, lleva desaparecida desde el terrible accidente de tráfico que tuvo lugar en San José el pasado 14 de marzo, justo cuando finalizaron su primera gira por Estados Unidos. En el desgraciado siniestro, Sam Williams, pareja de la vocalista y guitarrista del grupo, falleció. Según nuestras fuentes, Olivia iba al volante cuando sucedió todo.

Ya han pasado tres meses desde entonces y no parece que lo que queda de la banda vaya a recomponerse. Se ha especulado mucho sobre la ausencia de la cantante, muy querida por sus fans; sin embargo, nada está claro. En todo caso, varios compañeros de profesión de Olivia han sacado a la luz la afición de la joven por la vida nocturna y su adicción a algunos psicotrópicos, que ya tenía en el pasado. Es cierto que no hay pruebas que respalden esos rumores, pero, como nadie ha facilitado su paradero ni ha mostrado fotos suyas desde su último concierto en California, tampoco se pueden descartar.

Noah Addams, amigo de la cantante, se ha negado a hablar sobre la vida privada de Olivia. El resto de la banda también se ha mantenido en silencio, así que se desconoce su futuro musical a corto plazo. De todos modos, se ha visto a los tres integrantes masculinos de Cosmic Love salir de fiesta por el Soho cada fin de semana, acompañados de varias mujeres, entre risas. ¿Será alguna de ellas la nueva vocalista del grupo que nos ha dejado a todos con ganas de más?

Por otro lado, no podemos ignorar que alguien que afirma ser un conocido de la cantante mencionó a este periódico el centro de rehabilitación Mountainside, que recibe a diario a personajes públicos dentro de la más estricta confidencialidad. ¿Será el caso de Olivia Smith? Si es así, esperamos que pueda recuperarse pronto y llenar de nuevo los escenarios con su luz.

Hasta entonces, solo nos queda darle al *play* para impedir que sus canciones mueran con ellos.

THE NEW YORK RUMORS

26 de junio de 2025

SIN NOTICIAS DE COSMIC LOVE

Todas las personas que se hayan enamorado alguna vez entenderán que perder a tu otra mitad debe de ser de las cosas más duras que te pueden pasar en la vida.

Sam Williams y Olivia Smith eran una de las parejas favoritas del panorama musical. Cada vez que hacían una aparición en público, con su estética setentera y su sonrisa despreocupada, cualquiera que estuviera alrededor podía captar la magia que compartían. Ahora que Sam no está, la preocupación por el estado actual de la cantante, y su ausencia, sigue creciendo.

La realidad de todo esto es que no es fácil aceptar que de esa unión ya solo quede una de las partes. La banda la conformaban cinco y todos deben echar de menos a Sam, pero no hay dudas de que la mayor afectada ha sido ella. La pelirroja que solía bañar su rostro y pelo en purpurina irremediablemente ha perdido ese destello.

Golden Records, discográfica con la que firmaron su primer y único disco, no ha hecho ningún comunicado sobre el álbum que, en un inicio, tenía que anunciarse en el segundo semestre del año. Confiamos en que esas canciones que hablan de un amor casi astral vuelvan a conquistar nuestros corazones en algún momento.

Pero la verdad es que, desde hace tres meses, la cara de Smith ha desaparecido de los medios y, seguramente, su mente se ha debatido en algún momento entre seguir luchando o rendirse. Es natural sentirse perdido cuando todo se oscurece, ¿no?

Imaginamos que su familia estará con ella en estos duros momentos y, como fan de la cantante y su música, le mando mis mayores deseos para que, así, pueda volver a los escenarios pronto.

¿Ha perdido Olivia Smith la esperanza? ¿Ha dejado de brillar justo en el despegue de su carrera?

Esperamos que no sea así y enviamos todo nuestro cariño a la chica texana que logró hacerse un hueco en esta gran ciudad.

Alguien sin nombre dijo una vez que existen
cinco fases para escribir una canción.
Quizá por esa razón, esta historia también
se divide en cinco partes.
Porque en la vida, como en la música,
se necesita tiempo y paciencia
para dar con la melodía perfecta.



Parte 1
Inspiración

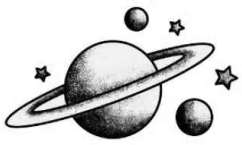
f. Estímulo que anima la labor creadora
en el arte o la ciencia.

***

Estímulo capaz de desaparecer entre las sombra
y no responder a tu llamada.

Capítulo 1

«Wish You Were Here», Pink Floyd



Olivia

No sé en qué momento nuestro hogar se convirtió en una cueva fría y sin una pizca de cariño. Justo donde antes se coleccionaban buenos recuerdos, ahora solo descansan paredes impersonales que me repiten constantemente en qué se ha convertido mi vida.

En un pozo.

Un pozo infinito y oscuro del que pocas veces puedo salir.

Sé que no debería meterme en los blogs que pueblan internet y leer la vida que otros se han inventado para mí. Lo intento, pero las horas aquí metida son eternas y, aunque parezca triste, mi única información acerca de la realidad está en esas columnas. Creo que, más que buscar mi nombre en ellas, lo que hago es meterme todos los días con el propósito de comprobar que nadie habla mal de él. Es lo único que no soportaría: ver cómo su imagen se ha distorsionado hasta tal punto que el mundo ya no sepa cómo fue realmente Sam Williams.

Cierro el ordenador cabreada, pues el enfado es de lo poco que me queda dentro. La fase de tristeza fue larga y solitaria. Apenas he dejado entrar a nadie en esta casa desde que ocurrió todo, pero, cuando ya había llorado tanto que hasta mis ojos me pedían en silencio que parase, pues dolía, la ira se fue abriendo paso entre mis pulmones. Ahora simplemente no entiendo por qué tuvo que pasar

aquello. Por qué fui tan descuidada al volante y no logré evitar la desgracia. He estado culpándome demasiado tiempo, hasta que el cansancio o la impotencia me han desvelado que hay desgracias en el mundo que no cuentan con un culpable. He aprendido a base de lágrimas que crear nuevas heridas en mi piel solo servirá para perderme más en la oscuridad.

No sé quién decide qué tiene que ocurrir en el universo, pero me encantaría encararlo y poder gritarle que aquella tarde, en aquella carretera de California, se equivocó.

El piso que compartimos tiene noventa metros cuadrados; no es que sea enorme, pero me lo parece. Gigante. Como una nave abandonada en la que nadie quiere entrar por temor a que esté encantada. Y por mucho que he buscado y rebuscado entre nuestras cosas, no he encontrado nada que me contara algo nuevo de él o de nosotros. Me da miedo que el tiempo borre nuestra historia de mi mente, por lo que me paso los días intentando hallar detalles que la mantengan nítida.

Solo hay una habitación en la que no he sido capaz de entrar aún: la sala de los vinilos de Sam. Ahí están encerradas todas las canciones que nos han acompañado a lo largo de nuestra vida, sus guitarras, un tocadiscos que compramos en Phoenix en el que escuchamos nuestro disco por primera vez... Ahí dentro están los Rolling Stones pintando de negro la habitación, el eco de la voz de James Morrison, una «casa bajo un sol naciente»... Más que una habitación, es un cajón de sastre que temo abrir por si cobra vida frente a mí y me deja fuera de juego.

Cuando alguien desaparece, nadie te entrega una lista de instrucciones que explique cómo se supone que vas a seguir viviendo sin su mano agarrada a la tuya todas las noches. Y eso duele. Se convierte en un pinchazo constante y agudo con el que aprendes a desayunar por las mañanas o a tender la ropa por la tarde.

Un dolor parecido al que siento cada vez que una canción suena a través de la pared de otro piso, trepando por la fachada de la calle o en un anuncio de la televisión... La verdad es que no he sido capaz de escuchar música desde entonces. Lo intenté una vez. Pensé que

escuchar «Cosmic Love» me acercaría a él y al momento de la gira en el que fuimos felices, pero la realidad es que mi pecho empezó a arder en cuanto su voz acompañó a la mía en el estribillo.

Quererte es como recorrer el espacio sin casco. Tú, repleto de planetas. Yo, esperando conquistarlos. Lo nuestro es un amor cósmico.

Percibí nuestra propia canción tan lejana que me asusté.

Ahora solo veo películas antiguas que me recuerdan los sábados de cine en casa. Las veo una y otra vez mientras ignoro las llamadas de mi familia y de los chicos. Es la manera cobarde que tengo de alargar su presencia en el sofá del salón. Es mi forma de vivir anclada a la época en la que él aún no se había evaporado para siempre.

Y seguro que no es la forma más correcta de afrontar un duelo, pero es la mía.

La última vez que vi al resto del grupo fue en el funeral, que se celebró en Trinity Church. La prensa estaba esperando a la salida como un león que aguardaba apacible a una presa débil y confundida. Cuando salí de la mano de mi madre y sus preguntas impertinentes comenzaron a bombardearme la cabeza, simplemente me desmayé. Mi cuerpo y mi mente debieron gritar «basta» por mí, ya que a mi boca no le dio ni tiempo a protestar.

Después de ese incidente que se hizo más público de lo que me hubiera gustado, me recompuse y hablé con mi círculo de confianza para pedirles tiempo. No fue fácil, pero conseguí crearme una burbuja en la que ellos no pudieran entrar.

Les prometí que sería temporal y hoy, 26 de junio, ya no puedo retrasar más mi vuelta a la sociedad. En unos momentos, sonará el timbre y veré a una de las personas a las que más he echado de menos. Si soy sincera, siento una mezcla de vergüenza y nostalgia que no termina de definirse dentro de mí. Por un lado, necesito abrazar a alguien porque los cojines de mi cama ya han dejado de ser un consuelo; por otro, no quiero que nadie me vea así.

Y me escondería bajo la cama si pudiera, pero llevo retrasando la reunión con la discográfica demasiado tiempo y los chicos no se lo merecen.

Cuando decido levantarme para quitarme el pijama repleto de manchas y peinarme un poco, tres golpes suaves en la puerta me anuncian quién está al otro lado.



Antes de que Noah pueda decir una palabra, mi cabeza ya está apoyada en su pecho. Cierro los ojos e intento desaparecer entre el tejido de su camiseta para no tener que enfrentarme a ninguna conversación pendiente, pero no lo logro.

—Oli —su nariz se acerca a mi melena pelirroja y aspira fuerte—, hueles fatal.

Su comentario hace que me relaje al instante y justo ahí comprendo que para nosotros no ha pasado el tiempo. Mi respuesta es un gruñido que confirma sus palabras y noto que su pecho vibra bajo mi piel a causa de la risa.

—Lo siento... Por todo —susurro, sin mirarlo a los ojos.

—Vamos dentro, anda. Te he echado de menos.

«Yo también —pienso—. A ti, a John y a Mark. A la música como refugio...», aunque algo invisible me impide expresarlo en voz alta. Sé que, en el momento en el que una palabra cruce el túnel de mi garganta, voy a romper a llorar. Lo noto detrás de los ojos y en el picor de la nariz.

Pasamos al salón y observo cómo Noah se sienta en uno de los sofás desordenados. Su mirada está cargada de preocupación, pero hace un esfuerzo inmenso para que no se note. Tiene más ojeras que la última vez que nos vimos y el pelo más largo, despeinado y por encima de los hombros. Salvo por esas diferencias, sigue siendo el mismo tío enrollado y rompecorazones que suele enamorar a cualquier mujer que se cruce en su camino. Lo miro y sé que no solo

sigue siendo mi mejor amigo, sino la persona a la que he apartado de mi vida todo este tiempo.

No sé qué decir, así que, cuando él rompe el silencio, noto que mis músculos se destensan un poco y la vergüenza se afloja.

—¿Qué te parece si te das una ducha y te espero aquí, tomando una cerveza?

—No tengo cerveza. —Mi voz sale atropellada—. Solo hay agua del grifo.

—Ahora que lo dices, el agua del grifo le da mil vueltas a una cerveza bien fría. —Su sonrisa de medio lado casi consigue contagiarme el gesto.

Mientras me ducho, le agradezco dos cosas a Noah: que no me haya preguntado cómo estoy, ya que ahora mismo me parece una de las preguntas más difíciles de responder, y que, durante todo este tiempo y habiendo perdido mucho por el camino, siga manteniendo esa actitud que le grita al resto del mundo que todo va a ir bien.

Pienso en cómo está el salón, todo patas arriba, sin alma... y comienzo a sentir un miedo terrible a sentirme juzgada o a no estar a la altura de la situación. Al fin y al cabo, tengo veintiséis años y se supone que a mi vida le quedan muchas emociones por experimentar.

Entonces, ¿por qué no tengo la fuerza suficiente para enfrentarme a ellas? ¿Acaso mis ganas se apagaron en aquella furgoneta destrozada?

Cierro el grifo y salgo despacio de la ducha para saborear el instante de una manera pausada. En estos meses no me he concedido demasiados momentos de autocuidado y el simple olor a lavanda en mi piel hace que todo pese un poco menos.

Cuando vuelvo con la toalla enrollada a la cabeza y un vestido largo de *crochet*, Noah está mirando uno de los botellines de cerveza que Sam coleccionaba.

—Siempre lo regañaba por acumular porquería en casa —suspiro mientras me acerco a él—, pero ahora me alegro de que hubiera conservado todas estas cosas. Son recuerdos, al fin y al cabo.

—¿Este botellín también guarda alguna historia?

—Bueno, la verdad es que fue una marca de cerveza que probó en un garito de Bushwick. Pero no es solo el botellín, sino todo lo que ocurrió esa noche. —Hago una pausa, recordando con dolor—. Terminamos bailando encima de un escenario a última hora, cuando ya solo quedaban dos personas en el bar y el pianista no quería dejar de tocar.

Una lágrima me resbala por la mejilla y, al mirar a Noah, descubro que sus ojos brillan un poco más que antes. Llevo demasiado tiempo sin hablar de Sam con otra persona y, por mucho que parezca una locura, temo que, si no lo hago en voz alta, su recuerdo desaparecerá con el tiempo.

—¿Cómo lo has llevado estos meses? —pregunta con cautela—. Te hemos llamado, pero no queríamos invadir tu espacio, Olivia.

—Siento mucho haberos apartado por completo. Simplemente, no supe gestionar todo lo que había pasado. Me ahogaba cada vez que intentaba enfrentarme a alguien que no fuera él —respondo, angustiada—. No sé explicarlo. Encima todos esos blogs...

—¿Has mirado internet? —Su voz se torna seria, por lo que comprendo que él también está al tanto de todo lo que dicen de mí. De nosotros.

—¿Fiestas nocturnas y drogas? —pregunto, alzando la voz—. Si no he salido del bloque en tres meses, Noah. Lo más fuerte que he tomado ha sido una botella de vino mientras leía un libro malísimo sobre cómo recuperar mi vida. Y terminé vomitándolo todo. —Suspiro con impotencia—. Por no hablar del artículo de hoy... ¿Soy yo o han insinuado que he intentado suicidarme? Por favor, si me conocieran un poco sabrían que jamás haría eso. Sobre todo porque Sam no me lo perdonaría...

—Escúchame. —Su mano me roza la barbilla y me alza la mirada para que le preste atención. A estas alturas soy un mar de lágrimas, pero por alguna razón me siento aliviada con él al lado—. Esa gente es de la peor calaña. No pueden vivir sin tener noticias y, como no las consiguen, se las inventan.

—Es asqueroso.

—Desde luego que lo es —responde—. Según ellos, los chicos y yo nos hemos acostado con la mitad de la ciudad y nos hemos tomado

todas las drogas del mercado. Que les den.

«Que les den», repite mi mente.

—¿Has pensado en lo que va a pasar hoy? —Su pregunta me descoloca.

—He tenido tiempo de sobra para pensar en muchas cosas, pero quizá no han sido las adecuadas... —Me froto los ojos, intentando despejar mi mente—. No sé si estoy preparada para lo que viene a partir de ahora.

—Ey. —Su mano vuelve a rozar la mía de manera cálida—. No tienes que hacer nada que no te apetezca.

—Pero los chicos...

—Son mayorcitos —me corta—. Y, créeme, lo único que quieren es que estés bien.

—Soy una malísima amiga, Noah. —Me derrumbo de nuevo—. No os he cogido el teléfono y he preferido revolcarme en la mierda a pasar tiempo con vosotros. Intentar estar bien...

—Deja de castigarte —me pide—. Todos hemos dejado que la tristeza nos consuma en algún momento. Te prometo que todo está bien, ¿en serio pensabas que íbamos a desaparecer? —Asiento, sin mirarlo directamente a los ojos—. Si te soy sincero, hemos pasado delante de la puerta de tu casa más veces de las que imaginarías. Al final, nunca llamábamos al timbre porque siempre saltaba alguno de nosotros con que debíamos dejarte tranquila y confiar. —Sus palabras recomponen las heridas de un corazón que ya creía roto—. Necesitábamos estar cerca de ti, Oli... aunque hubiese un muro entre nosotros.

—Ahora me siento aún peor —sollozo.

—Venga —me tranquiliza—. Quítate esa toalla de la cabeza si no quieres que la prensa haga un titular en el que digan que has perdido el norte. Y vámonos. Tengo el coche aparcado en la puerta.

—¿Y los demás?

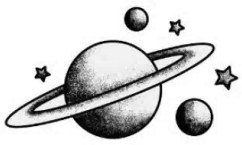
—Nos esperan allí.

Me guiña un ojo y me da un suave apretón en la mano. Puede parecer un gesto insignificante, pero me devuelve parte del equilibrio que perdió mi mundo.

Ahora solo falta intentar calmarme lo máximo posible durante el camino, ya que, dentro de una hora, una empresa sin corazón decidirá qué va a ser de nosotros.

Capítulo 2

«Stairway to Heaven», Led Zeppelin



Olivia

Las oficinas de una discográfica pueden resultar inmensas e imponentes para cualquiera que quiera cumplir un sueño. Por el contrario, para las personas que ya hemos nadado entre tiburones y sabemos que no todo es de color rosa, solo es un edificio construido con el sudor y el compromiso de muchos artistas.

Aparcamos el coche de Noah en el *parking* privado después de un trayecto prácticamente en silencio y sin música. Estoy nerviosa. Voy a ver a los chicos después de mucho tiempo y me voy a enfrentar a los jefes tras más de tres reuniones canceladas. Me aterra que todo esto afecte al resto de la banda y, no voy a negarlo, que quieran dejar de trabajar con nosotros es una posibilidad que está ahí.

—Nada es tan importante —recita Noah, como si me hubiera leído el pensamiento.

—¿Tom va a venir?

No sé nada de nuestro agente desde que intentó ponerse en contacto conmigo los primeros días. Tengo la esperanza de que alguno de los chicos haya mantenido el contacto con él, ya que es de los pocos profesionales que guardan algo real entre los pulmones.

—Mark ha hablado con él, no te preocupes. Hoy no puede estar en la reunión, pero te manda un abrazo enorme.

Asiento en respuesta y me tranquiliza saber que sigue de nuestro lado.

Subimos a la décima planta y, aunque no hay casi trabajadores por los pasillos, los pocos con los que nos cruzamos me miran como si fuera un fantasma que carga más dolor del que puede soportar. Bajan la cabeza y murmuran, pensando que no me doy cuenta o haciéndolo de manera consciente.

La verdad es que dejé de confiar en la humanidad hace unos meses.

Cuando la puerta del ascensor se abre, veo a John y a Mark sentados en los sillones de cuero en los que un día firmamos el contrato de nuestro primer y único disco. El batería del grupo no deja de frotarse las manos, y el bajo, a riesgo de parecer nervioso, tiene la vista fija en el *skyline* que se extiende al otro lado de la ventana.

—Hola, chicos —los saludo con la nostalgia golpeando mi lengua.

—¡Olivia! —corean.

Se acercan hasta mí y nos fundimos en un abrazo que, como me ha pasado con Noah hace un rato, necesitaba mucho más de lo que creía.

Un carraspeo más fuerte de lo normal nos devuelve a la realidad y, casi por inercia, nos separamos de inmediato. James Miller, uno de los productores musicales más importantes del momento, hace su aparición con un traje que seguramente valga más que todo mi armario y el canoso pelo repeinado hacia atrás.

En estos instantes, me parece más el villano de una película de Disney que la persona que nos tendió la mano hace ya más de un año. No hay ni pizca de compasión en sus ojos. Sus secuaces, productores en desarrollo y personas de su confianza, entran detrás de él con la misma energía.

Cuando todos estamos sentados y la puerta está cerrada, James toma la palabra con un tono conciliador que me pone el vello de punta.

—Ya te lo dije en su día, pero siento muchísimo lo que pasó —comienza, mirándome únicamente a mí—. Lo lamento mucho,

chicos. La vida, en ocasiones, tiene planes reservados para nosotros que no llegamos a entender. ¿Cómo estás, Olivia?

«Aprendiendo a vivir sin él».

—Tengo días —termino diciendo.

—Bueno, lo importante es que ahora estamos aquí todos de nuevo. —Miller mueve las manos para quitarle importancia.

«Todos, no», me recuerda mi mente, que no es capaz de dejar de estar en dos lugares a la vez.

—¿Qué tenéis, chicos? —La pregunta la hace Ronald, una de las personas que se encargó de grabar con nosotros la primera maqueta.

Desconecto cuando Mark empieza a enseñar algunas de las letras que ha escrito. Ni siquiera sé de qué temas hablan, ni me pregunto cómo sonarían en mi voz. Simplemente me limito a existir en este despacho mientras se suceden varias conversaciones a mi alrededor en las que no soy capaz de interactuar... quizá porque ya no tengo nada que ofrecer, o puede que lleve demasiado tiempo sola y haya olvidado cómo relacionarme con los demás.

La mano de Noah sobre mi hombro consigue que focalice la mínima interacción social que me queda en esta reunión.

—Vamos con retraso, esa es la realidad, chicos —comenta James.

Prefiero no leer entre líneas, pero, si lo hiciera, tengo la sensación de que para él existe un tiempo determinado para llorarle a alguien. ¿Menos de un mes? ¿Un mes y medio? En sus palabras se atisba el negocio que ha perdido durante el tiempo que no hemos estado metidos en un estudio grabando. Y esto, lejos de centrarme en el trabajo de nuevo, me incita a escapar.

—El segundo contrato especificaba que para mediados de septiembre ya estaría grabado el segundo álbum. Y eso es dentro de tres meses escasos...

—El contrato no auguraba nada de lo que iba a pasar —me sorprendo a mí misma diciéndolo en voz alta.

—Estoy de acuerdo, Olivia. Pero...

—Lleva razón —interviene John—. Por mucho que nos haga ilusión continuar nuestra carrera, Cosmic Love ya no es lo mismo.

Necesitamos pensar bien las cosas y decidir nuestros próximos movimientos.

—Habéis tenido tres meses para pensar las cosas. Por no hablar de que está todo firmado. —La voz de James ha perdido cualquier ápice de cariño—. De verdad, siento mucho que todo haya ido así, pero tenéis unos fans que os esperan.

—Creo que ahora mismo no se está teniendo en cuenta a los fans, precisamente. De lo único que estamos hablando es de dinero —suelta Noah, que se ha mantenido al margen hasta este momento.

—Bueno, chaval, casi todo en esta industria es dinero. —James suspira—. Os cuento lo que hemos pensado: vais a estar ensayando sin parar todo el verano las letras que nos habéis presentado. Ronald estará con vosotros y os ayudará con los cambios necesarios. En cuanto al guitarrista... —Sus palabras provocan un tirón en mi estómago. No quiero oír lo que viene a continuación—. Tenemos varios candidatos para vosotros y podréis hacerles las pruebas que queráis.

Tras decir esto último, los chicos me miran únicamente a mí. Siento sobre los hombros el peso de la banda entera, tanto de los integrantes que siguen aquí, respirando y luchando por lo que construimos, como del que ya no está.

Mi corazón comienza a latir más rápido de lo normal a la vez que en mi pecho se va formando un nudo que me impide respirar con normalidad. Me imagino actuando con un desconocido, ante cientos de personas, y la cabeza empieza a darme vueltas sin parar. Me sudan las manos y siento hormigueos por la mayor parte del cuerpo.

«No puedo hacer esto».

—Olivia, ¿qué opinas? —oigo que me pregunta Miller con algo de impaciencia en la voz.

Estoy a punto de estallar. Mi mente es un revoltijo de sentimientos que podría costarme más de un año ordenar. Tengo ganas de volver a mi casa, a mi cama, y hacerme un ovillo mientras *Qué bello es vivir* se sucede en la pantalla del televisor.

Noto cómo todas las miradas se posan sobre mí.

—No creo que pueda —admito, sin mirar a mis compañeros por miedo a su rechazo.

Por el contrario, ahora es la mano de John la que se acerca a mi espalda y se mantiene ahí.

—Olivia, yo entiendo que lo has pasado mal —dice Miller, ya sin ninguna paciencia.

—¿Pasado? —pregunto entonces. Las palabras comienzan a salir de mi boca como las balas de una escopeta estropeada—. ¿Ya no?

—No he querido decir eso —añade en vano—. La vida tiene que continuar.

Esa frase se me queda clavada en la garganta y me parece tan cerrada como las mentes de estos magnates. Miro a mi alrededor, donde algún que otro póster de Cosmic Love decora las paredes, y la imagen empieza a teñirse de una oscuridad que antes no lograba percibir.

—¿Pretendes que me suba a un escenario y le abra mi pecho a todo aquel que pague una entrada?

Mi pregunta suena contundente. Puede que por eso nadie se atreva a contestar.

—No puedo hacerlo —repito—. No puedo subirme ahí arriba sintiendo que me falta la mitad del corazón. Sé que hay contratos de por medio, pero, si realmente os interesamos como banda y si *realmente* —recalco— hay fans esperando nuestra vuelta, no tengo duda de que podréis aguardar a que estemos preparados.

—Si decidís no grabar antes de septiembre, estaremos hablando de incumplimiento de contrato —apunta entonces Ronald, que el pobre ni pincha ni corta en este acuerdo. Se limita a enumerar las leyes como si fuera un aburrido libro de derecho laboral.

—Nos arriesgamos a que eso pase —contesta John.

Le dedico una mirada de agradecimiento que solo él y yo captamos.

—Aunque estamos seguros de que vamos a llegar a un acuerdo y de que aún queda algo de paciencia ahí dentro. —Noah señala justo el pecho de James, que en estos momentos está en completo shock.

No sabes la suerte que tienes hasta que ves a tus amigos sacar uñas y dientes por ti, aun a riesgo de perder parte de su sueño por el camino.

—Creo que no estáis entendiendo... —comienza a decir Ronald.

—Tú eres el que no está entendiendo nada —contraataca Noah, cortándolo.

—Está bien —cede James, que alarga la mano en dirección a Ronald—. ¿Qué necesitas, Olivia?

Lo último que esperaba era que Miller accediera, pero acaba de darme carta blanca para elegir cómo quiero hacer las cosas antes de volver a un escenario.

Miro al resto de la banda y en sus ojos advierto que están conmigo, que van a respetar mis tiempos sin intentar cambiarlos en el proceso. Respiro hondo e intento salir mentalmente de esta habitación para encontrar, si es que lo hay, algo que pueda hacerme feliz.

Los paisajes de Suiza, esos que Sam me describía en tantas ocasiones, comienzan a tomar forma en mi cabeza. Echo de menos componer y puede que allí consiga evadirme de todo, buscar dentro de mí la respuesta a todas las preguntas que han ido surgiendo en el camino.

Necesito sentirme libre, que la prensa no esté pendiente de mí, que nadie se invente un pasado oscuro para acrecentar mi pena.

Necesito sentirme una persona normal en un lugar donde nada pueda recordarme lo que me falta, sino todo lo que está por llegar.

—Voy a irme de viaje —expongo para los demás y para mí misma, ya que acabo de tomar la decisión—. Todo el verano.

Con el rabillo del ojo, veo cómo los chicos sonríen de medio lado. Supongo que cualquier cosa —aunque parezca una locura— que me saque de casa es válida para ellos.

—Todo el verano... —repite James, sin dar crédito.

—Necesito desconectar de verdad. Escribir, incluso. A finales de agosto, principios de septiembre, estaría de vuelta y podríamos empezar a grabar.

—Me parece muy bien que también quieras componer durante el verano, pero entre que regresas y grabamos serán unos cuatro meses —me explica, algo reticente—. No podemos alargarlo tanto, no podemos posponer así vuestra vuelta.

Ya está. Mi locura ha llegado a su fin antes de empezar. Sé que es muy difícil pedirle a una fábrica de billetes que pare la producción

por ti, pero tenía que intentarlo.

—Algo se os ocurrirá —los presiona de nuevo Noah.

El silencio reina en la sala y la llena de un aire espeso. De pronto necesito ese viaje en el que no había pensado hasta hoy. Algo se me ha encendido dentro cuando he tomado la decisión y ahora no concibo otra manera de pasar el verano. Es imposible que compre una «escalera hacia el cielo», tal y como hacía aquella chica sobre la que cantaba Robert Plant, pero sí que puedo construirla peldaño a peldaño... sin importar el tiempo que me lleve hacerlo.

Nos mantenemos callados y el equipo de la discográfica se reúne en una esquina de la sala para debatir una respuesta. Se palpa la tensión en el ambiente y no parecen estar de acuerdo los unos con los otros.

Mientras tanto, asumo en silencio que mi viaje improvisado no va a poder ser; que, en unos minutos, voy a tener que elegir entre seguir mi sueño y aparcarlo para siempre.

Entonces, lo que ocurre a continuación nos pilla a todos desprevenidos.

—Principios de septiembre —anuncia James con la voz de un maestro cabreado con sus alumnos—. En ese momento, no habrá más prórrogas para que os pongáis a trabajar.

Los chicos y yo contenemos un gruñido de satisfacción. Tengo la sensación de que, aunque no hayamos tocado ninguna canción, en esta habitación hemos trabajado como la banda que siempre hemos sido.

Juntos.

Todos en la misma dirección, bailando la misma sintonía.

—Gracias —contesto, con el pecho más ligero.

—¿Algo más?

—Sí —respondo—. De la elección del guitarrista me encargo yo.

—Pues no hay más que hablar.

Salimos de las oficinas con un poco más de poder que cuando hemos entrado.

—Joder, Oli —suelta John—, has tenido dos ovarios ahí dentro.

—Te hemos echado de menos —dice Mark.

—Estoy orgulloso de ti —lo sigue Noah.

—Gracias por apoyarme. Y lo siento. Ya se lo he dicho a Noah, pero os he apartado y...

—Eso se soluciona con unas cervezas —me interrumpe John, que no necesita ningún tipo de disculpa—. ¿Te apuntas y así nos cuentas adónde narices piensas irte más de dos meses?

Los tres rompen a reír a carcajadas y mi estómago vibra con su risa. Añoraba esto. Y, aunque me sienta completamente perdida ahora mismo, triste y saturada, algo me indica que estoy en el camino correcto.

—Echo de menos el McSorley's —admito, haciendo referencia a uno de los bares irlandeses más antiguos de la ciudad, en el que solíamos reunirnos todos después de ensayar.

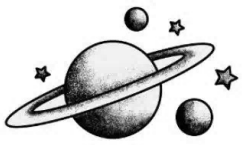
—Sigue estando igual de sucio y teniendo la mejor cerveza de Nueva York.

—No esperaba menos.

Y así es como pasamos el resto del día, entre cerveza negra, anécdotas y las ganas abriéndose camino de nuevo.

Capítulo 3

«Take Me Home, Country Roads», John Denver



Olivia

—¿Estás segura de que quieres viajar tan lejos?

Mis padres revolotean por mi apartamento recogiendo cualquier prenda arrugada del suelo y abriendo ventanas de par en par. Se me hace raro verlos aquí, fuera de su tranquilidad diaria y lejos de Texas.

Desde que me mudé a Nueva York, hace ya ocho años, creo que han venido a visitarme tres veces y con mucha reticencia. Luego, cuando ya están aquí, les encanta visitar museos y mirar hacia arriba para ver cómo el cielo se funde con los edificios. Pero eso no significa que una ciudad como esta puedan llegar a sentirla suya, ya que su hogar seguirá donde el aire esté cargado de calma y ausente de ruido.

Cuando hace unos días hice una videollamada para contarles que me iba a pasar el verano a Suiza, en primer lugar pensaron que me había vuelto loca. «¿Qué se te ha perdido allí?», «¿No crees que todo el verano es mucho tiempo?». Las preguntas de mi madre ocuparon toda la pantalla mientras me armaba de paciencia y les intentaba explicar qué era lo que creía mejor para mí en este momento.

No llorar frente a sus rostros preocupados fue todo un reto. Si puedo elegir, prefiero no derrumbarme delante de mis padres y

hacerlo sola; creo que tiene que ver con el hecho de devolverles toda la entereza que ellos han mostrado a lo largo de mi vida, cuando algo iba mal en casa y su sonrisa no desaparecía ni un segundo.

Los echaba de menos. Y aunque quería seguir apartándolos un poco más de mi vida, cuando dijeron que antes de que me fuera vendrían a pasar unos días conmigo a la Gran Manzana, su gesto me hizo sentir más acompañada que nunca.

Mi madre había aceptado el viaje, pero seguía viendo el peligro en todas partes.

—Sí, mamá. —Suspiro—. Y no hacía falta que vinierais hasta aquí para intentar convencerme de lo contrario en el último momento.

Sigo guardando ropa en una maleta, sin tener muy claro cómo de estable es el clima en Suiza. Mi padre se ha sentado en el sofá y, sin mirar qué está haciendo, estoy segura de que ha encontrado cualquier partido de béisbol al que quedarse completamente enganchado.

—Pero ¿tú estás bien? —me susurra mi madre, acercándose un poco más a mí.

—¿Qué es «estar bien»? —Una risa cansada se me escapa entre los labios—. Por un lado, creo que ya nunca más voy a estarlo del todo. Por otro, si me paro a pensar en cómo me he sentido estos meses, supongo que he mejorado algo. Es complicado. —Dejo a un lado la ropa y la miro a los ojos—. Lo único que sé es que, por primera vez desde esa maldita tarde, tengo ganas de un cambio. Descubrir algo nuevo.

—Y no sabes cuánto me alegro, hija. Pero tan lejos...

—Mamá, si cuando me haya ido sientes que nos separa mucha distancia, recuerda que la tierra es redonda. Realmente no es para tanto.

—Daisy, déjala —oigo decir a mi padre desde el sofá—. A su edad tiene que conocer mundo.

—No me ayudas —le responde ella alzando la voz—. ¿Vas a meter esa chaqueta en pleno verano?

—He leído en internet que allí el tiempo cambia todo el rato y que, de pronto, se pone a llover.

—Bueno, bueno... —termina cediendo—, si lo dice internet...

Sonrío a mi madre antes de seguir haciendo el equipaje y de que ella se ponga a ordenar la cocina. Soy consciente de lo difícil que ha sido para ella la muerte de Sam, a lo que hay que sumarle que tiene la certeza de que su hija va con el corazón a medio gas por el mundo y que, encima, pretende irse a la otra punta del mapa.

Es inevitable pensar en Jefferson, el pueblo de Texas en el que crecí y donde mis padres todavía hoy hacen su vida. No tardé mucho en darme cuenta de que aquello se me había quedado pequeño. O quizá los sueños que rondaban mi mente eran demasiado grandes para una chica de dieciocho años. Recuerdo que a mi madre casi le da un infarto cuando le confesé que quería mudarme a Nueva York y dedicarme a la música. Los primeros años, les oculté el nombre de todos los restaurantes en los que hacía turnos dobles y me inventé un montón de *castings* en los que, supuestamente, estaban interesados en mi voz.

Nunca terminaba de lograr mi objetivo pero, al menos, ellos pensaban que las oportunidades revoloteaban a mi alrededor de forma continua. En varias ocasiones quise tirar la toalla, pero entonces notaba un tirón parecido a un calambre en la espalda, me ponía recta y me recordaba que los deseos no se cumplen de inmediato.

Cuando conocí a Sam, a mi madre le bastó una videollamada para saber que su hija había dejado de estar sola. Él trajo la música de vuelta a mi vida. No teníamos grandes conciertos y no los necesitábamos. Solíamos tocar en pequeños garitos donde los chicos y yo nos soltábamos la melena y reíamos a carcajadas. Y hoy por hoy, creo que aquella fue la etapa más pura de nuestra carrera.

La primera vez que vi a Sam, no me imaginaba todo lo que iba a significar en mi vida. Yo trabajaba de camarera en un bar de Brooklyn, donde él y los chicos solían parar al final de la tarde. Me fijé en él el primer día, pero en aquel momento no quería complicarme la vida con una historia de amor. Quizá por eso lo rechazaba siempre que intentaba invitarme a cenar, que era cada noche, pero también esperaba que volviera a hacerlo al día siguiente.

Durante más de dos meses, Sam y los chicos fueron a verme sin faltar una sola vez. Bromeábamos sobre cualquier tema de actualidad, me acompañaban en el cierre de caja y, cuando se iban todos los clientes y mis jefes no estaban por la zona, sacaban la guitarra y tocábamos apoyados en la barra. No tardé en darme cuenta de que había encontrado una familia a muchos kilómetros de casa e, irremediablemente, eso hizo que al final aceptara una cita con él.

Guardo en la maleta varios pares de zapatillas deportivas con lágrimas en los ojos. Cuando pienso en nuestra historia y recuerdo que alguien decidió escribir su final sin avisarnos, es imposible no llorar.

—Hija —la voz de mi padre me saca de mis pensamientos—, te he traído algo que creo que te va a gustar.

—¿Qué es?

Se saca del bolsillo una pequeña libreta morada que creía perdida.

—¿De dónde la has sacado?

—Estaba en una de tus estanterías, junto a la estrella dorada que pintaste cuando eras pequeña. —Sonríe con nostalgia.

—Pensé que la había perdido.

No me atrevo a abrirla porque hacerlo significaría abrir una puerta hacia el pasado demasiado poderosa. Aquí dentro están mis primeras canciones, versos desordenados que hablaban del amor sin haberlo experimentado, grandes planes a los que no me atrevía a aspirar fuera de mi habitación... En esta libreta está el principio de todo.

—Gracias, papá.

—Llévala contigo. Seguro que en Suiza consigues escribir de nuevo.

—No sé si tengo algo dentro que poder sacar —admito—. Me siento... vacía.

—Las experiencias, tanto las buenas como las malas, con el tiempo se convierten en historias. Cada uno necesita su ritmo, eso es todo. Lo que sí te aseguro, Olivia, es que si hay algo que sé de mi hija es que no está vacía.

Lo abrazo con fuerza. Por mucho que intento disimularlo, las lágrimas ahora brotan de mis ojos, me caen por las mejillas y mojan su camisa de lino.

—Ya está, mi niña —me calma—. Todo va a volver a encontrar su lugar.

Y en ese abrazo, reparo en sus palabras y me resulta imposible huir de una escena en concreto. Aparece en mi mente de una manera tan nítida que hasta su voz suena en mi cabeza de nuevo...



—No lo sé, Sam —dije con miedo—. ¿Y si no estoy hecha para esto?

—La música está dentro de tu cuerpo, Oli. Como una arteria más que transporta la sangre desde tu corazón —me contestó. Cuando Sam hablaba, lo hacía con tanta poesía que nunca sabía si sus palabras llegarían a formar parte de una canción en el futuro—. Nadie sabe lo que va a pasar mañana, es parte del misterio. Lo que te puedo asegurar es que yo voy a estar siempre contigo, esperando escuchar todo lo que tienes que contarle al mundo.

—Con eso me basta —respondí.

Sus labios se acercaron a mi nariz y, acto seguido, sus dedos comenzaron a crear acordes nuevos. En aquel instante, me parecieron igual de impredecibles que el futuro, pero también supe ver la belleza en ellos.



—¿Alguien quiere tortitas? —La voz cantarina de mi madre mezcla mis lágrimas con una sonrisa.

—¿Vamos? —me pregunta mi padre, ignorando la tristeza que refleja mi rostro.

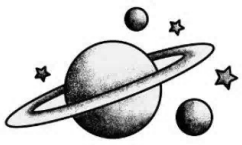
—Me muero de hambre.

Terminamos, media hora después, comiendo tortitas con mermelada de fresa y viendo *Grease* en el salón. Puede que la hayamos visto más de veinte veces juntos a lo largo de nuestra vida. Pero es en esa calidez que te proporcionan las costumbres bonitas cuando me doy cuenta de que, por muy lejos que vaya, los recuerdos siempre van a estar ahí para nosotros.

En un lugar de la memoria al que volver cuando se los necesite.

Capítulo 4

«This Time Tomorrow», The Kinks



Olivia

Lo que no te cuentan de los aeropuertos es que son terriblemente crueles para alguien que se siente solo. Son un desfile de abrazos y llantos con los que no puedes empatizar del todo. Sientes una envidia involuntaria que te obliga a caminar más deprisa para llegar cuanto antes a tu siguiente destino. Uno en el que, al menos, tu suerte aún no esté echada.

Aunque mis padres querían acompañarme hasta el control de seguridad, les he quitado la idea de la cabeza porque sabía que este paso lo tenía que dar sola. Sin coger la mano de nadie. Antes de salir de casa, me he puesto unas gafas de sol y una gorra que jamás encajarían con mi estilo. Me daba miedo que alguien me reconociera y me preguntara cosas que me hicieran sentir incómoda, o peor: que me hicieran recordar.

Ya montada en el avión, compruebo el poder que tiene nuestra mente a la hora de inventar realidades fatales. La ansiedad se manifiesta en escenarios que ni siquiera sabemos si vamos a vivir, para después acabar descubriendo que el desastre solo existía dentro de nosotros.

Lejos de protagonizar una escena abrumadora, lo único que he presenciado ha sido cómo una chica joven ha venido hacia mí cuando estaba en la puerta de embarque, acompañada por su

madre, y me ha pedido una foto de la manera más educada posible. Un gesto que me ha recordado lo que echo de menos el contacto con otras personas. Salvo eso, nadie más ha reparado en mí, porque supongo que todos tenemos demasiadas preocupaciones para fijarnos en las del resto.

Me siento ridícula habiendo creído que podía tener un impacto del nivel de Lady Gaga o Beyoncé. Cosmic Love nunca ha llegado a ser tan grande ni creo que lo llegue a ser en un futuro. Nuestra música no mueve masas, sino que crea pequeñas estelas para todos aquellos que disfruten del rock clásico y la psicodelia más moderada.

Durante los últimos años, hemos ido dando pasos en firme y ganando comunidad por el camino, pero siempre ha sido algo familiar. Antes de firmar el contrato, nos encontrábamos con desconocidos que nos hablaban como si fueran viejos amigos y con mucho respeto en cada conversación. Pero lo que más ha marcado nuestra carrera ha sido la suerte. ¿Qué probabilidad había de que el cantante de Pyramid fuese a vernos al garito en el que tocábamos un viernes por la tarde, se quedara prendado y nos ofreciera ser sus teloneros? Puede que una entre un millón. Y fue nuestra.

A partir de ahí, un camino en la música se abrió para nosotros y comenzamos a sonar en las radios locales, para terminar haciéndolo en las nacionales. Es probable que nos hayan escuchado en casi todas las casas y, aun así, esas personas no tienen por qué saber de qué color son nuestros ojos o cómo vestimos. En Nueva York puedes ser muy famoso si sales por los garitos adecuados, y nosotros solíamos frecuentar aquellos en los que teníamos un nombre. Seguramente, si nos hubiésemos movido dos calles a la derecha, nadie habría oído hablar de nosotros ni de nuestra música. Pero dentro del círculo musical, entre luces de neón y alcohol gratis, el resto del mundo solía mirarnos como si hubiéramos conseguido algo grande.

De todos modos, nunca fuimos tan famosos como después del accidente. Ahí comprobé que el morbo mueve mucho más que la música. Me di cuenta de que los medios están sedientos de tragedias que servir en bandeja de plata a su público. Y, aunque me cueste admitirlo, ahora mismo en Nueva York he dejado de ser Olivia

Smith, la cantante de Cosmic Love, para convertirme en la viuda del panorama musical.

Por desgracia, esta última es la más conocida por todos.

Es horrible que reduzcan tu vida a una etiqueta cruel en un lugar donde la moral se ha evaporado como el humo; por eso, a diez mil metros de altura, mi pecho empieza a antojarse más ligero. Miro por la ventanilla y veo cómo me alejo de todos los que han hablado por mí.

¿Tengo claro el objetivo de este viaje? A medias. En ocasiones, no hace falta saber qué destino te espera, sino qué camino quieres coger hasta averiguarlo. Solo confío en llegar a sentirme una persona normal, incluso una vecina más del pequeño pueblo al que me estoy dirigiendo.

No creo que pueda dejar los fantasmas atrás, pero, desde luego, quiero intentarlo.

Han sido ocho horas de cabeceos involuntarios y pensamientos intrusivos, pero al fin estoy llegando a Suiza. Cierro los ojos, preparándome para el aterrizaje, y en mi estómago se forma un cúmulo de sensaciones que no sé gestionar. Miedo, culpa, nervios, éxtasis... Pero, por encima de todo ello, una melodía compuesta por una mano invisible comienza a definir todo lo que me rodea.

Aún es caótica. Sin letra y sin un ritmo claro. Pero también única.

Una voz nos anuncia que en diez minutos aterrizaremos en Zúrich, donde el día está completamente despejado.

Y, por primera vez, esa música nueva, lejos de hundirme, me eleva entre las nubes. Justo donde el miedo se ahoga y las cosas se hacen sin pensar demasiado.



Comprendo enseguida que en Suiza los trenes son el medio de transporte más utilizado tanto por los turistas como por sus habitantes. La primera vez que cojo uno, de Zúrich a Interlaken, los

paisajes me envuelven sin previo aviso y es casi imposible no crear historias dentro de ellos. Los colores son tan vivos que parecen irreales, como si alguien se levantara todas las mañanas a darles una capa de pintura para que permanecieran deslumbrantes.

Dejo mis maletas en el extremo del vagón, me dirijo a mi asiento y decido no encender el móvil por el momento, por lo que mi único entretenimiento es mirar por la ventana panorámica del tren e intentar dejar la mente en blanco. Parece que lo logro justo cuando atravesamos un gran lago de aguas cristalinas que está bañado por el sol.

«¿Este lugar es real?», se pregunta mi mente, aún dormida por el viaje.

Me acuerdo del brillo que tenían los ojos de Sam al hablar de este país y ahora empiezo a entenderlo todo, al tiempo que mi corazón se encoge al recordarlo. Daría lo que fuera porque estuviera aquí conmigo, hablándome de alguna leyenda que rodea al lugar o, si no supiera ninguna, inventándosela para mí.

«Respira, Olivia», me repito. Es una táctica que me ha recomendado mi psicóloga estos meses atrás. «Háblate a ti misma. Cuídate. Confía en que puedes conseguir calmarte igual que lo haría un ser querido». Y eso hago: hablarme con cariño y sujetar los sentimientos que se me escurren de las manos, para así no inundar este vagón lleno de desconocidos.

Me acomodo en el asiento y lucho por no ponerme a llorar de nuevo.

Casi dos horas después, bajo en la estación de Interlaken para coger el siguiente tren que me llevará a mi destino. Hay muchos pequeños pueblos en los Alpes suizos, pero hubo uno en concreto que me conquistó en cuanto lo descubrí. Era tan diferente a lo que me ofrece Nueva York a diario, parecía tan puro, que sentí una especie de llamada al pasar las imágenes de sus calles y montañas en mi ordenador.

Recuerdo que pensé que ese lugar era como si Central Park se hubiera estirado hasta el infinito. Un rincón en el que los coches y los rascacielos estaban prohibidos. Un destino donde el verdadero

protagonismo se lo llevan los campos de un verde irreal y los animales que vagan a sus anchas en ellos.

Nunca me he considerado muy planificadora y, aun así, este viaje me hace salir completamente de mi zona de confort. Tres noches de hotel reservadas y la esperanza de encontrar una casa para el resto del verano: eso es lo único que tengo. Un puñado de francos en el bolsillo, dos maletas en las que seguro que falta de todo y el pasado rozando mis talones constantemente.

¿Será suficiente para avanzar? O, por el contrario, ¿tienen los recuerdos el poder de anclarnos al pasado como si fuéramos un faro en mitad de la marea?

Algo revuelta y con la sensación de gravedad más densa de lo normal en los pies, me monto en el segundo tren. Si en el primero creía haber visto paisajes preciosos, este trayecto parece adentrarse en las entrañas de una montaña. Las casas están cada vez más espaciadas y lo único que las rodea es el perfume de un país lluvioso y el sonido del viento.

Al llegar a Lauterbrunnen y pisar tierra, un leve mareo me desorienta hasta el punto de preguntarme qué hago aquí, tan lejos de casa. Entonces, miro a mi alrededor y un pueblecito sacado de una novela otoñal me da la bienvenida a principios de julio. Hace calor, pero el suelo está mojado, los árboles tienen las hojas verdes y el cielo parece contener una tormenta entre las nubes.

Es algo inusual. El caso es que acabo de llegar y ya siento que Suiza es un país que vive en las cuatro estaciones al mismo tiempo. Y la verdad es que me encanta no saber qué va a caer del cielo de un momento a otro.

El hotel que he reservado se llama Schützen y está muy cerca de la estación. Camino sin tener muy claro el rumbo y observo que nadie repara en mí. Simplemente miran a su alrededor y hacen fotos para no olvidarse en un futuro. En solo unos minutos, descubro lo liberador que es no tener que planificar cada movimiento solo porque creas que hay alguien esperando para juzgarlo. Lo cierto es que podría acostumbrarme a vivir así antes de que caiga el atardecer.

Porque lo único que siento es que podría bailar bajo la lluvia en mitad de la calle y nadie repararía en ello.

Al llegar, una recepcionista, que tendrá más o menos mi edad, me da la bienvenida en inglés y me pide que aguarde un momento. El hotel me recuerda a una cabaña en mitad de la nieve, cubierto de madera de roble y cuadros de paisajes nevados. No se oye casi ruido al otro lado de la pared y, una vez más, me sorprende no oír ningún pitido de un taxista impaciente o a alguien gritando en mitad de la calle. Al menos, eso es lo más normal en Nueva York.

—Ya estoy disponible. Disculpa, es que a esta hora estoy sola y siempre tengo varios frentes abiertos. —Sonríe.

—No te preocupes.

—Veamos. —Saca una libreta de cuero y busca entre sus apuntes —. Olivia... ¿Smith?

—Sí. —Mi subconsciente teme que el nombre le suene de algo—. La misma.

Su mirada me analiza con detalle durante unos segundos y noto que mi pierna izquierda no deja de repiquetear contra el suelo.

—Bonito nombre —termina diciendo—. Me gusta.

—Gracias.

—Aquí pone que tienes reserva para tres noches. ¿Es así? —Asiento—. Perfecto, tu habitación es la trescientos dos. Todas las mañanas pasamos sobre las diez a limpiar, siempre que haya un cartel en tu puerta que nos lo indique, y el desayuno se sirve a partir de las siete en el comedor.

La palabra *desayuno* hace que me rujan las tripas. No sé cuántas horas llevo sin comer, solo que ahí fuera está atardeciendo y que un olor a estofado inunda toda la estancia.

—¿Servís cena? —me oigo decir en voz alta.

—Sí. —Sonríe—. Debes de estar hambrienta.

—Un poco —reconozco.

—Si quieres, puedes dejar las cosas en la habitación y bajar al comedor cuando termines. Tendremos algo preparado.

—Muchas gracias. Esto es precioso —comento al echar un último vistazo por la ventana.

—La verdad es que somos afortunados de vivir en un lugar así. ¿Es tu primera vez en Suiza?

—Sí.

—¿Y vas a estar mucho por aquí?

Su pregunta resulta inmensa... como si cupieran infinitas respuestas en ella pero no supiera cuál es la correcta.

—Esa es la idea. —Me encojo de hombros—. Pasaré aquí el verano, pero tengo que buscar un lugar en el que poder quedarme. De momento, me alojo aquí.

No sé por qué le doy tantas explicaciones a una desconocida. Supongo que su amabilidad me genera confianza. Y que llevo sin hablar con nadie demasiadas horas, eso también.

—Ya veo, ya... —Su sonrisa se ensancha y da la sensación de que su cabeza está maquinando algo que no termino de entender—. Estaba pensando... Da igual.

Sacude las manos, restándole importancia a la idea que ronda su mente.

—¿Qué estabas pensando?

Admito que la curiosidad se ha abierto paso en mí. Me pregunto qué es eso que una desconocida duda si decirme a unos minutos de conocerme. ¿Me ha reconocido y ha pensado que es mejor no confesarlo directamente?

—Da la casualidad de que tengo un amigo —comienza a decir, desmontando cualquiera de mis teorías— que vive entre Lauterbrunnen y Wengen. Está buscando compañero o compañera de piso para compartir gastos.

«Un amigo». Un chico con el que compartir casa. La idea me resulta aterradora al principio, no voy a mentir. Siempre he sido muy sociable, pero vivir con otro hombre que no sea él...

—¿Te interesaría? —me pregunta al ver que no digo nada.

—Bueno... —Dudo, sin saber muy bien qué responder—. Podría ser, sí. No conozco nada de este lugar, pero...

—Vamos a hacer una cosa. ¿Qué te parece si te dejo su número y te pones en contacto con él? La casa no está lejos de aquí y no pierdes nada por ir a verla.

—Vale.

—Jack es un poco cascarrabias, pero tiene un corazón enorme.

«Jack».

Su nombre se queda flotando en mi cabeza más segundos de los que me gustaría. La verdad es que no pierdo nada por escribirle y, pensándolo bien, acabo de llegar y ya tengo un contacto que podría convertirse en un alojamiento.

Para empezar, no está nada mal. Una situación parecida a la de cualquier trama romántica en la que las conveniencias nunca están de más para el desarrollo de esta. Y, como siempre que veo una de mis películas favoritas, agradezco que sea así.

—Muchas gracias.

Recojo las llaves y el papel con el número de Jack y me dirijo al ascensor. Tres pisos después, llego hasta la puerta trescientos dos esperando encontrar una cama y un baño que no esté sucio... pero mis ojos brillan de inmediato cuando, aparte de descubrir que dispongo de ambas cosas, veo que mi habitación tiene una terraza.

Me acerco hasta ella y, cuando abro la puerta, una cascada enorme incrustada en la montaña me recibe de la manera más preciosa que habría imaginado. Miro hacia arriba y no sé dónde comienza la corriente y dónde termina el cielo.

Y, sí, estoy lejos de casa.

He perdido mucho más de lo que podría soportar.

No tengo claro qué es lo que le espera a mi vida.

Y un largo etcétera que prefiero no enumerar mentalmente.

Pero también se ha dibujado una sonrisa en mi cara que ya creía imposible. Por eso, con las dos maletas tiradas en el suelo de la habitación y el hambre haciéndose hueco en mi estómago, me permito disfrutar del momento unos minutos.

Nunca se sabe si volveré a terminar en un pueblo tan bonito como este, susceptible de protagonizar un cuento de hadas y a salvo de cualquier villano.

Parte 2
Melodía

f. Dulzura y suavidad de la voz
o del sonido de un instrumento musical.

***

Cuando lo desconocido suena en tus oídos
de una manera muy concreta.

Capítulo 5

«Society», Eddie Vedder



Jack

—¿De qué me sirve entonces tener un amigo tatuador si no puede tatuarme gratis?

—Por poder, puedo. Pero no quiero —aclaro.

—No es por nada, pero, con ese humor, te va a costar encontrar a alguien que quiera compartir casa contigo.

—Anda, gírate un poco —le pido—. Además, yo soy el primero que disfruta de su soledad. No me hace falta la compañía de nadie.

—Ya, pero sí el dinero —contraataca.

—Chisss.

El cuerpo de James, a diferencia del mío, está repleto de tatuajes. La mayoría no solo los he diseñado yo, sino que le han salido gratis. Siempre tenemos la misma dinámica: él me promete que va a pagarlo, luego se enfada cuando llega el momento de sacar el billete y, finalmente, soy yo el que decide no cobrárselo. Al fin y al cabo, me hace ilusión que confíe tanto en mí para vestir su piel.

Eso sí, no me oirá decirlo en voz alta mientras pueda evitarlo.

Me concentro en el dibujo de una rosa que estoy haciendo en su espalda. Me ha contado algo de un videojuego cuya protagonista debe revertir la maldición que recae en la flor. Sinceramente, no me

he enterado de mucho. A estas alturas, James tiene tantos universos irreales decorando su cuerpo que es imposible conocerlos todos.

Si tuviera que decir qué es lo más difícil de un tatuaje, sin duda elegiría el trazo fino que lo delimita. La línea que da forma al dibujo y lo rodea es un dolor de cabeza para el tatuador. Pero también es mi parte favorita, ya que debo concentrar todos mis sentidos mientras encuentro un atisbo de reto en mi trabajo.

—Por cierto, esta noche hemos quedado en...

—Chisss. Ahora no —lo regaño.

Oigo cómo gruñe, pero lo ignoro. Cuando logra quedarse en silencio, deslizo mi mano por su espalda como si esta fuera un enorme lienzo. Siempre me ha parecido que dibujar en la piel de otro es algo tan íntimo como un abrazo, o como una confesión en mitad de la noche. Algo que no le pides a cualquiera.

También es verdad que soy el único que tiene un estudio de tatuaje en kilómetros a la redonda y que muchos turistas acuden a mí con el objetivo de marcar algún recuerdo de su viaje para siempre.

—Joder, siempre te superas.

Cuando se levanta tras limpiárselo con suero y secárselo, James se mira en el espejo y comienza a posar para sí mismo, marcando músculos desde diferentes perspectivas. Pongo los ojos en blanco y me doy la vuelta para empezar a recoger el material.

—Ahora sí —interrumpo su momento narcisista—. ¿Qué decías? —le pregunto mientras le aplico un poco de crema cicatrizante y se lo tapo con papel film.

—Que esta noche hemos quedado en el garaje para ensayar. Creo que a las diez.

—Allí estaré. Total, es viernes y no tengo mucho más que hacer en casa —contesto, alzando los hombros.

—Genial, Jack. Me encanta saber que somos tu última opción. —Se ríe.

—No es eso. —Niego con la cabeza, aunque no doy ninguna explicación, porque sé que, en el fondo, solo me está vacilando.

—Gracias por el *tattoo*, tío. ¿Cuánto es?

—Una cerveza esta noche.

Al decirlo, sus ojos se encienden con un brillo propio.

—Sabía que no podías ser tan tacaño. —Su carcajada llena el estudio.

Me da un abrazo rápido, al que yo no sé corresponder del todo, antes de ponerse la camiseta de nuevo.

—Eres el mejor.

—Deja el peloteo. Este es el último tatuaje gratis que te llevas de aquí —miento.

Y aunque mi voz intenta sonar seria, mi amigo sonríe sin creerse ni una palabra. En realidad, él me ha prestado tantas veces dinero a lo largo de nuestra vida que ya he perdido la cuenta. Regalarle tatuajes es lo menos que puedo hacer por él.

—Lo que tú digas. —Me dedica una reverencia cuando ya está en la puerta—. ¡Nos vemos esta noche!

Dos horas después, termina mi jornada y salgo del local con unas ganas inmensas de llegar a casa. Los viernes son liberadores. Necesarios, incluso. Saber que en dos días no vas a levantarte temprano o a tener que pasar tiempo con desconocidos durante horas, para mí, suena mejor que el concierto de 1983 que dieron los Dire Straits en Londres.

No puedo decir que odio mi trabajo; de hecho, me gusta. Pero no hay un vínculo directo con mis pulmones. Simplemente es un medio que consigue que llegue a fin de mes y que mi nevera esté llena.

Desde pequeño, he pasado las horas muertas dibujando. Me parece una expresión artística increíble, aunque tenga claro que mi pasión se encuentra ligada a la música. Cuando era niño, no soñaba con hacer tatuajes de banderas suizas a cientos de turistas; en cambio, estaba obsesionado con todas las canciones que iba descubriendo a escondidas. Mi casa solía estar sumida en el silencio y escuchar nuevos grupos, tanto dentro como fuera de ella, era tan peligroso como emocionante. Pedía discos todas las Navidades, aunque después nunca llegaran, y mis primeros ahorros fueron para comprar una guitarra. Seguramente fuera la peor del mercado, la única que podía permitirme, pero, cuando me encerraba en mi cuarto y mis dedos experimentaban en sus cuerdas, sonaba a libertad.

Existe el error generalizado de pensar que aquello que nos proporciona dinero tiene también que realizarnos como personas, cuando lo realmente importante para nosotros es lo que ocupa nuestro tiempo libre; a esto es a lo que hay que prestarle atención. Algo así solo puede venir desde dentro: en algún punto escondido entre los pulmones y el corazón. Algo así solo sale a la luz cuando de verdad nos encontramos con el tiempo y las ganas suficientes.

Mis pensamientos se desvanecen a medida que me acerco a mi destino. Justo antes de meter la llave en la cerradura de casa, oigo a Venus ladrar y arañar la puerta con sus finas y largas patas. Aunque ya no sea un cachorro, es una galga que sigue conservando la inocencia que me enterneció el día que la adopté.

—Ya estoy aquí —susurro, a la vez que su cuerpo se abalanza sobre mi pecho, sin dejar de ladrar—. Lo sé, lo sé. Yo también te he echado de menos. Dejo la mochila y salimos, ¿vale?

Vuelve a ladrar en respuesta y sus ojos brillan de felicidad. Todos los días, a las cinco de la tarde, damos nuestro paseo más largo del día. Vivimos en mitad de la montaña y a Venus le encanta correr campo a través sin miedo a cruzarse con nadie por el camino. Al fin y al cabo, creo que los dos nos parecemos en eso de poseer un alma solitaria.

No podríamos vivir el uno sin el otro, pero sí prescindir del resto del mundo un ratito al día.

Justo cuando estoy viendo cómo me trae un palo de madera en la boca, comienza a sonarme el móvil.

—Dime, Anna.

—Jack, ¿te pillo bien?

—Sacando a Venus. ¿Pasa algo?

—No te robo mucho tiempo. —Aunque no vea su rostro, sé que está sonriendo en estos momentos. La conozco demasiado bien—. Oye, no te enfades, pero puede que recibas un mensaje hoy de una chica.

—¿Una chica? —Mi voz se tensa al mismo tiempo que lo hace mi estómago—. Ya hemos hablado de esto, Anna. Yo no necesito citas con ninguna...

—No es una cita —me interrumpe al instante—. El otro día nos comentaste que querías poner un anuncio para compartir casa y, bueno, una clienta del hotel está buscando un lugar para pasar el verano. Casi no la conozco, pero parece maja.

—¿Parece maja? —Intento procesar la información, pero no consigo entender cómo he pasado de amar la soledad que tenemos mi perra y yo a estar a punto de compartir mi espacio con una desconocida.

—Dijiste que te iría bien el dinero —vuelve a insistir.

—Sí, es verdad. Pero eso no te da derecho a entrevistar a una desconocida para ver si encaja en mi casa.

—No seas exagerado. Siempre puedes decirle que no, pero por lo menos deja que vaya a visitar la cabaña. —Su voz se torna dulce y logra ablandarme lo suficiente para aceptar. Mi silencio le desvela que ha ganado—. ¡Gracias! Seguro que, cuando la conozcas, cambias de idea. Te veo luego en el garaje, ¿no?

—Sí, pero...

—¡Tengo que dejarte!

Un sonido impersonal me anuncia que mi amiga ha colgado el teléfono.

«Genial».

Respiro hondo y cierro los ojos. El ambiente huele a lluvia, aunque aún no haya empezado a diluviar. Niego con la cabeza antes de volver a centrarme en Venus, que no ha parado de dar vueltas a mi alrededor en busca de atención.

—¿Has oído, chica? —le digo mientras acaricio su morro blanco—. Tal vez tengamos visita en breve. Lo sé, a mí tampoco me hace ninguna gracia.

Volvemos a casa y, tras una ducha, me siento en el sofá y retomo el libro que estoy leyendo desde hace una semana. Un *thriller* en el que sigo pensando cuando estoy en el trabajo o fuera de casa. Vamos, uno de los buenos.

Miro por la ventana y la lluvia comienza a bañar la zona. Desde el salón, puedo ver a lo lejos el tren amarillo que sube desde Lauterbrunnen a Wengen. Ahora estará repleto de excursionistas tristes porque no van a poder disfrutar de las vistas que ofrece el

mirador. Lo que no se esperan es que un día como este, imprevisible y cubierto de nubes, puede ser incluso más espectacular que uno soleado.

Me relajo y me sumerjo de nuevo en la lectura, donde los minutos son segundos y la vida real pasa a mayor velocidad. No tengo ni idea de cuánto tiempo estoy siguiéndole la pista al asesino de la historia. Entonces levanto la vista de la novela y veo que son casi las ocho y media y que he quedado con los chicos en un rato.

Busco la guitarra por la habitación, cojo una chaqueta fina y salgo por la puerta justo después de acariciar las orejas de Venus durante unos segundos.



El «garaje» lleva siendo nuestro lugar de encuentro desde hace años. En realidad, es un cobertizo que tiene Peter en la parte trasera de su casa, pero todos acordamos llamarlo de ese modo porque sonaba mucho más *underground*.

Y porque teníamos diez años menos y mucha tontería encima, por eso también.

Aquí grabamos nuestro primer y único disco. Afianzamos nuestra amistad cuando todavía no sabíamos que iba a seguir tan fuerte años después. Aquí hemos arreglado el mundo con una cerveza en la mano y hemos reído hasta dejarnos la garganta por el camino.

Por todo ello, no me imagino un viernes con otro plan que no sea pedir pizzas y tocar con el grupo durante horas.

—¡Hombre! Pero si es míster compañero de piso. —El comentario de James hace que quiera marcharme casi antes de entrar.

Le lanzo una mirada a Anna, quien se ríe y pide perdón en silencio al mismo tiempo.

—Sin comentarios —respondo.

—Oye, fuera bromas —añade Peter—, me parece cojonudo que puedas ganarte un dinero extra este verano. Simplemente tienes

que ceder una habitación. Y la casa es enorme —añade—, ni siquiera tenéis por qué coincidir en el mismo espacio.

—No es una idea tan horrible —digo algo reticente—, pero odio enterarme de algo así de un día para otro.

—Míster previsor —suelta James.

—Míster gilipollas.

El comentario me sale del alma, lo que provoca una carcajada general que se me contagia por el aire.

—Ya hemos pedido las pizzas —me dice Anna.

—Da tiempo a tocar un par de canciones antes de que lleguen. —Peter sonríe.

—Tocad «Eternal Light» —nos pide Anna, acomodándose en el sillón de terciopelo azul desde el que tantas veces nos ha escuchado.

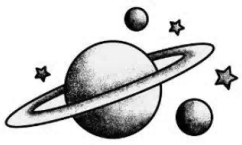
Y así es como, un viernes más, recreamos un concierto íntimo en el que queda espacio para los gritos, las improvisaciones y todas aquellas letras que al fin nos atrevemos a cantar fuera de nuestros cuadernos.

Porque este garaje es el único rincón de Suiza en el que nadie nos juzga.

Y si queremos participar en el festival de verano de Brienz sin que la ansiedad nos coma por el camino, la única manera es hacerlo como si fuéramos uno.

Capítulo 6

«Country House», Blur



Olivia

La línea que separa los sueños de las pesadillas, en ocasiones, es excesivamente delgada. Todo puede cambiar en una milésima de segundo: cuando abres los ojos y te das cuenta de que aquello que estabas abrazando hace un momento se ha desvanecido como el humo.

Al principio, me cuesta entender dónde estoy, qué cama me roza la piel, adónde pertenecen las vistas que me rodean... Camino por esa línea delgada en la que aún no sé qué es real y qué no. Me agarro a los recuerdos como si no pertenecieran al pasado hasta que la realidad me golpea de pronto.

«Ya no está», susurra mi mente.

Solía tener pesadillas las primeras semanas sin él... aquellos días en los que la casa me ahogaba y el tiempo se había quedado parado en un punto fijo del reloj. Debe de ser que ahora, tan lejos de Nueva York y de los míos, los malos sueños han vuelto de nuevo.

Es horrible pensar que, cuando hace unos segundos aún tenía los ojos cerrados, estaba abrazando a Sam en el sofá. Sonaba un disco de Jefferson Airplane y los dos reíamos por algo que no llego a recordar. El salón olía a palomitas, porque siempre creíamos que era un buen momento para hacerlas en la sartén; la luz del atardecer se

colaba por la ventana y parecía que no existía vida humana fuera de esa habitación.

Era... sencillo. Siempre que sueño con su recuerdo lo es. Revivo pequeños momentos que conformaban nuestro día a día. Nada de grandes conciertos, viajes espectaculares o deseos imposibles. No. En esos sueños (susceptibles de ser pesadillas al terminar), somos nosotros horneando galletas, Sam componiendo sentado junto a la ventana mientras yo lo miro impasible, un sexo mañanero y tierno, una cena precocinada con nuestra serie favorita de fondo... Es una rutina que duele demasiado y que hoy ha vuelto a abrir la herida bajo la piel.

El sueño ha resultado tan nítido como inalcanzable. Y cuando me he despertado, he sentido que se rompía en miles de pedazos sobre mi cama. Minúsculos. Imposibles de recomponer.

La calidez de su recuerdo se ha congelado, como la cima de las montañas que descansan al otro lado de la ventana. Cuando miro el espejo vertical que descansa frente a la cama, este me devuelve una imagen cansada y desorientada de mí misma. Es ahí cuando me doy cuenta de que los sueños son una especie de veneno muy peligroso.

Son un engaño que te hace anhelar aquello que no tienes y, a la vez, una esperanza que cae en picado justo cuando tus ojos se abren de golpe.

Pienso inmediatamente en mi madre y en lo enfadada que debe de estar conmigo por haberle enviado solo un mensaje desde que llegué a Suiza. Anoche encendí el móvil y escribí a tres personas: a Noah, a un desconocido y a ella. Después apagué el teléfono por temor a que saliera ardiendo con sus llamadas de vuelta.

No sé explicarlo, estar tan lejos de casa me produce una sensación agridulce. Por un lado, me siento diminuta, pero, por otro, son los problemas los que se hacen pequeños en un lugar tan grande. Como si fuera imposible que la ansiedad que me provoca mi vida ahora mismo pudiera competir con la altura de las cascadas o con el verde de las montañas.

Es prácticamente imposible.

Enciendo el móvil con miedo, lo reconozco. Entonces, como si estuviera esperando que lo hiciera, una llamada entrante de mi

madre aparece en pantalla. Dudo unos segundos en si cogerlo o no, pero en realidad extraño mucho cualquier voz familiar.

—Hola, mamá —la saludo avergonzada.

—¡Menos mal! —exclama, tal y como había imaginado—. ¿Tú eres consciente de la cantidad de veces que te hemos llamado? Te vas al otro lado del mundo y crees que la mejor idea es apagar el teléfono y dejar que el resto nos imaginemos lo peor. —La oigo resoplar, calmándose a sí misma—. Dime que estás bien.

—Estoy bien —sollozo—. Lo siento, ¿vale? Necesitaba desconectar de todo.

—¿Estás llorando, cariño?

—No... Bueno, sí. Es que he tenido un sueño horrible.

—Ay, Olivia. —Suspira, pero no dice nada más durante un buen rato. Ambas nos quedamos en silencio, compartiendo nuestras respiraciones como único lenguaje—. Sé a lo que has ido a ese país —añade entonces. Su voz se torna algo más seria, pero el cariño no deja de impregnar su tono—. Nueva York era un saco enorme de recuerdos y no podías respirar allí, lo entiendo. Pero, por favor, no te olvides de que tienes una familia.

—No lo olvido. —«Ni en cien años podría olvidarlo. Ni con un hechizo desmemorizante»—. Lo siento, ¿vale? Pero te recuerdo que tengo veintiséis años.

—Lo sé. —Un silencio me desvela que se debate entre seguir con la regañina o cambiar el rumbo de la conversación—. Bueno, ¿qué? ¿Cómo es todo aquello?

Su pregunta dibuja una sonrisa débil en mis labios. Y noto crecer algo parecido a la ilusión dentro de mi pecho, aunque ya no recuerde bien cómo era ese sentimiento.

—Esto es precioso, mamá —me sincero—. No he tenido tiempo de ver casi nada, pero en cuanto pones un pie aquí la naturaleza te come entera.

—¿Es como aparece en la tele?

Su pregunta me hace gracia.

—Es mil veces mejor.

Le describo el pequeño pueblo en el que estoy y cómo está abrazado por las montañas. Le explico que los colores son más

intensos que en cualquier otra parte de la tierra. También le hablo de la recepcionista y de Jack, lo que me hace preguntarme si habrá leído mi mensaje.

Esto se lo cuento con recelo porque temo no estar haciendo lo correcto. Igual mi madre piensa que es un error o que no estoy preparada para vivir con un desconocido después de todo lo que ha pasado. Sinceramente, lo que más miedo me da es decepcionar a la única persona que ya no está aquí.

Mi madre solo tarda cinco segundos en demostrarme, una vez más, que le da mil vueltas a la idea preconcebida que tengo sobre ella.

—Cariño, te voy a decir una cosa. —Y yo cierro los ojos de manera suave—. Eres la persona más valiente que conozco. Quiero que me lo cuentes todo porque tu padre y yo no podríamos querer menos para ti. —Sus palabras me hacen abrir los ojos—. No olvides llamarnos, pero, sobre todo, no permitas que ese viaje se quede a medias. Escribe, haz fotos de todo, conoce a gente nueva, escucha música cuando estés lista. —Esto último me hace sentir acompañada. El simple hecho de que entiendan mis bloqueos y se acuerden de ellos me produce una satisfacción enorme—. Estoy segura de que las canciones pueden adquirir nuevos significados cuando las escuchas atravesando otros paisajes.

—Vale. —Es lo único que consigo decir al cabo de unos segundos.

No porque no tenga nada más que contestar, sino porque, en ocasiones, no hace falta poner en palabras lo que la otra persona ya ha entendido hace tiempo.

Nos despedimos con un nudo en la garganta y me alegra saber que mi madre, aunque sea de otra generación, solo quiere que consiga volver a ser yo. Incluso me incita a ser una nueva persona sin perder mi esencia. Y su llamada devuelve a la habitación la calidez que se había llevado la pesadilla.

Rápidamente, leo por encima los mensajes recibidos y me paro en dos de ellos. El primero es de Noah.

¡Oli! Nos alegramos mucho de que hayas llegado bien. No vamos a presionarte, pero MANDA FOTOS. 😊 Y come fondue, a Sam le encantaba. Disfruta de esta aventura y no olvides que tu banda (porque ahora es tuya) estará aquí esperándote. Pórtate bien.

«Porque ahora es tuya». Mi mente sabe leer esas palabras a la perfección.

Me siento muy afortunada por tener los amigos que tengo y ese mensaje significa más de lo que parece. Yo leo entre líneas y entiendo: «Ahora que él no está, tú eres esa voz que lo mueve todo», «Confiamos en ti tanto como para estar a punto de perder un contrato discográfico», «Si tú no saltas, nosotros tampoco...» y un montón de declaraciones más que consiguen que mis ojos comiencen a llorar y mis labios se curven hacia arriba.

Le contesto que prometo enviar fotos de todo y hago una captura de las vistas de la cascada que hay desde mi habitación. La envío y sigo revisando los mensajes pendientes.

El otro texto en el que reparo es de Jack. No aparece su nombre porque aún no he guardado su contacto, pero sé que es suyo por el prefijo suizo. Releo mi mensaje antes de ver su contestación.

Hola, Jack. No sé si tu amiga (perdona que no sepa su nombre) te ha hablado de mí. Soy Olivia y he venido a Suiza a pasar todo el verano, pero no tengo muy claro dónde voy a quedarme. Ella me comentó que alquilas una habitación y me gustaría pasar a verla, si te parece bien. Estoy en el hotel durante tres noches, por lo que, si pudieras tener un

hueco mañana, sería genial.
Muchas gracias. 😊

Hola, Olivia. Ya me lo ha comentado todo. Si quieres, mañana puedes pasarte sobre las cinco de la tarde.

Ya está. Su mensaje es escueto, directo y algo seco. Al menos, esa es la sensación que me ha transmitido. Pero no le doy más vueltas antes de mirar el reloj y ver que marca las doce del mediodía, por lo que tengo cinco horas hasta la visita.

La visita a... «¿Dónde está la casa de Jack?». Caigo en la cuenta de que ni siquiera tengo su dirección, por lo que me dirijo a la recepción con la esperanza de que esté su amiga y pueda proporcionármela. Podría escribir a Jack de nuevo, pero, no sé, no me ha dejado esa brecha de comunicación muy abierta.

Por suerte, encuentro a la chica de ayer gestionando unas reservas y, con una sonrisa que esconde demasiadas cosas, accede a darme la dirección exacta de su casa y me explica el camino que tengo que hacer para llegar.

Las directrices son claras: unos minutos andando, un tren que sube por las montañas y una pequeña senda que desemboca en «la casa de las flores violetas». Solo espero que todo ese camino merezca la pena.



Después de ducharme y ponerme un vestido blanco hasta los pies, salgo a la calle con el pelo mojado y unas gafas de sol de ojos de gato. El calor es intenso a esta hora de la tarde, por lo que compro una botella de agua fría y me dirijo sin rumbo donde el resto de los turistas parecen estar observando algo increíble.

Dicen que Lauterbrunnen es el pueblo de las setenta y dos cascadas, aunque en estos momentos solo tenga una frente a mí, imponente y repleta de vida. Hay algo hipnótico en observar el agua caer mientras el resto del mundo parece haber perdido el movimiento.

Hago una foto para mandársela más tarde a los chicos y sigo caminando por una ruta que bordea el pueblo durante dos horas. No me doy cuenta de que no he intentado ocultar mi cara hasta que veo a un grupo de chicas mirarme desde lejos. Al menos, a mí me da la sensación de que soy su foco de atención.

Las inseguridades comienzan a ganar terreno y vuelvo a creer que estoy en la gran ciudad, expuesta a cualquier comentario o intervención para los que no estoy preparada. Bajo la vista mientras me dirijo a un banquito que hay junto a una fuente. Me siento estúpida intentando esconderme, pero esas jóvenes no dejan de mirarme y hablar entre ellas. Quizá sean norteamericanas. Quizá estén comentando lo blanca que está mi piel en pleno verano, o lo desmejorado que está mi rostro ahora. No lo tengo claro, pero mi ansiedad consigue que todas las teorías de mi cabeza se centren en que me han reconocido.

Entonces veo que sacan una cámara de fotos. Cuando pienso que el disparo va a ser en mi dirección, me sorprende ver que se hacen un selfi con una de las cascadas de fondo y continúan su camino. Ya está. Nada de acosos, comentarios inapropiados o fotografías de extranjis que luego acabarían en un maldito blog.

«Olivia, aquí eres pequeña. Entre toda esta grandeza, es más difícil que alguien te encuentre», me susurra mi mente.

Me relajo al instante y miro al cielo.

No sé qué espero hallar ahí arriba, pero desde que Sam no está no paro de alzar la cabeza e intentar encontrar allí una señal que me asegure que no estoy sola.

Cuando llevo un par de horas caminando, comprendo por qué él estaba enamorado de este lugar, por qué me hablaba con tanta pureza de él; sobre todo de este pequeño pueblo perdido en las montañas. Durante la ruta, he creído estar en el paraje de cualquier novela de fantasía... He caminado junto a una vaca, a solo unos

centímetros de distancia; he visto cómo las nubes han bajado hasta mezclarse con las montañas, y he entrado en las únicas cuevas del planeta que siguen recibiendo agua de un glaciar. Simplemente, este lugar parece infinito.

Y esa melodía sin nombre que comenzó a sonar cuando bajé del avión vuelve con más fuerza a mi cabeza.

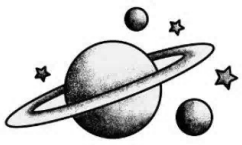
Los edificios de Nueva York ahora me parecen todos iguales, aburridos y sin vida. En cambio, no dejo de pensar en todo lo que puedo descubrir en el país que huele a lluvia constantemente.

Algo más animada y menos perdida, vuelvo al hotel por el increíble camino que he tomado a la ida. Me cambio —otro vestido largo—, como un sándwich que compro en una de las tiendecitas del pueblo y me dirijo a mi cita con Jack.

Creo que, si su casa tiene una pizca del encanto que rodea este pueblo, no voy a querer pasar el verano en otro sitio que no sea ese.

Capítulo 7

«Strangers», The Kinks



Olivia

En Nueva York, buscar piso es como asistir a una entrevista de trabajo continua. Cada cual más difícil que la anterior. Todavía recuerdo lo que nos costó conseguir el apartamento de Manhattan cuando Sam y yo decidimos independizarnos de los chicos. Medimos cada movimiento, gesto corporal y palabra en aquella cita para ser los mejores inquilinos posibles. La mujer de la inmobiliaria nos contó que éramos más de veinte personas compitiendo por el mismo apartamento, pero, al final, nos eligieron a nosotros.

Al bajarme del tren y comenzar a caminar por un sendero totalmente aislado, vuelvo a sentir el contraste entre ambos lugares. Dudo mucho que, en un rincón tan apartado de la sociedad como es este, aparte de mí, haya alguien interesado en compartir vivienda con Jack.

Por el camino, no solo he comenzado a imaginarme cómo será la casa, sino que también he tenido curiosidad por cómo será él... cuántos años tendrá, si será amable o si, en cambio, tendrá una personalidad oscura. Al fin y al cabo, no sé nada de él salvo que «es un poco cascarrabias, pero tiene un corazón enorme».

En los cuentos clásicos casi siempre que aparece un hombre viviendo solo fuera del sistema, en una montaña o en un castillo abandonado, se debe a que ha tenido un pasado gris y tortuoso. No

sé si será el caso de Jack; aun así, un escalofrío me recorre la piel al pensar en tal posibilidad.

«Deja de montarte películas», me susurra mi subconsciente.

No me hace falta mirar el GPS del móvil para saber si estoy cerca porque ante mí se alza una casa increíble de tres plantas, decorada en cada balcón con flores violetas. Sin ninguna duda, sé que estoy frente a la cabaña de Jack. Es absolutamente preciosa y el marrón de la madera que la cubre destaca aún más en un día lluvioso como hoy.

No hay ninguna otra vivienda a la vista, por lo que vivir ahí dentro debe de ser similar a ocupar una nave espacial, a tener la certeza de que nadie más tiene acceso a tu escondite.

Mis cuentos mentales se esfuman en el momento en el que un galgo negro y blanco corre hacia mí y me recibe con más cariño del que soy capaz de devolverle. Parece que no tiene mucha edad y mueve la cola a mi alrededor, demandando mi atención.

—Hola, bonito. —Le acerco la mano al morro, esperando que me huela—. ¿Quieres que te acaricie?

Ladra en respuesta y me agacho a su altura para enmarcar su fina cara entre mis manos.

—¡Venus! —Una voz áspera suena desde la entrada de la cabaña.

—Creo que te llaman —le susurro a la que parece ser una hembra.

Me pongo en pie, dudando si seguir a la perra hasta la puerta o darme la vuelta y volver al hotel en el que me estoy alojando. No estaba nerviosa durante el trayecto; ahora, en cambio, me tiemblan las piernas de manera inconsciente. Parezco una adolescente justo antes de un examen importante.

—Tú debes de ser Olivia.

Mis ojos siguen a la voz grave, que ya no está tan lejos, pero que no ha terminado de acercarse a mí. Levanto la vista hasta ver al dueño esperándome a solo unos metros. No sabría definir con una palabra la impresión que me llevo al mirar a Jack por primera vez. Es sencillo y grande, como las montañas que lo rodean, pero, al mismo tiempo, intuyo la complejidad que guarda dentro... como si fuera un enigma que nadie se ha atrevido a resolver antes. Es bastante alto, con el pelo ondulado y castaño claro algo revuelto; lleva una barba

recortada y parece ir vestido con lo primero que se ha encontrado en el armario. Se nota que es de la clase de personas que tienen un estilo muy definido aun sin pretenderlo.

—Soy Jack. Jack Evans.

Cuando me acerco un poco más a él, puedo ver que sus ojos son del color de la miel. También percibo que no está del todo conforme con mi visita, pero prefiero no sacar conclusiones precipitadas.

—Encantada.

Nos estrechamos la mano brevemente antes de dirigirnos a la casa.

Por fuera, la cabaña tiene un porche con dos sillones y varias plantas decorando la valla que la circunda. Lo único que pienso es que no se debe de estar mal ahí en plena noche, arropada con una manta de lana sobre las piernas y otra de estrellas sobre la cabeza.

—Bueno, no sé si esto es lo que estás buscando —me dice, algo distante—. Voy a enseñártelo todo y vemos si cuadramos.

Ojalá supiera interpretar lo que transmite su voz exactamente, pero me reafirmo en que no está seguro de querer compartir su espacio. Parece incómodo; un pez fuera del agua luchando por sobrevivir.

Entonces, ¿por qué Anna me dio su número?

—Genial —contesto ligeramente cohibida.

—Este es el salón —anuncia cuando entramos—. Venus tiene una parte de él bajo su dominio.

Me señala un rincón en el que una cama enorme de perro y varios juguetes están esparcidos por el suelo.

—El resto podría ser nuestro.

Nuestro. Me pierdo en esta palabra más tiempo del que me gustaría. Su rostro, en cambio, no ha mudado la expresión desde que he llegado, por lo que me cuesta leer lo que está pensando realmente.

—Me encantan los animales, así que no hay ningún problema. —Sonrío.

Asiente sin decir nada más y caminamos por el salón en silencio mientras me fijo en cómo los libros se apilan en cada rincón. No hay un orden claro, pero dentro de ese caos existe un matiz acogedor. La

chimenea de piedra, el sillón Chester que hay frente a ella, la alfombra de tonos marrones que cubre parte del parquet... Todo lo que me rodea son pistas esparcidas de cómo es la personalidad de Jack.

—¿Pasamos a la cocina? —Su voz vuelve a pillarme desprevenida.

Asiento en silencio, sin dejar de analizarlo todo. Reconozco que siempre he tenido una pequeña obsesión por las cocinas, llegando a convertirse en el centro neurálgico de todas las viviendas por las que he pasado. Si no cumple ciertos estándares, me cuesta mucho verme viviendo ahí. Un requisito podría ser que sea lo suficientemente grande para cocinar una tarta de manzana mientras también horneo galletas de chocolate y *muffins* de arándanos.

«Ya no me acuerdo de cuándo fue la última vez que cociné algo con mis propias manos», pienso con tristeza.

Entonces, entramos en la cocina más bonita que he visto nunca y me visualizo sin esfuerzo con las manos manchadas de harina y un moño despeinado salpicado por el chocolate. Muebles de color azul agua marina, macetas de cerámica con flores blancas reposando en el borde de la ventana, una isla de madera rodeada por taburetes altos, las vistas de los Alpes al otro lado del cristal... Absolutamente todo está bien en esta cocina.

—Es una pasada —digo.

—Me alegro de que te guste.

Ambos parecemos nerviosos, como si no supiéramos cómo comportarnos con el otro. Si obvio la tirantez de Jack, sigue existiendo algo en este lugar que me invita a quedarme. Quizá es el olor a café que impregna toda la casa o el hecho de saber que estoy muy lejos del ruido. Lo cierto es que me parece curioso que alguien tan austero como él haya podido poner tanta alma en cada rincón de la casa. Estoy a punto de decírselo hasta que reparo en que su actitud sigue impasible ante mi presencia.

«Parece que le cobren por hablar», mascullo para mis adentros sin llegar a entender su actitud.

Continuamos la visita, en la que Jack me enseña el baño de la planta baja y el de la segunda planta, la habitación en la que dormiría y el patio trasero de la casa. En este hay un columpio

antiguo y una caseta de madera que imagino que pertenece a Venus. Me parece muy tierno que más del cincuenta por ciento de esta casa sea para ella. Pero me lo parece aún más que alguien como Jack haya contribuido a que sea posible.

Cuando volvemos al punto de partida, él carraspea antes de hablar.

—Y eso sería todo.

Se toca la nuca, evitando mirarme fijamente a los ojos. Me da la sensación de que tiene prisa por verme salir por la puerta.

—Es una casa preciosa.

No sé muy bien qué más decir. Desde el momento en el que he puesto un pie en este sitio, he sabido que sería estúpida si lo dejara pasar. El problema es que él es la persona que tiene la última palabra. Espero impaciente a que dé el paso, ya que es quien busca compartir su hogar, pero no dice nada. Sus palabras están resguardadas en la garganta y piensan quedarse ahí.

—Creo que es el lugar perfecto para pasar el verano. No creo que encuentre nada mejor —insisto, cada vez más incómoda.

La desconfianza que traía conmigo se ha ido quedando en cada uno de los rincones de la cabaña: arropada bajo la manta del sofá, dentro de uno de los libros del salón, montada en el columpio del patio... No tengo ninguna duda de que, si logro quedarme aquí todo el verano, quiero que este sea el sitio que me acoja.

Los ojos de Jack se posan en los míos demasiado tiempo. Creo que están intentando colarse dentro de mi retina para adivinar algo más sobre mí. Quizá no le doy buena espina o no está seguro. El caso es que su gesto se ha ablandado ligeramente al ver que mi pie derecho no deja de moverse nervioso. Ahora sus cejas están relajadas y ya no parece enfadado con el universo.

—¿Tienes algún problema con el silencio y la oscuridad absoluta en plena noche? —Es la única duda que me lanza.

Medito unos segundos qué decir antes de contestar:

—¿No?

Mi respuesta suena a pregunta. Puede que estemos jugando a un juego que no entiendo, pero ¿a quién le molesta el silencio absoluto? ¿Y la falta de luces en plena noche?

Me examina una vez más de una manera nueva. Sus labios no se han curvado ni un ápice desde que lo he conocido, por lo que sigo sin saber qué pasa por su cabeza. Bajo la vista al pensar que ha llegado el momento en el que va a poner alguna excusa para descartarme. Es entonces cuando se mete las manos en los bolsillos, suelta un suspiro y termina diciendo impasible:

—Bienvenida a casa, entonces.

Noto cómo suelta todo el aire que tenía guardado en sus pulmones. Lo hace en una mezcla extraña entre resignarse a compartir casa con la desconocida que le ha buscado su amiga y lanzarse a un cambio que le provoca intriga. Aunque no dejan de ser suposiciones, ya que no conozco de nada la personalidad de Jack Evans. Simplemente me la imagino.

Nos sostenemos la mirada unos segundos más. Por fuera, sonrío en señal de agradecimiento, pero por dentro me enfrento al paso que acabo de dar. Por mucho que intente tomarme la vida con calma, es increíble cómo el mundo no deja de girar mientras yo solo necesito un respiro.

—Gracias. —Sonrío de forma tímida.

No es momento para pensar en los golpes que me he llevado por el camino, sino para centrarme en lo que me podría deparar una casa repleta de flores violetas. Y justo cuando empiezo a vislumbrar ese futuro a corto plazo, es inevitable creer que no hay mejor lugar que este para calmar el dolor.

Capítulo 8

«She’s a Rainbow», The Rolling Stones



Jack

En algún punto de nuestro encuentro, mis labios han decidido hablar por sí solos e ignorar mi cabeza. Antes de que Olivia llegara, tenía claro que iba a rechazarla con cualquier excusa que inventase en el momento, pero algo ha impedido que lo hiciera.

Aún sigo preguntándome cuál ha sido el detonante.

La primera vez que la he visto, me ha parecido una chica sin ningún tipo de preocupaciones. Una turista que solo busca pasarlo bien durante el verano, como tantos otros que vienen a Suiza en esta época del año. Su forma de vestir me ha recordado a los años setenta, con ese vestido hasta los pies y la melena larga, pelirroja y despeinada. También llevaba unas gafas de pasta blanca que no se pondría cualquiera. Me he fijado en que algunos tatuajes pequeños decoraban sus brazos, aunque no he llegado a ver qué representaban. Podría decir que, en conjunto, me ha parecido una especie de artista perdida que está buscándose a sí misma en los Alpes. Es un escenario más común de lo que parece.

Al verla interactuar con Venus, he pensado en un arcoíris capaz de mezclar colores bajo la lluvia. Por algo tan simple como que el cielo estaba gris y su ropa conseguía romper con la monotonía.

Al rato se ha quitado las gafas de sol y, al mirar sus ojos verdes, me he dado cuenta de la tristeza que pretendían esconder. Ahí he comprendido que la imagen despreocupada y divertida de ella que se había formado en mi cabeza seguramente fuera solo un escudo. Es cierto que durante toda la visita ha intentado sonreír o hacer algún comentario que tapase el silencio, pero su mirada seguía contándome historias que no he sido capaz de descifrar.

Es extraño. Nunca se me ha dado bien leer a las personas ni he tenido tampoco interés en hacerlo —seamos francos—, pero Olivia me ha parecido un libro abierto desde el minuto uno.

Un libro que leería.

Quizá por ello estoy en mitad del salón, contrariado y sin entender muy bien qué acaba de pasar. Dicen que, por mucho que intentes instaurar unas normas en tu vida, esta va a terminar siendo imprevisible. Tan incontrolable como un enorme vendaval en tus manos. Lo último que había planeado era compartir casa con una pelirroja de ojos tristes; sin embargo, algo durante la visita la ha convertido en vendaval y yo... yo simplemente no he podido refugiarme a tiempo.

Hace ya muchos años, cuando me fui de Nueva York con la idea de no volver nunca, lo único que quería era escapar. Necesitaba experimentar si la soledad era mejor que una compañía que dolía demasiado. Entonces, apareció la primera traba a mi plan: James. Insistió en que, si yo dejaba la gran ciudad, él vendría conmigo.

Llevábamos siendo amigos desde la infancia y no conocíamos lo que era una rutina sin el otro, pero su decisión me hacía sentir culpable. Al fin y al cabo, su familia no tenía nada que ver con la mía. Su felicidad nunca se había visto amenazada y en ningún momento había necesitado huir de todos los recuerdos que había creado en Nueva York. ¿Cómo podía permitir que se alejara de una ciudad que iba a echar de menos?

Al principio no me pareció la mejor idea, pero tengo que reconocer que, sin él, Suiza hubiera sido un lugar aterrador... al menos los primeros meses, cuando no tenía trabajo, ni dinero en los bolsillos, ni sentimientos a los que agarrarme.

Resulta que en Nueva York me los habían robado todos; se habían colado debajo de mi piel hasta no dejar ni uno intacto. Por ello, después de una lucha infinita decidí elegirme antes de que fuera tarde. En aquella época, me costaba saber quién era exactamente. Mi autoestima estaba enterrada bajo tierra y, sobre todo, me sentía agotado. Si no hubiera sido por el cabezota de James y sus ganas de cruzar el charco conmigo, no sé qué habría sido de mí.

Fue en el primer año que pasamos aquí cuando me di cuenta del poder que puede tener una personalidad positiva como la suya. James se reía todos los días aunque no tuviéramos ningún motivo para hacerlo. Y, poco a poco, fuimos sintiéndonos menos extraños y más vecinos de este lugar.

Lo comparo con el hecho de convivir con Olivia y no sé cómo sentirme al respecto. He aprendido a vivir solo a lo largo de los años. Me he acostumbrado a no necesitar a nadie para salir adelante o para convivir con las horas del reloj en calma. Al llegar aquí, ni siquiera viví con mi mejor amigo más de lo necesario, porque él ya sabía, tanto o más que yo, que la convivencia no es mi mejor virtud. Y que soy esa clase de persona que, si no tiene el suficiente espacio, se ahoga.

Entonces, ¿por qué le he dado la bienvenida a una desconocida sin pensar en las consecuencias?

Puede que su acento norteamericano haya tenido que ver; o que ni siquiera haya preguntado por el dinero a la hora de alquilar la habitación, esto último me ha dado una pista de lo desesperada que está por encontrar un sitio en el que quedarse. Quizá todo se reduce a que, cuando he sospechado que necesitaba ayuda, he sido incapaz de ignorarlo.

Dentro de dos días, esta casa será menos mía. Ahorraré a final de mes, sí. Sin embargo, también dejaré de tomar café a solas todas las mañanas, y de leer en calma cuando el sol se ponga...

Justo cuando mi mente parece tener un nudo enorme de pensamientos, llaman a la puerta y me devuelven a una realidad algo más silenciosa. Venus lleva dormida un rato y, al otro lado de la ventana, el atardecer está cayendo despacio. Mi lectura actual sigue abierta encima de mis piernas sobre la misma página y,

sinceramente, lo único que me apetece es seguir leyendo. A estas horas, ya no esperaba ninguna clase de visita.

Pienso por un momento que Olivia quizá se haya olvidado algo y que esté al otro lado de la puerta, pero al abrir me encuentro con los ojos de James y Peter expectantes.

«Lo que me faltaba».

—¿Qué hacéis aquí?

Su única contestación se manifiesta en forma de sonrisa.

—¿En serio? —pregunto, mirando el reloj y comprobando que ya no son horas para esto.

—Necesitamos saber si todavía queda algo ahí dentro. —James señala mi corazón con guasa—. Y si has sido capaz de dejar a una pobre chica en la calle.

—Se puede ser dramático y luego estáis vosotros.

—¿Cómo era? —me pregunta Peter.

—En serio, tenéis una vida muy aburrida —les contesto cerrando la puerta cuando, por desgracia, ya han entrado.

—Entonces, ¿qué? —insiste James.

Pongo los ojos en blanco y me siento en el sofá marrón que está delante de la chimenea. Ellos han colocado dos sillas de madera frente a mí a cada lado del sofá, como si quisieran hacerme saber que no tengo escapatoria.

En el fondo, muy en el fondo, me hace gracia que se comporten como dos adolescentes cotillas en lugar de como dos treintañeros decentes.

—No sé qué queréis saber. —Me encojo de hombros—. Por no hablar de que, si hubiera sido un hombre el que hubiera venido a visitar la casa, no habríais movido el culo hasta aquí para averiguar nada.

—Venga ya, ¿se va a quedar o no?

—Sí, se va a quedar —murmuro, entre incómodo y molesto.

—Me debes veinte francos —oigo que le dice Peter a James.

—Joder, lo de que apostéis dinero sobre mi vida ya es demasiado hasta para vosotros —gruño.

—Estaba seguro de que no los iba a perder —me dice James, como si así quedase exento de toda culpa—. Pero, oye, así es la

vida.

—¿Y qué te ha parecido? —Peter vuelve a la carga—. Imagino que, si has decidido compartir tu templo con ella durante tanto tiempo, te habrá dado buenas energías.

«Un rompecabezas. Eso es lo que me ha parecido», responde mi mente por mí.

Ni siquiera he hablado con la casera para comentarle los cambios. Estoy seguro de que no va a poner ningún problema, pero esa no es la cuestión. Este no soy yo. No suelo improvisar ni guiarme por impulsos; aunque suene tremendamente aburrido, me gusta seguir las normas y trazar mapas invisibles para no salirme del camino.

Por eso, no tengo ni idea de cómo responder a la pregunta de Peter sin parecer un auténtico extraño para ellos. Me encantaría decirles que, cuando he conocido a Olivia, daba la sensación de que buscaba algo. Un tesoro que le costó encontrar y que acabó perdiendo de forma irremediable.

Y que ahora la que está perdida es ella.

—Era... —mido mis palabras para que mi respuesta llame la atención lo menos posible— maja.

—Bah —se desespera Peter entre risas—. Es imposible tener una conversación profunda contigo.

Sus palabras, aunque tienen un trasfondo familiar y cómico, me duelen más de lo que voy a admitir. Sé que no tengo una personalidad fácil y, aun así, mis amigos me quieren tal y como soy. Pero no me gustaría que pensaran que los diálogos que no soy capaz de exteriorizar tampoco se reproducen en mi cabeza.

Porque lo hacen.

Todo el tiempo.

Digamos que no soy el hombre con la inteligencia emocional más avanzada de la tierra; al menos, no en el plano social. Soy capaz de emocionarme leyendo un libro (lo hago casi a diario), de empatizar con sus protagonistas hasta el extremo y de comprender sus heridas. Pero en la vida real, todo es más complejo.

Se supone que somos los recuerdos y las experiencias que hemos vivido desde niños y, justamente, eso es lo que provoca que me

coloque una coraza cuando se da una situación en la que tenga que explicar cómo me siento.

Supongo que es mi manera de escapar del pasado y salir ileso.

—De todas formas, habréis venido por algo más —les digo—. No creo que hayáis movido el culo hasta aquí solo para saber cómo es la chica misteriosa que acaba de llegar al pueblo.

—Pues la verdad es que sí, aunque no te vamos a decir que no a una cena improvisada. —James alza las cejas contento.

—No tenéis ningún tipo de vergüenza.

—No te adelantes a los acontecimientos —me avisa James—. Lo que tenemos que contarte te va a alucinar.

Me quedo mirándolo con la credibilidad que se merece. Si está esperando a que suplique, lo lleva claro.

—No te vas a creer lo que acaba de pasar —me advierte, sin dejar de sonreír.

—Sorpréndeme.

Veo cómo ambos se miran cómplices. Hay brillo en sus ojos, pero es imposible que adivine lo que están a punto de decirme.

—Nos ha llamado la organización del festival. —La declaración de James me pone en alerta, como todo lo que tiene que ver con la música—. Ha habido una baja y ya no somos un posible, Jack, ahora formamos parte del cartel.

—¡No jodas!

Un impulso incontrolable hace que los tres saltemos sin parar en mitad del salón, con la mirada curiosa de Venus sobre nosotros desde el rincón.

Hemos trabajado muy duro para conseguir que la música tenga la presencia que merece en nuestro día a día. Sin pretensiones, sino por el placer que provoca coger un instrumento y experimentar con los colegas. Que nuestro grupo participe en el festival de Brienz no podría haber sido mejor noticia.

—Este verano promete —afirma Peter—. Dime que tienes muchas cervezas para celebrarlo.

—En la nevera —contesto, asimilando la noticia.

Se encamina hacia la cocina mientras James y yo compartimos una sonrisa sincera. Para aquellos dos chavales que llegaron a Suiza

perdidos y sin rumbo es casi un evento canónico ver sus nombres en el cartel de un festival.

—Ya solo falta que tú vivas un amor de verano para que el mundo parezca estar del revés —bromea.

Cuento hasta diez para no echarlo de casa antes de tiempo, pero no puedo evitar reírme con él y tirarle un cojín en toda la cara.

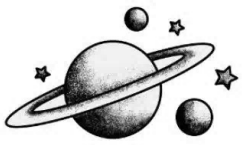
—No pueden pasar tantas cosas en un solo verano —le aseguro.

Con la noticia del festival sobrevolándonos, el nudo que sigue ocupando mi mente y todas las expectativas que ya se han empezado a formar entre cervezas, noto que el corazón ha empezado a latirme más rápido.

Lo que no tengo claro es que vaya a bajar su ritmo a partir de ahora.

Capítulo 9

«American Pie», Don McLean



Olivia

Esta noche no he tenido ninguna pesadilla que me haya despertado de madrugada, tampoco la noche anterior. He dormido del tirón, sin esas voces insistentes que llevan tanto tiempo sonando en mis sueños.

Me fui a la cama agotada y feliz después de un día tranquilo de turismo por el pueblo. La casa de las flores violetas sería una utopía en pleno Nueva York; ya no solo porque su arquitectura no tenga nada que ver con el ladrillo de Brooklyn o el hormigón de Manhattan, sino porque sus flores morirían en una semana. Resultaría imposible que algo tan frágil sobreviviera en un lugar tan caótico.

Después de dos días de adaptación en este nuevo entorno, comienzo a sentir curiosidad por las cosas nuevas.

Curiosidad y culpa.

Cada vez que consigo avanzar o que se me despierta esa ilusión que sentía dormida, la culpa se agarra a mi piel como una garrapata hambrienta. Me chupa la sangre y se convierte en una pregunta. Siempre la misma: «¿Cómo te atreves a sonreír si él ha desaparecido para siempre?». La respuesta también es siempre la misma, aunque es la voz de Sam la que resuena en mi cabeza: «Te mereces ser todo lo feliz que nos has hecho a los chicos y a mí a lo largo de los

años». Es una frase que solía decirme cuando algo dentro de mí se quebraba.

Es un hecho que el ser humano tiende a boicotearse a sí mismo. Luchamos por conseguir algo hasta que lo logramos; entonces, tendemos a creer que no lo merecemos lo suficiente, o que no seremos capaces de estar a la altura. Así me sentí cuando empezamos a vivir de la música, principalmente porque me costó demasiado aceptar que estaba cumpliendo sueños.

Todo el tiempo me imaginaba que algo mucho peor iba a ocurrir en mi vida.

Aunque solo fuera para compensar, para bajarme de la nube en la que estaba montada y recordarme que la tierra es mi lugar.

Y terminó pasando.

Viví la peor experiencia que podría haber vivido. De pronto, la música pasó a un segundo plano; habría cambiado todas las canciones del mundo y todo el éxito solo para que él volviera.

Exhalo por la boca y me concentro en no llorar. Hoy no. Me miro en el espejo e intento sonreír de manera sincera. No acabo de estar cómoda con las sombras que tengo bajo los ojos, ni sé cómo dejar de parecer la chica más triste del país, pero lo intento. De alguna forma, tengo el presentimiento de que irme a vivir a esa casa es el comienzo.

Mis maletas vuelven a estar hechas sobre la cama. He revisado varias veces la habitación del hotel para no olvidarme nada y estoy lista para salir de aquí en unos minutos. El problema es que la visita de anteayer fue tan rápida que ni siquiera reparé en que Jack me dejara unas llaves. Quedamos en que hoy podía instalarme en su casa a partir de las once, pero no ahondamos en los detalles. A decir verdad, los dos parecíamos tener prisa por volver a estar a solas y reflexionar sobre lo que acababa de pasar.

No hice preguntas tan básicas como cuánto tenía que pagar al mes por la habitación. Salí de allí sin saber si el agua caliente funcionaba sin problemas o si debía cerrar la puerta de la valla del jardín durante el día para que Venus no se escapase. No pregunté absolutamente nada porque tuve un flechazo con aquella casa en

mitad de la montaña. Una cabaña de madera idílica, repleta de flores y bañada por un silencio que parecía irreal.

Me dejó impactada saber que la Suiza que había imaginado en mi mente, al menos la que se había formado a través de los ojos de Sam, era aún mejor en la vida real.

Cojo el móvil con la intención de escribir a Jack para saber a qué hora va a estar en casa por el tema de las llaves, pero veo que se ha adelantado:

> Olivia, me he dado cuenta de que no te di una copia de las llaves. Voy a estar trabajando en el estudio, por si quieres pasar a por ellas. Te envío la ubicación. Salgo a las cinco.

Me doy cuenta de que los mensajes de Jack no comienzan con un saludo ni terminan con una despedida. Son directos, impersonales y contienen la información imprescindible. Todo lo contrario a los míos, en los que mido cada coma o emoticono para expresar justo lo que quiero. Sin lugar a malentendidos.

La ubicación me lleva a un estudio de tatuaje. ¿Jack es tatuador? Jamás lo hubiera imaginado. Solo lo he visto una vez, pero su camisa de cuadros marrones y esa melena desenfadada me hicieron pensar en un leñador solitario, quizá en el dueño de una cervecería de montaña. Pero ¿un tatuador? Ni en un millón de años.

Para no enfrentarme al problema que tengo con el lenguaje escrito, decido no contestar e ir directamente a su estudio. No logro imaginar a Jack con el ceño fruncido mientras dibuja sobre la piel de alguien, por lo que siento curiosidad por saber cómo es su guarida.

Son veinte minutos andando desde el hotel. Cojo las dos maletas, bajo hasta la recepción y la sonrisa de Anna me detiene antes de salir.

—¿Ya te vas?

—Sí. —Sonrío—. Muchísimas gracias por ponerme en contacto con Jack. Estos días no he coincidido contigo y quería decírtelo. Ha sido

mucho más fácil de lo que esperaba encontrar un sitio donde quedarme.

—Un placer. Cuando hace un par de noches me contaron los chicos que la cosa había cuadrado, no me lo podía creer. —No acabo de entender qué me está queriendo decir y, al darse cuenta de mi reacción, continúa hablando—. Jack es maravilloso, pero no es la persona más sociable del mundo precisamente.

Asiento, sin saber qué añadir a su comentario. A mí tampoco me pareció el tío más amable del planeta, pero supongo que necesitará el dinero y, en cierto modo, le compensará compartir casa durante un par de meses.

—Mañana por la noche iremos a cenar a casa de Jack. Los chicos y yo —aclara—, así que nos veremos por allí.

—No quiero molestar...

—¿En tu propia casa? —Se ríe—. Estamos deseando conocerte un poco más. Llevaremos vino, y de la cena se encarga Jack, que es todo un cocinillas.

—Genial —respondo cohibida.

Nos despedimos y, al salir a la calle, donde la brisa se mezcla con el sol, de nuevo no sabría decir en qué estación estamos.

Anna me parece una chica encantadora que ha aprovechado las dos escasas situaciones que hemos compartido juntas para integrarme en su grupo y hacerme sentir mejor en un lugar extraño para mí. A la vez, saber que mañana compartiré mesa con ella y otros desconocidos me intimida. Un nuevo miedo trepa por mi piel con miles de preguntas que debería silenciar ahora mismo: «¿Y si les parezco aburrida?», «¿Y si me preguntan por mi vida privada?», «¿Y si se dan cuenta de que el ochenta por ciento de mi cuerpo es agua y el otro veinte es tristeza?».

«¿Y si descubren que no tengo nada más que ofrecer?».

Me obligo a parar y respirar en la primera esquina. Los «y si» son una especie de veneno capaz de contagiar cualquier futuro. No dejan espacio para los escenarios positivos, así que lo mejor es dejar de darles poder en mi cabeza.

Me pongo las gafas de sol y miro a mi alrededor con atención. No tardo en volver a conectar con la magia que posee Lauterbrunnen

mientras paseo hasta el destino que Jack ha compartido conmigo.

El estudio es austero y sin mucha decoración. Está situado en una pequeña calle de casas de madera y destaca por ser el local decorado con ladrillos azules. Cuando entro, descubro que lo único que cubre las paredes son dibujos a mano alzada; diseños cargados de detalles y con un estilo muy marcado. Algunos son realistas, como rostros o animales; otros tienen una pincelada más suave y conforman paisajes; hay puntillismo, citas famosas... Pero por muy diferentes que sean los dibujos entre sí, todos tienen algo que los hace pertenecer a la misma persona. No cabe duda.

En la entrada no hay nadie, pero oigo el sonido característico que hace la máquina de tatuar sobre la piel a lo lejos. Jack está en una sala contigua, repasando el tatuaje a una chica que no para de reírse y de mirarlo a los ojos. Él, en cambio, tiene la mirada fija en su creación. Parece estar lejos de aquí, en otra dimensión. Observo la escena a través de una pared de cristal, aunque ellos no se han percatado de mi presencia, y decido sentarme en uno de los sillones verdes que hay en el recibidor.

Mientras espero en silencio, no puedo evitar acordarme de la primera vez que me hice un tatuaje. Lo hice a escondidas una tarde de otoño en la que mis padres se habían ido a visitar a mi abuela. Mi amiga Christine lo planeó todo como si fuera una de las misiones más importantes de nuestra vida. Al fin y al cabo, éramos dos menores de edad y ambas sabíamos que, si nuestros padres se enteraban, no volveríamos a ver la luz del sol. Ella decidió hacerse un delfín en un hombro, mientras que yo acabé tatuándome un pequeño pentagrama en el tobillo.

Por aquel entonces, ese dibujo se convirtió en algo importante para mí. Creí que, marcándome cinco líneas en la piel y una clave de sol, iba a confesarle al resto de la humanidad que la música era mi pasión. Pero pasó el tiempo y la realidad fue otra. Crecí hasta comprender lo que significaba de verdad cantar. Dejé de vivir a través de los ídolos que adornaban las paredes de mi cuarto y utilicé mi garganta para proyectar el mensaje que quería lanzarle al mundo. Dejé de expresarme a través de las palabras de otros. Empecé a escribir, a sentir a través de mis letras, incluso a analizar

todo lo que me rodeaba con esa pincelada nostálgica que proporciona cualquier acto creativo... Entonces, ese dibujo quedó en un capricho adolescente porque comencé a vivir la música desde el estómago y supe, al instante, que no contaba con piel suficiente en el cuerpo para plasmar lo que significaba realmente.

—¿Olivia?

La voz de Jack me trae de vuelta al estudio. Lo miro y sus ojos vuelven a parecerme un enigma difícil de descifrar. De nuevo lleva una camisa de cuadros, pero el moño despeinado le marca más los rasgos. Se me queda contemplando en silencio mientras se quita los guantes de látex.

Llevo callada más tiempo del que me gustaría, por lo que me obligo a decir algo.

—Hola —lo saludo, levantándome del asiento.

Me acerco a él y ambos nos quedamos frente al otro sin saber qué más decir. Esta manera de interactuar que tenemos me hace pensar en cómo será nuestra convivencia, o la ausencia de esta, mejor dicho.

La chica rubia a la que estaba tatuando sale de la otra sala y se coloca entre los dos.

—Muchas gracias, Jack. Siempre te superas en cada dibujo. —Se lleva un mechón detrás de la oreja.

Me aparto un poco para dejarles su espacio y observo que, al pagarle en efectivo, un papelito con lo que parece ser su número se cuela entre los billetes. No puedo evitar sonreír al ver que Jack se pone nervioso y hace como que no lo ha visto.

—Gracias a ti —dice de manera cordial.

Cuando la chica sale por la puerta, nos volvemos a encontrar solos en un espacio distinto a su casa.

—Perdona por aparecer por aquí sin avisar —le digo—. He venido paseando y se me ha olvidado contestar al mensaje.

—No te preocupes —contesta escueto.

De nuevo ese silencio que ya nos caracteriza casi sin conocernos; cada vez más grande y con el poder de empequeñecer ambientes.

—Jamás hubiera dicho que eras tatuador —suelto, sin tener muy claro si lo he llegado a decir en voz alta o es un pensamiento que

sigue encerrado en mi cabeza. Lo último que quiero es ofender a mi nuevo compañero de piso antes incluso de convivir juntos.

Su risa es leve. Tanto que habría que hacer un esfuerzo enorme por cazarla antes de que desapareciera.

—Es algo que me dicen mucho. —Se levanta las mangas de la camisa y deja al descubierto sus brazos, que, sin una tela que los cubra, me parecen mucho más grandes de lo que había imaginado.

—¿No tienes ningún tatuaje? —Me sorprendo.

—Ni uno. —Niega con la cabeza—. El tatuador sin tatuajes.

—Curioso —murmuro—. ¿Por alguna razón?

Mete el dinero en la caja y recoge sus cosas.

—Simplemente, no creo que nada sea tan importante —sentencia sin dejar de mirar mis antebrazos con interés.

—Antes de que preguntes, no —aclaro—. Ninguno de estos *tattoos* representa algo crucial en mi vida. —Bajo los ojos hasta la pequeña nave espacial que tengo en la muñeca y una punzada de dolor me sacude el pecho—. De hecho, casi todos son fruto de apuestas con amigos o simple aburrimiento.

Por supuesto, no voy a hablarle del pentagrama que decora mi tobillo.

—Te sorprendería saber lo que me piden algunas personas.

—Me lo puedo imaginar —comento sin dejar de mirar a mi alrededor—. Estos diseños son increíbles, por cierto. Tienen mucha personalidad.

Y lo digo en serio, no solo por rellenar el espacio que nos envuelve con palabras.

—Gracias. Si un día quieres uno, ya sabes dónde encontrarme.

Esbozo una sonrisa esperando que me la devuelva, pero ese pequeño gesto le hace apartar la mirada.

Parece que tenga miedo a ser demasiado amable y morir en el intento. No conozco de nada a Jack, pero no diría que es un cascarrabias, como lo describió su amiga Anna. Diría que es vergonzoso, con un mundo interior extenso y con las ganas justas de salir de su propia mente y socializar. No lo culpo. Apostaría incluso a que tiene una coraza construida con retales de su pasado.

De hecho, la personalidad inventada que acabo de atribuirle es un poco similar a la mía. Cada día intento sonreír de forma genuina, pero la mayor parte del tiempo esas sonrisas forman parte de una fachada que me protege del exterior. Creo que Jack también tiene la suya, eso es todo.

—No tenía pensado tatuarme de nuevo, pero eso mismo es lo que pensaba las últimas cinco veces que terminé en una camilla —le cuento—. Hay algo adictivo en la tinta.

Jack comienza a buscar algo por el armario de la recepción. Lo oigo gruñir y chistar cada vez que abre un nuevo cajón y no encuentra lo que busca.

—¿Necesitas que te ayude?

—Juraría que estaban aquí —susurra para sí mismo—. Últimamente tengo la cabeza en mil cosas y puede que las llaves estén en casa. Me jode que hayas venido hasta aquí para nada...

—No importa —lo corto cuando veo que se está sintiendo mal de verdad—. Si no hubiera venido, no habría conocido al primer tatuador sin tatuajes de la historia.

Solo intento ser amable con él y empezar con buen pie esta aventura de compartir piso. En respuesta, se limita a mirarme a los ojos y asiente agradecido.

—Además, el camino hasta aquí es espectacular —añado.

—Me alegro de que te guste, porque ahora tenemos que coger el mismo para volver hasta nuestra casa.

Salimos del estudio juntos. Jack no lo ha dicho, pero sé que no ha terminado su jornada laboral y está echando el cierre solo para poder acompañarme.

«Nuestra casa».

Esas dos palabras suenan diferentes en sus labios. Y no acabo de creer que se pueda compartir un concepto tan grande como ese con un total desconocido.

Capítulo 10

«Sad Song», Oasis



Jack

Siempre he pensado que las canciones tristes son las que realmente hablan de la vida y del amor con sinceridad. Aquellas que solo existen si la persona que las escribe ha sentido alguna vez lo que es que te rompan el pecho en dos.

Las canciones felices, en cambio, no son más que la representación de momentos muy concretos, casi fugaces. No tienen nada que ver con las letras que hablan de desamor o de pérdida... Esas son las que cuesta escuchar en plena noche y en las que resulta casi imposible terminar con el corazón completamente intacto.

Tengo el presentimiento de que Olivia es como una canción triste que cuesta escuchar. Me da miedo averiguar más cosas sobre ella y no poder desvincularme del todo, pero, a su vez, tengo que admitir que me entran ganas de subir el volumen y descubrir qué la ha traído hasta aquí.

En el camino de vuelta a casa, me fijo un poco más en ella. Sus ojos no dejan de observar a nuestro alrededor mientras los míos analizan sus gestos con disimulo. Mentiría si no dijera que es preciosa. La melena pelirroja le llega hasta la cintura, su rostro lo

enmarcan dos mechones más cortos, que le dan un aire desenfadado, y las pecas que colecciona por el cuerpo parecen salpicadas por un pintor rebelde.

La pregunta es: ¿por qué estoy pensando en estas gilipolleces si ni siquiera la conozco?

—Me ha dicho Anna que mañana hay cena en casa y que estaba invitada —suelta de pronto. Agradezco que su voz me haya sacado del bucle absurdo en el que estaba metida mi cabeza—. Espero que no te importe.

—Para nada. Lo único que me podría importar es que mis amigos organicen cenas en mi casa sin contar conmigo.

Mi tono de voz es más borde de lo que pretendía.

—¿No te habían dicho nada? —pregunta sorprendida.

—Muy propio de ellos.

Muevo la mano despreocupado, pero Olivia no parece haberse quedado tranquila con el plan.

—Si no te apetece —comienza a hablar de nuevo—, podemos decirles que me ha dado una indigestión después de comer *fondue* por primera vez.

Su ocurrencia me hace gracia, pero sobre todo por la ternura con la que ha improvisado una mentira.

—No hará falta —la tranquilizo—. No sé si has probado la *fondue*, pero no es tan letal como crees. —Ríe ante mi comentario y noto cómo mis labios se destensan—. Reconozco que, indirectamente, obligo a mis amigos a recurrir a esta clase de artimañas. No suelo proponer muchos planes.

—Bueno, cada uno es como es, ¿no?

Su pregunta se queda flotando en el aire. Reflexiono un momento acerca de ello; es mi mente la que formula una pregunta sin pensar.

—Y tú, Olivia, ¿cómo eres?

Sus ojos se dirigen hasta los míos y no desvían la mirada en unos segundos. Si ella me hubiera hecho esa misma pregunta, igual habría salido corriendo hacia el lado contrario. Olivia parece menos cobarde que yo, como si dentro ya solo le quedara la sinceridad de alguien que no tiene mucho que perder.

—Ahora mismo no me conozco mucho, la verdad.

Su respuesta es valiente. No me imagino qué hay detrás de sus palabras; sin embargo, sí que conozco esa sensación de la que habla. Más veces de las que me gustaría, me he mirado en un espejo y no he reconocido a la persona que estaba al otro lado.

No insisto y continuamos andando en un silencio cómodo.

El camino que estamos recorriendo no es el que hago todos los días para ir al trabajo. Es más largo, pero también con más encanto. Hay vacas pastando, flores de diferentes colores a nuestros pies, apenas hay turistas por los alrededores y se puede decir que todo es fotografiable. De hecho, Olivia no ha parado de disparar en todas las direcciones con el móvil para, imagino, enviar esas fotografías a los suyos.

Al salir del estudio, por alguna extraña razón, he querido que Olivia disfrutara de estas vistas. Puede que, después de sospechar que hay algo roto dentro de ella, me esfuerce porque eso pueda cambiar en un futuro. Me apetece que descubra Suiza de la manera menos convencional para que, cuando las dudas la asalten, no se arrepienta de haber volado en avión durante ocho horas.

«¿A quién quieres engañar? No eres el mejor ejemplo», me replico.

Me veo a mí mismo con diez años menos, lejos de casa y sin tener muy claro si mis decisiones eran las correctas o no. Creo que Olivia está atravesando ese dilema justo ahora y me gustaría decirle que todas las dudas acaban disipándose, aunque lo mejor es que lo descubra ella misma.

—Por cierto —su voz interrumpe a mi mente, que ya empezaba a viajar al pasado una vez más—, te quería preguntar por el precio del alquiler. Ayer me fui sin saber absolutamente nada de la casa.

—Con que pagues doscientos francos al mes por la habitación, estará bien.

—¿Doscientos? Eso es un insulto. —Deja de caminar y me obliga a frenar a su lado—. Esa casa es preciosa y este país no es precisamente barato.

—A mí me vale —contesto sin inmutarme.

—Me sabe fatal. —Sus pies emprenden la marcha de nuevo, inquietos.

—¿Cuánto pagabas en Norteamérica? —me intereso.

—¿Cómo sabes que yo vivo en...?

—El acento —la corto—. Hasta me atrevería a decir que vienes de Nueva York.

Abre los ojos en señal de sorpresa y asiente de manera exagerada.

—Impresionante.

—No es para tanto —me justifico—. Yo crecí allí, por lo que, cada vez que me cruzo con alguien estadounidense, lo reconozco casi al instante.

—¿Y sabrías decir en qué estado nací? —me reta.

Lo pienso durante unos segundos y, aunque no lo tengo claro, me arriesgo.

—Diría que Ohio o Texas.

—Me estás dando miedo. —Se separa un poco de mí y me pregunta—: ¿Tanto se me nota que no soy de ciudad?

—Prefiero no contestar a eso.

Ambos sonreímos para nosotros mientras seguimos caminando junto a un riachuelo de cuento. Estar con Olivia es... sencillo. Lo asemejo a las primeras veces que pisamos un país nuevo y, aunque no sepamos nada de él, nos sentimos como en casa.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo en Suiza? —pregunta de nuevo.

—Más de diez años.

«Que no me pregunte nada más», reza mi mente.

—¿Y qué te trajo hasta aquí?

«Mierda».

Yo no soy tan valiente como ella. No cuento con la forma de confesarle a una desconocida cómo era mi vida cuando estaba completamente perdido. Ni soy capaz de revivir cómo mi familia se hizo pedazos cuando yo solo tenía una colección enorme de sueños rotos a mi espalda.

—En unos diez segundos, vas a oír a Venus ladrar. —Aunque intento cambiar de tema de manera sutil, mi voz suena más grave de lo normal. Veo de reojo cómo Olivia mira al suelo y comprende al instante que no quiero hablar de eso—. Tendrás que acostumbrarte a vivir con una perra muy cariñosa. Si la dejas, será incluso demasiado dependiente.

—No tengo ningún problema con eso, créeme.

Sonríe y mi pecho se llena de aire. Me sigo preguntando por qué acepté compartir piso si podía seguir viviendo solo y ajustándome el cinturón como he hecho todos estos años.

Entonces, Venus sale disparada hacia Olivia y ambas comienzan a correr de un lado al otro del jardín. Justo ahí, mi corazón parece acelerar una marcha después de mucho tiempo en pausa.

Y hago lo que mejor se me da: huir.

—Me marcho —anuncio—. ¿Te importa quedarte con Venus o quieres que me la lleve?

—No me importa... —Se la ve algo confundida—. ¿Adónde vas?

—He quedado con Guida. Quédate con mis llaves —le pido—. Déjalas debajo del felpudo y así luego podré entrar sin molestarte.

Echo a andar y no vuelvo a mirar atrás. Solo espero que Guida me devuelva un poco de la cordura que solía reinar en mi día a día.



No importan las veces que venga a casa de Guida, la sensación siempre es la misma. Parece que entro en una especie de cueva sin conexión con la realidad, donde nadie puede juzgarme y donde, por un rato al día, me permito ser yo mismo.

Es una cabaña pequeña, cubierta de madera de arriba abajo y decorada por un montón de *souvenirs* de todos sus viajes. Cada uno tiene una historia diferente que contar. Esto no se lo diré, pero no me canso de escucharla hablar sobre todas las aventuras que ha experimentado a lo largo de su vida. De las personas que conozco, es sin duda la que más ha viajado: a todos y cada uno de los continentes del mapa.

No es solo porque tenga ochenta años y haya tenido mucho más tiempo que el resto para descubrir el mundo. Tiene más que ver con el alma; con ese pedazo de nuestro cuerpo que suele llevarnos a los lugares menos convencionales. Lo suyo está más relacionado con la

pasión y el deseo que con el deber y la responsabilidad que nos imponen desde pequeños.

Y Guida es la más rebelde de todas con respecto al sistema.

Abro la puerta despacio por si está durmiendo la siesta. Oigo la televisión de fondo y no me sorprende que, una vez más, esté viendo *El diario de Noa*. No es ni medio normal lo que le gusta esa película.

—¿Jack? ¿Eres tú?

—El mismo —le contesto al entrar en el salón—. ¿Cómo estás?

—No hace falta que vengas todos los días, ¿sabes? Soy una vieja aburrida con la que no deberías pasar tanto tiempo.

La observo comer cereales con leche y descubro que la línea que separa la vejez de la niñez es muy fina. Resulta tierno saber que Guida se refugia en todos esos actos que le recuerdan quién fue. Por eso acostumbra a comer los mismos cereales, a la misma hora de la tarde, viendo alguna película que la haga sentir que aún es joven.

—Me gusta venir aquí —respondo, sentándome en el sillón individual que hay junto a la ventana. Miro a través del cristal, donde las vistas son infinitas—. Desconecto de todo.

—Eso es exactamente lo que me preocupa, que alguien tan joven como tú quiera huir tanto de su vida.

Resoplo en respuesta, ya que no es la primera vez que me llevo una bronca de su parte. De hecho, diría que cada día recibo una por cosas distintas, pero, de cualquier modo, termino volviendo para ver cómo está y para charlar de todo y de nada.

Guida se ha convertido para mí en esa figura materna que no he llegado a tener. Diría que incluso es la familia al completo. No sé si tiene que ver con el instinto, pero, cuando algo me preocupa, acabo emprendiendo el camino hasta su casa. No me importa llegar aquí y pasar una hora en silencio o, por el contrario, debatir sobre el mundo con la profundidad de un filósofo; ambas opciones me valen con ella.

—No huyo —miento, al rato. Omito confesarle lo que he hecho hace media hora en la puerta de casa—. Simplemente me gusta pasar tiempo aquí.

Con Guida no me cuesta mostrar vulnerabilidad.

—¿Y qué tienes para contarme? —pregunta curiosa.

—Esto te va a encantar —le adelanto. Una sonrisa asoma a su rostro y sus arrugas se pronuncian un poco más bajo los ojos—. Nos han seleccionado para el festival de Brienz. Somos una de las bandas que participan.

—¡Sabía que llegaría vuestro momento! —exclama, dando una palmada en el aire.

Ese simple movimiento le produce una tos imparable durante unos minutos. Me acerco y le poso la mano en la espalda hasta que su pecho se va calmando poco a poco. Guida sufre de bronquitis crónica desde hace un año. No siempre está mala, pero, en ocasiones como esta, la tos la acompaña en su día a día como cualquier mueble de esta casa. No la he visto perder el humor en ninguna de mis visitas, pero sus ojos la delatan en momentos como este. Si los miro fijamente, puedo ver que están cansados y que brillan un poco menos que antes.

—¿Estás bien? —pregunto cuando ha dejado de toser—. ¿Has tomado la medicina?

—Me he tragado esas malditas pastillas un día más —contesta, y luego da un largo trago de agua.

Me anoto mentalmente comprobar el pastillero que hay en la cocina antes de irme.

—¿El festival ese no lo televisan?

—No. —Sonrío al captar el enfado en su voz—. Es en el lago de Brienz, pero le diré a Anna que grabe toda la actuación para poder enseñártela después.

—Con lo que yo he sido —comienza a decir con la mente en otra época—. Me llamaban la Infinita.

—Bonito nombre —reconozco.

—El mejor, Jack. No había canción que no bailara y tenía que quitarme a los hombres de encima, eran como moscas a mi alrededor. Qué tiempos... —Niega con la cabeza y vuelve a centrar la atención en mí—. Ya te dije que eras el Eric Clapton de Suiza.

—Ni siquiera soy suizo. —Me río—. Y que me compares con uno de los guitarristas más talentosos de la historia no es muy realista.

—Bah. —Mueve la mano para restar importancia a mis palabras—. Cuando toda esa gente te escuche cantar y tocar la guitarra, no van a poder apartar los ojos de ti, ¿me oyes?

Asiento sin creerme ni una palabra, pero con la calidez que proporciona alguien querido. Solo me hacen falta veinte minutos en casa de Guida para recordar con nitidez por qué acabo viniendo casi cada tarde.

Ella es pura y directa. Eléctrica como ella sola. Y, sobre todo, es la única capaz de ahondar en mi pecho y recordarme que hay vida ahí dentro.

—Ahora cuéntame. —Apaga la televisión—. ¿Cómo es esa chica que va a vivir en mi casa?

«Aún lo estoy descubriendo», pienso para mis adentros.

—Es maja —sintetizo.

—¿Maja? —Levanta una ceja—. ¿Y qué más?

—No sé qué quieres decir.

—Pues hombre, Jack, aún estoy intentando comprender cómo el chico más solitario de los Alpes ha decidido compartir piso con una desconocida —reflexiona—. Ya sabes que el dinero no es un problema y que si yo te cobro algo por el alquiler es porque tú me obligas a hacerlo, así que no me vengas con que necesitabas el dinero...

No puedo escapar de la mirada de Guida porque me conoce demasiado. Incluso más de lo que me conozco a mí mismo.

—Se llama Olivia y, la primera vez que la vi, parecía triste —le cuento con sinceridad—. Intentó aparentar normalidad, pero supe que necesitaba un sitio en el que quedarse.

Levanto la vista y me encuentro a Guida analizándome a conciencia. No sé lo que está pensando, pero no me quita ojo, como si ya supiera lo que va a pasar en un futuro y no pudiera contármelo por alguna ley no escrita.

—¿Has dejado a Venus con ella? —Eso es lo único que pregunta.

—Sí. Tendrías que verla, parece que ya la quiere más que a mí.

—Los animales nunca se equivocan, chico.

Y, tras decir esto y esconder una sonrisa detrás de sus labios, vuelve a encender la televisión para revisionar la película por

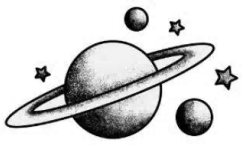
vigésima vez. En la pantalla, Ryan Gosling y Rachel McAdams van a protagonizar uno de los besos más famosos del cine bajo la lluvia. Y aunque la música sea envolvente y Guida apriete mi mano emocionada, mi mente está fuera de esa historia.

«Los animales nunca se equivocan, chico».

Solo puedo pensar en su última frase, que ahora me sobrevuela como una bruma densa y sin límites.

Capítulo 11

«Dust in the Wind», Kansas



Olivia

En algún punto de la noche me quedé dormida sin remedio. Solo recuerdo que había colocado todas mis cosas en mi nueva habitación y que Venus se había acurrucado a mis pies como si fuera un cojín más de la cama.

Mi idea era dar un toque personal al nuevo rincón en el que voy a vivir durante todo el verano. Creo que es importante crear un espacio en el que pueda verme reflejada, ya que he pasado demasiado tiempo huyendo de mí misma y de lo que me gusta. En Suiza, quiero hacerlo bien. Sé que puedo convertir esta pequeña estancia con vistas a las nubes en un lugar acogedor. Alejarme del caos absoluto del que vengo, ya que me recuerda, una y otra vez, lo oscuro que está todo.

Miro detenidamente la mesilla, donde descansa la libreta morada que me trajo mi padre de Texas. Aún no me he atrevido a abrirla porque sé que dentro me espera una de las heridas que aún tengo que sanar. Contiene mis letras, la música con la que he ido evolucionando y todas las páginas en blanco en las que poder encontrarme de nuevo. Mi psicóloga dice que mi miedo a la música tiene un origen muy claro: desde el día del accidente, soy incapaz de no relacionar cualquier canción o acorde con un momento compartido con Sam.

Si no puedo escuchar música reciente es porque me imagino haciéndolo con él, en el salón de casa y con una copa de vino en la mano. Así solíamos escuchar discos nuevos. Así decidíamos si habíamos encontrado otro grupo al que poner hasta en la ducha o si, por el contrario, su sonido no terminaba de tocarnos la fibra.

Todo lo que tiene que ver con la música lo experimentaba con él. Y, desde que no está, he descartado cualquier sonido de la faz de la tierra que tenga un mínimo de ritmo. Suena exagerado, pero me cuesta no temblar si alguien está cantando sobre el amor adolescente, sobre una despedida inesperada o, yo qué sé, sobre un gato que no deja de caminar por el tejado de su casa y que, gracias a ello, la soledad pesa menos.

En realidad, cualquier tema me afecta sin él.

El problema es que no solo dejé de lado la música, sino que también me olvidé de mí misma por el camino. Hasta el punto de que ya no sé quién soy ni qué me gusta hacer. Descubrí que todo caía en picado cuando me levanté una mañana en casa, me miré en el espejo y no supe cuántos días habían pasado desde la última ducha. Tampoco fui capaz de recordar la última vez que había comido algo; ni siquiera estaba segura de que mi estómago no hubiera desaparecido al no recibir alimento. Al mirarme, solo pude fijarme en mis brazos extremadamente delgados, en mi pelo grasiento y en las heridas de mis labios. Pensaba tanto en Sam que me mordía la piel sin cuidado hasta sentir algo que no fuera su ausencia.

Decidí pedir ayuda a una psicóloga por mí misma a los quince días del accidente, pero no fue fácil. En la entrada a la consulta, caminé de arriba abajo por la acera y estuve a punto de dar la vuelta tres veces. No sabía qué decirle. Seguramente, mi imagen hablaría por sí sola y la persona que me recibiera conectaría con mi duelo sin necesidad de palabras. Aun así, me daba pánico enfrentarme a ello. Cuando reuní las pocas fuerzas que guardaba para llamar al timbre y entrar en el recibidor, nada fue tan terrorífico como imaginaba. Me encontré con una chica más joven que yo y mucho más arreglada que me preguntó «¿Cómo estás?».

Aquellas dos palabras fueron más grandes que un abismo. No contesté al instante. Dentro de su pregunta cupieron las lágrimas suficientes para crear un océano de cero. Y también todas las noches sin dormir. Y los temblores de mi cuerpo al pensar una y otra vez que estaba sola en esto.

Nos sentamos en silencio, con la mirada de aquella chica aún sin nombre sobre mí. Antes de soltar cualquier frase insignificante, un llanto incontrolable nos acompañó durante casi una hora.

Lloré frente a una desconocida que dejaría de serlo en la segunda sesión, de la que saldría con más aire en los pulmones y varias herramientas en el bolsillo. Me dio reparo contarles a mis padres o a los chicos que una joven de unos veintidós años había conseguido calmarme antes que ellos. No quería que sintieran que su esfuerzo era en vano. En cambio, al confesarles mi decisión descubrí que no había sido la única en pedir ayuda, ya que mis amigos también estaban yendo a terapia desde hacía un tiempo.

Pocas semanas después de la primera consulta, Layla me propuso en una de sus sesiones escribirle una carta a Sam. «Una carta de despedida», me dijo. Y a mí me pareció tan imposible como conseguir saborear un instante; me pareció más difícil que escalar una montaña nevada.

Y no pude.

Hoy por hoy sigo sin ser capaz de hacerlo, pero quizá pueda enfrentarme a este reto en un futuro.

Miro a mi alrededor y la calma que me devuelven las montañas me hace pensar que, si existe un lugar en el que llegue a escribir cartas a ninguna parte, sin duda es este.

Mi teléfono comienza a sonar y en la pantalla descubro que Mark me está haciendo una videollamada. No me hace falta descolgar para saber que no va a estar solo en ella. Rápidamente, me miro en el espejo y me peino con los dedos. Descubro que mis ojeras son menos pronunciadas y que llevo un pijama de Star Wars que va a suscitar alguna broma, pero no me disgusta del todo lo que veo de mí misma.

—¡Oli! —saluda Mark—. Dime que no te he despertado.

—Para nada. —Se me escapa un bostezo que le desvela que, en realidad, aún estaba desempolvando recuerdos en la cama.

—Estoy un poco perdido con las horas, lo siento. —Mira a su derecha y confirmo que hay alguien más en la habitación—. Pero no estoy solo.

Una sonrisa asoma a sus labios antes de que Noah y John aparezcan en pantalla. Me gusta ver que los tres están juntos, en lo que parece la piscina de la casa de Noah. Todos van en bañador, con camisas extravagantes, gafas de sol retro y el pelo despeinado por el agua. No importa el momento, su estética suele provocar que mirarlos sea como asomarse a una portada de disco que cobra vida.

—Qué se cuenta la princesa Leia —me pregunta Noah—. Vaya pijama más *top*.

—Lo sé —respondo—. Soy la jedi más dormida del planeta, pero creo que la fuerza me sigue acompañando.

Me estiro desmesuradamente para apartar el cansancio de mis brazos.

—¿Cómo estás?

La pregunta de John, como siempre, nos devuelve a todos a un plano más maduro. Uno en el que se habla de sentimientos y de temas que no son fáciles de abordar.

Mi cabeza intenta maquinar una respuesta que no me comprometa mucho, pero no consigue hacerlo. Con ellos no.

—Estoy... —medito lo que voy a decir a continuación— rara.

—Es normal, Oli —dice Mark—. Te has ido a la otra punta del mundo sin mirar atrás y aún estás entendiendo los cambios.

—Son muchos cambios, sí. —Un ladrido de Venus hace que los chicos se asomen al móvil como si pudieran ver a través de él—. Esta es Venus.

Su morro negro y blanco aparece en la pantalla y oigo cómo exhalan de manera tierna al verla.

—¿Y su dueño?

—¿Jack? —pregunto, sin saber muy bien qué responder—. Imagino que estará por la casa, seguramente en el salón.

Es el primer día que compartimos casa y, aunque ya sea por la tarde, aún no hemos coincidido. No voy a negar que unos nervios

incontrolables se instalan en mi estómago al pensar en ese primer encuentro. La teoría es fácil: él ha querido compartir piso y no debería sentirme como una forastera en esta casa; eso sí, en la práctica no sé cómo comportarme para no ocasionar ninguna molestia en su rutina.

—¿Cómo es? —pregunta Noah—. No quiero sonar paternalista, sé que lo odias —aclara—, pero espero que sea buen tío o nos plantamos allí en un momento.

—Tranquilo, sé defenderme sola —le aclaro con una sonrisa—. Jack parece buena gente. Un tío tranquilo, de campo, que no tiene muchas más preocupaciones que trabajar y vivir sin sobresaltos.

—¿De qué trabaja? —pregunta Mark.

—Es tatuador.

—Bueno...

Los tres comienzan a poner caras raras y no hace falta que me expliquen el motivo.

—No me voy a hacer ningún tatuaje —les aseguro.

—Nunca digas nunca, Olivia. Te flipa dibujarte cosas en la piel, y que tu nuevo compañero de piso sea tatuador es un peligro.

—Es un peligro —repite Mark.

—Vas a volver con más tinta que un calamar —asegura John.

—Sois muy pesados.

Los cuatro reímos con complicidad y ya echo de menos pasar un rato juntos como antaño.

—¿Cómo estáis vosotros? ¿Alguna novedad?

Lo que tiene la amistad es que permite que cualquier persona de un grupo sepa captar señales que no son apreciables a simple vista. Llamémoslo instinto, pero noto enseguida que un silencio se apodera de ellos. Veo, incluso, cómo Noah pellizca el brazo de Mark en la parte inferior de la pantalla cuando abre la boca para hablar.

—Todo bien, como siempre —sentencia John—. Días de piscina, fiestas, letras que nos vienen de repente, fiestas otra vez...

—John, ¿desde cuándo hablas tanto? —lo interrumpo, medio en broma—. ¿Pasa algo? Me lo podéis contar. ¿Es algo relacionado con la discográfica?

—Tú no te preocupes, Olivia —me asegura Noah.

—No tiene nada que ver con nosotros —comienza a contar Mark, que es el que peor lleva lo de guardar secretos—. Solo que ahora a cualquiera se le llama cantante, ¿sabes?

El pellizco que le ha dado Noah hace un rato se convierte ahora en un codazo muy poco sutil.

—Tú disfruta, ¿vale?

Mi mejor amigo pone la mejor de sus sonrisas y yo me limito a asentir. Huelo sus mentiras a kilómetros de distancia, pero tampoco creo que indagar en lo que ocultan sea la mejor de las ideas.

—Vale —termino diciendo—. Oye...

—¿Qué pasa? —responde John.

—Daos un baño por mí, por favor.

—Y tú no dejes de mandarnos fotos de vacas y de montañas enormes —dice Mark.

—Cuídate, Oli. Te echamos de menos.

—Y yo a vosotros.

Cuando colgamos, un sentimiento agridulce se instala en mi estómago. Sé que tengo mucha suerte al contar con amigos así, que se preocupan por mí y que están ahí de manera incondicional, pero, por otro lado, la confianza que nos une no me permite ignorar el subtexto de la conversación.

Miro a Venus, por si en un universo paralelo pudiera decirme en lenguaje humano que no haga lo que estoy a punto de hacer. Pero solo me mira expectante con sus ojos brillantes y saca la lengua mientras se tumba a mi lado.

Me había prometido no volver a meterme en el lado oscuro de internet, pero sé que, si ha pasado algo que pueda afectarnos, ya estará a disposición de todos. Es mi único contacto con la actualidad de Nueva York. Es la puerta al lugar virtual donde habitan los miedos y las dudas... y del que es tan complicado mantenerse alejada.

Lo que no imaginaba era que, al hacer «clic» en el maldito blog sobre el panorama musical estadounidense, descubriría de una forma tan brusca que nadie es irremplazable. Y que, por mucho que hayas brillado en el pasado, ninguna voz es tan única como para que la esperen eternamente.

Lleva razón la canción de Kansas que asegura que «todo lo que somos es polvo en el viento».

THE NEW YORK RUMORS

6 de julio de 2025

NO ES EL FIN DE LA PSICODELIA

La esperanza no ha muerto para todos aquellos que estábamos sedientos de un pop rock de otra época. Tendría que estar viviendo en una cueva, a miles de kilómetros de la humanidad, para no haber escuchado en cualquier radio de la ciudad la canción «Paranoid Summer». Al principio, todos nos preguntamos lo mismo: ¿Cosmic Love ha vuelto a los estudios de grabación para acompañar nuestro verano?

Los rumores sobre esta misteriosa canción cesaron hace dos días, cuando el grupo emergente Addict apareció en un pódcast para hablar de su primer y único single. Su sonido psicodélico y rebelde ha llegado para quedarse de la mano de Golden Records, que recordemos que es el sello que ha respaldado a los artistas de Cosmic Love desde sus inicios.

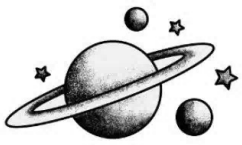
Es imposible no reparar en el parecido que guardan las dos cantantes, ambas pelirrojas y eléctricas, por no hablar de la actitud desenfadada del resto de los integrantes, quienes parecen provenir de otro siglo. De momento, nadie ha confirmado qué pasará con el grupo predecesor o si, con suerte, ambos podrán convivir en armonía en el panorama musical actual.

La buena noticia es que este verano podremos sentirnos igual de libres que el anterior escuchando «Paranoid Summer», esa canción que habla sobre flores, atardeceres y libertad.

Les deseamos un inicio imparable y esperamos que su triunfo no suponga el final para nadie.

Capítulo 12

«To Build a Home», The Cinematic Orchestra



Olivia

Termino de leer el artículo y lo único que me apetece es gritar.

No deberían importarme las declaraciones de una persona que únicamente se atreve a escribir bajo el anonimato; de hecho, me jode que sus palabras me sigan persiguiendo a tantos kilómetros de distancia. En otro continente. Cierro el ordenador con la sensación de que una noticia manipulada me ha devuelto de algún modo a la casilla de salida.

Leer que, básicamente, la discográfica nos ha sustituido por si las cosas no salen como ellos quieren duele. Pero duele aún más saber que han podido hacerlo tan rápido y sin previo aviso. Busco fotos de la chica pelirroja que ahora ocupa los escenarios en mi móvil y, lejos de parecerse a mí, puedo ver en ella un reflejo de lo que fui. Los ojos le brillan con fuerza, al igual que la ropa que luce. No tiene el rostro cansado ni arrugas que lo decoren. Paso hasta veinte fotos en las que contemplo a una chica más joven que yo, cumpliendo un sueño que podría seguir siendo el mío. La diferencia es que ya no sé ni si tengo sueños por los que luchar.

Salgo de la habitación guiada por un olor a café que se convierte en mi principal necesidad ahora mismo. Al entrar en la cocina me encuentro con Jack, y su melena rebelde, preparando lo que parece su merienda. Me deleito en la manera que tiene de untar las

tostadas con delicadeza, acariciarle la cabeza a Venus mientras tanto e ir limpiando lo ensuciado. Su cotidianidad es una metáfora de cómo percibo su vida: tranquila y sin sobresaltos, con una mano invisible que se encarga de neutralizar cualquier incidente antes de que sus pies lleguen a mancharse de barro. Nada que ver conmigo, que aún no he metido nada en el estómago y ya son las cinco de la tarde.

Estoy a punto de darme la vuelta antes de que mi estado de ánimo le arruine el día. Entonces se percata de mi presencia y mis pies se anclan al suelo irremediablemente.

—Buenos días.

—Buenas tardes, mejor dicho —respondo.

—¿Quieres café?

—Vale, gracias.

—¿Todo bien? —me pregunta.

—Todo bien —contesto, haciendo un esfuerzo enorme para que no lea a través de mis ojos.

Mi respuesta no lo convence del todo, aunque por suerte no indaga más. No es la primera vez que Jack abre un espacio entre su curiosidad y mis visibles problemas. Lo hace de manera cordial, sin intención de involucrarse demasiado. Yo a eso lo llamo sentido común, aunque, por desgracia, escasea más de lo que me gustaría en la sociedad.

Me doy cuenta de que sigo llevando el pijama: unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes en la que Yoda empuña una espada láser. Por un momento, me siento algo incómoda, pero, al ver que Jack no repara en ello y su mirada está centrada únicamente en el café recién hecho, me relajo. Me siento en uno de los taburetes de la isla de la cocina y Venus se coloca a mi lado de inmediato.

¿Puede ser que este animal ya tenga mi corazón en solo dos días? Sin ninguna duda.

Nos tomamos el café en silencio. Yo, recordando cada una de las palabras que me han hecho daño hace unos minutos; Jack, leyendo un libro titulado *El enigma de la habitación 622*. Parece la típica

historia que no te deja dormir por las noches y, por consiguiente, una que jamás leería por voluntad propia.

No tardo mucho en levantarme y dirigirme al salón para darle privacidad. Me fijo mucho más que la primera vez en los detalles, reparando en la estantería de madera maciza que contiene muchas otras historias. Diría que el cuarenta por ciento del salón de Jack son libros. Quizá más. Yo nunca he sido una ávida lectora, por lo que me sigue pareciendo increíble cruzarme con una persona que pueda leer tanto o, al menos, que pueda tener el deseo de hacerlo a lo largo de su vida.

Comienzo a analizar las baldas y descubro distintos géneros. Todos los libros parecen haber pasado por sus manos; están usados, algunos incluso amarillentos, y me apostaría lo que fuera a que su interior está repleto de anotaciones. No sé por qué, Jack me parece la clase de lector que necesita marcar sus reflexiones favoritas para volver a ellas en un futuro.

—Si quieres, puedes coger uno que te llame la atención. —Su voz me sobresalta desde el marco de la puerta del salón. Solo espero que no piense que estoy husmeando en sus cosas—. O varios. La mayoría de los que hay en esa estantería son de mis favoritos.

Asiento en señal de agradecimiento. No me apetece cortar este momento confesando que los únicos libros que he leído en mi vida han sido por obligación o desesperación. Me parece que rompe la energía que se ha creado en el salón. Tampoco quiero confesar que solo hay una razón por la que cogería uno de esos libros, me lo llevaría a mi habitación y lo hojearía con esmero: conocer un poco más a mi compañero de piso.

—Por cierto, mis amigos vienen a las ocho —dice entonces—. Imagino que igual quieres darte una vuelta por la zona, así que puedo recomendarte algún pueblo. Aquí el tren conecta todos los lugares de interés.

Lo pienso un instante, pero no me apetece descubrir un lugar nuevo con el ánimo dañado.

—No, gracias. Creo que hoy voy a quedarme en casa.

Su boca se abre y se cierra rápidamente, arrepintiéndose de lo que quería decir antes de tiempo. Acaba respondiendo un seco:

—Como quieras. Disfruta de tu tarde.

—Igualmente.

Cuando desaparece del salón, respiro hondo, doy un trago al café aún caliente y decido salir al patio trasero. Hace más brisa de la que esperaba, así que me alegro de encontrar una mantita morada de lana en uno de los bancos colgantes.

He visto miles de veces un escenario como este en películas. Personas que salen a un porche exterior de una casita adorable, para despejar la mente mirando al horizonte. Hoy solo quiero ser una de esas protagonistas. Alguien que consigue mirar al cielo y calmarse con el silencio de los Alpes como única compañía.

Capítulo 13

«Let It Bleed», The Rolling Stones



Jack

Cada vez que mis amigos entran por la puerta consiguen revolucionarlo todo y acabar con la paz que suele reinar en esta casa. Las reuniones tienden a moverse a la cocina, después de varias botellas de vino y alguno de mis platos estrella. Sinceramente, no soy el mejor cocinero del mundo, pero reconozco que de los cuatro soy el único que sabe hacer más de tres recetas en condiciones.

Cuando Olivia me dijo que mi amiga había organizado una cena en casa, supe cuál era el objetivo de la quedada. Peter y James son dos marujas de campeonato y a Anna... A Anna le gusta que nos juntemos y no perdamos las viejas costumbres. Solo espero que la pelirroja pueda sentirse cómoda y deje de ser el centro de atención después de los primeros diez minutos.

A media tarde hemos tenido un encontronazo en la cocina algo incómodo. Daba la sensación de que había estado llorando, pero he hecho como si nada y le he ofrecido café de la manera más cordial que he podido. No significa que no me importe lo que pueda pasarle, simplemente no la conozco lo suficiente. Desde hace muchos años, tengo la costumbre de mantenerme al margen de los

problemas ajenos para vivir más tranquilo. Y, aunque ahora compartimos casa, mi objetivo sigue y seguirá siendo el mismo: no meterme donde no me llaman.

Anna ya está sacando los platos y vasos de los muebles de la cocina. Peter se ha ido hasta el tocadiscos para elegir alguno de los últimos álbumes de The Rolling Stones, seguramente acabe escogiendo *Dirty Work* —en mi opinión, uno de sus peores discos—. James, por el contrario, se mantiene en el mismo sitio, con una cerveza en la mano y esa mirada intrusiva que tanto me molesta.

—¿Qué?

—Nada. —Alza las manos, haciéndose el inocente—. Se te ha quitado la cara de haba que sueles tener, ¿sabes?

—Eso es porque ya no vive solo —inquiere Peter desde el salón—. Igual tienes algo que contarnos.

—De verdad, si pudiera eliminar una decisión de mi vida, sería la que tomé el día que os dejé entrar en esta casa por primera vez —protesto—. Ahora ya no sé cómo echaros.

—¿Dónde está? —pregunta Anna con algo más de tacto.

—Imagino que en su cuarto.

Me molesta un poco que todo gire en torno a ella. En primer lugar, porque no sé responder a cada una de sus preguntas, ya que no la conozco lo suficiente; en segundo, porque no hay duda de que mis amigos están aquí por puro morbo.

En serio, no es tan extraño que comparta piso. Hacen que parezca uno de los acontecimientos del año, cuando en realidad ha sido una casualidad que nos ha venido bien a dos personas en un momento concreto.

Nada más.

—Puedo ir a buscarla, si quieres —dice Peter, con la intención de picarme.

—Mejor ábrete una cerveza y deja de ser tan pesado.

—Si Jack defiende así a una desconocida es porque igual le importa más de lo que creemos.

—En serio, sois...

Cuando me doy la vuelta me encuentro a Olivia parada en la puerta, sin tener muy claro si acercarse a nosotros o huir. La

entiendo perfectamente. No sé cuánto tiempo lleva escuchando, pero lo último que quiero es que se sienta ofendida incluso antes de empezar la cena. Por no hablar de que pueda llegar a pensar cosas que no son a causa de los desafortunados comentarios de mis amigos.

—Olivia —la saludo—. No sabíamos que estabas aquí.

«Genial, Jack. Esa frase es perfecta para confirmar que hablamos de ella a sus espaldas. Y que, encima, lo hacemos con conocimiento de causa».

—Hola —saluda al aire mientras se recoge un mechón de pelo detrás de la oreja.

Está inquieta. Lo noto en su manera de mirar al suelo. Se ha arreglado con un vestido blanco y verde hasta los pies, va descalza (algo que ya me estoy dando cuenta de que es normal en ella) y lleva los ojos pintados de un verde que resalta aún más su color.

Como nadie dice nada, Peter decide romper el hielo de la peor forma posible.

—Soy Peter. —Le tiende la mano—. Jack no había mencionado que fueras preciosa.

«Puaj».

Quiero a Peter, ya son muchos años de amistad, pero ese comentario ha estado completamente fuera de lugar. Aprieto el vaso de cerveza que tengo en la mano tan fuerte que creo que se puede llegar a romper en cualquier momento. Sin embargo, no digo nada. Observo a Olivia y temo que se quede bloqueada hasta que rompe el silencio de la forma menos previsible.

—Lo siento... —hace como que recuerda su nombre—, Peter; no te ofendas, pero no eres mi tipo.

Da un trago a una cerveza que hay sobre la mesa completamente despreocupada. Como si no acabara de dejar planchado a mi amigo hace unos segundos. Todos permanecemos expectantes a una respuesta de Peter que no llega.

—¿Eres tú el que ha elegido la música? —añade Olivia.

—Sí —contesta Peter avergonzado.

—Creo que es el peor disco de los Rolling. Le falta alma. —Abre la puerta de la nevera, coge otra cerveza que ahora sí tiene dueña y se

apoya en la encimera—. Jamás se me ocurriría ponerlo en una reunión social, sobre todo habiendo discos como *Let It Bleed*.

Está disfrutando del momento. Peter, en cambio, quiere meterse debajo de la mesa y castigarse durante un año por haber intentado piropear a la persona equivocada.

Escondo una sonrisa mientras la pelirroja hace una salida triunfal de la cocina. Yo también creo que *Let It Bleed* es un discazo y me encanta que Olivia haya dejado su lucha interna a un lado para salir a defenderlo. Ha dejado claro que, aunque esconda una parte vulnerable en su interior, tiene el suficiente carácter para que el resto no llegue a percatarse de ello.

—Me cae bien —me susurra Anna al oído.

«A mí también», me confieso en secreto.



La cena transcurre de manera fluida, entre anécdotas pasadas y futuros planes; sin embargo, Olivia no se ha pronunciado mucho hasta ahora. Se ha limitado a escuchar y a sonreír ante algunos comentarios.

Lo inevitable termina ocurriendo cuando ya no nos quedan temas que tocar: la atención de todos se centra en ella.

Ya hemos cenado la ternera con patatas que he preparado, por lo que sobre la mesa quedan los restos de una tarta de queso y nuestras copas de vino tinto. Estas últimas parecen regenerarse solas y no sabría decir cuántas llevo encima.

—Jack nos ha dicho que vienes de Nueva York —dice James amablemente—. ¿Cómo van las cosas por la gran ciudad?

Se toma unos segundos para pensar la respuesta y conectar de nuevo con la realidad, ya que su mente se había acostumbrado a ser todo lo pasiva que se puede en una reunión social.

—Ruidosa. —Se encoge de hombros.

—No lo echo mucho de menos.

—¿Conoces Nueva York? —pregunta ella interesada.

—¿Que si lo conozco? Nací allí —responde James—. Hasta que un día este tío decidió desertar y me pareció una buena idea seguir sus pasos.

Su respuesta se queda flotando en el ambiente y, por algún motivo, rezo para que alguien hable de otra cosa.

—¿Cómo es que decidiste pasar un verano sola aquí? —se interesa Anna.

Esta pregunta parece costarle más que la anterior. Da un trago largo a lo que queda en su copa y mira a mi amiga fijamente, como si intentase leer sus intenciones de forma telepática.

—Necesitaba un cambio de aires. —Su respuesta se queda en la superficie, sin profundizar en lo que de verdad la ha traído aquí.

—Desde luego, es un contraste.

—¡Por los contrastes! —brinda Peter, que lleva más copas de las que debería desde hace un rato.

Todos brindamos y terminamos el postre en un ambiente relajado y cómodo. He conseguido destensarme a base de tiempo y alcohol en vena y, por lo que veo, Olivia también ha pasado un buen rato.

—Por cierto, ¿qué hiciste ayer? —me pregunta James—. Te llamé por la tarde para que me ayudaras con un pedido del bar.

—Estuve con Guida. Vimos de nuevo *El diario de Noa*.

Una risa generalizada se levanta sobre la mesa al confesar mi plan de tarde.

—Lo que hay que hacer por amor.

Me río con ellos ante el comentario. Al reparar en Olivia, me doy cuenta de que me está observando con curiosidad. Aparta la vista enseguida y busca la botella de vino para rellenar la copa.

—Olivia, no sé si has visitado la zona —dice Anna, intentando integrarla de nuevo—. La semana que viene vamos a hacer una excursión a Interlaken y haremos alguna ruta por la montaña. ¿Te apetece venir con nosotros?

Antes de responder, vuelve a mirarme. Parece que no quiera dar una contestación sin antes asegurarse de que me parece bien el plan. Ni siquiera he pensado en lo que podría significar que Olivia comience a formar parte del grupo, pero sé lo sola que está aquí y

agradezco mucho que mi amiga quiera ofrecerle esa estabilidad social de la que yo no me veo capaz.

Levanto las cejas haciéndole ver que la decisión es suya.

—Me lo pensaré —contesta—. Pero no tenéis por qué. No quiero molestar.

—Venga ya. Me vendrá bien tener alguna alianza femenina. —Da un largo trago a su copa de vino—. Llevo demasiado tiempo rodeada de hombres y necesito una amiga.

El comentario de Anna la hace sonreír.

—Anímate —le digo.

No sé si es el alcohol o que, de repente, me parece una gran idea que Olivia descubra un poco más los Alpes y salga de esta casa.

—Está bien —cede.

—¡Estupendo! —zanja James—. Eso sí, lo hacemos el domingo porque el sábado hay que ensayar.

—También puedes venir a vernos al garaje —la invita Peter, esta vez de una manera amistosa y sin dobles sentidos.

—¿Qué ensayáis?

Su tono ha cambiado radicalmente, como su rostro, que ya no brilla tanto como antes.

—¿Jack no te ha contado nada? Tenemos una banda de música.

Olivia suelta la copa de vino con algo de prisa y se queda en silencio unos instantes.

—Se me ha pasado contártelo —le digo—. Aparte de tatuador, soy guitarrista.

Sus ojos se vuelven a clavar en los míos de una forma que no logro descifrar. Es un lenguaje oculto que no creo que pueda hablar ninguno de los que estamos aquí. Por un momento, pienso que el alcohol le ha sentado mal y que necesita ir al baño. Y cuando creo que va a responder, lo que hace es levantarse y susurrar:

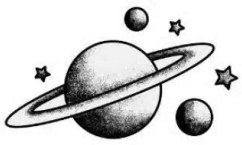
—Disculpad.

Sale del salón de manera apresurada y no volvemos a verla en toda la noche. Al rato, pienso en ir detrás de ella y preguntarle si está bien, pero la verdad es que ninguno de nosotros tiene la suficiente confianza para entrar en su burbuja sin permiso.

Sobre todo cuando sé por experiencia lo protegido que puedes llegar a sentirte ahí dentro. Sin que nadie tenga acceso a tus emociones.

Capítulo 14

«Smells Like Teen Spirit», Nirvana



Olivia

En ocasiones, el universo parece ser una broma de mal gusto, un chiste que no termino de pillar, una casualidad tan remota que asusta.

¿Qué probabilidades había de que, al mudarme a otro país, acabase compartiendo piso con un guitarrista al que ahora mismo me cuesta mirar a la cara?

Esto no es culpa de Jack, por supuesto. De hecho, debe de pensar que me ha sentado mal la cena que ha preparado. No se imagina que lo que ocupa mi estómago es un revoltijo de emociones que me cuesta ordenar. Y que, si no salía de ese salón rápido, iba a ponerme a llorar delante de un grupo de desconocidos.

¿En algún momento podré dejar de regular mis emociones a través de las lágrimas? Me preocupa ser la chica del llanto infinito. Temo ocupar ese blog sensacionalista dentro de unos años y que el titular sea algo como «Olivia Smith, la mujer que un día fue cantante y ahora cuenta con un único logro: llorar sin remedio».

Estoy tumbada en la cama, con la vista en el techo, oyendo las risas que provienen del salón como si fueran enlatadas.

Puede que, para otra persona, la información de la que me acabo de enterar no suponga una diferencia. Puede que, antes de saberlo, yo misma hubiera imaginado que no me afectaría sobremanera. Pero

no ha sido así. La ansiedad ha comenzado a trepar por mi piel y aún no he logrado quitármela de encima.

Necesito hablar con alguien o acabaré despierta toda la noche. Miro el cuaderno morado de reojo. Me dan ganas de abrirlo y comenzar a escribir con las entrañas, pero todavía no consigo trazar una letra sin que el folio en blanco me gane la batalla. Por otro lado, me encantaría enviarle un mensaje a mi psicóloga. Recuerdo que no tenemos sesión *online* hasta dentro de unos días, pero presiento que en este preciso instante cuento con las palabras exactas para aplacar la presión que siento. Solo necesito a alguien que me ayude a expulsarlas.

Tengo que hablar con Noah. Él, después de la mujer diplomada que ha conseguido encender algo de luz en mi camino, suele tener las palabras perfectas para cualquier momento de crisis.

¿Puedes hablar?

Contigo, siempre.

No tarda ni dos minutos en contestarme y, acto seguido, mi móvil comienza a sonar.

—Oli, ¿estás bien?

Me bastan tres palabras para romper en llanto. Escondo la cabeza entre las piernas mientras el móvil está sobre la cama en altavoz.

«Por favor, que no me oigan llorar», rezo en silencio.

—Ey, cuéntame qué pasa.

Reúno el valor necesario para contarle a Noah cómo me siento, aunque ni siquiera yo lo tenga claro. Noto un amasijo de sentimientos, miedos y dudas que luchan por sobrevivir en mi vientre. Las oigo pelear por llegar hasta mi pecho y colocarse en el lugar donde laten las ideas tangibles.

Es demasiado difícil explicar un cuadro cuando el artista ni siquiera está cerca. Y así me siento yo: como un lienzo repleto de trazos imperfectos que un día fueron pintados por alguien que ya no está.

—¿Sabes? —me atrevo a decir al fin—. Cuando vine aquí, no sé qué clase de película me había montado en la cabeza. El caso es que

no se parece en nada a la realidad.

—¿Por qué dices eso?

Me da vergüenza contarle a mi mejor amigo que temo vivir con alguien que pueda recordarme a Sam. Pero lo termino haciendo. Al fin y al cabo, la amistad es un trato incondicional y una de sus cláusulas es hablar sin filtros.

—¿Es normal que, al enterarme de que mi compañero de piso es guitarrista aparte de tatuador, quiera salir corriendo al otro lado del mundo y no volver?

Lo digo de carrerilla hasta que me quedo sin aire al final de la pregunta. Enseguida cierro los ojos y espero la respuesta de Noah. Cuando oigo que una risa suave sale de sus labios, me enfado al instante.

—¿Te hace gracia?

—Es curioso, Olivia. Solo eso —responde con la voz dulce.

—¿Qué es curioso exactamente?

—No sé, me parece una especie de señal, ¿no?

—¿Desde cuándo eres tan místico?

Entorno los ojos y me pregunto si lo que le pasa a mi amigo es que anda bajo los efectos del alcohol o alguna sustancia psicotrópica. Allí deben de ser poco más de las cinco de la tarde, pero no me extrañaría nada conociendo sus rutinas.

—No lo sé —contesta—. Es una casualidad, la verdad. Pero una casualidad bonita, ¿no? Quizá ahora no puedas verlo, pero has acabado conociendo a alguien con quien compartes algo más que una casa.

—¿Te refieres a la música? Justo me fui de Nueva York escapando de ella.

—Pero no puedes pasarte la vida huyendo, Oli.

—Ya lo sé. —Suspiro cansada—. Tú lo verás como una casualidad bonita, pero yo no dejo de pensar en que es una especie de castigo que se alarga en el tiempo. Y me siento sola, Noah —confieso—. Lejos y sola.

Los siguientes minutos los pasamos hablando de los chicos. Agradezco que Noah haya desviado la conversación hacia temas un poco menos intensos. Según me ha contado, Mark sigue aislado la

mayor parte del tiempo, componiendo. John, por lo visto, no deja de acudir a fiestas en mansiones gigantes, donde multitud de desconocidos se bañan desnudos en la piscina de noche y beben hasta perder el conocimiento.

—¿Y tú no vas a esas fiestas?

—A algunas —reconoce—. En estos momentos, estoy en la casa de un batería retirado que ha decidido que destrozar su salón no es una mala idea.

—¿Ahora? No son ni las seis.

Oigo cómo alguien le hace una broma ininteligible y mi amigo se ríe a carcajadas.

—¿Vas colocado?

—Ahora paso, tío —le oigo decir—. Que sí, a medias.

—Joder, Noah.

—Te preocupas sin motivo —me asegura, volviendo a la conversación—. Confía en mí.

—Ya —contesto, sin estar muy convencida—. No juegues con lo que no puedes controlar.

Parafraseo a Sam con una familiaridad innata. Él solía controlar a los chicos con el tema de las drogas y, ahora que no está, me da miedo que sus vicios acaben desbordándose y arrollándolos por completo.

Su silencio me confirma que también ha oído la voz de Sam en su cabeza al escuchar mis palabras.

—Bueno, en verano no hay mucho más que hacer, Oli —se excusa, despreocupado—. Por lo visto, la mujer del dueño de esta casa lo ha dejado y, en el juicio, lo ha perdido todo. Creo que el objetivo de esta fiesta es desmantelar cualquier rincón que en otro tiempo fuera hogar.

—Sin conocer a ese tío, ya me estoy posicionando con la mujer. No sé por qué será. —Suspiro. El mundo de la música es de los hombres, lo he visto con mis propios ojos. Infidelidades, mentiras, vidas paralelas... Estoy segura de que ese tío despechado solo cuenta lo que lo hace quedar en buen lugar—. De todas formas, se me ocurren más cosas para pasar el rato que emborracharse a todas horas —le digo, preocupada—. ¿Estás bien?

Mi pregunta ha dado en el clavo.

—Todo lo bien que se puede estar. —Oigo cómo le da una calada pausada a un cigarrillo antes de seguir hablando—. Ahora se han empeñado en tratarme como a un alcohólico sin rumbo. Ese maldito blog no deja de hablar de todos nosotros como si nuestras vidas fueran ficción —se queja, frustrado—. No parecen comprender que, detrás de un grupo de música, hay personas. Joder. No es tan difícil entender que también somos corazones que sienten y heridas que siguen doliendo.

Su voz se rompe en la última frase. Es duro no encontrar la felicidad, pero lo es aún más cuando compruebas que tu entorno tampoco parece tener el mapa para llegar hasta ella.

—¿Te refieres al artículo en el que aseguran que nos han sustituido en tiempo récord? —pregunto, recordando palabra por palabra el texto que he leído hace unas horas—. Hasta me comparan con la cantante como si fuéramos gemelas. Ah, por no hablar de que han grabado su primer *single* con nuestra discográfica. ¿Tú sabías eso?

—Tienes que dejar de leer esas cosas —masculla. Y puedo imaginármelo con unas copas de más, negando con la cabeza lentamente.

—Tú también deberías.

—Te juro que estoy intentando desconectar de todo el ruido, pero no termino de encontrar la manera. Esos artículos son como una herida: cada vez que la tocas, duele, pero es una sensación adictiva que hace que quieras volver a hacerlo.

«Y tanto que lo es», pienso.

—¿Sabes qué es lo mejor de pasar el verano en Suiza? —lanzo la pregunta al aire, secándome las lágrimas de las mejillas—. Que nadie conoce mi historia. Puedo ser quien quiera: una estudiante de arte que ha venido hasta aquí para cursar una beca o una turista con mucho tiempo libre que solo busca descansar. —Me quedo pensando en la imagen de una desconocida con mi aspecto y con muchas menos preocupaciones en la mente. Irremediablemente, la envidio—. Aquí nadie puede leerme hasta el punto de descubrir el dolor que llevo dentro.

—Eso es... liberador.

—Al principio, caminaba por las calles con miedo. Ahora me siento ridícula al pensar que alguien, a tantos kilómetros de distancia, vaya a pedirme una foto. Esto no es Nueva York —niego— ni los garitos en los que cada fin de semana éramos parte de la atracción. Aquí las personas parecen... —Medito un momento lo que voy a decir—. Parecen vivir de verdad.

—Te echo de menos —confiesa—, pero me alegro de que hayas parado en un lugar donde puedas descansar de todo un poco.

—No está siendo fácil. Estoy conociendo a gente nueva, pero, aun así, el grupo de amigos de Jack me recuerda demasiado al pasado. A nosotros.

—¿Eso es malo?

—Aún no lo sé. Es raro, eso desde luego.

—¿También son una banda descarriada que pasa las horas soñando?

—No los conozco tanto, pero esa es la sensación que me han dado.

—¿Y Jack? ¿Cómo es?

Su pregunta me eriza la piel. Lo pienso mínimamente hasta caer en la cuenta de que, en realidad, no sé cómo es. Lo único que me tranquiliza es saber que en la casa de las flores violetas me siento tan cómoda como deseaba al llegar.

—Es un tío majo —contesto al cabo de un rato—. Sencillo. Como si no necesitara nada más para sentirse pleno.

—No está mal para compartir piso con él.

—No lo conozco demasiado ni tampoco se me da muy bien leer a un desconocido, pero me da buenas vibras. También es de Nueva York —le cuento—, igual que su amigo James.

—¿Y su familia?

—No hemos profundizado tanto. —Me levanto de la cama y me planto frente al espejo—. Por lo que he podido deducir esta noche, tiene novia. Una tal Guida o Gilda.

Me miro fijamente y, una vez más, no termino de reconocer mi reflejo. Estoy arreglada, con los ojos pintados de verde y los labios de un marrón bonito, pero no brillo.

Se me ha olvidado cómo brillar.

—¿Me llamarás cuando lo necesites? —me pregunta Noah con tono algo preocupado.

—¿Me prometes que rechazarás la invitación de alguna fiesta?

—Supongo que puedo hacerlo.

—Oye, ¿por qué no vienes a verme en algún momento del verano?

—¿A Suiza?

—¿Por qué no? —insisto, con la esperanza de que mi mejor amigo se aleje de ese ambiente durante un tiempo.

—¡Voy! —le grita al aire—. Lo pienso, Oli. Tengo que colgar.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Cuando dejo el móvil sobre la mesilla, sigo oyendo las risas del salón, los murmullos de conversaciones ininteligibles que no hablan de mí.

Y me derrumbo al pensar que solo soy un corazón roto que ni siquiera es capaz de contar su historia al mundo.

Un corazón que solo es capaz de ocultar su pasado por miedo a sufrir de nuevo.

Capítulo 15

«Let It Be», The Beatles



Jack

Los días siguientes a la cena, prácticamente no veo a Olivia. Vivimos bajo el mismo techo, pero podríamos fingir que somos dos pasajeros que comparten el mismo vagón de tren todas las mañanas, sin siquiera saber de la existencia del otro.

Ella pasa las horas en casa, vagando de un lado a otro en silencio y escondiéndose en su habitación la mayor parte del tiempo. Yo salgo a trabajar y sigo la misma rutina de siempre. En definitiva, estos días no hemos intercambiado más de diez palabras y las más profundas han sido «Buenas noches» o «Sí, tomaré café».

El ambiente está algo raro.

No sabría decir con exactitud qué fragmento de la cena hizo que Olivia cambiase su actitud. No parece enfadada conmigo, simplemente la noto más distante; como si quisiera mantener una parte del universo al margen. ¿Y qué puedo decir ante eso? Yo también me relaciono con el mundo de manera extraña.

Venus parece ser su único nexo con este país y su nueva rutina. Justo ayer, Olivia me preguntó si podía llevársela a dar una vuelta, pero solo salieron al jardín, donde estuvieron más de una hora

corriendo. Me dio la sensación de que toda la energía con la que contaba su cuerpo se consumió al jugar juntas.

Mi plan era leer en mi sillón de siempre mientras bebía una taza de café recién hecho, pero la realidad es que mis ojos viajaron hacia ella más veces de lo esperado. Me encontraba dividido entre una calle nocturna de Londres, donde un asesino andaba suelto, y un paisaje soleado donde una chica pelirroja parecía ser feliz por unos momentos. Y reconozco que no era capaz de elegir ningún escenario, pero sí de permanecer en el silencio de ambos durante un largo rato.

Estos días también los he dedicado a ensayar con los chicos sin parar. Todas las tardes, después del trabajo, quedamos en el garaje para repetir una y otra vez el repertorio que tocaremos en el festival. No voy a negar que es reconfortante compartir con ellos ese lenguaje que no cualquiera es capaz de hablar: ese que se crea con los dedos y la garganta.

Pero, al mismo tiempo, pienso en tocar delante de un montón de desconocidos, todos con la potestad de juzgarnos mientras estamos en el escenario... y el miedo se apodera de mí. No es la primera vez que me pasa. Cuando tocábamos en garitos de mala muerte ya me imponían las seis personas que se hubieran dejado caer en la barra aquel día. ¿Hago algo por remediarlo? Ni de lejos. ¿Lo hablo con alguien? Ni siquiera con Guida, aunque ella sea capaz de oler el temor que siento desde la distancia.

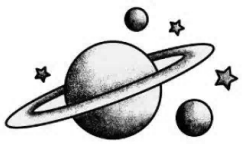
Lo único que hago es cerrar los ojos, colocarme frente al micrófono, coger mi guitarra e intentar acallar los fantasmas que me rodean.

Lo intento con todas mis fuerzas. El problema es que existen voces que, para ser silenciadas, lo único que necesitan es enfrentarse a otra que logre sonar más alto. Por desgracia, la mía apenas es un susurro.

Lo que siento es un miedo irracional que me sube por la espalda y me hace sentir vulnerable; invisible frente a un espejo y demasiado visible para el resto.

Una vez leí que todo ser humano cuenta con alguna clase de temor que lo persigue, sea del tipo que sea. Y mientras preparo la

cena, después de que Olivia me haya dicho que no tenía hambre y que se iba a dormir, solo hay una pregunta que me ronda la cabeza: ¿cuál será su principal miedo?



Olivia

Pasaron dos días desde la cena hasta que tuve la sesión *online* con la psicóloga. Dos días en los que estuve evitando a Jack por toda la casa. Tenía pensados varios planes de turismo, pero todo se me hacía cuesta arriba cuando llegaba la hora de levantarme de la cama. Sentía las piernas enredadas entre las sábanas en un juego infinito y sin reglas mientras el cuerpo me parecía tan pesado como el hierro. Por eso, mi única excursión ha sido caminar diez metros hasta el jardín y jugar de manera incansable con Venus.

Cuando abrí el ordenador a dos minutos de que empezara mi sesión con Layla, estaba tan nerviosa como la primera vez que crucé la puerta de su consulta.

Dicen que los psicólogos nunca deberían juzgar a sus pacientes, que forma parte de su código ético y es una norma no escrita que define si su trabajo es bueno o no. Aun así, no lograba quitarme del todo la coraza tras la que escondía todos los motivos por los que no tenía que haber hecho este viaje. ¿Cómo no iba a temer que Layla me juzgara si era yo la primera que lo hacía con cada una de mis decisiones?

Cuando su rostro sereno ocupó la pantalla de mi portátil, me relajé bastante. No sé qué tiene Layla que me transmite una paz instantánea. Puede que sea su coleta perfectamente peinada, su ropa de tonalidades marrones o la firmeza con la que sujeta el cuaderno frente a ella. El caso es que enseguida me sentí a salvo y pude respirar hondo sin notar un pinchazo entre los pulmones.

Comenzamos conversando sobre banalidades y allanamos el terreno hasta que acabó lanzando una pregunta directa al problema.

—¿Estás encontrando en Suiza lo que buscabas?

Lo primero que pensé fue que era una pregunta injusta. Difícil e injusta. ¿Cómo se suponía que tenía que responder a algo tan concreto? Aquella mañana, por no acordarme, no me acordaba ni de la última vez que me había reído a carcajadas. Ni de mi película favorita. Ni, por supuesto, de qué era lo que estaba buscando antes de llegar aquí.

Aguanté lo que pude tras oír su pregunta. Quizá tres segundos raspados antes de echarme a llorar desconsolada. Creía haber superado esa fase en la que las lágrimas caían por mi rostro de la manera más natural posible. Cuando ocurrió el accidente, acepté vivir con ellas pegadas a mis mejillas, recordándome todo el tiempo que mi felicidad se había extraviado en aquella carretera, pero también asumí que desaparecerían en algún momento. Han pasado más de tres meses desde que vagaba por casa como si el mundo se hubiera extinguido y, por lo visto, aún puedo revivir esa sensación si me lo propongo.

Mientras Layla me miraba paciente, contesté a su pregunta con un rotundo «no». Me encontraba lejos de casa y la idea que tenía de Suiza siempre había estado ligada a la idealización del país que Sam tenía en su cabeza. De pronto, viviendo frente a los paisajes de los que tanto me hablaba, me di cuenta de que he venido buscando algo tan efímero como el aire.

—Estoy intentando abrazar algo que no existe —dije al fin.

—¿A qué te refieres?

—A que Suiza lo tiene todo para que me enamore de este lugar. Atardeceres de colores, personas educadas, cafeterías acogedoras en las que pasar una tarde entera... —Hice una pausa mientras Layla escribía en su cuaderno sobre mi tristeza—. Pero nada de eso me sirve en absoluto si, al final del día, me siguen faltando sus abrazos.

Asintió en respuesta y se mantuvo en silencio con la esperanza de que continuara hablando, pero no lo hice. De ahí que su siguiente pregunta me descolocara aún más.

—¿Has hablado con alguna de las personas que has conocido allí sobre Cosmic Love?

—No. Y mucho menos desde que me he enterado de que ellos también son músicos. —Mi voz sonó cansada a esas alturas.

—¿Tu compañero de piso es músico?

—Guitarrista —contesté.

No me pasó desapercibida la mirada que me dirigió. Asintió de nuevo, asimilando parte de la información, y volvió a observarme atentamente.

Le expliqué como pude por qué necesitaba mantener mi vida en secreto. Le conté lo libre que había llegado a sentirme sin que nadie opinara sobre mi futuro, mi talento o mi pena; que, esta última, no dejaba de ser mía aunque algunas personas quisieran agenciarse el sentimiento.

Y me sentí comprendida por Layla. Agradecí que no me presionara para hablar más de mí, sino que me animara a seguir relacionándome con este nuevo grupo de músicos y que, por supuesto, intentara salir de casa.

Cada tema que tocamos en esa sesión fue una flecha directa al corazón y aún noto cómo los agujeros de mi pecho van recomponiéndose poco a poco, de una manera sana, sin dolor.

—¿Tú qué crees que hace que un cantante transmita? —me preguntó de pronto.

Me agarré las mangas del jersey y miré al techo de la habitación, meditando bien una respuesta con sentido.

—Tener algo que contar —aseguré—. Y saber lo que es el dolor. Eso también.

—Es decir, un cantante tiene dos opciones frente al dolor: huir de él o nutrirse hasta convertirlo en una historia que contar.

Antes de que acabara de explicarme su metáfora ya estaba entendiendo lo que quería decirme. Y me encantó recordar que nada es blanco o negro, sino que la paleta de colores que puede tener un problema es infinita. Puede ir cambiando según el día.

Le agradecí una vez más la charla que habíamos tenido. El tiempo ya se estaba terminando, por lo que me despedí de ella.

—Hablamos la semana que viene.

—Una última cosa —añadió—. Que no quieras hablar de tu profesión no significa que no puedas hacerlo de otros aspectos de tu vida, Olivia. Somos lo que vivimos y estoy segura de que esas nuevas personas que están ahora en tu rutina quieren conocer la versión que más se parezca a ti.

Asentí, rumiando la idea de hablar sobre mi duelo. ¿En qué punto de la conversación se introduce una pérdida? ¿Sería capaz de contarlo sin volverme tan invisible como su recuerdo?

Cuando apagué el ordenador comprendí que, si quería salir adelante, lo primero que debía hacer era dejar de buscar a Sam en cada rincón. Iba a ser difícil, pero tenía que asumir que estaba sola en esto. Y que los atardeceres de Suiza no deberían perder ni un ápice de su color aunque solo brillaran para mí.

La terapia estaba acompañándome de una manera indirecta. Era como acudir a un lugar en el que los nudos internos fueran deshaciéndose a base de palabras. A veces surgían otros nuevos, pero solo eran uno de los muchos síntomas que conlleva el verbo *vivir*.

Y asustaba.

A partir de esa cita con Layla, empecé a pasearme por la casa de las flores violetas como si fuera una flor más. Preparada para recibir la luz del sol a cualquier hora del día.



Jack

Estamos a 13 de julio, lo que significa que queda un mes exacto para el festival de Brienz. Al ser una fecha tan redonda, es inevitable

sentir la ansiedad anticipatoria, como si cada día a partir de hoy fuera un aviso de que el tiempo se acaba.

Algo parecido me ocurrió ayer cuando miré el calendario. De pronto, los nervios comenzaron a desempeñar su papel y a susurrarme que cabía la posibilidad de que nuestro concierto fuera un desastre. Estaba terminando la jornada laboral cuando tomé la decisión de ir al mismo lugar en el que siempre acabo cuando estoy inquieto por algo: la casa de Guida.

No sé en qué momento mi casera se convirtió también en mi guía espiritual. No es un pensamiento que vaya aireando a los cuatro vientos —quiero seguir conservando mi reputación—, pero lo cierto es que, cada vez que tengo un problema, me bastan un café y dos galletas de mantequilla con ella para diluir cualquier preocupación.

Cuando llegué a su casa, no tardó ni cinco minutos en notar que me pasaba algo.

—¿Qué tienes?

—Nada —mentí, y mordí un pedazo del bizcocho que había comprado en la pastelería de al lado—. ¿Qué tengo?

—No lo sé. Cuando vienes aquí y haces como que me escuchas durante tanto tiempo sé que tu mente está maquinando otra cosa.

Apagó el televisor y concentró toda su atención en mí, en mi gesto impostado.

—Pienso en el festival —confesé.

—Ojalá tuviera veinte años menos para ir allí y saltar como una adolescente —divagó con nostalgia.

Me hizo gracia que considerase que los sesenta años son una edad dentro de la adolescencia, pero no dije nada.

—¿Qué te preocupa? —me preguntó, esta vez con un tono más serio.

—Nada. Simplemente lo pienso.

—Jack, ¿vamos a jugar mucho más rato a esto? Porque seré una anciana, pero podría estar regando las plantas en lugar de suplicándote que me lo cuentes.

Suspiré y me levanté del asiento como un resorte. No me quedó más remedio que aceptar que aquella mujer me conocía mejor que yo mismo.

—Me da pánico no estar a la altura —solté mientras mis pies no paraban de caminar en círculos por la habitación.

He tocado en cientos de garitos con los chicos, en el garaje, en fiestas en las que el público estaba tan borracho que ni siquiera hubiera podido seguir nuestras letras... Y, aunque lo he ocultado, en todas y cada una de ellas he salido al escenario acojonado.

—Estás más que preparado —me aseguró.

—Además —seguí desahogándome—, cuando James me dijo que nos habían elegido para el cartel principal a causa de una baja... lo primero que pensé fue que éramos la segunda opción, que no éramos lo suficientemente buenos y...

—Es increíble cómo el ser humano puede tener tan poquito amor propio —me interrumpió, entre enfadada y enternecida por mis miedos—. Escúchame bien: os cogieron en la repesca porque sois tan buenos que no podían quedarse sin vosotros. Punto. ¿Por qué te empeñas en ver el lago vacío si sus aguas no dejan de brillar? —La miré con vergüenza, sintiéndome un niño inexperto e inmaduro—. Hazme caso a mí, que tengo muchos años y sé de estas cosas. Vais a ser el descubrimiento de ese festival.

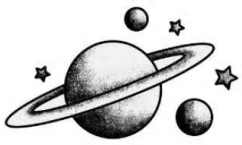
—Te lo agradezco, pero no sé por qué me tienes en tan alta estima.

—Porque me haces los mejores chocolates calientes caseros. Y porque me arreglas las ventanas en invierno —añadió con sorna—. Si fuera por tu humor de perros, seguramente no te tendría tanto cariño.

Una carcajada salió de mis labios cuando me guiñó un ojo. No sabía cómo, pero, por arte de magia, un día más había conseguido salir de aquel lugar sin el miedo que me recorría el cuerpo cuando entré.

Capítulo 16

«More Than Words», Extreme



Olivia

Esta mañana he cogido el tren hasta Grindelwald, un pueblecito que prometía ser tan austero y remoto como el de Heidi, pero que ha resultado ser un amasijo de turistas y actividades excesivamente caras. Los bares que he visitado vendían hamburguesas por treinta francos y prefiero no hablar de lo que costaba la cerveza. Así que he caminado por la única calle que parecía tener vida, he comprado un helado porque el sol era abrasador y he decidido coger el tren de vuelta con un sentimiento de vacío, que por suerte se ha ido diluyendo con los paisajes del trayecto.

He llegado a casa desencantada con el lugar y enfadada con mis expectativas. Tengo que reconocer que he decidido ir hasta allí en contra de lo que me dijo Jack anoche, porque vi un par de vídeos en TikTok en los que un grupo de amigos se tiraba por un tobogán entre las montañas y parecían reír mucho. Conclusión: soy un público fácil de engañar, supongo... o tenía muchas ganas de salir de casa y cualquier opción me parecía válida para intentar aprovechar el verano en Suiza.

—No te recomiendo que vayas allí. Es la ruina de cualquier turista. De hecho, si vas, podrás comprobar que no hay suizos caminando por sus calles —me contestó cuando le pregunté si era buena idea visitar Grindelwald.

—Bueno, quizá pase la mañana allí.

—Tú misma. —Se encogió de hombros antes de añadir—: Pero después no me digas que no te avisé.

Y salió de casa con Venus siguiendo sus pasos, como si fuera a olvidarse de nuestra conversación en cuanto el aire rozara su nariz.

Sigo sin conocer a Jack Evans, principalmente porque ninguno de los dos está muy dispuesto a abrirse frente al otro. Yo no quiero que conozca de mí más de lo que le muestro, y él... él parece no tener nada que contar a simple vista, aunque, si lo pienso mejor, pasan los días y me voy dando cuenta de que su personalidad está repleta de capas, todas invisibles e indescifrables, pero capas al fin y al cabo.

Él es alguien que acostumbra a tener la mente en otro lado. Cuando no está leyendo, está caminando o corriendo con Venus por el exterior. Es capaz de ser un tío serio e impenetrable y, a la vez, dejarme comida preparada en la nevera sin decirme nada. No es una persona de muchas palabras, pero creo que se preocupa por mí de alguna manera, cosa que agradezco enormemente, ya que hay días en los que no comería si alguien no me recordara que tengo que hacerlo.

Su silencio me hace sentir cómoda.

Ahora mismo estoy tirada en el sofá, después de haber hablado con mi madre durante media hora. Busco una película en Netflix que me pueda entretener durante un rato, la típica historia con el poder de hacer que el tiempo pase más rápido delante de mis ojos.

Entonces, aparece en la pantalla *10 razones para odiarte* y no necesito seguir explorando. Por lo general, cuando tengo un día raro o me apetece pausar la adultez por un momento, recurro a todas aquellas películas o series que marcaron mi adolescencia. Siento que, si me concentro mucho, fuera de estas cuatro paredes aún estamos en los *dosmiles*, cuando los pantalones de campana llenaban el armario de mi habitación, los pósteres de mis actores favoritos decoraban la pared y las cartas perfumadas que nos enviábamos entre compañeras de clase descansaban en el cajón de la mesilla.

Cuando el día a día me queda grande y me pierdo en su amplitud, hago un viaje en el tiempo y desafío a la ciencia a base de

sensaciones.

Es extraño comenzar una película que me hizo vibrar en plena adolescencia y descubrir que sigue teniendo el mismo poder sobre mí años después. Ver un fotograma en concreto y sentir que todavía la vida tiene muchos planes con los que sorprenderme; no sé, volver a pensar que el camino es largo y que tengo la oportunidad de conocer cosas nuevas.

No de perderlas.

Venus se instala a mis pies justo cuando Julia Stiles conduce su descapotable hasta el instituto. Me acomodo entre cojines con una sonrisa sincera preparada para volver a vivir uno de mis romances favoritos. Entonces, oigo los pasos de Jack acercándose a su sillón de lectura; el que está a solo un metro del sofá.

—¿Te importa? —Alza un libro, dándome a entender que le apetece leer en el mismo espacio en el que yo veo cómo dos adolescentes se enamoran perdidamente.

En otro momento, me hubiera sentido incómoda y hubiera salido por patas del salón poniendo cualquier excusa. Hoy no me parece tan mala idea.

—Para nada.

Me concentro en la película, sin dejar de oír el sonido de las hojas de su libro por encima de la voz de los protagonistas cuando pasa página. Es una mala idea, pésima diría, ponerme a pensar en qué es lo que pasa por la mente de Jack en estos momentos en lugar de disfrutar de la película. Aunque la incertidumbre desaparece de golpe cuando dice:

—Es de las pocas películas románticas que puedo ver sin pensar en vomitar al menos cuatro veces.

Su comentario me hace girar la cabeza por inercia.

—¿No serás de esos hombres que denigran el romance?

—Para nada. Si husmeas en mi librería, verás que tengo varios libros románticos que no dejo de recomendar siempre que puedo.

Vuelve a bajar la mirada hacia su lectura y me deja claro que, aunque sea una persona algo inaccesible, al menos cuenta con una pizca de inteligencia emocional. Y me gusta saber ese dato sobre él.

—¿También es una película de tu adolescencia? —lo pico.

—Decir eso sería pasarse —reconoce—. No recuerdo cómo fue, pero terminé yendo al cine a verla con una amiga.

—Imagino que te obligaron.

—Seguramente. Jamás hubiera pensado que una película adolescente lograse adaptar tan bien una obra de Shakespeare.

Su comentario me deja fuera de juego. Ni siquiera sé a qué obra se refiere, pero me da vergüenza preguntarlo por si es un dato conocido por todos.

—*La fierecilla domada* —añade al rato—. Tienes un ejemplar en esa estantería, por si quieres adentrarte en la comedia del siglo XVI.

Asiento en silencio, apuntándome mentalmente que quizá sea una lectura que pueda acompañarme por las noches.

Ninguno dice nada más. Las hojas de su libro siguen sonando al mismo tiempo que la película y, por primera vez, siento que estoy en un lugar en el que no soy del todo una extraña. Pero, sobre todo, me doy cuenta de que han pasado varios minutos y la mueca de sus labios ha contagiado a los míos.

Arropada con una manta tan mullida como Venus, compruebo que la calma no tiene por qué ir ligada a la culpa. Pueden existir la una sin la otra: como Jack y yo, dos personas aparentemente diferentes, coexistiendo en un mismo espacio.

Igual nos parecemos más de lo que parece.

Igual él también necesita huir de cuando en cuando.

Capítulo 17

«Boulevard of Broken Dreams», Green Day



Jack

Unos sollozos en la habitación de al lado me despiertan de repente. Tardo unos segundos en darme cuenta de que estoy en mi cuarto y de que la cama está bañada por un hilo de luz de luna.

El llanto es casi imperceptible, pero una voz de mujer se alza sobre algún que otro golpe seco que consigue que mi corazón se pare repentinamente. Me levanto de la cama aturdido y camino hacia la puerta entreabierta con miedo. De pronto me siento diminuto y temo que un gigante me aplaste sobre la moqueta del pasillo antes de poder hacer nada.

«Pero ¿qué puedo hacer yo?».

Me escondo en la esquina, tapándome los oídos y debatiéndome entre enfrentarme a la bestia que está al otro lado de la pared o escapar. Huir hasta un sitio lejano que aún no conozco, pero que seguro que me recibe con los brazos abiertos y me cura las heridas.

«No todos los lugares del mundo pueden ser tan malvados como este», me convenzo a mí mismo sin estar seguro ni de cómo es el mundo a dos calles de aquí.

—No vuelvas a llevarme la contraria —ordena una voz tan rota como su dueño.

—Lo siento —susurra otra más débil, aguantando un sollozo.

Tengo que hacer algo. Camino con decisión y cierro los ojos, con la esperanza de que así su puño duela menos... deseando que la teoría de que, si algo no se ve, deja de existir, sea cierta. De ser así, viviría con los ojos completamente cerrados para eliminar esta tortura.

Cuando decido entrar, veo una escena que desearía no reconocer al instante. Mi madre está tirada en el suelo con toda la cara cubierta de sangre. Intenta enterrar el rostro en las manos mientras mi padre la coge de las muñecas con fuerza. Él tiene el pelo despeinado y sudoroso, como alguien que acaba de terminar un partido de fútbol y ha disfrutado con ello. Ya me lo estoy imaginando en un rato con el cigarrillo en la boca, tomando el aire en el porche mientras se reafirma en que lo que acaba de hacer era necesario.

Nuestros ojos se cruzan al tiempo que mi madre comienza a llorar de forma desconsolada. Probablemente está pensando en la paliza que me voy a llevar a continuación. La paliza que va a tener que ver en primera fila cuando ya ni siquiera le quede voz en la garganta.

Yo no soy capaz de pensar. Recibo patadas en el estómago, puñetazos en la cara y una sarta de insultos que han perdido su significado al oírlos tantas otras veces antes. Después de tantos golpes, mi mente se prepara para apagarse antes de que mi cuerpo reciba todo el dolor. Pero, un segundo antes de quedarse en negro, alcanza a oír:

—Cómo no, el principito ha vuelto.

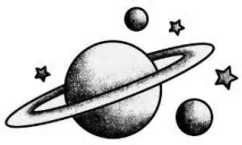


Abro los ojos en plena madrugada y me doy cuenta de que llevaba demasiado tiempo sin tener una pesadilla. Casi había olvidado esa voz venenosa o la inquina que brotaba en sus labios al pronunciar la palabra *principito*.

No se oye nada a mi alrededor. Venus está hecha un ovillo en la cama y Olivia debe de estar dormida en su habitación. No hay gritos ni sangre. Solo estoy yo en una cama diferente, con veinte años más y la memoria del miedo atrapada entre mis sueños.

Capítulo 18

«Midnight Special», Creedence Clearwater Revival



Olivia

Mañana vamos de excursión a Jungfraujoch. Al principio, dudé en aceptar la invitación de Anna, pero enseguida supe que era mejor salir de casa que quedarme un día más metida en mi cuarto. Me han contado que es un puerto de montaña en el que voy a poder ver un enorme glaciar en pleno verano. Cada día me sorprenden más los contrastes de Suiza. ¿Quién se imaginaría que un pedazo de hielo infinito puede permanecer intacto en un lugar con treinta grados de media? Yo, desde luego, no.

Debería llevar durmiendo un rato, pero la curiosidad me mantiene despierta como a un niño la noche de Navidad. Tengo la luz de la habitación apagada y no estoy segura de qué hora es. Aun así, noto que Venus llega hasta mis pies, lo que me obliga a preguntarme cómo le sentará a Jack que su perra me haga más caso a mí que a él en tan poco tiempo. Me da la impresión de que, durante la noche, va cambiando de cama cada cierto tiempo. Le acaricio la tripa con un pie y, cuando comienzan a cerrárseme los ojos lentamente, un sonido inesperado interrumpe mi duermevela.

Son unos acordes lejanos que se quedan suspendidos en el aire. Oigo el familiar rasgueo metálico de las cuerdas que tantas veces me ha acompañado durante noches en vela, compartiendo cigarrillos. Y

aunque en esta ocasión sea una melodía diferente y desconocida, eso no impide que siga su eco de puntillas.

Por un lado, me duele alguna parte del pecho que no consigo calmar; por otro, no puedo ignorar la adrenalina que recorre mi cuerpo después de tanto tiempo sin música. La sensación se asemeja a la que experimentas cuando una droga que llevas mucho sin tomar entra de nuevo en contacto con tu sangre.

Inevitable.

Jack está tocando bajito, imagino que para no despertarme. Me debato entre ignorar un sonido tan familiar o acercarme hasta su habitación en completo sigilo. Antes de que mi mente pueda elegir, mi corazón y yo ya estamos parados en el marco de su puerta, con la espalda apoyada en la pared y procurando descifrar su armonía.

Siempre he pensado que la música es un lenguaje que no todos podemos aprender; posee sus propias claves y es capaz de hacer que alguien introvertido como Jack sea la persona más visceral con una guitarra en sus manos. No hay seriedad en su sonido ni ningún tipo de coraza que lo vuelva invisible. La persona que está en la habitación contigua es alguien muy diferente al hombre distante y reservado que vive conmigo.

Alguien con menos miedo a expresar lo que siente.

Las canciones, como las historias, suelen hacernos viajar a un momento en concreto de nuestra vida... a una caricia, a una comida que alguien preparó con cariño para nosotros... Recuerdo perfectamente cómo Sam tenía el poder de transportarme a cualquiera de nuestros recuerdos con un solo de guitarra. Me acuerdo de él, siempre descalzo y con el pelo enmarañado, tocando a todas horas para mí en nuestra casa mientras la canción de Jack sigue flotando en el ambiente.

«No llores», me impongo en plena madrugada.

Respiro hondo y la canción que se cuela por la rendija que nos separa me obliga a plantar los pies en este pasillo frío y oscuro de Suiza, alejándome de Nueva York y sus memorias. Cierro los ojos y mis oídos parecen abrirse para compensar mis sentidos. Suena a rock desgastado y a folk clásico, a tristeza y a country, lo que me hace recordar alguna que otra tarde en mi habitación de Texas. Me

veo a mí misma como una adolescente que no era capaz de dejar de mover los pies descalzos sobre la alfombra mientras escuchaba a Dolly Parton y, cómo no, se preguntaba qué tenía que hacer para que su voz también sonara en la radio.

El sonido de Jack conecta directamente con mi pasado, dotándolo de un matiz nuevo desde el futuro.

La verdad es que podría haberme ido hace unos minutos hacia mi habitación, pero algo me mantiene aquí clavada. No sé qué me transmite escucharlo, tampoco me importa; lo único en lo que puedo reparar es en la vibración de mi pecho; en mi vello alzado y en cómo los dedos de mis pies se encogen nerviosos mientras aguantan toda la tensión de mi cuerpo en ese punto.

Justo ahora, me doy cuenta de lo que he echado de menos sustituir el ruido por la música... hasta que Venus se planta frente a mí y se pone a ladrar sin descanso. Entonces siento que me sonrojo y el estómago me da un vuelco.

«Mierda».

Me quedo completamente petrificada, rezando para que Jack no me tome por una acosadora nocturna ni descubra que estoy escuchando su intimidad a escondidas. Y no tengo claro si lo hace o no, solo sé que la música no cesa en lo que parece una eternidad.

Cuando vuelvo a la cama, la calma se ha instalado de nuevo en mi piel.

Ya no tengo la sensación de estar tan lejos de casa.

Capítulo 19

«Winter Winds», Mumford & Sons



Jack

Cuando bajo al recibidor, son las siete en punto y Olivia ya está esperándome abrigada hasta las orejas. Me hace gracia ver su bufanda en pleno julio en comparación con la camiseta de manga corta que llevo puesta. Recuerdo que, la primera vez que visité Jungfraujoch, me congelé como una estalactita poco previsora. James me avisó de que había leído en un blog que las temperaturas eran bajísimas, pero no lo creí y me estuve arrepintiendo toda la mañana.

Eso sí, las vistas desde ahí arriba merecieron la pena.

—Buenos días —me saluda, somnolienta.

—Buenos días. ¿Has desayunado?

—No.

—Mejor. Allí arriba tienen una cafetería que te va a encantar.

Sus labios se curvan en una sonrisa. No me pasa desapercibido el tono amable que suele acompañarme cuando hablo con ella. Lo hago sin pensar. Por alguna razón que desconozco, siento que su felicidad comparte un hilo muy fino con la mía; si ella está cómoda, me relajo al instante.

Desde que vive conmigo, no la he visto salir mucho de casa. No ha hecho ni la mitad del turismo que Suiza tiene para ofrecer; por eso, cada vez estoy más convencido de que Olivia necesita a alguien que la empuje en este tipo de planes. Y, por suerte para los dos, Anna es la mejor en eso.

—¿Dónde están los demás?

—Anna y James suben andando parte del camino, hasta Allmend.

—¿Por qué? —pregunta sin disimular su cara de terror.

—No lo sé, les gusta eso de caminar cuesta arriba. Yo tampoco lo entiendo. Cuando lleguen, cogerán el primer tren que los lleve a Kleine Scheidegg. Nos encontraremos allí, para continuar el ascenso juntos.

Salimos de casa y nos dirigimos hasta la estación de Wengen. Para llegar hasta el pico de la montaña, hay que coger primero el tren cremallera hasta la última parada, Kleine Scheidegg, y luego hacer transbordo y coger otro... y a partir de ahí es cuando los oídos comienzan a sufrir, los colores del cielo se vuelven más vivos y el frío amenaza con colarse en los huesos lentamente.

—¿Aquí todos los trenes parecen sacados del siglo pasado? —Su curiosidad comienza cuando nos sentamos en los asientos de terciopelo y, al otro lado de la ventana, el amanecer parece haberse pintado de violeta.

—¿Eso crees?

—Bueno, si alguien me dijera que ha habido un asesinato en el vagón de al lado y que Poirot ya está recopilando datos, me lo creería.

Lo suelta sin mirarme a los ojos, proyectando la voz hacia el cuello de su jersey. Tengo la sensación de que, cuando dice algo que pueda desvelar parte de su personalidad, se esconde al instante y se arrepiente de haberlo soltado. Me encantaría decirle que su referencia a Agatha Christie me ha sorprendido para bien. Más que nada, porque el pensamiento de estar dentro de una novela de misterio lo he tenido en más de una ocasión cuando he viajado por los Alpes.

—Si esto te parece sacado de una novela de misterio, tienes que montar en el tren que va a Montreux —le digo—. Creo que se llama

Belle Époque. Es carísimo, pero merece la pena viajar aunque sea una vez en él.

—Aquí todo es carísimo.

—También es verdad —concedo.

El silencio al que solemos recurrir cuando estamos juntos nos rodea de nuevo, pero no es incómodo. Olivia mira por la ventana con los ojos muy abiertos y yo decido sacar un libro de la mochila y ponerme a leer. La escena me recuerda al salón de casa, donde ambos hacemos nuestra vida sin necesidad de entrar en la del otro.

Cuando llegamos al punto de encuentro, vemos a mis amigos reír a carcajadas desde la ventana. James le está contando algo a Anna sin dejar de mover los brazos y esta niega con la cabeza, pensando algo similar a «No tienes remedio».

—Ahí están —dice Olivia, que coge su mochila y se dirige a la salida del vagón.

Algo que ella no sabe es que Anna y James estuvieron liados; de hecho, no sé si han dejado de estarlo en algún momento. Me pregunto cómo verá una desconocida como Olivia su relación desde fuera, si será capaz de interpretar cualquiera de sus gestos como la declaración de intenciones que realmente es.

Mis amigos son como una guerra inacabada: con momentos de paz y silencio a su alrededor y también con estallidos que no los dejan dormir por las noches. Siempre parece que tienen algo pendiente que no terminan de solucionar. Por eso, si me enterara de que anoche durmieron juntos y por eso hoy no han quedado con nosotros, no me sorprendería en absoluto.

Seguro que la caminata por la montaña les ha servido para aclarar las ideas, que falta les hace.

—¿En serio hemos llegado antes que vosotros? —pregunta James, con sorna.

—Si te crees tan montañista, puedes subir lo que queda de trayecto andando —le contesto con una sonrisa impostada.

—Son peor que dos niños de cinco años —oigo que le dice Anna a Olivia, y ambas se ríen por lo bajo.

Agradezco que, durante el segundo trayecto, nadie interrogue a la pelirroja. Temo que, en cualquier momento, pueda dar media vuelta

y desaparecer como hizo aquella noche de la cena.

En este tren, ya es imposible ignorar la inclinación vertiginosa de la subida. No tengo vértigo, pero, si mi mente se para a pensar que bajo mis pies hay más de tres mil metros de caída libre, mi garganta se cierra de golpe.

—¿Estás bien? —le pregunta Anna a Olivia.

—Sí, solo un poco mareada.

—¿Quieres agua? —pregunto.

No tardo ni dos segundos en hacerlo y prefiero ignorar la mirada curiosa que me dedica James desde el asiento de enfrente. Olivia asiente y bebe un trago largo, con el que parece querer tragarse el maldito momento en el que accedió a subir aquí.

Quince minutos después, estamos bajando en la estación y enfrentándonos a un viento potente. La primera vez que vine, pensé que un ser mitológico, o alguien simplemente enorme, nos soplaba en el rostro sin descanso. Aquí arriba parece concentrarse todo el aire de Suiza. Enseguida cojo una goma y me hago un moño despeinado para que el pelo no me moleste en la cara. Entramos rápido en el edificio y lo primero que nos encontramos es la cafetería acristalada desde la que se ve un paisaje absolutamente blanco y puro. Da la sensación de que nadie ha llegado hasta aquí y que vamos a ser los primeros en pisar esa nieve virgen.

—Huele a Navidad —dice Olivia, arrugando la nariz.

—Huele a chocolate —replico.

—Pues eso.

Zanja la conversación dejando claro que la Navidad y el chocolate caliente son claros sinónimos y se dirige, hipnotizada por el olor, hasta la barra del bar.

—Tiene las cosas más que claras, ¿eh? —me dice James, y no termino de entender si con doble sentido o no.

Todos la seguimos y acabamos sucumbiendo al dulce aroma que inunda el ambiente. Hubiera preferido tomar un café, es lo que hubiera hecho en cualquier otra situación, pero acabo con una taza enorme y humeante de chocolate y una ración de churros que Olivia ha pedido para todos sin preguntar. No me gusta el dulce, me empalaga, aunque eso no hace que decline su invitación, sino que

termino comiendo hasta la última miga de mi plato solo por no hacerle el feo.

—Mi consejo es que primero entremos en el palacio de hielo y después salgamos al exterior —dice Anna—. Creo que así Olivia se sorprenderá más.

—¿Hay un palacio de hielo?

—Es lo más turístico y absurdo que vas a ver hoy —suelto, un poco decepcionado conmigo mismo por intentar sonar borde.

—Hombre, no es el palacio de Frozen, pero es divertido —me contradice Anna.

—¿Cómo sigues disfrutando de estas cosas después de más de treinta años viviendo aquí? —le pregunta James.

—¿Porque adoro mis raíces? —contesta ella, como si fuera obvio.

—No sabía que eras suiza —dice Olivia, tras dar un pequeño sorbo a su chocolate.

—Nacida en Lucerna. —Mi amiga sonríe.

—Tras dormir en varios sitios de mala muerte, ella fue quien nos acogió cuando llegamos de Nueva York. Si no, no sé qué hubiéramos hecho este y yo —me señala James—, ni dónde hubiésemos terminado.

—Soy consciente de que los paisajes que tenemos aquí no se encuentran en otros lugares del mundo —continúa explicándole a Olivia—. Creo que, de los sitios a los que he viajado, solo Canadá podría hacerle algo de sombra.

—Viendo esto, Nueva York me parece un hervidero de cemento y ratas.

Cuando hablo de esa ciudad, sale lo peor que tengo dentro. No puedo hacer nada por evitarlo.

—Desde luego —contesta mi nueva compañera de piso, a quien se le ha borrado la sonrisa al oír el nombre de la ciudad—. Cemento, ratas e hipocresía.

—¡Vaya! —exclama James—. Jack, ahora sabes que tu odio es compartido.

—No lo odio. No quería... —Olivia se arrepiente al instante de haber sido algo más visceral que de costumbre—. No odio Nueva York, solo que ahora mismo no tiene nada bueno que ofrecerme.

—¿A qué te dedicas allí?

Anna la mira expectante, sin dejar de comer churros y con la confianza que siempre la caracteriza al hablar. De primeras, Olivia no contesta. Un silencio más largo de lo normal la envuelve. Estoy a punto de decirle que no hace falta que conteste, pero ella se adelanta.

—*Marketing*.

Jamás hubiera creído que una chica como ella se encargaría de algo tan común como puede ser el *marketing*. Debe de ser por las sombras de colores que lleva en los ojos o su manera de vestir: como si le diera exactamente igual lo que piensa el resto de la humanidad. Más bien me imaginaba a Olivia siendo pintora, escultora o alguna profesión en la que su personalidad se plasmara en su obra.

—No lo dices muy convencida —la pica James.

—Digamos que me estoy reconciliando con mi trabajo —confiesa incómoda.

Nadie indaga más sobre la vida que Olivia lleva en Nueva York, por lo que nos terminamos el chocolate y, cuando ya hemos entrado todos en calor, Anna decide que ha llegado el momento de moverse.

—Bueno, es hora de empezar la ruta. Y, por favor, son las vacaciones de Olivia, así que se ha acabado eso de hablar de trabajo.

La pelirroja le sonríe sincera en señal de agradecimiento a la vez que se levanta del sillón para seguir el recorrido.

Cuando pisé el palacio de hielo hace ya muchos años me pareció una horterada de campeonato: un lugar frío, resbaladizo y austero que no tenía mucho que ofrecerme. Ahora veo a Olivia reírse a carcajadas, intentando no caerse de culo en el pasillo principal, y puede que tenga su encanto. Hablo del lugar, por supuesto.

A nuestro alrededor hay un grupo de turistas haciéndose fotos vergonzosas, una pareja intentando patinar como si estuvieran en el Rockefeller Center y luego estamos nosotros. Tres jóvenes intentando ocultar que ya hemos estado aquí antes y una extranjera a la que le brillan los ojos mire donde mire.

No dejo de resoplar cada vez que James hace el tonto para que las chicas se rían, pero acabo participando en una de sus bromas. Ambos nos hacemos pasar por Papá Noel en uno de los sillones decorativos y, como era de esperar, nuestros pantalones se quedan pegados al hielo sin remedio. James consigue despegarse rápido, pero mi sillón se resiste a dejarme escapar. Cuando creo que voy a formar parte del decorado del palacio para siempre, Olivia me tira de los brazos y ambos acabamos cayendo al suelo. Uno encima del otro.

—Lo siento —se apresura a decir, al tiempo que me separa de su pecho.

—Te ayudo —le contesto, ignorando la velocidad que han alcanzado los latidos de mi corazón en cuestión de segundos.

Salimos del palacio con las mejillas sonrosadas por el frío y los dedos de las manos congelados.

Ha llegado el momento de visitar el punto de la visita por el que de verdad merece la pena subir hasta aquí. Tras una puerta de cristal enorme, nos espera la blanca inmensidad, donde un aire gélido nos deja parados unos segundos.

Todo es tan blanco que cuesta adaptar la vista. El suelo que tenemos bajo los pies está a caballo entre la nieve y el hielo, por lo que resulta algo peligroso caminar por encima.

Anna y James van por delante, andando como pueden y riéndose en alto. Son la representación perfecta de que les importa bien poco hacer el ridículo en público. Yo, por el contrario, sigo parado esperando a que Olivia dé algún paso. Pero no lo hace. Su mente está en otra parte, eso seguro; recordando algo que es probable que yo no llegue a saber nunca. No hay prisa. Decido quedarme quieto a su lado mientras escruto el horizonte.

Me doy cuenta de que ha tendido su brazo hacia el mío, lo que me pone más nervioso de lo normal. La miro y sus ojos me piden permiso para poder agarrarse a mí y así llegar hasta la bandera suiza que ondea a lo lejos. Es una de las fotos que más ansían los turistas que vienen hasta aquí. Así que entrecruzo mi brazo con el suyo y comenzamos a andar torpemente por la nieve.

No sé explicarlo, pero ¿sería una locura que con cuatro capas de ropa encima haya notado el calor de su piel?

«Que James no se gire y nos vea agarrados —suplica mi mente—. Lo último que necesito es darle contenido para que se monte una película de algo que no es».

—Si provoco que nos caigamos, lo siento —dice apurada.

Su voz me devuelve al frío y la realidad. Estoy algo incómodo con nuestro roce, tenso como un árbol milenario en mitad de un bosque. Aun así, lo disimulo como puedo.

—Tranquila, si eso pasa, no vamos a ser los únicos.

Le hago una señal con la mano que me queda libre para que se fije en la escena que Anna y James están protagonizando a unos metros de nosotros. Están rebozándose como croquetas en una sartén y no logran levantarse del todo del suelo.

Sonreímos ante el espectáculo y seguimos avanzando despacio hasta que ella dice:

—No sabía que estaban juntos. Hacen buena pareja.

—No lo saben ni ellos.

Tardamos diez minutos en recorrer un camino que nos llevaría dos si fuera de asfalto.

Suiza cuenta con casi once mil montañas con nombre. Si lo pienso bien, podría visitar cada día una diferente y pasarme años viendo la vida desde arriba. No es un mal plan. El paisaje que se abre ante nosotros parece flotar con la misma magia que hace que las nubes se sujeten en el cielo.

Desde el borde del precipicio, divisamos un glaciar que se extiende hasta el infinito. Suelto el brazo de Olivia y me separo de ella para que pueda experimentar por sí misma lo que es la inmensidad. Bueno, para eso y para volver a respirar con normalidad; nadie diría, por el estado de mis pulmones, que nos hallamos al aire libre y no en una habitación sin ventanas ni salida.

Aquí arriba pocas cosas parecen importantes. Tanto los problemas como las aspiraciones se vuelven diminutas al sobrepasar los tres mil metros de altura. Debe de ser algo matemático, ya que no conozco a nadie que haya sentido lo contrario.

De reojo, veo cómo Olivia respira hondo sin miedo a que su pecho se congele en el acto.

—Jamás pensé que podría nevar en verano.

Es lo único que sale de sus labios, que sonríen de manera sincera. De hecho, hoy ha acumulado más sonrisas de las que haya podido coleccionar desde que vive aquí. Y percatarme de ello cuando suelo ignorar ese tipo de detalles me produce vértigo. Ya no sé si es por la altura o por su melena roja como el fuego. No sé si le temo a una caída vertiginosa o a la posibilidad de arder si me descuido.

Sea de un modo u otro, el vértigo se extiende por mi cuerpo como una arteria más.

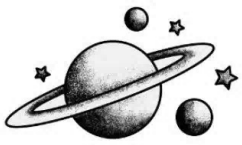
Creo que aquí, frente al paisaje más blanco que haya visto nunca, es cuando la veo por primera vez. Descubro a la Olivia que intenta esconderse la mayor parte del tiempo, pero también a la que es capaz de sonreír, mancharse la nariz de chocolate y mirar al horizonte sin miedo a caer en picado.

No sé cuánto tiempo nos quedamos de pie, dejando que los copos de nieve nos llenen de invierno en pleno julio. Porque, del mismo modo que ocurre con los problemas, el tiempo se ha hecho diminuto aquí arriba.

Inexistente.

Capítulo 20

«Strangers in the Night», Frank Sinatra



Olivia

Podría decirse que hoy he pasado un día bueno después de varios meses sin tener una tregua emocional. Aun así, no he parado de llorar en cuanto me he despedido de Jack y he entrado en mi habitación sin cenar. La ilusión que he ido acumulando con la visita al glaciar, las carcajadas que se me han escapado sobre la nieve y el sabor del chocolate caliente se han concentrado en mis ojos. Y, de pronto, todo eso que me había hecho feliz hace unas horas se ha transformado en líquido. En algo parecido a la nostalgia.

Es curioso cómo parece hacer más frío en esta habitación que en lo alto de aquella montaña.

A lo que suele recurrir mi psicóloga cuando lloro sin descanso es a la culpa. La culpa por sentirme bien sin él. Me explica que no me permito avanzar con una sonrisa porque me impongo un castigo eterno de pena y duelo. Y yo... yo me quedo en silencio mientras la escucho poner en palabras el revoltijo de emociones que me domina últimamente.

Llevo un rato con la vista en el techo, en silencio, y he empezado a echar de menos cosas que ni siquiera han ocurrido. No puedo parar de alterar recuerdos mientras mezclo lugares y personas a mi antojo. Lloro imaginándome con Sam en ese palacio de hielo, viendo

cómo me coge en su espalda y acabamos en el suelo bajo la mirada acusadora del resto de los adultos.

Así se supone que iba a ser mi viaje a Suiza: de su mano. Siempre fue así.

He estado a punto de reproducir una canción en mi móvil que ya hubiera terminado de hundirme del todo. Por mi salud mental, he descartado la idea. Echo de menos la música y lo echo de menos a él. Estoy cansada de sentir que me falta una parte de mí que no puedo reemplazar ni con todo el dinero del mundo.

Doy vueltas en la cama. Dejo entrar a Venus para, diez minutos después, dejarla salir de nuevo. Sigo dando vueltas hasta que acabo sudando y con un dolor de cabeza terrible. Y, aunque sea una idea cobarde, lo único que quiero es borrar mi memoria. Vaciar todos mis recuerdos para que mi mente descanse en paz.

No ha ayudado nada el hecho de que me haya metido de nuevo en el blog en el que, en ocasiones, se recuerda a Cosmic Love. No sé muy bien qué espero encontrar ahí, desde luego soy consciente de que no me aguarda nada alentador. Me topo con que Noah protagoniza varias entradas como el drogadicto perdido que está tirando su vida por la borda después de perder al guitarrista de su banda. Mi mejor amigo aparece como el enemigo de cualquier contrato musical en un futuro.

Tiro el ordenador contra el suelo con rabia. Tengo ganas de gritar y preguntar al aire por qué todo es tan complicado. Y esas ganas aumentan cuando llamo al móvil de Noah y no lo coge. Llevo sin hablar con los chicos varios días, pero hasta ahora no me había parado a pensar que les hubiera podido pasar algo. Me los imagino en cualquier antro de mala muerte, repitiendo nuestros errores del pasado con las drogas y la fiesta infinita. Cierro los ojos para que la imagen desaparezca, pero es demasiado nítida.

¿Cómo es posible que todo lo que construimos con tanto esfuerzo y paciencia se haya desmoronado tan rápido? Me vuelvo a imaginar a Noah inconsciente en cualquier callejón de Nueva York o abrazado a la taza del váter tras ahogar sus problemas en alcohol y no salgo de ese bucle.

Me siento pequeña, sola y perdida. Lo único que quiero es que Sam aparezca por la puerta y me abrace. Solo eso.

Un abrazo que dure todo el verano.

Toda una vida.

Un abrazo que es un imposible.

Sustituyo mi deseo por un par de cervezas que cojo de la nevera y salgo al porche de puntillas. Con el primer trago, miro a las estrellas e intento encontrar alguna señal que me diga qué hacer con el tiempo cuando sus recuerdos ya no abrigan.



—¿Puedo? No sabía que estabas aquí.

La voz de Jack me sobresalta. Cuando quiero borrar las lágrimas de mi rostro para que no las vea, sé que ya es tarde. Aun así, las retiro con la mano y agradezco en silencio que no haga ningún comentario al respecto.

—Es tu casa —contesto, forzando una sonrisa—. Sería de muy mala educación no dejarte salir al porche cuando te apetezca.

Mi comentario le hace gracia.

—Parece que hemos tenido la misma idea. —Levanta una cerveza al aire y brinda con la mía en la distancia, a la vez que se tumba en una hamaca justo a mi lado.

Solo se oye el sonido de algún insecto que nos sobrevuela, pero el pueblo que tenemos a nuestros pies ya parece dormido. Es una estampa idílica que en muy pocos lugares del mundo se puede presenciar. La única luz que nos baña es la del interior de la casa y la de todas las ventanas que vemos a lo lejos.

Empiezo a imaginarme escenas cotidianas tras sus cristales cuando Jack rompe el silencio.

—Suelo salir aquí cuando quiero olvidar algo.

Su confesión me pilla por sorpresa. No estoy acostumbrada a que mi compañero de piso, que suele encerrarse en sí mismo tanto como

yo, deje entrever alguna de sus grietas conmigo. Pronto comprendo que es su manera de averiguar si estoy bien, sin preguntarlo directamente.

—¿Este porche tiene ese poder? —le sigo el rollo.

—Ojalá. —Da un trago largo a su cerveza—. Por experiencia, te diría que tienes que querer olvidarlo de verdad antes de venir aquí. Si no, no sirve de mucho.

«Yo no quiero olvidar, solo lograr que duela un poco menos», susurra mi mente mientras mis piernas se encogen en el sillón.

Ambos miramos al cielo, cada uno perdido en recuerdos diferentes... y, aun así, compartiendo las mismas vistas y el mismo insomnio. ¿Qué es lo que querrá olvidar alguien tan calmado y sencillo como Jack?

—En Nueva York no había estrellas, solo luces proyectadas por los rascacielos —dice de pronto, dándome una pista sobre lo que intenta dejar atrás.

—¿Por qué odias tanto Nueva York?

En cuanto lo digo, me arrepiento de haber formulado la pregunta de un modo tan brusco.

—*Odiar* es una palabra horrible, pelirroja. —Sus ojos sonríen brillantes. Da la sensación de que este Jack es otro, menos cohibido que de costumbre.

«Pelirroja». Su voz se reproduce de nuevo en mi mente y no sé si me gusta o me hace querer salir de aquí corriendo.

—¿No echas de menos nada de lo que tenías allí? —pregunto, antes de seguir analizando el apelativo con el que ha decidido referirse a mí.

Se queda pensando unos segundos. Sus ojos se posan en los míos hasta que aparto la mirada y vuelvo a observar el cielo.

—La música —afirma—. Salir a cualquier bar y que una banda desconocida esté encima del escenario ofreciendo algo diferente cada noche. Sin duda, eso era algo increíble de Nueva York.

Trago saliva e intento ocultar la nostalgia que me han producido sus palabras. Yo también extraño esa sensación de llegar a un bar y no solo escuchar a un grupo desde la barra, sino ser yo la que se suba al escenario y provoque esa sensación en alguien.

—¿A ti te gusta la música? —me pregunta.

La respuesta es demasiado obvia para mí. «No podría vivir sin ella, aunque ahora haya tomado una distancia absurda que lo único que me provoca es tristeza», me dan ganas de decirle. Dudo unos segundos si continuar mintiendo sobre mi mundo o si empezar a dejar que me conozcan por lo que soy. Quiero seguir viviendo ajena a Cosmic Love aquí en Suiza, pero no puedo esconder mi pasión así como así. Es tan grande que no cabe debajo de la ropa, ni en las maletas que descansan en mi cuarto.

Quiero que me conozcan por cómo soy y no por lo que se cuenta de mí.

—Desde pequeña —termino confesando—. No recuerdo un día en el que mi padre no me descubriera un grupo nuevo. Ahora... supongo que no sé vivir sin ella.

Nada más soltarlo, me siento más ligera que antes. Me sienta muy bien jugar a ser yo misma tan lejos de casa.

—Yo también la descubrí desde muy pequeño. Me encantaba escuchar a Los Beatles hablando sobre amor y submarinos amarillos. Lo hacía a escondidas cuando pasaba la medianoche y era un refugio al que siempre podía volver. Era muy fácil: solo tenía que mover la aguja sobre el tocadiscos.

No termino de interpretar si esa vuelta al pasado lo enternece o lo aflige por dentro.

—Nunca me han gustado mucho Los Beatles. —Entorno los ojos en señal de perdón.

—¡Venga ya! ¿Por qué?

—No sé. —Busco las palabras correctas en mi mente desordenada —. Eran cursis.

Mi respuesta lo deja perplejo hasta que una carcajada rebota en las montañas. Tiene una risa sonora, llena de vida. Es una pena que sea la primera vez que la oigo, por no hablar de que no sé cuándo volveré a hacerlo.

—¿Y qué grupos escuchabas tú? —me desafía.

—T. Rex —comienzo a enumerar—, Jefferson Airplane, David Bowie... Pero la cantante que siempre me ha gustado escuchar ha sido Dolly Parton.

—Increíble —musita.

—¿Qué te parece increíble?

—Yo preguntándome si eras una amante de la música y resulta que tienes un gusto exquisito.

Ahora la que se ríe ante su comentario soy yo. Pero lo hago bajito, para dentro.

Pasamos la siguiente media hora nombrando a grupos de los sesenta y setenta y comparando estilos. Me dejo llevar como hacía tiempo; defiendo que la voz de Janis Joplin no es desagradable, por mucho que Jack se empeñe en decir que sí. También le pregunto si conoce el panorama musical actual que hay en Nueva York y me confiesa que no está muy puesto en nuevos grupos.

Justo lo que necesitaba oír.

—Ahora mismo, solo me preocupo de sacar adelante nuestras canciones —suspira cansado—, que no es poco. También estamos estudiando a los grupos que tocarán con nosotros en el festival, pero poco más.

—Tengo curiosidad por saber qué tipo de música hacéis.

—Folk rock.

—Eso sí que no me lo esperaba —le digo—. Seguro que vuestros temas tienen personalidad.

—Cuando quieras, puedes venir al garaje y vernos ensayar —me propone con una pizca de timidez—. Si no te gusta lo que oyes, al menos habrá pizza.

—Igual me paso. —Le sonrío de vuelta.

Es la primera vez que conversamos de verdad, sin adornos ni formalismos. Lejos de sentirme revuelta, me dejo llevar en una charla infinita que me devuelve un poco la esperanza. Hablar sin ataduras, con la sonrisa espontánea de alguien que está pasando un buen rato, provoca que no sepa qué hora es. Ni me importa.

Es imposible no pensar en lo bien que Jack le caería a Sam. Son muy diferentes en cuanto a personalidad. Sam era más abierto y risueño; Jack, en cambio, suele tener un semblante serio y reservado. Pero, por alguna razón, los puedo visualizar hablando sobre acordes, debatiendo sobre los problemas que pueblan este

mundo e intentando luchar contra ellos con sus guitarras... Por todo ello, estar con Jack esta noche está siendo reconfortante.

Familiar, incluso.

Jack sale de nuevo al porche cargado con limonada y unas patatas de bolsa que, justo ahora, me parecen el mejor menú que podría degustar.

—Tolkien se inspiró en Lauterbrunnen para crear Rivendel.

Me giro hacia él y abro los ojos levemente. No solo por el cambio repentino de tema, sino porque me emociona saber que una de mis películas favoritas pueda tener su semilla en este pueblo. Vuelvo a mirar hacia el horizonte, donde una cascada infinita no deja de brotar desde el interior de una montaña iluminada.

—No me extraña. Este pueblo es precioso —admito sin dejar de imaginar al escritor visitando este rincón del planeta—. Sin duda, un lugar digno de los elfos.

—¿Te gusta *El Señor de los Anillos*?

—¿Te sorprende? —pregunto, negando con la cabeza—. La primera vez que vi *La comunidad del anillo*, quise ser un hobbit. No entendía por qué no podía coger la maleta, mudarme a la Comarca y ser feliz.

Lo he dicho de carrerilla; demasiado emocionada, quizá. Seguro que piensa que soy una friki que no acepta la realidad en la que vive y prefiere crear un mundo imaginario en el que esconderse.

También puede ser que mis inseguridades me estén jugando una mala pasada, que es lo más probable.

—¿Ir descalzo todo el día, fumar hierba y beber cerveza? Yo también querría.

Su respuesta provoca que mis labios se curven hacia un lado, relajándome de nuevo al ver que me sigue el rollo.

«Nadie te está juzgando, Olivia».

Lo observo fumar de reojo y reconozco que es objetivamente guapo. No me había parado a observarlo de esa forma, pero posee una belleza desenfadada y natural que lo hace aún más diferente al resto. Su pelo largo y castaño claro, casi siempre recogido en un moño despeinado; sus camisas de cuadros que me hacen conectar con Texas y esa vida tranquila que llevé en mi infancia.

Aparto la vista cuando caigo en que llevo un rato analizándolo con descaro y carraspeo nerviosa. Me tiende el cigarrillo que está fumando, que cojo por inercia, por los viejos tiempos. Doy una calada mirando a la luna y me siento en paz, sin culpa y agradecida por haber encontrado una casa como la de las flores violetas.

Si nos encontramos en confianza con otra persona, resulta complicado retener todo lo que llevamos dentro. Es casi imposible no querer saber un poquito más del otro, intentar buscar algo nimio que nos una.

Por todo ello, mi pecho se abre con una pregunta que no me da tiempo a rebobinar en mis labios.

—¿Alguna vez has perdido a alguien?

No sé por qué lo he hecho. Imagino que mi corazón necesita saber si está solo en esto.

—Podría decirse que sí —contesta serio—. ¿Y tú?

«Claro. Lo más lógico es que esa pregunta te llegara de vuelta», me reprocha mi subconsciente.

—Hace unos meses —contesto con un nudo en la garganta—. A mi pareja.

Es la primera vez que lo cuento en voz alta, ya que todas las personas que me rodean conocían ese hecho porque lo sufrieron conmigo. Al decirlo, he notado que estallaba una bomba a solo unos metros de nosotros. Un explosivo ruidoso y molesto que ha dejado un vacío a su paso. Pero al mismo tiempo me siento más ligera y, por primera vez desde que llegué aquí, menos disfrazada.

Al principio no sabe qué decirme. Sus manos juegan entre ellas, nerviosas, mientras busca las palabras adecuadas. Noto que me examina con una mirada analítica e intenta colarse en mi cabeza para saber cómo ha afectado ese incidente a mi vida. Pero se topa con cemento, como siempre que alguien quiere traspasar ese muro.

—Lo siento mucho, Olivia. —Tiende su mano cerca de la mía y la agarro por pura supervivencia.

Las lágrimas vuelven a caer por mis mejillas como si las hubieran echado de menos, pero en esta ocasión no las limpio. Dejo que fluyan mientras seguimos contemplando las estrellas en silencio. Nuestras manos no han dejado de rozarse y, lejos de experimentar

vergüenza, me acomodo en este momento tan extraño que se ha creado.

—¿Se puede perder a alguien que aún respira y vive y siente?

No digo nada. No tengo la respuesta a su pregunta.

—Antes me has preguntado por qué odio tanto Nueva York —dice entonces. Se toma su tiempo, sin mirarme a los ojos—. Cuando pienso en esa ciudad, solo me acuerdo de lo que nunca tuve. Es complicado amar un lugar en el que nunca te han amado, ¿no crees?

Lo último que esperaba era que él tuviera una historia que pudiera unirse a la mía. Lo siento mucho por ese adolescente que se marchó buscando algo de amor lejos de casa. No conozco su historia y no quiero indagar mucho más, pero creo que ahora entiendo un poco mejor su personalidad distante y reservada.

—Sea lo que fuere, lo siento.

—Está bien —confiesa—. Las familias perfectas solo existen en la ficción. Además, no se puede salvar a quien no quiere ser salvado.

Su discurso continúa únicamente en su cabeza. A mí solo me ha contado los retazos de una historia que parece más triste de lo que un tío como Jack puede aguantar. Lo noto en su tono de voz, roto por el tiempo y cansado de no encontrar las palabras adecuadas a la hora de expresarlo.

Todos tenemos una historia y una herida que asoma en los momentos más inesperados... lo que me lleva directamente a pensar en Noah. ¿Necesita él que lo salven o disfruta en esa vorágine de fiestas e irrealidad?

Permanecemos un rato más mirando la noche cerrada después de haber compartido parte de nuestro pasado. Yo lo he contado todo, he ido directa al grano; él, en cambio, solo ha dejado entrever que también tiene fantasmas a los que espantar por las noches. Sé que es egoísta, pero saber que no eres la única que sufre en un mundo tan irremediablemente cruel te hace sentir menos sola..., al igual que confirmar que la música es capaz de recordarte los momentos más duros de tu vida, pero también de crear nuevos.

Y ya no me da tanto miedo escuchar una de nuestras canciones, incluso ver algún vídeo en YouTube donde Sam y yo nos miremos

como si el universo fuera para nosotros. Ahora lo que me apetece es abrir el cuaderno que me trajo mi padre de Texas, coger un bolígrafo y escribir sobre todo lo que hay ahí fuera.

Tras la charla con Jack y los acordes de su guitarra me he dado cuenta de que tendrían que pasar millones de años para que la música pudiera dejar de estar en mi vida.

Al fin y al cabo, aunque en este país nadie más lo sepa, sigo siendo la Olivia Smith que aprendió a cantar antes que a hablar.

Parte 3
Letra

f. Conjunto de palabras puestas en música
con el fin de ser cantadas.

***

Capacidad de expresar en palabras
un sentimiento sin nombre.

Capítulo 21

«Clouds in My Mind», Long Days



Jack

Hace dos noches dejé que Olivia se colara entre las grietas de mi pasado. Cuando me dijo que había perdido a su pareja, tuve la necesidad de contarle que todos perdemos a personas importantes a lo largo del camino. No tienen por qué desaparecer para siempre, pero los lazos que te unen a ellas corren el riesgo de congelarse como un gélido invierno, incluso de romperse como la escarcha.

Fue una charla en la que ninguno entró en detalles, pero ambos nos fuimos a dormir sabiendo cómo respiraba el corazón del otro y el nuestro. Lentos, con miedo a sufrir otro golpe inesperado, cansados de latir a destiempo e intentar mantener el ritmo...

Salgo de casa deprisa y corriendo porque hoy he decidido volver en el lapso de tiempo entre salir del trabajo e ir a ensayar al garaje de Peter. Le he preguntado a Olivia si quería acompañarme, por eso de que salga un rato de casa y socialice, pero me ha dicho que no le apetecía mucho. Estaba en el sofá, escribiendo algo en un cuaderno morado del que ahora no se separa ni para comer. También me he fijado en que *La fierecilla domada* ya no está en su lugar de la estantería, por lo que seguramente descanse en su mesilla de noche. Aunque solo sea por curiosidad, tras la charla del otro día,

estoy seguro de que va a empezar a leerlo por si encuentra ahí dentro algo que tenga que ver con la película que protagonizó Heath Ledger.

Me pongo a correr cuando estoy a diez metros de mi destino porque odio llegar tarde. Además, últimamente no saco mucho tiempo para hacer deporte y no me vendrá mal recordarles a mis piernas lo que son las agujetas.

No me hace falta entrar en el garaje de Peter para oír cómo el sonido de Long Days atraviesa el portón. Es mágico comprobar que mis amigos son capaces de hacer que la banda funcione sin que todos sus miembros estén presentes. James se está marcando un solo de batería que no he escuchado antes y Peter interviene con el bajo en lo que parece ser una canción improvisada y sin final. Para mi gusto, las mejores.

En cuanto me ven aparecer por la puerta, dejan de tocar.

—Llegas tarde —me saluda James.

—Tú sueles hacerlo a menudo, así que no eres el más indicado para hablar. —Un corte de mangas responde a mi ataque—. ¿Cómo vais?

—Creo que, si tuviéramos que valorar cómo de controlado llevamos el repertorio del uno al diez, seríamos un veinte —comenta Peter mientras afina su bajo eléctrico con un diapasón—. Estamos listos para tocar mañana mismo. ¿Cómo está tu garganta?

Estos días atrás, el tono de mi voz se ha tornado más ronco. Debe de ser que he cogido frío o que he fumado demasiado.

—Sigue igual, pero Anna no deja de repetirme que ahora las voces rotas están de moda.

—¿Queréis que metamos una versión de «The House of the Rising Sun» al final del concierto? —pregunta James al aire.

La canción de The Animals es prácticamente un himno para nosotros. En los comienzos del grupo, la ensayábamos sin parar. Se podría decir que en esa melodía se encuentran los cimientos de lo que somos hoy en día, así que sería algo similar a un autohomenaje tocarla en el festival.

—Puede ser un subidón que el público se sepa al menos una de nuestras canciones —bromea Peter.

Los tres reímos ante su comentario, conscientes de que nuestra música no es muy conocida fuera de esta habitación. Solo contamos con un álbum y lo autopublicamos a través de un *crowdfunding* que duró muchos meses. Demasiados. Asumimos desde nuestra primera quedada que no seríamos recordados cincuenta años después, pero que deseábamos existir para todos aquellos que quisieran escucharnos en el presente. Nunca pretendimos lo contrario, por lo que mofarse de nuestra carrera musical es ya una costumbre.

—Hecho.

Saco la guitarra de su funda y me la cuelgo del hombro izquierdo. Es una Ovation electroacústica de color crema que le compré a un tipo que conocimos en el Festival de Jazz de Montreux. La envuelve una funda negra por fuera, mientras que su interior está decorado con un estilo muy marcado que da la pista de que perteneció a algún rockero: es de un rosa brillante y aterciopelado, por no hablar de que el amplificador está decorado con el *animal print* de una cebra. Aquel día entré en una tienda de discos con el pensamiento de comprar algún vinilo descatalogado y salí de allí con lo que se convertiría en parte de mi sistema nervioso.

Sin decir ni una palabra, todos comenzamos a tocar «Clouds in My Mind».

Escribí esta canción cuando ni siquiera sabía que algún día llegaría a ser tan libre como para poder tocarla acompañado. Hace muchos años, solo sonaba en mi mente; justo donde habitaban los miedos y las nubes a las que no lograba llegar. La letra era un consuelo. Una canción sobre las posibilidades de cambio y la esperanza.

Una canción que hablaba sobre todo aquello que no se podía comprar con dinero.

Cantar, al igual que muchas otras expresiones artísticas, suele ir acompañado de manías o pequeños gestos que nos hagan conectar con el momento. Yo siempre cierro los ojos y me imagino en otro escenario. No podría no hacerlo por mucho que lo intentara. Siento que me teletransporto a través de las notas, me adentro en su sonido y viajo a la velocidad de la luz sin levantar los pies del suelo.

Nubes en nuestras cabezas.

Como soñar despierto y olvidar el camino de vuelta.
Déjame desaparecer como lo haría un insecto
en un campo de estrellas.
Nubes en nuestras cabezas.
No hace falta volar para tenerlas cerca.

No importa las veces que cante esta canción: todas y cada una de ellas vuelvo a ser el niño asustado y con ganas de cambio que fui.

Las siguientes dos horas, nos dedicamos a tocar el repertorio entero como si estuviéramos en la grabación de un disco de estudio... con la diferencia de que nosotros variamos la técnica, jugamos entre nosotros y hacemos que cada canción suene diferente a la última vez que la tocamos. Disfrutamos experimentando con los instrumentos que ya han pasado a compartir alquiler con nuestros brazos. Cualquier persona mínimamente observadora que estuviera en este garaje vería las notas saltar de uno a otro como si nos estuviéramos pasando una pelota antes de un partido.

En definitiva, un día más terminamos sudados de arriba abajo, tirados en los sofás de terciopelo y con esa sonrisa que siempre se nos dibuja tras haber hecho música.

—¿Dónde está Anna? —pregunto al caer en la cuenta de que el garaje está más vacío que de costumbre.

—En su casa. Hoy mejor que no esté aquí —responde James de manera escueta.

Entre sus palabras, vislumbro una discusión previa o una conversación a medias en la que ninguno ha terminado de decir lo que siente.

Sea como fuere, decido no inmiscuirme en su historia. Si James necesita hablarlo, lo hará de un momento a otro.

—¿Y Olivia?

Peter siempre tiene un interés arrollador en ella. Y me jode reconocer que, cada vez que la nombra, algo dentro de mí se remueve de manera intranquila.

—Se ha quedado con Venus en casa.

Silencio. Si están esperando que cuente algo más, lo están haciendo en vano. Saco un cigarrillo de mi paquete y lo enciendo con la mirada perdida en algún punto de la pared de madera.

—Es una tía de puta madre —apunta James—. ¿Cómo está siendo vuestra convivencia?

«Tranquila. Con un toque acogedor que aún estoy descifrando, pero al que podría acostumbrarme fácilmente».

—Sin muchos cambios. Es como vivir solo la mayor parte del tiempo.

«Salvo cuando preparo café para dos, cuando tomamos una cerveza en el porche y hablamos sobre ser hobbits, o cuando la observo a lo lejos tirada en el sofá acariciando a Venus...».

—¿No habéis intimado ni un poco? —La estupidez de Peter me devuelve a la realidad.

—Casi no nos vemos, en realidad.

Ahora mismo noto cómo la incomodidad va trepando por mi cuerpo. No me apetece caer en la encerrona, y esta situación cumple todos los requisitos de una.

—Me ha dicho James que el otro día estuvisteis muy acaramelados en el frío de la montaña. —Vuelve a la carga.

En serio, que sean mis amigos no los exime de tocarme las pelotas cuando solo me apetece estar tranquilo, pasar desapercibido. Además, me cabrea que hablen de Olivia sin conocerla.

—James podría escribir un libro entero sin llegar a contar una sola verdad en él —respondo.

Me levanto de forma brusca y decido que no me apetece quedarme aquí. Puede que esté exagerando, conozco a mis amigos y sus preguntas son las que haría un niño aburrido. Aun así, prefiero salir del garaje antes de meterme en una discusión que luego no pueda justificar.

—Venga ya, Jack, no te vayas —me pide James—. Solo comenté por encima que hacéis buena pareja.

Lo miro por encima del hombro y recojo mis cosas de manera apresurada. Me cuesta no recordar el dolor que lleva Olivia consigo; quizá por ello, esta conversación no me parece adecuada tras la charla que tuvimos el otro día.

—Está buenísima —suelta Peter—, las cosas como son.

Aprieto los puños por instinto y sigo sin contestar. Prefiero contar hasta diez. ¿Por qué me afecta tanto lo que en otra ocasión me hubiera parecido un comentario irrelevante?

—Me piro.

—Jack, no te vayas. Te prometo que no decimos ni una palabra más sobre tu novia.

Ya estoy en la puerta, pero oír el tono burlesco de Peter hace que me dé la vuelta.

—No tenéis ni puta idea.

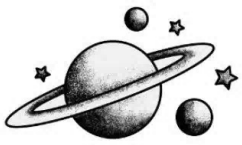
Doy un portazo al salir y respiro el aire de la calle como si llevara horas ahogándome. No me reconozco. Soy la típica persona que no se altera por nada y a la que la vida le importa más bien poco, pero empiezo a entender que, cuando se trata de Olivia, todos mis esquemas se desdibujan. Y la visceralidad que creía dormida despierta en forma de enfado, o frustración, o un dolor que llevaba muchos años calmando a base de indiferencia.

Tan solo me apetece llegar a casa, sacar a Venus y... puede que también comprobar que Olivia esté bien.

«Joder. Y ahora cómo se deshace esta sensación».

Capítulo 22

«Rock ‘n’ Roll Love Letter», The Records



Olivia

Ayer volví a tener sesión *online* con mi psicóloga, razón por la que no acompañé a Jack a su ensayo con el grupo. Por eso y porque me aterraba ver en directo cómo aún existen bandas llenas de vida. Completas.

Agradezco el esfuerzo que está haciendo por ser amable y preocuparse por mí, ya que es evidente que no está acostumbrado a ser así de empático, pero me da miedo que la línea entre la amabilidad y la condescendencia sea demasiado fina. No me arrepiento de haberle hablado sobre la muerte de Sam; lo hice porque aquella noche se creó el momento perfecto entre dos desconocidos que tienen una historia encallada en el pecho. Y porque necesitaba despojarme de alguna verdad a este lado del océano. Eso no significa que me guste que me traten como si fuera a romperme en mil pedazos a cada segundo, ya que me fui de Nueva York huyendo exactamente de ese tipo de trato.

Cada vez que hablo con Layla, acercamos un poco más posturas y nuestra relación se va estrechando. Sentirme escuchada por ella es como hacerlo por una vieja amiga a la que llevas tiempo sin ver. De hecho, es de las pocas personas de mi entorno que tiene las palabras correctas cuando todo se desmorona. Sé que es imposible

por el código ético y la relación estrictamente profesional, pero me encantaría ser su amiga.



—Es normal que estés bloqueada a nivel creativo.

—Es frustrante. —Suspiré—. Hace años era capaz de componer con los ojos cerrados, después de una noche de fiesta y con la resaca martillando mi cabeza. Me salía de forma natural.

—Pero ahora no estás en el mismo momento y tus prioridades son otras.

—Estar triste es una prioridad horrible.

El rostro de Layla suele estar hierático, pero atisbé una sonrisa contenida tras oír mi comentario.

—A veces es más importante el qué y no el cómo —comenzó a explicarme—. No nos sirve de nada intentar componer una canción increíble si lo que queremos contar en ella aún está difuso.

—Ya...

—No sé, se me ocurre que podrías cambiar el formato —propuso —. Quizá podrías redactar las entradas que te gustaría encontrar en ese blog en el que te has metido. O escribir cartas en las que sueltes lo primero que se te ocurra.

—Cartas, ¿a quién? —Mi voz se empezó a romper cuando pensé en cuál podría ser la respuesta.

—Olivia, recuerda que no siempre tiene que haber un destinatario concreto para que una carta exista por sí sola.

Pero las dos sabíamos quién era la persona que iba a protagonizar todas y cada una de mis cartas si me animaba a escribirlas en algún punto. Me imaginé hablando con él de manera unidireccional y ese sentimiento me puso los pelos de punta.

Lo echo demasiado de menos para fingir que este ejercicio no me va a destrozar por dentro cuando esas cartas nunca reciban una respuesta.

—Lo pensaré —dije al rato.
—Perfecto.



18 de julio de 2025

¿Sabes que Suiza cuenta con más de siete mil lagos? Me apuesto lo que sea a que sí; solías acumular más datos que una enciclopedia familiar. Y me encantaba recurrir a ti como si fuera a pasar la mañana en una enorme biblioteca.

Es el país de los relojes. En todas las tiendas en las que he entrado, me he topado con varios de cuco. Y nadie parece llegar tarde a su destino, ni siquiera los trenes. Nosotros éramos la antítesis de la puntualidad y, paradójicamente, me encanta pasear por un lugar en el que no haya esperas. Imagino que es porque ya estoy harta de esperar a diario por muchas cosas que sé que no van a llegar jamás.

También he leído que Suiza tiene más de cuarenta y siete cimas que están a más de cuatro mil metros de altura. ¿Puedes creer que el otro día subiera a una de ellas y que estuviera tan cerca del cielo?

Por un momento, pensé que solo estábamos a unos metros: quizá nos separaban dos o tres nubes que ni siquiera eran sólidas, como podría serlo un muro inquebrantable. Era simple humo, por lo que sentí que solo tenía que soplar para llegar hasta ti.

Seguiré investigando este país para contarte un poco más en la próxima carta. Creo que empiezo a entender por qué querías que viniéramos juntos. Lo único que me pesa es no saber qué hacer con tanto espacio, tantos lagos y tantos metros si no puedo compartirlos contigo.

Olivia



Cuando termino de escribir, caigo en la cuenta de que ni siquiera he salido de la cama. He escrito sobre la almohada, tumbada boca abajo y con las piernas enredadas. No quería despertarme del todo

porque en la duermevela siempre están los pensamientos más genuinos; me daba miedo que, con cada paso hacia la cocina, se fueran cayendo por el camino como miguitas de pan en un cuento clásico.

Después de hablar con mi madre por teléfono y tener un día bastante nostálgico, aprovecho que estoy sola en casa y decido hacer unas tortitas para bañarlas con chocolate fundido con la esperanza de que se parezcan a las suyas. La comida, al igual que ocurre con la música, posee el poder de juntar un puñado de recuerdos en un plato. Saborearlos, incluso. Por eso me pongo manos a la obra mientras Venus no deja de merodear alrededor de mis pies por si le cae algo de dulce.

Sigo sin noticias de Noah ni de los chicos. Que no contesten a mis mensajes está empezando a preocuparme de verdad. Si hubiera pasado algo malo, lo sabría, pero la incertidumbre me está comiendo por dentro. Es inevitable. Si en Nueva York algo va mal, por mucho que lo intente, Suiza va a ser una extensión de ese problema.

En el silencio de la cocina también me paro a pensar en el pasado de Jack, al que pude asomarme mínimamente la otra noche. Lo visualizo como un niño asustado y me doy cuenta de que he destrozado una de las tortitas con mis propias manos... de la impotencia, o de no saber qué fue lo que le hizo tanto daño.

Respiro el aroma del chocolate recién hecho, hasta me mezo en su olor. Son los momentos más diminutos los que pueden arrojar un poco de luz sobre nuestras preocupaciones. Pongo la mesa, preparo una montaña enorme de tortitas y me dispongo a bañarlas de chocolate sin ningún miramiento. Entonces, el sonido de la puerta de la entrada me frena en seco.

Los pasos de Jack llegan hasta la cocina, que ahora mismo está hecha un desastre porque no me ha dado tiempo a limpiar.

—Pensé que estarías trabajando —le digo, con la vergüenza subiendo por mis mejillas.

Echa un vistazo a su alrededor y no consigo descifrar lo que está pensando.

—Estaba, pero he terminado con los clientes por hoy. ¿Qué es todo esto?

—Tortitas. Tenía antojo. ¿Quieres? —le ofrezco—. Iba a limpiar todo justo cuando terminase.

—Ah, no te preocupes. No me gustan, gracias.

Su comentario me hace abrir los ojos exageradamente.

—¿Cómo que no te gustan? ¿De qué estamos hablando?

—Del dulce, en general.

Lo miro como si estuviera frente a un terrorista de la felicidad, para después observar mi plato.

—Pero eso... es imposible. Te diría que es incluso raro.

Su leve risa me vuelve a atacar como la primera vez. Sigue sonando igual de viva.

—Cuando el otro día pediste churros para todos, hice un esfuerzo bastante grande por comérmelos —admite.

—¿Por qué no dijiste nada?

Levanta los hombros, quitándole importancia, para después servirse una taza de café de la cafetera y sentarse en un taburete delante de mí.

—¿Y cuál es tu comida favorita? —sigo, meditando cómo a alguien puede no gustarle el chocolate.

—Las patatas asadas.

—¿Eso acaso es una comida?

—Para mí, sí —contesta rotundo—. ¿Hoy no sales?

—No tenía pensado hacerlo —contesto. Corto un pedazo de tortita y me lo meto en la boca sin mirarlo a los ojos—. ¿Qué tal fue ayer el ensayo?

No se me escapa cómo su rostro se ha tornado algo más serio con mi pregunta.

—Normal. Como siempre.

Comienzo a comer con algo más de ansia mientras Jack da tragos a su café sin dejar de acariciar a Venus. Son una pareja tierna, de eso no hay duda.

Tardo menos de diez minutos en dejar el plato vacío, así que me levanto para meterlo en el fregadero y limpiar la encimera. Aunque estoy de espaldas, noto los ojos de Jack sobre mí.

—¿Quieres venir conmigo? —oigo que me pregunta en un tono más bajo de lo normal.

—¿Adónde?

—A visitar a Guida.

No me esperaba una propuesta así. Ya había pensado en alguna ocasión lo extraño que es que su novia no haya pasado por casa desde que vivo aquí. Incluso me he sentido culpable por haber interferido en sus planes diarios. Pero ir a visitarla... No sé.

—¿A tu novia no le va a importar que me cuele en una de vuestras citas?

Nos imagino a los tres viendo *El diario de Noa* como hicieron ellos el otro día. La verdad es que me resulta de todo menos agradable. No quiero parecer una persona horrible, pero el amor ajeno, ahora mismo, no es el escenario perfecto para mí.

Se queda pensando unos segundos, con una sonrisa divertida en los labios, antes de contestar:

—Te aseguro que Guida estará encantada —dice mientras continúa sonriendo, esta vez haciéndolo también con los ojos.

Capítulo 23

«Have You Ever Seen the Rain?», Creedence Clearwater Revival



Jack

La cara de Olivia al encontrarse con Guida en la puerta de su casa es un poema sin rima ni métrica. Un gesto desencajado del que no sale ninguna palabra, solo una sonrisa forzada y, acto seguido, una mirada vengativa que para la anfitriona pasa desapercibida. Admito que una pequeña parte de mí quería divertirse con esta escena.

¿Qué había llevado a Olivia a pensar que tenía novia? Casi siempre estoy en casa, conviviendo con mi perra y mis libros. En contraposición a lo que se había imaginado, estamos frente a una señora de ochenta años, con camisón hasta los tobillos y unas gafas de pasta que siempre lleva en la punta de la nariz.

—Hola, preciosa —la saluda nuestra casera—. Pasa, que no muerdo.

Olivia suelta una risa nerviosa a la vez que se adentra en el pasillo, sin dejar de observar todo con detalle. Se acomoda justo en el sillón que suelo ocupar casi cada día y veo que sus piernas no dejan de moverse inquietas. No tiene claro si haberse sentado sin la invitación de la anfitriona es lo correcto. Cuando Guida y yo tomamos asiento en el sofá de enfrente, parece relajarse un poco.

La casa de Guida está anclada en el tiempo, pero no diría que es antigua, sino revolucionaria. Cuenta con la actitud inconformista que se ha ido perdiendo cada década un poquito más. Tiene un papel pintado con flores silvestres que cubre las paredes del salón, muebles restaurados por ella misma, un tocadiscos con la personalidad suficiente para encenderse cada mañana con un vinilo de The Ronettes, fotos de sus veinte... Y no fueron los veinte de una mujer corriente de la época, sino los de una chica rebelde que solo buscaba algo de libertad en un mundo repleto de normas y protocolos.

—Estaba intentando leer, pero, cuando llego a la segunda página, mis ojos se resienten. —Niega con la cabeza—. Es Jack el que suele leerme en voz alta.

—Intento escaquearme, pero... —Bajo la mirada avergonzado. Me doy cuenta de que Olivia puede descubrir mucho más de mí en una sola conversación con Guida que viviendo bajo mi mismo techo.

—¡Tonterías! Es divertidísimo escuchar cómo narra cualquier escena romántica. No sabes cómo imita las voces de los diferentes personajes —le explica con guasa—. Deberías pedirle que te lea en casa.

La escena en la que leo para Olivia en el sofá se forma en mi cabeza demasiado rápido. Vívida como solo lo son las cosas que ansiamos.

—Voy a preparar algo de beber —digo de pronto, incómodo—. ¿Qué queréis?

—Un whisky —pide Guida, como cada día.

—Sabes que eso no es posible. ¿Agua?

Pone cara de horror y asiente con desgana.

—Igual algún día cuela —susurra por lo bajo.

—¿Tú quieres algo? ¿Un café? —Carraspeo como un imbécil, como casi cada vez que me dirijo a ella.

Olivia está sentada con las piernas cruzadas y una postura mucho más calmada que la que traía antes de entrar en esta casa. Puedo percibir en sus ojos que le cae bien Guida; la analiza como a una obra de arte que está repleta de detalles imperceptibles. La

entiendo: nuestra casera cuenta con tantos matices que es imposible apreciarlos todos en una tarde.

—Un vaso de agua está bien.

Me dirijo a la cocina con la confianza de que en el salón no van a faltar palabras ni van a sobrar silencios. Oigo la risa tímida de Olivia un par de veces mientras preparo las bebidas. «Debería reírse más», pienso.

Las oigo charlar en la distancia. Más bien, Guida habla mientras me imagino a Olivia escuchando atentamente, como si estuviera frente a un pozo de sabiduría infinito.

Cuando vuelvo, la mayor de la sala está preguntándole a su invitada qué piensa sobre la vida. No me extraña el cambio de rumbo que ha tenido la conversación ni la profundidad que ha adquirido. Hablar con Guida es como desafiar las leyes de la realidad e intentar buscar las respuestas más extrañas y ambiguas del mundo.

Es como ver un documental sobre los secretos mejor guardados del universo. Os lo dice un ermitaño como yo, que jamás tendría una conversación como esa con nadie que no fuera ella.

—Bueno, creo que a estas alturas no he entendido muy bien de qué va la vida —responde la pelirroja.

Se ha hecho un ovillo en el sillón de manera inconsciente.

—¿Cuántos años tienes? —vuelve a preguntar Guida.

—Veintiséis.

Y descubro su edad al mismo tiempo que ella.

—¿Te cuento un secreto? Cuando tengas ochenta, seguirás preguntándote qué coño hemos venido a hacer aquí.

Olivia y yo compartimos una sonrisa cómplice al oírla.

—Igual la clave es no preguntarse nada y dejar que la vida te sorprenda —dejo caer las palabras, sin estar muy seguro de ellas.

—No cuestionar las cosas es de cobardes —afirma Guida, haciendo aspavientos con las manos—, ¿no crees, Olivia?

Se queda callada unos segundos y temo que nuestras palabras estén haciendo mella en su pasado. Al fin y al cabo, Guida no tiene ni idea de lo que ha pasado Olivia este año. Me dispongo a cambiar

de tema, pero su contestación da por zanjado el asunto sin necesidad de intervenir.

—Daría lo que fuera por no pensar más de la cuenta. Puede que sea de valientes, pero duele demasiado.

Guida se detiene a examinar sus ojos verdes, leyendo dentro de ellos un dolor que ni siquiera ha confesado. La edad no solo es un número: es experiencia, pérdida, primeras y últimas veces... Nadie tiene que explicarle a la anciana que la chica joven que tiene enfrente ha sufrido más de lo que debería sufrir alguien de su edad.

—*Prost!* —brinda en alemán, pues estamos en el cantón de Berna; luego nos mira a los ojos a los dos, dado que en Suiza esa es una norma social muy respetada, la imitamos y bebemos un trago.

Nos relajamos con el sonido de la lluvia al otro lado del cristal. Un silencio agradable se instala sobre nosotros hasta que Olivia pregunta algo que lleva queriendo hacer desde que ha llegado.

—¿Eres su abuela? —Entorna los ojos al ver la expresión que ha provocado en ambos.

—¡¡Ah!! —Una risa fuerte brota de los labios de Guida—. Ni en veinte vidas podría estar emparentada con alguien como Jack.

—¿Gracias? —pregunto perplejo.

—Él pertenece a una especie en extinción —le explica—. Yo, a otra. Somos dos seres que se entienden bien, pero que no se parecen lo más mínimo.

—Perdón —se disculpa avergonzada.

—No pidas perdón. Que me conectes con Jack de esa manera es el mejor piropo que me podrías dedicar. —Le sonríe—. Y tú, querida, ¿cómo has terminado en este pedazo de montaña?

Antes de contestar, Olivia me mira fijamente. Somos casi dos desconocidos que conocen el secreto del otro. No tenemos detalles, pero sí constancia del dolor que acarrean nuestras vidas.

Le devuelvo la mirada con cautela. En ella le cuento que no tiene por qué explicarle a todo el mundo lo que ha pasado en su vida. Le confieso que estoy aquí, sea lo que sea esto que nos une.

—Buscaba... —no está segura de lo que quiere decir hasta que encuentra la palabra correcta— escapar.

—Yo a tu edad siempre estaba huyendo de todo. Cualquier compromiso —comienza a enumerar— me parecía grande, los sentimientos me intimidaban, los padres me parecían demasiado autoritarios... Me pasé media vida huyendo.

—¿Y cuándo dejaste de hacerlo? —pregunta Olivia con interés.

—Cuando descubrí que de quien realmente huía era de mí misma. —Guida le da un trago largo al vaso de agua—. Ahora ya ni lo pienso. Cuando eres vieja como yo, ya te da igual morir hoy que mañana.

Mi cuerpo se tensa al oír el verbo *morir* salir de sus labios, pero Olivia parece embelesada con su discurso. Comprendo enseguida que no ha sido una mala idea que se conozcan. Igual lo que necesita es a alguien como Guida. Alguien que relativiza tanto la muerte que llega a parecer un paso más en la vida y no un agujero difícil de llenar.

—En cuanto a cómo nos conocimos —me pronuncio de nuevo—, Guida es nuestra casera.

—¿Eres la dueña de la casa de las flores violetas? Es preciosa.

—La misma.

—Gracias por dejarme vivir allí. No creo que exista un sitio mejor en toda Suiza.

—Agradéceselo a Jack.

Y lo hace. Me sonríe con los ojos y lo hace.

—Venus no me hubiera dejado tomar otra decisión.

Ambas se ríen ante mi comentario. La lluvia parece parar de repente. Entonces, el móvil de Olivia comienza a sonar y su rostro cambia por completo.

—Tengo que cogerlo.

—Claro.

Se mete en la cocina para adquirir algo de privacidad. Aun así, algo me indica que no está siendo una charla tan agradable como esta.

—Tiene un alma preciosa.

El comentario de Guida me devuelve al salón de golpe. No sé muy bien qué contestar a algo tan profundo, por lo que simplemente asiento despacio. Solo dice eso antes de enfrascarse en el paisaje

empapado y verde que rodea su casa, como suele hacer a estas horas de la tarde.

—Ya está. Lo siento. —Olivia aparece de nuevo, fingiendo tranquilidad.

—¿Preparamos algo de comer?

La pregunta de Guida me hace gracia, más que nada porque posee un estómago infinito y siempre tiene hambre.

—Suena bien —contesta Olivia.

—Jack hace una pasta buenísima.

Sus voces comienzan a diluirse en el aire mientras me quedo pensando en cómo dos extrañas pueden encajar tan rápido. Podrían ser dos generaciones diferentes de una misma familia. Se nota que comparten una electricidad heredada por la manera despreocupada y atrevida que tienen al vestir. También por la sonrisa que no le dedican a cualquiera; aunque entre ellas lo hagan constantemente y sin esfuerzo.

Son las once de la noche cuando salimos de allí y volvemos por el camino oscuro y silencioso que nos lleva a casa.

—Conque tu novia... —Olivia me da un leve codazo mientras niega con la cabeza.

—Nunca dije eso. —Levanto las manos en son de paz—. Además, tendrías que haber visto tu cara. Ha merecido la pena.

Compartimos una leve sonrisa antes de que la noche nos devore de nuevo.

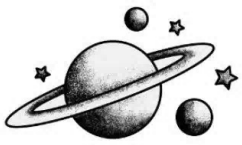
—Ahora en serio, me alegro de haber venido. Gracias por presentarme a alguien como ella.

—De nada.

«Yo me alegro de que el poder de Guida también funcione contigo».

Capítulo 24

«The Sound of Silence», Simon and Garfunkel



Olivia

19 de julio de 2025

He conocido a una mujer que podría ser la reencarnación de Janis Joplin. Si la cantante no hubiera entrado tan temprano en el club de los veintisiete, me cuadraría perfectamente que hubiera terminado viviendo en una casa de madera en mitad de los Alpes. Tiene la voz ronca, llena de experiencias de las que parece no querer desprenderse. Y unos hoyuelos que no dejan de asomar en sus mejillas cuando sonríe.

Te hubiera caído bien. En cuanto la vi, supe que contaba con el espíritu rockero del que tanto me hablabas. Ese que solo le toca a unos pocos y que es imposible construir desde cero. Me acordé de nuestra conversación sobre los Rolling, en la que insistías en que Keith Richards era un verdadero bala perdida, un rolling de verdad, mientras que Mick Jagger solo era un producto hecho a medida del sistema.

Siempre tuviste las cosas muy claras y echo de menos la seguridad que me producían nuestras conversaciones. Ahora, en cambio, vivo en un océano de inseguridades, en el que me he dado cuenta de que ni siquiera sé nadar.

La verdad es que estoy conociendo a personas muy amables por aquí. Parece que consigo construir una pizca de esperanza mientras toneladas de esta se desmoronan en Nueva York. Intento repetirme todas las frases que acostumbrabas a lanzarles a los chicos como si fueran una religión. Intento ocupar tu lugar, aunque sea lo último que quiero hacer.

Pero me faltan fuerzas. Tengo que hablar con Noah y comprender qué es lo que lo está destruyendo por dentro.

Y puede parecer absurdo, pero, en cada paso, en cada situación imposible, pienso que estás conmigo de alguna manera: en mi bolígrafo al escribir cualquier estrofa sin sentido, en las palabras amables que decido repartir entre desconocidos, en el optimismo con el que nunca he contado y que me veo obligada a tener... Hasta en la música que suena incesante en mi cabeza. De alguna forma, prefiero pensar que esos acordes los estás tocando tú desde algún lugar inaccesible.

Me niego a pensar que lo que sea que hay cuando dejamos de existir esté privado de tu música.

Olivia

Termino de escribir una de las cartas que nunca llegarán a ningún buzón y, lejos de sentirme ridícula por ello, me noto más liviana. Es parecido a escribir un diario, solo que algo menos solitario, ya que todas las palabras van dirigidas a otra persona.

Guardo la carta junto a la anterior, que ya descansa en el cajón de la mesilla de noche. Me tumbo en la cama y, como de costumbre, el *ruido* comienza a llenarlo todo.

Se me forma un nudo en la garganta cada vez que pienso en la llamada que recibí ayer por la tarde. Noah no dejaba de llorar, recomponerse y volver a llorar. Me decía que no me preocupara, que solo me echaba de menos; algo imposible, ya que su voz era inconstante y parecía tener curvas. Lo escuchaba apoyada en la pared de la cocina de Guida, intentando que el llanto de mi amigo no traspasara la pantalla. Iba colocado. Mucho. Por más que me lo negara, conozco a la perfección su personalidad cuando está bajo los efectos de alguna sustancia. Hablamos unos tres minutos, entre idas y venidas, pero al colgar no me quedé tranquila. Por ello le prometí que hoy hablaríamos serenamente.

El rato que pasé en casa de Guida fue un soplo de aire fresco. Al principio, cuando aún pensaba que era la novia de Jack, no me apetecía mucho intervenir en lo que creía que era una cita romántica. No quería salir de casa y socializar con alguien que no fuera Venus, sinceramente.

«Maldito Jack», pensé cuando vi a esa mujer de sonrisa ancha y arrugas en los ojos; contuve una pequeña carcajada y fingí un enfado que no sentía mientras él parecía divertirse a mi costa.

De alguna manera, me gustó que se creara una extraña confianza entre nosotros. Nuestra relación parece funcionar así: distante en el día a día e intensa en momentos muy concretos. Como cuando nos confesamos parte de nuestro pasado el uno al otro; o la vez que nos ayudamos a llegar hasta el precipicio de un glaciar y nos quedamos a observar el atardecer a solo unos centímetros; incluso cuando compartimos el salón como si nos conociéramos de toda la vida. Aún no consigo entender cómo alguien tan huidizo como Jack me puede resultar tan familiar en ocasiones.

Solo en ocasiones.

Guida me pareció aspiracional. Anacrónica como lo son todas las montañas que se alzan a su alrededor. La verdad es que agradezco a Jack mucho más de lo que voy a confesar en voz alta, ya sea por vergüenza o por miedo, todo el esmero que está poniendo en que mis días no se basen en esconderme dentro de una casa bonita y dejar que las horas pasen.

Verlos juntos me enterneció. No dudé por un segundo que Guida era su abuela. Las miradas que él le echaba eran las de un nieto que tiene claro dónde está su refugio. Luego recordé el pasado de Jack a través de lo poco que me contó aquella noche en el porche y comprendí que aquella anciana era la familia elegida con la que muchos contamos.

Sin duda, lo dijera la sangre o no, Guida era su verdadero hogar. No me costó darme cuenta. Eso me hizo pensar que puede que Jack esté empezando a convertirse en una morada segura para mí. Al menos aquí, en Suiza, el país donde no tengo mucho más apoyo que el de un guitarrista algo cascarrabias y con buen corazón.

Cuando te encuentras tan lejos de casa, rodeada de costumbres extrañas, olores nuevos y paisajes que no pertenecen a tus recuerdos, buscas arraigo en el nuevo entorno. Lo haces de manera inconsciente, como un árbol que hace crecer sus raíces en la tierra, para no sentir que estás flotando a la deriva en un mundo tan inmenso.

Cuando lo vi por primera vez, impasible y tranquilo, no llegué a pensar que pudiera convertirse en esa tierra mojada en la que enraizarse. No lo considero mi amigo, no lo conozco tanto, pero Jack

es de esas personas que infunden seguridad cuando están cerca. Seguramente, de su boca no salga ninguna palabra agradable o alentadora, pero sus actos pueden arroparte cuando más lo necesitas.

Dejo de pensar en él cuando caigo en que llevo mucho tiempo dándole vueltas a lo mismo. Miro el reloj para comprobar que en Nueva York ya es de día y me dispongo a llamar a Noah con miedo. No tengo ni idea del estado en el que pueda estar al coger el teléfono.

—Oli, siento lo de ayer.

Pide perdón de nuevo incluso antes de saludar, lo que me provoca un suspiro a medio camino entre el cansancio y la tristeza.

—No pienso volver a decirte que no hay nada por lo que tengas que pedir perdón. ¿Cómo estás?

—Bien.

—Noah...

—Estoy bien, Olivia. —Su tono se endurece y mi estómago se encoge. Conozco demasiado bien sus respuestas esquivas, su falta de paciencia y esa forma que tiene de negar la realidad.

—¿Has vuelto a consumir?

Una risa cansada se escapa de sus labios y enseguida lo sé.

—No vamos a hacer esto ahora.

—¿Has vuelto a consumir o no? —insisto.

Su silencio se hace latente y confirma mis sospechas.

«Otra vez no...».

—Joder.

La impotencia sube por mi piel a una velocidad vertiginosa. Presiento que un huracán enorme está llegando a Nueva York, pero me encuentro demasiado lejos para pararlo. Incluso si estuviera allí, cerca de Noah y los chicos, no sabría cómo hacerlo.

—Han sido un par de veces, de verdad.

Suspiro, meditando las palabras que voy a decir a continuación. Nunca son un par de veces. Él puede creerse esa mentira y vivir en ella, pero los que estamos a su alrededor sabemos lo que significa esto. El principio del fin.

—Tienes que pedir ayuda. —Sueno más brusca de lo que pretendía, pero estoy nerviosa.

—Oli, no hagas un drama de esto. No voy a volver a hacerlo, ¿vale? ¿Contenta?

—¿Yo? —pregunto, indignada—. El que debería estar contento con esa respuesta eres tú. No puedes volver a esa mierda —le pido—, sabes que no debes abrir de nuevo esa puerta.

—Mira, no es tan fácil, ¿vale? Tú te has ido al culo del mundo y nos has dejado aquí sin poder avanzar.

Nada más soltar esa frase, intuyo que se arrepiente de haberla pronunciado. Pero no pide perdón. Simplemente respira fuerte esperando una respuesta por mi parte.

—¿Te he pintado una raya en el váter de un garito desde aquí? —Estoy dolida. No solo me está culpando de algo que no tiene que ver conmigo, sino que también está siendo demasiado injusto—. ¿Tú crees que a mí no me han dado ganas de hacer locuras después de lo que pasó? ¿Que no he tenido ganas de desaparecer y mandarlo todo a la mierda?

Sin darme cuenta, he comenzado a gritarle al teléfono mientras las lágrimas bañan mi rostro.

—Busca ayuda —le pido, algo más calmada.

—Yo no necesito...

—Busca ayuda, Noah —repito seria—. No me quiero ni imaginar lo que podría pasar si sigues tonteando con las drogas. Créeme, la línea entre la lucidez y la locura no es tan gruesa.

—Estás exagerando. Sabes cómo son las cosas en Nueva York.

—Me da igual. Tú no eres parte de nada que no quieras —le digo —. Promételo.

—Oli... —comienza a replicar con la voz rota—. Joder.

—Vas a pedir ayuda y a llamarme siempre que lo necesites —le pido de nuevo.

Me dan ganas de coger un avión de vuelta y sostenerle con mis propios brazos, pero no me siento con la fuerza suficiente. Sería como ver a dos cuerpos inacabados intentando mantenerse en pie: apoyándose el uno en el otro en una lucha por completarse de nuevo.

—Está bien —susurra.

—Voy a pasarte el número de mi psicóloga. Seguro que ella conoce a alguien que puede ayudarte.

Oigo cómo exhala de nuevo, aunque esta vez parece que está cargado de alivio y no de enfado.

—¿Cómo estás tú? —pregunta entonces, desviando el tema.

—Depende del día, supongo. No paro de pensar que estoy en una simulación y que el mundo real se ha parado mientras estoy aquí —confieso—. No sé, es imposible que un lugar tan tranquilo como este exista.

—Sam sabía lo que decía cuando hablaba de Suiza.

Su nombre se queda en mi garganta y no baja por el esófago como el resto de las palabras.

—Cada día que paso aquí, puedo imaginármelo de manera más nítida. Caminando por los valles, hablando con cualquier pueblerino, acariciando las vacas que descansan en cada prado... —le cuento con una sonrisa triste—. He empezado a escribirle cartas.

Me avergüenza admitir algo así, pero necesito poner sobre la mesa todo lo que puede acarrear una pérdida. Los intentos desesperados por sentir a esa persona más cerca y los ejercicios que logran que acabe el día sin ser un mar de lágrimas.

—¿Idea de la psicóloga?

—Sí.

—¿Y qué le cuentas?

—No sé, cualquier cosa de mi día a día. Reflexiones que tengo anudadas en la cabeza y que necesito sacar de algún modo... —Me quedo callada de golpe—. Da igual.

—No, oye. Me parece bonito, Oli. Y te veo infinitamente mejor que cuando te fuiste. —Sus palabras guardan un calor que me arropa al instante.

—Igual es absurdo, pero me tranquiliza.

—No lo es —me asegura—. ¿Te trata bien el tatuador solitario?

Su forma de referirse a él me hace gracia.

—Es... bueno conmigo —termino diciendo—. Se nota que él también ha sufrido, pero vive con esa tranquilidad que se tiene cuando uno ha encontrado su sitio en el mundo, ¿sabes?

—Al final vas a sustituirnos fácilmente.

Aunque su intención haya sido la de hacer una broma, percibo el desprecio en su tono.

—No tengo la intención de cambiar a nadie —contesto, algo molesta.

—Era una broma.

—Ya.

Ninguno de los dos parece tener nada más que decir, lo que crea una tensión que se ha espolvoreado en el ambiente como si fuera nieve.

—Entonces, ¿me quedo tranquila?

No puedo evitarlo. Por mucho que me esfuerce en confiar en él, el pasado me golpea por detrás. Me acuerdo de sus gritos, de las noches en vela mientras Sam se encargaba de espabilarlo, de los plantones en conciertos y las mentiras. Sobre todo estas últimas. Lo que tiene la adicción es que convierte a la persona que está bajo su yugo en una auténtica marioneta. La adicción es capaz de separar familias, romper amistades y resquebrajar las almas.

Lo último que necesito ahora mismo es que lo que queda de nosotros corra el riesgo de romperse aún más.

—Que sí, Olivia —responde con la voz cansada.

—Es que me da miedo, ¿vale? No quiero que vuelvas a pasarlo mal.

—Te he dicho que confíes en mí.

—¿Y los chicos? Dime que ellos están bien.

—Ellos están bien —repite como un robot, sin corazón.

—Lo último que necesito es que alguien me llame dándome una noticia de mierda y...

—¡Basta ya! No eres mi jodida madre.

Mi estómago da un vuelco y se expande hasta hacerle hueco a una oscuridad que lo llena todo. Me quedo petrificada y noto el escozor de mis ojos conectado con el picor de mi nariz.

De pronto, me siento más sola que nunca y tengo mucho miedo. Miedo a perder lo que me queda.

Ahí están de nuevo los cambios repentinos de humor. La falta de paciencia. No termino de reconocer a Noah, pero, en lugar de incidir

en una conversación que no parece llevar a ninguna parte, decido despedirme. Discutir con él no creo que sea lo mejor para ninguno de los dos.

—Tengo que irme.

—Ey, no... Lo siento, ¿vale? Tenía que...

Cuelgo el teléfono y dejo la disculpa de Noah vagando en algún punto entre Estados Unidos y Suiza.

Salgo de la habitación escopetada. Me arden las piernas y los brazos, por lo que ando rápido por la casa con la esperanza de tranquilizarme. Bajo las escaleras luchando por dejar la mente en blanco, sigo andando y me cruzo con Venus (que me mira con ternura, ajena a cualquier problema que exista en el mundo), atravieso el salón y llego hasta la puerta de la entrada. Pero no la abro. Apoyo la cabeza contra ella y suelto todo el aire que contienen mis pulmones.

—¡Mierda! —grito.

Doy un golpe fuerte y seco en la madera, por si a través de él puedo sacar esta sensación que parece controlar mis movimientos. Lo único que se oye es el retumbar de mi puño dolorido, pero el sentimiento sigue ahí.

—¿Estás bien?

Pego un salto del susto. Me doy la vuelta lentamente, esforzándome por encontrar una excusa que explique por qué estoy peleándome con una puerta. Lo último que esperaba era estar acompañada y que Jack fuera testigo de mi desequilibrio.

Una vez más.

—Eh, sí. Perdona, pensaba que estaba sola.

Sus ojos me examinan con cuidado. Creo que está buscando qué decir en un momento tan extraño como este, en el que las lágrimas que corren por mis mejillas ya son imposibles de ocultar.

—¿Qué te ha hecho la puerta?

—¿Qué? —Caigo rápidamente en su broma y entiendo al instante que pretende relajar el ambiente—. Nada. Lo siento.

Da un paso hacia mí y acorta la distancia que suele separarnos a diario. Soy capaz de oír su corazón latiendo un poco más deprisa, nervioso por no saber comportarse en este tipo de situaciones. Bajo

la vista avergonzada y no tengo muy claro cómo actuar cuando su voz suena de nuevo.

—Está cayendo una tremenda. —Alza la barbilla en dirección a la ventana y la tormenta que descarga al otro lado cobra todo el protagonismo de la escena—. ¿Te parece si tomamos un café y nos alejamos de la puerta antes de que la tires abajo y Guida nos eche de casa?

Se nota que Jack no se siente cómodo en la vulnerabilidad del resto, pero lo intenta. Su pierna derecha se mueve inquieta al ver que no contesto. Es tierno. Inocente.

Asiento como respuesta y lo sigo a la cocina, donde ya huele a café incluso antes de encender la cafetera.

—Además, hay un lugar de la casa que todavía no has visto y es perfecto para un día como hoy.

Y ahí está una vez más: el chico solitario y su peculiar manera de alejarme de los problemas.

Capítulo 25

«Iris», Goo Goo Dolls



Jack

—¿Por qué no me enseñaste esto la primera vez que visité la casa?

He llevado a Olivia hasta la buhardilla acristalada que culmina la vivienda. Como me he bloqueado al verla llorando, esto es lo primero que se me ha ocurrido para terminar con lo que fuera que le nublaba la mente. Me hubiera encantado consolarla de alguna otra forma, pero no he sabido cómo actuar.

Una vez más.

El ático es un espacio completamente revestido de madera, con varias librerías, sillones mullidos y una alfombra mullida que ocupa casi toda la estancia. Cuando alquilé la casa hace ya ocho años, Guida me dijo que podía hacer con esta habitación lo que quisiera. He gastado mucho dinero y tiempo desde el principio, pero ha acabado convirtiéndose en el lugar más especial de la cabaña. De ser un espacio diáfano y sin alma ha pasado a ser el rincón que siempre quise tener para mí. Un sitio al que recurrir en un día lluvioso y gris como este.

Nunca había dejado que nadie entrara aquí, ni siquiera a mis amigos más cercanos. Lo que más puede impresionar a cualquiera de este espacio es que el techo es de cristal. Si miras hacia arriba, el

cielo pasa a ser una extensión de la buhardilla y ya no sabes si tu piel está mojada o es solo una ilusión óptica.

—Pensé que no ibas a quedarte —contesto con sinceridad al cabo de un rato—. Tenía bastante claro que iba a decirte que no.

Mi respuesta la decepciona. Lo percibo en el tono que han adquirido sus ojos.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión?

«La curiosidad que me produjo tu pelo excesivamente rojo y largo. Tu historia». Estoy a punto de decirle lo que de verdad me hizo invitarla a vivir conmigo, pero la valentía no es mi fuerte. Además, lo último que quiero es que nuestra relación de compañeros de piso se vuelva extraña.

—Ya lo dije: Venus te escogió y ya no pude hacer nada. —Levanto los hombros y sonrío.

—Entiendo que quisieras guardar este lugar solo para ti —dice al tiempo que se sienta en uno de los sillones y acaricia el tejido de terciopelo que lo cubre—. ¿Todos estos libros también son tuyos?

—Todos —afirmo—. ¿Tan raro es?

—Supongo que no. Yo no soy lectora, así que que una persona acumule tantos me parece algo nuevo.

—No existe alguien que no sea lector —la corrijo—, sino alguien que no ha encontrado su historia.

Su gesto muestra incredulidad.

—¿Es demasiado cruel para ti que confiese que solo he leído un par de libros en toda mi vida?

—No me lo creo.

—Y eran lecturas obligatorias que ya ni recuerdo —añade.

—Es muy cruel, sí. —Me llevo la mano a la parte izquierda del pecho como si un dolor enorme inundara mi cuerpo—. Me niego a pensar que alguien pueda vivir solo con dos historias encima.

—Te lo digo en serio, los libros no son para mí —insiste—. De hecho, envidio bastante a los que leéis a diario.

—¿Por?

—No sé, parecéis más libres.

Su respuesta me gusta. Pensar que Olivia pueda verme de esa manera me importa más de lo que... «Jack, céntrate», me impongo

a mí mismo antes de seguir pensando en cómo me mira.

Para distraerla de sus rayadas personales, selecciono libros radicalmente distintos, de diferentes géneros: romance, misterio, historia, arte, música, ensayo... Acumulo unos cuantos entre mis manos y se los acerco hasta la mesa baja que tiene delante. Me siento en la alfombra mullida que compré en un mercadillo de Brienz y los coloco uno al lado del otro bajo su atenta mirada.

—¿Cuál es el que más te llama de todos?

—¿Esto es algo así como el test del lector? —se burla.

—Más bien es el test del no lector.

—¿Por qué te empeñas tanto en que lea? —pregunta desconcertada.

Sin embargo, cruza las piernas sin dejar de analizar cada título que he seleccionado para ella.

«Eso, ¿por qué te importa tanto?», insiste mi subconsciente.

—Porque me parece absurdo vivir una vida pudiendo vivir cientos.

Ladea la cabeza, examinándome con detalle. Ahora me pregunto si sus ojos verdes son aún mejores que un buen libro.

«Despierta, Jack. Esto es la vida real y en la vida real las personas tienen demasiados problemas para dejarse llevar».

Pasa unos minutos infinitos leyendo las sinopsis, ojeando el interior e, incluso, oliendo sus páginas, algo que me hace gracia, ya que el olor de los libros es la principal obsesión intratable que poseemos los lectores.

—Esta. —Su dedo señala un libro que, por alguna razón, sabía que iba a llamarle la atención.

—«Primera persona del singular» —leo en voz alta—. ¿Por qué?

—Me ha gustado la portada y tengo entendido que a Murakami le gusta el jazz —resume.

—¿Te gusta el jazz?

—¿A quién no? Es un género en el que una misma canción suena diferente cada vez —reflexiona con entusiasmo—. En Nueva York solía ir los viernes a un bar donde improvisaban en directo. Me encantaban esas noches —recuerda con nostalgia.

Asiento en silencio, volviendo a un Nueva York mucho menos idílico que el suyo. Sin jazz y sin vida. Cojo el café y lo termino de un

trago, rápido, por si diluyo en él ese recuerdo.

—Oye —llamo su atención—, ¿antes estabas bien?

Se me da fatal esto, pero no me olvido de que hace unos minutos estaba llorando y golpeando una puerta sin motivo aparente.

—No lo sé —confiesa—. Alguien cercano a mí no lo está y yo no consigo desvincularme de sus problemas.

—Te entiendo. —Aunque seguramente no lo hago del todo.

Mis dedos tamborilean sobre la taza de cerámica, nerviosos porque mi boca llegue a encontrar un tema de conversación que desvíe el actual.

—Siempre que llueve me acuerdo de un concierto en directo —dice de pronto Olivia, bajando los pies a la alfombra y alzando la vista hacia arriba.

—Me apuesto lo que quieras a que sé cuál dices.

—Un tatuaje gratis —responde con una mezcla de descaro y vergüenza.

Abro los ojos mínimamente al imaginarme a mí mismo tatuando su piel, sujetando su muñeca de manera delicada mientras la aguja va dejando una huella imborrable.

—Goo Goo Dolls —respondo sin una pizca de duda—. Cantando «Iris».

—¿Lo has visto? —pregunta más extasiada de lo que la había visto hasta ahora—. No me quito de la cabeza la imagen del cantante desgarrando su voz a cámara lenta.

—Es uno de los directos más épicos. Se creó una especie de conexión entre el público y los músicos.

—El invitado especial aquella noche fue la lluvia —reflexiona en voz alta, sin apartar los ojos de las gotas que intentan traspasar el cristal sobre nuestras cabezas—. Nadie lo esperaba y fue... perfecto.

—Desde luego.

De pronto, nuestras cabezas están echadas hacia atrás y nuestras miradas focalizadas en la tormenta que se está desatando ahí arriba. Ella, en el sillón. Yo, en la alfombra.

Olivia y yo somos muy distintos, cualquier persona que nos observara por una mirilla se daría cuenta. Ella consigue soñar despierta aun con el dolor que arrastra; yo, en cambio, me limito a

tener las expectativas bajas con respecto a la vida y lo que se puede esperar de ella. Salvando las diferencias, soy capaz de notar que nuestras mentes están conectadas en este momento.

Pensando en lo mismo.

Sintiendo prácticamente lo mismo.

Escuchando la lluvia como si fueran una.

—¿De qué van tus canciones?

Su pregunta me pilla de improviso.

—De nada en particular —miento—. Suelen hablar del ruido que hay dentro de mi cabeza.

Temo que por un momento haya sonado demasiado intenso. Con ella me nace salirme del papel de persona estándar y equilibrada al que me ciño a diario; aun así, mi respuesta parece convencerla.

—¿De qué irían las tuyas si compusieras? —le pregunto a mi vez.

Una tos nerviosa le rasga la garganta antes de contestar.

—Ni siquiera me lo he planteado.

—Tiene sentido. Imagino que los músicos no podemos evitar hurgar en lo que tenemos dentro. Lo encontramos desordenado, en algún lugar entre los pulmones y el esternón, e intentamos ordenarlo con las palabras.

—¿Y lo consigues?

—No lo tengo claro —admito—. Mañana, si quieres —añado, y ahora el de la tos nerviosa soy yo—, puedes venir a vernos ensayar.

Es la segunda vez que la invito al garaje. No dice nada y me arrepiento muy rápido de haberle propuesto el plan. No sé qué pasa con Olivia, pero es la única que me hace hablar de más. Mientras el resto del mundo siempre me ha incitado a mantenerme en silencio, con ella me brotan las palabras como lo harían las flores en una primavera rebelde.

—Estará Anna —agrego, por si con ello logro parecer menos estúpido.

No dejo de hablar para eliminar cualquier rastro de vulnerabilidad e impedir, de paso, que Olivia descubra lo mucho que deseo que venga a vernos tocar.

—Puede que sí. ¿Por qué no? —Sonríe de manera tímida.

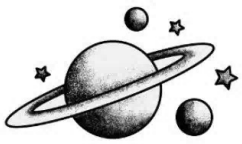
La pregunta es casi un susurro. Ella tampoco parece tener claro querer venir al garaje, rodearse de tres músicos sin futuro y que su único turismo confluya en este pequeño pueblo. Igualmente, accede a venir.

Noto un calor interno al que no estoy acostumbrado cuando veo cómo Olivia vuelve a coger el libro y comienza a leer la primera página en silencio. Sigue inmersa en sus páginas cuando decido levantarme al rato y salir de la buhardilla para dejarle espacio.

Cuando entro en la cocina, cojo una botella de agua de la nevera y doy un largo trago. Para entonces, tengo la certeza de dos cosas: la primera es que, a partir de ahora, ese rincón escondido ya no es solo mío en esta casa, y la segunda, aunque no sepa gestionarlo, es que no creo que pueda sacarme de la cabeza a la chica pelirroja que duerme en la habitación de al lado.

Capítulo 26

«This Could Be the Start of Something Big», Ella Fitzgerald



Olivia

Todo el mundo le teme al punto de no retorno. Ese momento en el que sabes que no hay vuelta atrás. Ya sea en referencia a un lugar concreto, una sensación, una despedida... Existen instantes que marcan un antes y un después sin avisar y, de alguna manera, supe que, al acceder a acompañar a Jack a uno de sus ensayos, también estaba dejando que la música se colara de nuevo bajo mi piel.

Me había llevado meses deshacerme de su electricidad, de todas las pulsaciones que latían en mis venas cada vez que escuchaba una canción. Sabía que la música me daba acceso a recuerdos que se irían borrando poco a poco. Pero también me convencí de que me hacía sentir vacía, indefinida, como un lienzo en blanco con el que nadie quiere experimentar. Y esto último me creó un rechazo directo hacia cualquier melodía.

Echo de menos llevar más de diez colores encima, colores entrelazados con notas. Creo que esta nostalgia es la que me ha ablandado a la hora de tomar la decisión de ir al ensayo de Jack y su grupo. Al fin y al cabo, que me alejara de la música no tiene por qué significar que no pueda disfrutar de aquellas personas que siguen sintiendo a través de ella.

El garaje de Peter es el típico zulo cubierto de madera, juegos de la infancia y trastos apilados que ha terminado haciendo hueco a la pasión de un adolescente insistente. No tengo ni la menor idea de si sus padres están haciendo vida en la planta de arriba mientras él juega a perseguir sueños, pero, si así fuera, me parecería tan tierno como familiar. Sin duda, mis padres hubieran hecho lo mismo por mí.

Pósteres de bandas icónicas de los sesenta a los noventa, una batería al fondo, varios bajos colgados de la pared y un cableado infinito que conecta la corriente con sus instrumentos. Tras ver esto, la curiosidad por cómo será su sonido como banda me quema por dentro.

Sentada en un sillón de terciopelo verde, repleto de quemaduras de cigarrillo y marcado por el paso del tiempo, comprendo que he llegado a ese punto de no retorno por Jack. Si no, ¿por qué habría aceptado venir aquí?, ¿por qué me hubiera atrevido a enfrentarme al pasado a través de mis oídos?

Su petición me conmovió. Atropellada e imperfecta, pero sincera. Simplemente, no pude negarme a venir porque Jack ya se ha convertido, de forma irremediable, en una persona importante para mí en Suiza. No tengo muchas más, esa es la verdad, pero cada día voy descubriendo capas en su personalidad que logran ligarme un poco más a él.

—Son muy buenos —susurra Anna a mi lado, alzando la barbilla en dirección a sus amigos—. Cuando los escucho, dejo de ser adulta. Soy su mayor fan; sé que no soy objetiva —ríe con ganas—, pero me divierte mucho verlos saltar y brincar como locos.

Sonrío ante su comentario, sin dejar de mirar a Jack y su manera de acariciar la guitarra antes de tocarla. Parece que esté hablando con ella y acordando cómo va a ser el sonido que vaya a salir de la unión de sus cuerdas y sus dedos.

Hoy lleva un *look* mucho más rockero que de costumbre, al igual que Peter y James. Una bandana en la frente, chalecos vaqueros, pantalones rotos, una camiseta de los Rolling y las Converse más andrajosas que he visto en mi vida. Me gusta ese aire desenfadado y a la vez milimétricamente medido antes de salir de casa. Me recuerda a mis chicos antes de cada concierto y a la frase que solía

decir Sam en esos momentos: «Ningún icono del rock fue recordado por llevar traje y corbata». Y todos nos reíamos con él. Y brindábamos entre bambalinas con los nervios a flor de piel y una pizca de felicidad instalada en el estómago.

Trago saliva y cierro los ojos fuerte para que, al abrirlos, mis recuerdos vuelvan a quedar en un segundo plano.

Y lo consigo.

Justo cuando estoy pensando que Long Days podría ser un grupo de los noventa que ha viajado hasta este garaje en una nave del tiempo, descubro que Jack solo está mirándome a mí. De forma inconsciente, doblo los dedos de los pies para concentrar en ese punto el nerviosismo que me provoca su atención.

—Siempre tocan el mismo repertorio. —Anna rompe nuestro contacto visual, pero me cuesta unos segundos interiorizar lo que me está contando—. Me lo sé de memoria, y ellos, ni te cuento. No me cabe duda de que lo van a bordar en el festival.

—¿Dónde es?

—Es el que se celebra en Brienz el mes que viene. —El orgullo que siente por sus amigos brilla en sus ojos—. Los seleccionaron a última hora.

—Qué pasada.

Me pongo en su piel y la emoción de esas primeras confirmaciones vuelve a inundar mi cuerpo. Son oportunidades que te atan un poco más a la música, que llegan cuando estás a punto de desistir y tirar la toalla. Los analizo con otra mirada un poco más familiar mientras colocan los cables y ríen por cualquier chorrada. Me imagino lo que se les puede pasar por la cabeza al saber que, en unos días, van a pegar un salto desde este garaje a un escenario enorme.

—Mi canción favorita es «Clouds in My Mind», pero tienen otras cañeras como «Verity» o «Party in the Dark» que pueden poner a bailar al mismísimo Buda.

Río con ella, cada minuto más expectante que el anterior. Una sensación extraña se abre paso en mi pecho cuando pienso en la voz de Jack al micrófono. Sospecho que pueda ser melancólica, rasgada, agresiva... Quizá una mezcla de todo lo anterior.

Anna sigue hablando, pero mi cabeza está orbitando a kilómetros de distancia cuando oigo el sonido de las baquetas marcar el ritmo de la primera canción.

—Somos Long Days y hoy espero que viajéis con nosotros. —La voz de Jack se cuela bajo mi ropa y mis ojos se abren un poco más.

—Siempre hace lo mismo —susurra Anna con sorna—. Se meten demasiado en el papel.

A partir de ahí, comienzan a sucederse canciones que hablan sobre la soledad, el amor, las modas, el capitalismo, las drogas... Escucharlos es como ver una película independiente en la que no siempre comprendes todo lo que ocurre, pero de la que no puedes apartar la mirada.

Anna y yo coreamos los estribillos de vez en cuando. Ella porque se los sabe de memoria y yo porque me quedo con alguna estrofa y me nace gritarla con ellos. Me río y disfruto como hacía tiempo, tanto que, al mirarme los brazos, el vello se ha alzado por el impacto.

Su sonido es increíble. Una mezcla de rock y folk que me traslada de vuelta a mi adolescencia. Suenan a sueños rotos, esperanza y un poco de rebeldía. La voz de Jack es una caricia dura y áspera de la que me cuesta despegarme. Verlo cantar lo aleja de la personalidad introvertida y calculada que he conocido. Aquí es puro corazón, visceralidad manchando cada rincón de este garaje. Y cuando sus ojos han incidido en mi boca en alguna de sus estrofas, he sentido que lo conocía de verdad.

Que ese era el verdadero Jack Evans.

También he olido su miedo. Solo las personas que hemos estado delante de un micro y con las inseguridades a flor de piel podríamos notarlo. Yo le he dedicado una sonrisa leve, haciéndole saber que no tiene por qué flaquear cuando está haciendo lo que realmente ama.

No sé cómo explicarlo; todo lo que me rodea me provoca una energía peligrosa. Me cuesta controlar las ganas de salir ahí en medio y ponerme a cantar con ellos. Enseguida, se hace latente también la enorme mentira que vivo desde que llegué: es injusto estar aquí, empapándome de su música, sin dejar que ellos sepan quién soy de verdad.

Me encantaría contarles que hablamos el mismo idioma, pero no estoy preparada para hacerlo.

Odio las mentiras. Llegué aquí huyendo de mi carrera y de la persona que estaba en el punto de mira de todas las críticas. En un mes y medio no volveré a verlos y hasta entonces necesito seguir siendo solo Olivia: la chica que trabaja en *marketing* y ha decidido tomarse un verano sabático después de sufrir la pérdida de su pareja.

Nada más.

Termina el último tema, el último acorde, y Anna y yo nos ponemos en pie sin parar de aplaudir. No sé cuánto ha pasado, pero el tiempo ha dejado de importarme en la primera canción.

Los músicos no dejan de dedicarnos reverencias y bromear entre ellos. Se los ve felices y, por algún extraño motivo, eso hace que yo también lo esté. Jack tiene las mejillas sonrojadas. No nos mira directamente a los ojos, pero no puede esconder una sonrisa sincera al dejar la guitarra en su funda y dirigirse hacia nosotras.

—Ha sido una pasada —lo felicito mientras vuelvo al sillón.

—¿De verdad te ha gustado?

—Mucho.

Cuando Jack y yo hablamos, el entorno tiende a desaparecer. Las voces ajenas se silencian y la sala se empequeñece de golpe. Se ha sentado en el reposabrazos de mi sillón y su pierna roza mi brazo derecho de forma leve.

—Al escuchar «Clouds in My Mind», he entendido a la perfección lo del ruido de tu cabeza —admito.

—Ahora sabes un poco más de mí.

Ambos nos quedamos en silencio, sin saber qué más decir. Yo, pensando en ese chaval que tuvo que huir de Nueva York; él, recuperando el aliento después de soltar todo lo que llevaba dentro.

—¿Alguien quiere?

No me hace falta girar la cabeza para saber qué es lo que Peter está ofreciéndole al resto. Sé perfectamente las diferentes maneras que pueden tener los músicos de celebrar un final de ensayo. Por ello, ver cómo Anna y el resto toman una pastilla acompañada de un

trago de cerveza es como volver a casa. Con la diferencia de que la sensación, lejos de tranquilizarme, me tensa por completo.

Jack no se ha movido de mi lado. Rezo en silencio porque no se una a la fiesta, ya que rodearme de drogas me recuerda a Noah y a lo lejos que estoy de él.

—¿Nos vamos? —me pregunta, cogiendo mi brazo con delicadeza.

Asiento agradecida. Me pregunto seriamente si Jack puede leerme la mente y ser capaz de sacarme de cualquier situación incómoda.

—Nos vamos, chicos —se despide—. Como siempre, un placer.

Todos nos mandan besos entre risas y, al cerrar el portón, nos quedamos a solas.

—No sabía que el festival en el que participáis es en Brienz. Ahí hay un lago precioso, ¿no? —digo de pronto.

—Conseguimos meternos a última hora en el cartel.

—Imagino que estarás eufórico porque llegue el momento.

En vez de contestar, mira al frente y se pasa una mano por el cuello con el fin de hacer algo con ella.

—Digamos que no soy muy fan de las multitudes —confiesa, algo rígido—. Va a sonar raro, pero hay algo incómodo en lo de estar expuesto ante tantas personas. Al menos, yo no consigo relajarme del todo. No me hagas mucho caso —añade, restándole importancia a algo que sí la tiene.

Ahí está. El miedo escénico del que tan poco se habla y que tan latente está en cualquier músico.

—Si te da reparo, imagina que estás en la ducha de casa. Solos tú y el patito de goma que descansa junto al champú.

—El patito de goma —repite asimilando mi consejo—. Eso haré.

Sonríe con ganas y seguimos caminando en silencio. Se está convirtiendo en costumbre lo de compartir tiempo juntos. Una costumbre fácil, he de reconocer.

—Gracias por venir hoy. De verdad.

—No hay de qué. Hacía mucho que no escuchaba música en directo y digamos que... —Me tomo unos segundos para pensar lo que quiero expresar—. Ha sido como reencontrarme con un viejo amigo.

Ninguno dice nada más. Solo seguimos el camino que siempre parece llevarnos a casa.



20 de julio de 2025

Pensaba que la cura de mi nostalgia era hacer como que la música no existía. Fingir que había desaparecido de la tierra o que yo había perdido la audición en un mundo repleto de canciones. Ahora me he dado cuenta de que no podemos huir de aquello que nos completa de alguna manera.

Ojalá hubieras visto cómo tocan unos chicos que he conocido aquí en Suiza. Se llaman Long Days (me encantaría saber el porqué de ese nombre) y, no sé, nos he visto reflejados a nosotros con unos años menos (aunque ellos sean más o menos de nuestra generación). Cuentan con esa vitalidad que derriba muros y grita a las injusticias. Y mis pies no han dejado de moverse solos dentro de ese garaje.

El motivo de esta carta es contarte (y contármelo a mí de paso) que estoy cansada de estar triste. No puedo más. Tengo la sensación de que mi cuerpo va a explotar porque contiene demasiada pena dentro. Echo de menos a aquella chica espontánea y divertida que solía ser. Sé que sigue viva en algún lugar de mi interior y realmente quiero que vuelva.

Al llegar a casa, lo primero que he hecho ha sido escribir un estribillo deprisa y corriendo. Me quemaba en las entrañas y expulsarlo ha sido liberador. Antes solía escribir a cualquier hora, en cualquier estado. Porque estoy segura de que componer es un verbo adherido a mi ADN, solo que me he olvidado de cómo se hace con normalidad.

También estoy harta de la culpa. Quiero sonreír sin tener náuseas después. Sentir la música como antes, aunque sepa que no voy a poder compartirla contigo al llegar a casa.

Reír sin pensar que por ello estoy enterrando un poquito más tu recuerdo.

Sé que me entiendes, Sam.

Nadie más podría hacerlo en este mundo.

Olivia

Termino de escribir la carta y algo se reconstruye dentro de mí; como si miles de manos diminutas estuvieran cosiendo mis grietas para que no volvieran a abrirse en mucho tiempo.

Me voy a dormir con la sensación de que mañana será otra Suiza la que me reciba al levantarme... sabiendo que, realmente, seré yo la única que haya cambiado.

Capítulo 27

«You Really Got Me», The Kinks



Jack

Llevo dos horas de sueño encima y quizá por eso me noto algo mareado. Me concentro mientras sigo deslizando la aguja de tatuar por la espalda de un chico. ¿Hace demasiado calor en esta sala o soy el único que está sudando bajo la camiseta? No es la primera vez que siento cosquilleo en las manos esta semana y, sin ser un experto en salud mental, creo que tengo una ansiedad de caballo.

La noche ha transcurrido entre pesadillas y pensamientos intrusivos. «¿A quién quieres engañar? Sigues siendo un perdedor y en el festival se darán cuenta los cientos de personas que estén allí». Su voz mezclada con el egoísmo y el alcohol que siempre recorrieron sus venas resuena de nuevo en mi cabeza al recordar uno de los sueños que he tenido.

En ellos siempre lo oigo y lo visualizo a solo unos centímetros de mí, con su ropa desaliñada y ese olor putrefacto que lo acompañaba a todas partes. Por alguna razón no puede alcanzarme, aunque eso no logra que despierte sin sobresaltos.

—Esa parte duele más. —El cliente se mueve incómodo en la camilla y yo aprovecho para limpiar la zona y retirar la tinta sobrante.

—Ya no queda mucho —lo tranquilizo.

Es curioso pensar en lo familiarizado que puedo llegar a estar con el dolor que provoca un tatuaje sin haber sentido nunca nada parecido. He oído tantas experiencias, de tantos clientes diferentes, que me han servido para tomar la decisión de no ser uno más en ese rebaño. Tendría que ocurrir un milagro o algo demasiado grandioso o inexplicable para grabarlo en mi piel y que así adquiriese un significado para siempre.

Quince minutos después, hago caja y salgo por la puerta del local cuando el sol ya se está poniendo en el horizonte. Creo que es mi momento favorito del día. Respiro hondo y me alivia notar mi pecho más ligero que hace un rato. El cosquilleo de los brazos ha desaparecido, por lo que imagino que el estrés tiene algo que ver con estos síntomas tan repentinos.

El estrés que provoca no dormir bien. El estrés por pensar que no voy a ser capaz de cantar ni una sola estrofa delante de tantas personas. El estrés que generan el pasado y el futuro, cuando no le dejan ni un milímetro de su espacio al presente.

El aire de media tarde me despeja la mente al instante mientras me despeina el pelo. Las nubes han ocupado parte del cielo como si algún dios mitológico intentara fundir el Olimpo y la tierra. Por eso, acelero el paso hacia casa de Guida antes de que me caiga el diluvio universal por el camino. Hoy no me ha invitado a merendar, pero la costumbre mueve mis pies por inercia hasta su puerta. Solo para comprobar que está bien y no necesita nada. Total, hoy los chicos no pueden ensayar...

Abro la puerta con el manojo de llaves que me dio hace años y lo último que espero encontrar al entrar en el salón es a Olivia, comiendo galletas y llorando mientras ve *Notting Hill* junto a Guida. Lo primero que pienso es que estoy algo obsesionado con ella, lo suficiente para verla en todas partes. Pronto descubro que la realidad es que ambas han desarrollado una relación ajena a mí. En algún punto, desde aquella tarde en la que se conocieron, han creado un lazo que ha conseguido reunirlas de nuevo.

—¿Y tú qué haces aquí? —pregunta Guida, con la voz tomada por el llanto.

—Si quieres, me voy.

—Nos has pillado en el mejor momento —dice, secándose las lágrimas—. Esa chica se ha enamorado del librero hasta las trancas, ¿verdad, querida?

—Verdad. —Olivia responde entre avergonzada y triste.

La estampa que tengo delante de mis ojos me hace gracia. Compruebo al instante que lo de que se necesitan clínex a mano cuando se ve una comedia romántica no es un mito. En la mesita baja, hay varios pañuelos arrugados y un bol de palomitas a medio terminar.

—No es realista —suelto mientras me acomodo en el sofá... tan cerca de Olivia que nuestras piernas se rozan sin remedio.

Las dos se me quedan mirando con cara de mala hostia, esperando que justifique mi crítica.

—Una tía superexitosa y con una agenda tan ocupada jamás se fijaría en un pringado como Hugh Grant y...

—Lo primero —me interrumpe Guida—, ¿a quién le importa? La ficción está para regalarnos escenas que no ocurrirían ni en un millón de años.

—Y segundo —la voz de Olivia se cuela en la conversación con más potencia de la que me esperaba—, ella está rota. Ser superfamosa no significa que tu vida sea perfecta. Ni mucho menos.

Hay algo de frustración en sus palabras. Podría ser que hablase de alguien conocido o que realmente la historia le haya calado tanto como para defender a Julia Roberts a capa y espada.

Levanto las manos en señal de rendición y terminamos la película en silencio. No me atrevo a comentar ninguna incoherencia más del guion porque asumo que esta guerra está perdida.

—En una cosa te voy a dar la razón, Jack —dice Guida, tras apagar la televisión—. Los famosos no suelen fijarse en personas como nosotros.

—¿Has conocido a alguno de cerca? —La curiosidad de Olivia se abre paso con miedo.

—Bueno, he visto a los Rolling más veces de las que podrías creer.

Escondo una sonrisa tras oírla. Sabía que en algún momento iba a recurrir a la historia que tanto le gusta contar.

—¿En serio?

—Tuvo un escarceo con Keith Richards —le cuento antes de que pueda hacerlo nuestra casera.

Olivia abre los ojos como platos y Guida niega con la cabeza enfadada.

—Fueron varios, pero me cansé de ir detrás de él. Una vez me dejé las bragas en su camerino. —Suelta una sonora carcajada y Olivia se tapa la boca con las manos—. Te juro que no me di cuenta de que no las llevaba hasta que llegué a mi casa, y me puse a reír como una loca. —Niega con la cabeza de nuevo, reviviendo una juventud que sigue dentro de ella—. Era bueno en la cama, pero los músicos siempre tienen la cabeza en otra parte, ¿sabes? —La pelirroja se ríe divertida hasta que me mira tras oír esta última frase. Nuestros ojos se enredan un segundo, pero la historia de Guida nos devuelve a su salón—. Nunca me compensó el hecho de quedarme prendada de un bala perdida. En cambio, Jack es diferente.

—¿Lo soy?

—Creo que eres el primer músico que conozco que no parece que vaya a romperte el corazón con solo mirarte.

Su confesión nos deja sumidos en silencio. Yo me quedo pensando si eso es realmente cierto y Olivia parece estar inmersa en algo que nada tiene que ver con nosotros ni con Suiza.

—Bueno, ¿qué, merendamos?

Visitar a Guida es como entrar en un bucle familiar y predecible que hace que la vida frene de golpe. La rutina con la que intenta comer el dulce que el médico le prohíbe o los sorbos diminutos que le da al té forman parte de esas pequeñas cosas en las que puedo refugiarme cuando el mundo ahí fuera se complica.

Una tarde más, el aroma a frutos secos y mandarina inunda el salón. Hablamos de lo imprevisibles que son las tormentas en Lauterbrunnen y del precio de los alquileres. Temas algo banales. Entonces Guida comienza uno de sus interrogatorios, aunque esta vez la víctima no soy yo.

—¿Solo has visitado dos lugares desde que estás aquí? —Olivia se encoge de hombros y asiente sin mucho entusiasmo—. ¿No te apetecería conocer más?

—No es que no quiera, es que siempre encuentro algo con lo que entretenerme en casa y al final no salgo. Tengo que decir que Venus me lo pone muy difícil. —Ríe.

—Esa perra os tiene completamente controlados. A los dos. —Nos señala para hacer hincapié en esto último—. Lucerna, por ejemplo, es una ciudad increíble. Existen muchas leyendas alrededor de ese lugar: fantasmas, brujas, incluso joyas escondidas. Si yo no fuera tan vieja y pudiera moverme de este sillón, me iría contigo y comeríamos helado de menta en el puente de la Capilla. Allí me dieron mi primer beso, rodeada de flores rojas.

—Tiene que ser precioso. —Olivia suspira, ensimismada con las palabras que Guida le ha dedicado a la ciudad.

—Por suerte, Jack lo conoce casi tanto como yo.

Silencio.

—Podría hacer de guía y enseñártelo todo —insiste.

Silencio de nuevo.

Debería contestar que no puedo o inventarme una excusa original que Guida no sea capaz de detectar a simple vista, pero me quedo callado y mis ojos viajan hasta los de la pelirroja.

—Ah, no —comienza a decir—, no hace falta. Iré sola. Llevo días pensando en ir y ver, además del puente y la torre del agua, la muralla medieval y el casco antiguo.

—¡Tonterías! Jack está encantado de poder acompañarte y pasar el día contigo allí —asegura, sin mirarme a la cara—. Podéis llevaros a Venus.

—No sé...

—Por mí, bien —la interrumpo. Creo que lo hago por el miedo a que su respuesta sea un no rotundo.

—¡Pues no se hable más! Vais allí, disfrutáis de la ciudad y, por supuesto, después venís aquí y me lo contáis todo.

No me pasa inadvertida su satisfacción. Está escondida detrás de las arrugas que adornan sus ojos y que se han hecho más profundas ahora que sonríe con ganas. Ha jugado a ser una celestina moderna y, entre encerronas y risas, no ha podido interpretar mejor su papel.

Miro a Olivia por última vez, para comprobar que ella está conforme con el plan; cuando me encuentro una sonrisa parecida,

me relajo.

No voy a mentir: no me suena tan mal pasar un día con ella y con Venus en la ciudad que representa el corazón de Suiza.

THE NEW YORK RUMORS

22 de julio de 2025

EL ESPECTÁCULO DEBE CONTINUAR

El sábado pasado hubo una fiesta organizada por Golden Records que, aparte de reunir a numerosas caras conocidas y mucho glamour, ha dado bastante de qué hablar.

Entre los temas que más han resonado los días siguientes están la discusión y seguida separación del matrimonio Davis, la vuelta del gran batería J. Williams después de su larga enfermedad y, por último, pero no menos importante, la actuación que cerró la noche, en la que Noah Addams, teclista de Cosmic Love, compartió escenario con los integrantes del novedoso y popular grupo Addict.

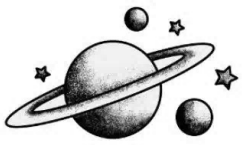
Un vídeo que se grabó del momento exacto en el que todos cantaban «Paranoid Summer» ha circulado por internet estos días, captando la electricidad que surgió entre ellos. Nadie sabe de dónde nace la relación entre Noah y sus nuevos amigos. Lo que no se nos ha escapado es que ningún miembro de Cosmic Love estuvo presente aquella noche. Ni rastro de John, ni de Mark, ni, por supuesto, de la desaparecida Olivia Smith, a la que parece que se la ha tragado la tierra desde hace meses.

¿Fue este show el anuncio encubierto de algo que está por llegar? ¿Ha dejado Noah Addams de formar parte de Cosmic Love para unirse a la nueva sensación del pop rock progresivo?

Sin tener la respuesta, creo que no soy la única persona que piensa que sonaban demasiado bien. Y que, si esto fuera el principio de una carrera, un primer latido musical juntos, no sería en absoluto una desgracia.

Capítulo 28

«I Got Life», *Hair*



Olivia

Cuando decidí venir a Suiza, lo último que esperaba era visitar una de las ciudades más románticas del país acompañada de un tío al que en ese momento ni conocía. Realmente, sé cómo es Jack mucho mejor que cualquiera de las personas que caminan a nuestro alrededor. Tiene capas a las que no he logrado acceder, pero eso no significa que no sea consciente de lo que la música es capaz de producir en él; que odia el dulce pero es capaz de esforzarse por comerlo para no hacer sentir mal a nadie, o, incluso, que es un torpe emocional que decide quedarse en las situaciones difíciles en vez de huir en la dirección contraria.

Todo eso no me suena a desconocido.

Esta mañana hemos salido temprano de casa y ahora estamos montados en un coche que ni siquiera sabía que tenía. No entiendo de automóviles, pero el de Jack es rojo brillante y parece haber salido de una película clásica de Hollywood. Al final, hemos decidido dejar a Venus en casa para no alterarla con un viaje de ida y vuelta en un solo día. Los primeros veinte minutos de trayecto, se ha mantenido en silencio a la vez que yo he paseado el libro que me dejó mientras hacía fotos a los paisajes que se sucedían al otro lado de la ventanilla. Páginas no he leído ninguna, aunque la sensación

de llevar esa historia en el bolso me hace sentir arropada de alguna manera.

Suiza es como un caleidoscopio desencriptado. Una sucesión de imágenes nuevas que llegan a parecer irreales ante mis ojos. Es adictivo descubrir lagos de un azul imposible, al igual que alzar la cabeza al cielo para ver cómo las montañas se desvanecen en algún punto.

Aquí, con la brisa soplando en mi rostro, puede que ya no quiera pasar tanto tiempo en casa. Puede que quiera saber más.

—¿Qué te apetece escuchar?

La voz de Jack suena tímida. Siempre lo es cuando comenzamos una conversación o compartimos un rato a solas. Por suerte, al rato va adoptando un tono más relajado y sus hombros parecen dejar de estar en guardia.

—Cualquiera de los cedés que tengas en la guantera.

—¿Cómo sabes que tengo cedés ahí?

—No lo sé —admito—. Pero no te veo el típico amante de la tecnología ni con mil listas musicales, una para cada hora del día, sino más bien uno que añora las viejas costumbres.

Desvía la mirada de la carretera y, sin decirme nada, confirma que mi suposición no puede ser más cierta.

—¿A qué te refieres con «viejas costumbres»?

—Pues al sonido de la aguja en contacto con el tocadiscos, por ejemplo. O a poner la radio y dejar que una lista improvisada de canciones de todo tipo te sorprenda. ¿Me equivoco?

Sus labios se curvan ligeramente hacia arriba y niega en silencio.

—Puedes buscar y poner el cedé que más te apetezca, aunque no sé si va a ser la clase de música que escuchas.

Al abrir la guantera, me encuentro con grupos que conozco a la perfección. A algunos hasta los he visto tocar en directo. Con otros he compartido escenario. Mientras rebusco entre ellos, siento que conocer el gusto musical de Jack es similar a observar por una mirilla de qué color es su alma. Cojo un taco de cedés que me confirma que su alma es de varios colores a la vez. Uno en concreto me devuelve a la infancia.

—¿En serio llevas la banda sonora de *Hair* en el coche? ¿Te gusta este musical?

—Bastante. —Asiente con la cabeza—. ¿Es algo bueno o malo?

—Es uno de mis musicales preferidos. Hubo una época en la que mi padre y yo lo poníamos cada tarde en casa. Esta película fue la culpable de que de mayor quisiera ser *hippie*.

Mi comentario provoca una risa suave en Jack, lo que inmediatamente incita a mi cabeza a decir algo elocuente que vuelva a producir ese sonido en el aire. Al margen de que tenga sentido o no, saber que le gusta *Hair* (teniendo en cuenta que el ochenta por ciento de mis conocidos ni siquiera han oído hablar de la película de 1979) hace que le coja un cariño inesperado.

—¿Y cómo se dio ese sueño?

—Bueno, tengo más dinero que un *hippie*, pero supongo que menos libertad. —Saco el disco de la caja y un montón de recuerdos llueven en mi mente—. ¿Te importa?

—Para nada.

Cuando doy al *play*, las primeras notas de «Aquarius» inundan el coche; logran que mi cuerpo se relaje tanto como si estuviera en una de esas tardes, tumbada en el sofá y con las manos de mi padre tamborileando sobre mis piernas.

Nos pasamos todo el viaje escuchando la banda sonora en silencio, salvo por alguna estrofa que susurramos a un tiempo casi por inercia. Al fin, cuando llegamos a Lucerna, el trayecto me ha parecido mucho más corto de lo esperado.

—Hemos llegado.

No sabría describir esta ciudad con una palabra. Todo lo que me rodea requiere de multitud de adjetivos. Palabras que incluso desconozco. Necesitaría conceptos que me ayudasen a retratar lo medieval, mágico y romántico de este rincón de Suiza. Aguas cristalinas, edificios de colores, calles empedradas que te hacen viajar en el tiempo ...

Jack no ha hablado mucho desde que hemos dejado el coche en un *parking* a las afueras, algo que agradezco. No es que no me apetezca charlar con él —de hecho, me siento raramente cómoda en su compañía—; el caso es que, al visitar un lugar por primera vez,

me gusta contar con espacio en mi mente para incluir en ella la novedad que me rodea.

Mentiría si dijera que no oigo la voz de Sam en mi cabeza, susurrándome cuánto hubiera querido estar aquí conmigo, descubriéndome el mejor país de Europa. Es complicado no acordarme de él viviendo todo lo que un día prometimos hacer juntos.

—Ahí está el puente.

La voz de Jack ancla mis pies a la tierra y obliga a mis ojos a encontrarse con el famoso puente en el que a Guida le dieron su primer beso. Las decenas de turistas que caminan sobre él no roban ni una pizca del protagonismo que posee el monumento. Nos acercamos hasta uno de los accesos, con el sol pegándonos fuerte en la cara, hasta que me doy cuenta de que estar frente al puente de la Capilla es como formar parte de un dibujo primaveral que no envejece.

—Es precioso —acierto a decir, sin dejar de observar la estampa.

—¿Subimos?

Asiento y sigo a Jack en silencio. Esquivamos a un grupo de jóvenes que están haciéndose bromas y riéndose a carcajadas al inicio del puente. Es contradictorio estar rodeados de desconocidos y, aun así, sentir este lugar tranquilo y familiar. Me da la sensación de que ya he estado antes. Al mirar al techo de madera, descubro unas pinturas que tienen pinta de haber sobrevivido al tiempo a duras penas.

—Algunas son las originales, pero la mayoría son réplicas debido al incendio que hubo en 1993 —me cuenta Jack, alzando también la vista.

—No sabía lo del incendio.

—Podría haber sido mucho peor. —Ambos nos acercamos al borde, justo encima del río—. En la actualidad, este sigue siendo el puente más antiguo de Europa.

—¿Qué representan las pinturas?

—Realmente, no tengo ni idea —confiesa, lo que me hace reír sin remedio—. Son escenas que cuentan la historia de Lucerna; las realizó un pintor local. No me preguntes por su nombre.

—¿Tienen algo que ver con la religión? —pregunto curiosa.

—¿Por qué? ¿Eres católica?

Su pregunta me hace gracia. Si alguno de mis amigos estuviera delante, le contaría que casi llevamos el ateísmo en las venas. Noah diría algo como «Si vieras a Olivia después de un concierto, hasta arriba de alcohol y bailando sobre cualquier superficie horizontal, sabrías que es de todo menos católica».

Pero ellos no están. Noah no está...

—Eh, no. No soy católica —contesto, a lo que él responde con una media sonrisa que me confirma que la religión tampoco es su mantra.

—Perdonad. —La voz de una chica a mis espaldas hace que me dé la vuelta con curiosidad. Tiene un acento que no reconozco a la primera. Puede que sean del norte de Europa—. ¿Nos hacéis una foto?

La joven de rizos morenos me tiende su teléfono móvil a la vez que sus tres amigos comienzan a adoptar poses ridículas. Me cuesta mantenerme seria cuando la otra chica, de pelo rubio y largo hasta la cintura, se sube a los hombros de uno de sus amigos y le tapa los ojos con fuerza. Disparo una ráfaga de fotos en la que queda registrada una amistad que da la sensación de ser eterna.

—Muchísimas gracias —dice el más alto y el más serio del grupo.

—No hay de qué.

—¿Vosotros queréis una?

Jack y yo nos miramos incómodos. ¿Queremos una foto juntos? Prácticamente la inercia hace que le preste mi móvil y me coloque junto a Jack. Ni muy cerca ni muy lejos. Justo a la distancia en la que dos conocidos que se caen bien podrían estar.

—Acercaos un poquito más —nos pide con una sonrisa.

Entonces el brazo de Jack me rodea la cintura. Me sorprende sentir un calor justo en ese roce. Hace unas semanas, mi compañero de piso era un enigma difícil de descifrar, pero ahora hay algo que ha cambiado. Aunque no sepa muy bien qué es.

—¡Genial! —exclama el chico.

—Gracias —susurro.

Jack y yo miramos las fotos en silencio. Es extraño ver su sonrisa tímida capturada en la pantalla. Me gusta, incluso.

—Esta será la prueba que le confirme a Guida que hemos estado aquí.

Me río ante su comentario.

—Oye, siento que hayas tenido que perder tu tiempo libre acompañándome. Ahora podrías estar leyendo uno de tus libros de terror.

—Lo primero, no leo terror —aclara con un dedo en alto—. Y lo segundo, prefiero estar aquí que tener que sobrevivir a la ira de Guida. Puede ser muy insistente cuando algo se le mete en la cabeza.

—Me he dado cuenta. —Sonrío.

Y no sé si lo hago al pensar en Guida y su temperamento o por el simple hecho de estar haciendo turismo con él.

—¿Tienes hambre? —me pregunta Jack cuando salimos del puente —. Conozco una terraza que tiene la mejor pasta de Lucerna.

—Suena genial.

Dejamos atrás el puente de las flores, como yo he decidido llamarlo desde el principio, para seguir descubriendo rincones de una ciudad que parece sacada de un cuento de hadas. Y me concedo el lujo, después de mucho tiempo, de sentirme un personaje de ese cuento.

Me permito dejar la melancolía a un lado y disfrutar de lo que este verano tiene reservado para mí. Sentir, como hizo George Berger cantando encima de una mesa a pleno pulmón en *Hair*, que aún sigo teniendo vida en las venas.

Capítulo 29

«Something», The Beatles



Jack

En mi personalidad no cabe ser un paranoico, pero juraría que el grupo de chicas que está a dos mesas de distancia de nosotros no ha parado de mirarnos desde que hemos llegado. Olivia está de espaldas, ajena al escrutinio al que nos están sometiendo sin ningún tipo de reparo. Yo, por mi parte, me remuevo incómodo en la silla e intento no pensar en ello.

Sin tener la respuesta correcta, juraría que a quien miran es a Olivia. Me he dado cuenta más de una vez en lo que va de día de cómo algunas personas se han girado a su paso, como si una especie de hilo invisible hubiera tirado de ellas durante unos segundos. Algo eléctrico, difícil de explicar. Y lo sé porque a mí me pasó lo mismo cuando la vi por primera vez. Su melena pelirroja tiene un color casi imposible, sus ojos suelen estar cubiertos por brillos de colores y suele vestir con una ropa que, aunque pocas personas se atreverían a llevar hoy en día, a ella le queda increíble.

¿Quién podría conjuntar unas gafas de pasta rojas con forma de corazón, un vestido repleto de flecos marrones y un pañuelo en la cabeza sin parecer un extraterrestre recién llegado a la tierra?

Sin duda, la respuesta es Olivia.

A lo largo de mi vida, me he rodeado de personas así. Sobre todo en mi juventud, por lo que sé reconocerlas al instante. Seres en extinción a los que no les importa en absoluto lo que el resto pueda pensar de ellos. Amigos a los que miraba desde la barrera, pero con los que nunca conseguía mimetizarme. Yo solía mantenerme como el chico callado y monocromático al que no le gustaba ser el centro de atención.

De hecho, al mirarla de nuevo mientras estudia la carta con detenimiento, recuerdo que hace tiempo conocí a alguien que me recuerda mucho a ella...

—¿Qué te apetece pedir?

Su voz corta el hilo de mis pensamientos como una tijera afilada.

—¿Cómo?

—De la carta. —Señala la mesa—. ¿Tienes hambre?

—Sí, lo que quieras. Una cerveza para empezar, ¿no?

Al cabo de cinco minutos, sobre la mesa descansan no solo las bebidas que hemos pedido, sino también dos platos de pasta carbonara enormes. Desde luego, la eficiencia de Suiza se extiende a todos los ámbitos de su día a día. Empezamos a comer, ensimismados en nuestras reflexiones y saboreando la comida.

—Oye, ¿cómo conociste a Guida?

Agradezco la pregunta de Olivia cuando el silencio entre ambos estaba pesando más de la cuenta. Cualquiera que me conozca sabe que no soy el mejor sacando temas de conversación ni manteniéndolos en el tiempo. Ella, por el contrario, no parece aguantar mucho sin lanzar una pregunta al aire o contar algún dato irrelevante.

Reconozco que esa parte de Olivia me gusta.

«Si solo fuera esa...», tararea mi subconsciente con tono de burla.

—Bueno, digamos que es una historia graciosa —comienzo a contarle, tras beber un trago—. Ella tenía unos ocho años menos que ahora, pero ambos sabemos que la edad de Guida es solo un número. En aquella época no le costaba tanto respirar y se movía como una adolescente desenfrenada...

—La puedo visualizar a la perfección —me interrumpe riendo.

—Yo había estado viviendo en un piso compartido con James y Peter, más todas las personas que fueron pasando por allí cada día. Sinceramente, nunca llegué a saber cuántos éramos en aquella casa —confieso, y me sorprendo de cómo pude vivir así más de dos días cuando ahora necesito estar solo casi la mayor parte del tiempo—. Tocábamos en bares de Lauterbrunnen, aun sin tener un grupo como tal. Conocíamos gente a diario e intentábamos vivir de la música sin ningún éxito. De hecho, todavía hoy no lo hemos conseguido. —Un tono amargo se asienta en mi voz, pero lo disimulo comiendo un poco de pasta.

—Bueno, vais a tocar en un festival supergrande en menos de un mes. —Olivia levanta las cejas al decir esto.

—¿Tú siempre ves la vida con unas gafas especiales? —bromeo.

—Ojalá. Solo cuando se trata de la de los demás. —Alza los hombros, decepcionada consigo misma—. Perdona, continúa.

—Nada. El caso es que, una noche, tuvimos especialmente poco público en el bar. Guida era una de las que bebían whisky en la barra y movía la cabeza como si su cuerpo no pudiera deshacerse del ritmo que recorría su interior. No sé explicarlo.

—Me hubiera encantado conocerla entonces.

—No te dejes engañar por su rutina —le advierto—. Sigue siendo esa mujer amante de la música y la noche. La tía bailó todas nuestras canciones, hasta subió a cantar a gritos una versión de «Sweet Home Alabama» que Peter intentó acompañar al bajo como pudo.

La risa de Olivia puede que me haya desconectado un poco de la historia que estoy contando. Puede que me haya obligado a mirar sus labios unos segundos de más.

—¿Y cómo acabaste viviendo en la casa de las flores violetas? Creo que es una de las cabañas más bonitas que he visto nunca.

«Yo creo que tu risa podría superarla».

No sé qué me pasa, pero sonrío mientras le mando órdenes a mi mente para que vuelva a pensar con normalidad.

—Un día —carraspeo para ganar tiempo—, sus inquilinos dejaron la casa y me dijo que, si buscaba un lugar en el que ser feliz, me

dejaba quedarme allí a buen precio. Yo echaba de menos un poco de espacio y soledad, así que no me lo pensé mucho.

—Un sitio donde ser feliz, ¿eh? —repite mis palabras—. ¿Y lo conseguiste?

—Bueno, algo parecido. Nunca he sabido qué es exactamente la felicidad, pero creo que se parece mucho a esa casa y al silencio que la rodea.

Los ojos de Olivia se cruzan con los míos, que parecen enredarse un poco en ellos y otro poco en lo que le acabo de decir.

—No me parece una mala definición. —Asiente—. ¿Estás bien?

—Esas chicas no dejan de mirarnos.

Percibo cómo Olivia se pone tensa; sin embargo, no llega a darse la vuelta y trata de parecer tranquila.

—Tendremos caras comunes.

—Creo que nos acaban de hacer una foto —le digo, después de ver cómo una de ellas apuntaba con el móvil justo hacia aquí.

—¿Una foto? —La preocupación aparece en su rostro por una milésima de segundo. Lo noto—. No creo, justo detrás tenemos una buena vista del puente. Seguro que es a eso a lo que le han hecho la foto. ¿Acabamos esto y nos vamos a ver la muralla?

No ha acabado de preguntarme cuando ya está de pie recogiendo sus cosas. Su plato está por terminar.

—Vale, además estoy un poco lleno.

En mi plato no queda prácticamente nada. Desde pequeño, tengo la manía de comer rápido, sobre todo cuando estoy nervioso.

—Bueno, en veinte minutos se te habrá pasado. O eso espero, porque después querré un helado de pistacho. Me han dicho que aquí los hacen increíbles. —Sonríe.

Que esté pensando en el postre, cuando sigue masticando la comida, me hace gracia. Creo que, a nivel culinario, Olivia y yo somos una antítesis gigante. Ha sido oír helado de pistacho de sus labios y sentir cómo el estómago se me hacía más pequeño en señal de huida. Aun así, por lo demás conectamos bastante bien. Dicen que las mayores contradicciones, curiosamente, pueden encajar justo a través de sus diferencias.

Al llegar a la muralla medieval de Lucerna, Olivia saca el móvil de nuevo para disparar fotos desde distintos ángulos.

—¿Te importa? —Me cede su teléfono y se coloca delante del muro —. Si no le envío a mi madre una foto al final del día, se va a encargar de recordármelo. Y para una vez que hago turismo...

—Claro.

Hago varias fotos, ignorando lo que mi subconsciente está pensando en estos momentos: «Creo que su sonrisa ha parado un poquito el tiempo».

—Oye, se nota que esto está sacado de la Edad Media, ¿no? Me da la sensación de que hay una princesa en ese torreón y que un dragón descansa ahí abajo. —Señala parte de la muralla de piedra y la torre Zyt (la más alta, con el reloj más antiguo).

—No creo que hubieran sobrevivido tantos años.

—Los dragones, sí —me contradice.

—¿Y lo sabes por...?

Algo desconocido me incita a picarla; o a hacer que siga hablando sin parar. No estoy seguro.

—Por la misma razón por la que tú no lo sabes. Si existieran los dragones, que yo prefiero pensar que sí, podrían ser milenarios, o invisibles. Igual nos están observando desde algún rincón.

—Seguro que sí. —Pongo los ojos en blanco, lo que provoca que Olivia me dé un golpe suave en el brazo.

Reímos con complicidad durante unos segundos.

«Jack, frena», oigo que me pide una parte interna de mí. «Borra esa sonrisa de bobo antes de que se dé cuenta».

Decido que lo mejor es caminar sin dejar de admirar esta fortificación medieval, descubriendo de nuevo lo grande que es a pesar de llevar el peso del tiempo encima. La última vez que vine fue hace muchos años; la diferencia es que ahora estoy fijándome más en los detalles.

Después de pasear por el casco viejo nos dirigimos al castillo Gütsch, una fortificación de cuento de hadas del siglo XIX —que en la actualidad es un hotel de lujo con restaurante—, situado en lo alto de una colina con impresionantes vistas a Lucerna y al lago. Al llegar, Olivia sonríe abiertamente.

—Ahí pone que, si es tu aniversario o vienes en pareja, en la planta de arriba te invitan a un dulce. —Señala con el dedo.

Miro el cartel de la entrada incrédulo. Está escrito con un edding de colores y me hace preguntarme en qué momento la sociedad dejó de lado a las personas que decidimos estar solteras. Y, sobre todo, qué tiene que ver la historia de Lucerna con el capitalismo más básico.

«Ni siquiera es San Valentín y nos bombardean con estas tonterías», se queja mi parte más cascarrabias.

—¿Y ni siquiera ponen la razón?

—Dicen que hoy se celebra la muerte de una pareja muy famosa en Suiza. —Intenta pronunciar sus nombres, pero desiste en el proceso—. Por lo poco que pone, deduzco que son como los Romeo y Julieta helvéticos.

—Genial. Más romantización de la dependencia emocional, por si no fuera poco con Shakespeare —protesto—. Además, es una promoción horrible para los turistas que vienen solos.

—Bueno, nosotros no hemos venido solos. —Alza las cejas.

—Ni es nuestro aniversario.

—Pero eso ellos no lo saben.

De pronto, su mano se acerca a la mía e inmediatamente apago todo el ruido de mi mente. Solo me fijo en sus labios curvados hacia arriba y en que, por alguna razón, en esta excursión estoy viéndola sonreír más veces que en todo lo que lleva aquí.

Ir de la mano en la cola, al principio, es extraño. Ninguno dice nada, pero enseguida resulta divertido que Olivia y yo tengamos un secreto frente al mundo.

—Ya son cinco años juntos —comenta Olivia, alzando nuestras manos entrelazadas al señor de los *tickets*.

—Enhorabuena.

—¿Dónde dice que es lo del dulce gratis?

Mantengo la compostura mientras el guardia nos mira de arriba abajo, entre divertido y molesto.

—Última planta a la derecha.

Entramos sin soltarnos de la mano, riéndonos por lo bajo como dos niños que se saltan las normas y recuperan la inocencia que va

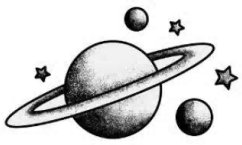
desapareciendo con el tiempo... con los nervios en las puntas de los dedos y olvidándonos de los problemas que han venido con nosotros en el coche esta mañana.

Es entonces cuando percibo algo dentro de mí. Algo en su forma de caminar a mi lado. Algo en el rostro del guardia que hace unos segundos ha sabido perfectamente que estábamos mintiendo.

Algo que me revela que podría estar jugando a este juego más tiempo del necesario.

Capítulo 30

«Dog Days Are Over», Florence and the Machine



Olivia

Cuando vives con alguien, sin darte cuenta, terminas introduciéndote en su vida como un elemento más de la casa. Incluso adaptas tu estado anímico y tu rutina a la que marca tu compañero de piso. Si me hubieran dicho cuando entré en la casa de las flores violetas por primera vez que habría días en los que sería un remanso de paz como lo es Jack, no lo hubiera creído.

Ya llevo casi un mes en Suiza. Cada día que pasa emborrona un poco más la vida que llevaba en Nueva York y, a su vez, todas las preocupaciones que rondaban mi cabeza. Me ha costado mucho dejar de ver este viaje como una simple huida. Layla me dice en nuestras sesiones que la valentía no consiste solo en quedarse en un sitio conocido y afrontar el dolor, sino que también tiene que ver con coger un avión, irte lejos e intentar quererte a ti misma en un entorno completamente desconocido.

Y creo que eso es lo que estoy haciendo.

Al levantarme por las mañanas, ya no paso varios minutos examinando el entorno, sino que, justo al abrir los ojos, lo reconozco como mío... las sábanas de color lila que compré en una tienda textil de Lauterbrunnen; las plantas que decoran la ventana y que, increíblemente, siguen vivas; las largas patas de Venus junto a las

mías; el marco de fotos que descansa en mi mesilla y que tanto me costó colocar...

En él aparecemos Sam y yo sonriendo tras un concierto. Recuerdo que mis padres vinieron a vernos y trajeron la cámara instantánea que solían llevar a todas partes. No puedo olvidar el sentimiento de que, en aquel momento, no me faltaba nada en la vida... Ahora, en cambio, tengo huecos en el día que me cuesta rellenar; huecos que se asemejan a un silencio denso y vacío que acaba pesando.

Sí, echo de menos cantar en un escenario, pero no lo suficiente para irme de aquí y volver al ruido de la ciudad y al estrés con el que convivo en mi trabajo.

Me levanto de la cama sin darle muchas más vueltas al pasado. No sé qué hora es, pero el silencio de la casa me produce una mezcla de paz y vacío en la que no termino de estar cómoda.

«Quizá...», pienso para mis adentros.

Voy de puntillas hasta el salón y reviso todos los vinilos que tiene Jack con una sonrisa. Casi todos los he escuchado más de una vez. Me encanta comprobar que el cosquilleo que se despierta en mi estómago justo antes de que suene una canción sigue aquí, dentro de mi organismo. Estas semanas he trabajado mucho para conseguir ser inmune a la nostalgia que conlleva escuchar un disco a solas. Sin él. Y ahora creo que estoy preparada para escucharlo conmigo misma.

Elijo uno de Florence and the Machine, poso la aguja sobre él con cuidado y las primeras notas de «Dog Days Are Over» inundan la estancia. Estoy descalza, con la planta de los pies sobre una alfombra mullida que tiene la textura de un césped recién cortado. Una de mis canciones preferidas está sonando y mis pies se mueven solos mientras cierro los ojos. Hay algo mágico en la música; una corriente que viaja por el aire desde el tocadiscos a las extremidades de mi cuerpo. Hacía mucho que no sentía vibrar mi pecho con alguna canción y tengo la sensación de estar sola en el mundo.

Mis pasos cada vez tienen más fuerza. Salto por la habitación, meneo la cabeza a ambos lados y me río en alto. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que escuché mi risa por última vez.

Oigo cómo la cantante habla de dejar el anhelo atrás y no llevarlo contigo si quieres sobrevivir. La escucho asegurar que los días de perro han terminado mientras mis pies bailan al ritmo de sus letras.

Me subo encima del sofá porque mi vergüenza se ha extinguido junto a la pena que suele acompañarme. Salto encima de él bajo la mirada atenta de Venus, que debe de pensar que he enloquecido de repente. Y cuando pienso que todo me da igual, que la vida es muy breve, giro la cabeza y me encuentro con sus ojos... examinando cada detalle de la escena y disimulando la risa que está a punto de brotar de sus labios.

«Que la tierra me trague. Ya», deseo en silencio.

—Por mí, puedes seguir.

Su voz es provocadora, lo que hace que yo solo quiera enrollarme en la alfombra que hay bajo el sofá y que alguien me tire al mar. Noto que mis mejillas están a punto de arder, pero mis ojos no dejan de mirarlo. Jack está apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y esa expresión que suele adoptar cuando algo le divierte demasiado.

«Di algo. Ya».

—Pensé que estaba sola.

—Ah, no te preocupes. No esperes a que me vaya para hacer una de tus actuaciones. —Sonríe—. Ha estado muy bien.

Niego con la cabeza avergonzada.

—Vale, lo acepto. Esto va a quedarse en tu retina y vas a recurrir a ello en alguna otra ocasión.

—Desde luego que sí. —Alza las cejas—. No todos los días tienes a una chica pelirroja bailando en tu salón.

Trago saliva. No sé si por el tono grave que ha adoptado su voz al decir «pelirroja» o por darme cuenta de que, en el fondo, que a Jack le haya gustado verme hacer el ridículo despierta algo en mí que ni me atrevo a descubrir.

—Muy gracioso.

—En serio. No dejes de bailar sobre el sofá si eso te hace feliz.

Cualquier atisbo de broma ha desaparecido en el ambiente. Me lo dice serio, con la certeza de que esta casa es tan mía como suya. Dejándome claro que mi felicidad sí le importa.

—La próxima vez me aseguraré de que no estás en casa.

—Será una pena. —Su gesto se entristece de manera exagerada —. Voy a casa de Guida. Volveré esta noche.

—Dale recuerdos de mi parte.

—Por cierto —añade, antes de salir por la puerta—, no te cortes y sigue ensayando tus pasos estrella. Me encantará ver una segunda parte.

«Imbécil».

Subo al baño de arriba con ganas de darme una ducha sin dejar de sonreír. «¿Es esto lo que se siente cuando consigues coser una de las heridas que decoran tu cuerpo?».

Si es así, estoy dispuesta a cerrar todas y cada una de ellas.



La calma dura lo que dura una taza de té caliente.

Los minutos exactos de una canción.

Lo que tarda una lluvia de verano en mojar las calles.

Luego deja de existir de golpe. Un acontecimiento que no esperas te saca del letargo y te devuelve a una realidad que no puedes controlar del todo. Y esto es sobre todo culpa mía, por meterme una vez más en los rincones de internet de los que no puedo dejar de depender emocionalmente. Busco el nombre de nuestro grupo, navego por las diferentes páginas y le oculto a Layla el haberlo hecho mientras finjo que todo va bien.

Supongo que todas las personas somos adictas a la tristeza. En mayor o menor medida, necesitamos de ella para sentir que estamos vivos. Justo hoy, después de la ducha, mis dedos han querido teclear y llevarme a ese paraje oscuro que me conecta con Nueva York y sus noticias. Que, por cierto, son mentira el noventa por ciento de las veces. Aun así, necesito meterme de cuando en cuando para comprobar que no se han olvidado de mí; que sigo existiendo en la memoria del resto.

En esa gran ciudad, ser una estrella puede significar aparecer en todas las listas de éxitos musicales del momento, pero también corres el peligro de apagarte si desapareces un tiempo. Por eso, aquí estoy, comprobando en un blog horrible si mi luz sigue brillando al otro lado del planeta.

O si ya me han olvidado.

Lo que no esperas es que sea una de las personas más importantes de tu vida la que lo haya hecho.

—«El espectáculo debe continuar» —leo en voz alta.

El artículo es de hace unos días, más o menos los que llevo sin hablar con mis amigos ni recibir ni una mínima noticia sobre sus vidas. Al principio, me sentía culpable por no escribirles; después recordé que ellos tampoco lo estaban haciendo.

Las palabras se me anudan en la garganta. No había olvidado que nuestra discográfica había intentado sustituirnos con un grupo que tiene casi la misma estética que el nuestro. Aún recuerdo cómo me sentí al ver a aquella chica pelirroja, más joven y más guapa que yo, cantando una canción increíble. Supongo que lo que no imaginé en ese momento fue que Noah fuera a terminar tocando con ella en lugar de conmigo.

Me falta información y lo último que quiero es basarme en un artículo escrito con saña. Por eso, llamo al que siempre ha sido el más coherente del grupo, porque quizá tenga las respuestas a todas mis preguntas.

—¿Mark?

No ha tardado ni medio tono en cogerme el teléfono.

—¿Oli? ¿Ha pasado algo?

Desde que tuvimos el accidente, odio que cada uno de nosotros esté alerta cada vez que nos llamamos. En el fondo, creo que estamos aterrorizados por si alguno más pueda desaparecer de la noche a la mañana.

—Me apetecía hablar contigo.

Un silencio se extiende al otro lado de la línea. Se estará preguntando por qué no he llamado a Noah o a John, con los que siempre he tenido una relación más estrecha.

—¿Cómo estás? —me pregunta, al cabo de unos segundos.

—Mark... ¿qué está pasando por allí?

—¿A qué te refieres?

«Hasta tú, que vives ajeno al resto del mundo, sabes a qué me refiero», pienso.

—He leído un artículo...

—Olivia, deja de meterte en internet. No paran de decir gilipolleces.

—¿Es verdad o no que Noah asistió a esa fiesta y tocó con Addict? ¿Y por qué John y tú no fuisteis?

—No nos invitaron.

—¿Cómo no os van a invitar? —inquiero, completamente desubicada.

Oigo que suspira de manera brusca, en lo que parece buscar las palabras correctas.

—A ver, no es un secreto que los protagonistas del grupo siempre habéis sido vosotros —suelta, dejándome fuera de juego—. Siempre fuisteis Sam y tú. También Noah, pero sobre todo tú.

—Eso no es verdad —niego.

—Sabes que sí. Mira, lo que creo que pasa es que James Miller se ha cansado de no ganar dinero con nosotros y está intentando llevar a Noah al extremo.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Para arrastrarte a ti también —afirma convencido—. Odian que pases el verano entero en Suiza. Te han intentado cambiar por otra cantante, pero cualquiera que conozca a Olivia Smith sabe que es irremplazable.

Sé lo que quiere decir, pero me niego a pensar que los de la discográfica puedan llegar a ser tan enrevesados como para utilizar a Noah de esa forma.

—Sabes que esta gente no tiene alma —añade, leyendo mis pensamientos y confirmando mis dudas.

—Lo último que necesita Noah es estar de fiesta y en el punto de mira —comento, preocupada—. Este verano se supone que nos tenía que servir como terapia a todos.

—Pues no está siendo así.

Se hace otro silencio aún más espeso, que me pone los pelos de punta. Conozco demasiado bien las consecuencias de sucumbir a los deseos de las altas esferas; a sentir que eres el rey del mundo y levantarte a la mañana siguiente sola en tu habitación, con el peso de la fama en los pies, capaz de arrastrarte hasta el fondo del océano si hace falta.

—Cuéntame ya qué ha pasado.

—Llevamos varios días sin ver a Noah ni hablar con él —comienza a explicarme—. Hasta el día de la fiesta no nos contó que iba a ir de invitado.

—No entiendo...

Sí, sí lo hago. Pero duele demasiado aceptar que mi mejor amigo nos haya traicionado de alguna manera. Y no quiero reducir este problema a uno adolescente en el que tus amigos se han cambiado de bando. No. Hablo de la incomunicación, de los secretos... De la ausencia de palabras entre amigos, que se clava como un puñal inesperado.

—Oli, tú no te preocupes.

—Y tú no me trates como a una niña —contraataco—. Vale que todos me sacáis varios años, pero no por ello tenéis que ocultarme la realidad. No me voy a romper como si fuera una rama.

—Llevas razón. Noah no está pasando su mejor momento. Simplemente, no queríamos preocuparte, pero la verdad es que el otro día John y yo tuvimos que ir a buscarlo de madrugada a un garito. Por lo visto, después de la fiesta, todos terminaron de *after* en un sitio un poco turbio. No sé con quién estaba, pero alguien llamó desde su móvil y nos avisó de que estaba inconsciente. —Sus palabras me dejan perpleja. Me tapo la boca, temiéndome lo peor—. Cuando llegamos, no había nadie a su lado. Estaba tirado en el suelo del baño, se había vomitado encima y no sabía ni su nombre.

Un recuerdo más nítido de lo que me gustaría cruza mi mente sin que pueda pararlo. Hace años, Sam y yo presenciamos varias escenas similares. Íbamos a buscarlo, lo duchábamos con cuidado, le poníamos un pijama limpio y, a la mañana siguiente, fingíamos una sonrisa que mitigara la preocupación de nuestros ojos.

Terminamos acompañándolo a un centro de desintoxicación, del que salió a los tres meses totalmente limpio. En ese momento, pensé que podríamos superar cualquier bache como grupo. Pero, una vez más, la vida me recuerda que los golpes pueden repetirse si las defensas están bajas...

—Oli, ¿estás ahí?

—¿Qué vamos a hacer?

—No queremos que tu mente esté aquí. Hemos hablado con él y es consciente de que la ha cagado, no te...

—No se trata solo de eso —lo interrumpo—. Un paso atrás significa empezar de cero.

—Va a volver al centro —me asegura—. Nos dijo que, sobre todo, lo haría por ti. Que no quería que su amiga volviera para reencontrarse con un desgraciado. Nos aseguró que no quería joderte la vida otra vez.

Sin darme cuenta, mis mejillas están empapadas y llevo llorando desde que he visualizado a mi mejor amigo solo. Desorientado. Con miedo.

—Yo... tengo que volver —digo de pronto.

—Ni de coña.

—Pero me necesita.

—Y tú necesitas estar en Suiza —me asegura—. Oli, sabes que a mí no se me dan bien estas cosas, pero, cada vez que nos mandas una foto sonriendo con esos paisajes de fondo, nos das esperanza.

Una leve sonrisa se dibuja en mi cara al descubrir la parte tierna de Mark. Era consciente de que estaba ahí, detrás de cada línea de bajo, aunque ahora soy capaz de ponerle cara.

—Aquel día se quedó sobando en mi casa y desde entonces todo parece ir algo mejor.

—¿Cuándo ingresa?

—Dentro de poco.

—Voy a llamarlo ahora. Lleva sin cogerme el teléfono días y yo solo quiero ayudarlo.

—Se muere de vergüenza —susurra—. Si no te lo coge es porque no quiere decepcionarte.

—Qué tontería.

—Prométeme que no vas a dejar de explorar ni un centímetro de Suiza —me pide.

—No sé si ahora mismo mi mente va a poder estar aquí del todo...

—Sam no querría que fueras detrás de Noah. Promételo.

Me muerdo el labio, suspiro y asiento en silencio.

—Prometido —le aseguro finalmente—. Pero júrame que vas a conseguir que Noah me llame antes de entrar en el centro.

—Hecho. ¿Cómo llevas las nuevas canciones?

Cambia de tema con brusquedad, lo que me desubica por completo.

—Mi cuaderno no tiene mucho más que ideas desperdigadas y tachones —confieso.

—Ya saldrá.

—Mark, quizá no tendría que decirte esto, pero... —Pienso durante unos segundos cómo expresarlo—. No estoy segura de querer seguir en el grupo después del nuevo disco.

Silencio.

—No sé si estoy preparada para continuar por ese camino.

—Oli, intenta no pensar en eso ahora —me pide, quitándole importancia—. Estoy seguro de que, cuando regreses, lo verás todo desde otra perspectiva.

«No lo creo».

—¿Y si no es así? —insisto.

Silencio de nuevo.

—¿Mark?

—No pensemos en eso ahora. Todo va a ir bien.

Cuelgo con la sensación amarga de que mi amigo no ha querido mostrar la decepción que ha sentido con mis palabras. También con la certeza de que la historia se repite, que los errores de Noah son cíclicos, pero que no todos seguimos ahí para presenciarlos de nuevo.

No es un secreto que el lado oculto de la música está lleno de peligros. Imagino que es el precio que debemos pagar las personas que tenemos un sueño en un mundo difícil y repleto de pesadillas.

La noche entra por la ventana. Paso un buen rato intentando localizar a Noah, pero no recibo respuesta, así que desisto. Debe de

ser medianoche y, tan puntuales como un reloj suizo, los acordes de una guitarra comienzan a sonar en el silencio de la oscuridad.

Jack parece poseer el poder de encontrar tristezas a su alrededor y, además, hacer que desaparezcan a través de las cuerdas de su guitarra. Me tumbo en la cama sin dejar de escucharlo, cierro los ojos e intento no pensar en lo que ocurre fuera de este pueblecito de montaña. Me concentro en una melodía que ya no es tan desconocida para mí y noto cómo mis brazos y piernas pesan un poquito menos.

Él no lo sabe, pero es la segunda vez que su música logra mecerme como una nana dulce en mitad de la noche.

Capítulo 31

«Scary Monsters (and Super Creeps)», David Bowie



Jack

La jornada de hoy ha consistido en tatuar un bosque enorme en la espalda de un chaval que no tendría ni veinte años. He estado a punto de preguntarle si estaba seguro, pero luego he recordado que cubrir de tinta los cuerpos del resto me da de comer. Y que cada uno es responsable de sus decisiones.

Salgo agotado del estudio. Tatuar durante tanto tiempo me tensa los músculos y hace que me piquen los ojos después de tantas horas de concentración. Da la impresión de que llevo veinticuatro horas despierto y, aun así, el día no ha terminado para mí, ya que los chicos me esperan en el garaje para nuestro ensayo diario. O eso creo hasta que me suena el móvil y recibo un mensaje de James en el que me avisa de que la quedada se ha anulado.

De camino a casa, voy escuchando Arctic Monkeys cuando la imagen de Olivia saltando y cantando sobre el sofá vuelve a mi mente de manera nítida. Ya no recuerdo cómo era la vida en casa antes de que ella llegara, pero se me antoja demasiado silenciosa. Aburrida, incluso. Me gustó ver a Venus a sus pies, como un espectador intrigado por el *show* que estaba montando. Me guste o no, tengo que aceptar que he bajado un escalón en las prioridades

de mi perra desde que ella vive con nosotros. No se separa de la puerta de su habitación, no deja de mover el rabo cuando Olivia juega con ella en el jardín y, por las noches, rara vez duerme conmigo.

Es como si Venus supiera leer a la perfección la tristeza que parece acompañarla siempre y quisiera borrarla con su compañía.

Cuando entro por la puerta de casa media hora después, las encuentro a las dos en el salón. Olivia está sumida en ese cuaderno que no parece soltar en ningún momento del día. Me gustaría saber qué es lo que contiene, saber qué revolotea por su mente en realidad.

—Hola —saludo, quitándome los zapatos y dejándolos en la entrada.

—Ey.

Le cuesta salir de las letras que escribe, pero cuando lo hace me mira con curiosidad.

—Huele a chocolate —apunto.

—He hecho tortitas, pero como las odias me las he tenido que comer todas.

Finge una sonrisa, pero tengo la sensación de que algo la inquieta.

—Has hecho bien.

—¿Qué tal el trabajo? ¿Y qué haces aquí? Pensaba que tendrías ensayo.

—Bien, agotador. —Suspiro, sentándome en el sillón que descansa junto a la ventana—. Lo tenía, pero ha habido cambio de planes. Aunque posiblemente veré a los chicos más tarde. Si quieres, puedes venir, estará Anna.

Vuelvo a poner a mi amiga suiza como excusa para que venga. Lo he hecho antes con los ensayos, porque tengo que confesar, aunque no a ella, que, cuando ha estado allí, con los ojos brillantes mientras cantamos a voz en grito, me he sentido un poco más seguro.

—Vale —accede—. ¿A qué hora?

—A las ocho, pero antes quiero pasarme por la tienda de discos de un colega —«Creo que a ti te encantaría», pienso—. ¿Te apetece acompañarme?

—Mucho.

Sus ojos vuelven a enredarse en los míos más de la cuenta. Entonces, un nerviosismo incontrolable recorre mi cuerpo y aparto la mirada al instante. Cada vez tengo más claro que Olivia y yo somos más compatibles de lo que pensamos en un principio. Nuestras personalidades encajan de alguna manera, desde la distancia y el respeto que se tienen dos compañeros de piso, pero con la certeza de que nuestras mentes están en sintonía.

—Hace demasiado tiempo que no voy a una tienda de música —dice de pronto.

Y yo no termino de interpretar lo que esconde su voz. Parece tristeza, pero también una pizca de ilusión que solo se puede sentir cuando echas mucho de menos algo.



Golden 70's lleva sobreviviendo al cambio y la modernidad desde que Matt decidió que una tienda de música *vintage* era lo que este pueblo necesitaba, hace ya más de cinco años. Hemos visto cómo negocios de comida rápida, peluquerías o tiendas de *souvenirs* han desaparecido mientras la suya ha seguido en pie a pesar del tiempo. James me dijo en una ocasión que la música no caduca, que, en cambio, se revaloriza con el paso de los años, como un buen vino. Y lo de Matt y su pequeña tienda es la prueba de ello.

Para James y para mí significó un motivo más para quedarnos en este rincón de Suiza y no querer volver a nuestras anteriores vidas. Hemos pasado muchas tardes charlando sobre música y ayudando a Matt a convertir este lugar en algo icónico para cualquier amante de la música. Por eso, algo me dice que Olivia se va a enamorar de la tienda en cuanto entre por la puerta.

—No habría imaginado una tienda de discos en un pueblo como este —me dice mientras paseamos por la calle principal de Lauterbrunnen.

—Normal. Creo que a nadie se le hubiera ocurrido montar este negocio aquí, pero Matt es una persona muy cabezota. Pensó en lo que le iba a reportar el turismo cuando el resto solo creíamos que iba a fracasar.

—Me alegro de que tu amigo creyera en su proyecto —comenta, sin dejar de mirar al frente—. Al fin y al cabo, Lauterbrunnen no podría considerarse ni un pueblo, ¿no?

—Es una comuna, en realidad. Parte de su encanto reside en que no todo el que quiera vivir aquí puede hacerlo.

—He tenido mucha suerte de encontrarte a ti y a la casa de las flores violetas, entonces —responde antes de seguir andando y dejarme sin nada que decir.

A estas horas de la tarde, descubrimos que la tienda está prácticamente vacía. Solo hay un señor que escudriña los discos de rock progresivo alemán, que no deben de tener mucha más audiencia que la suya. Matt está hablando por teléfono, aunque al verme nos saluda alzando la cabeza mientras entramos.

—¡Pero esto es enorme! —exclama Olivia, que no deja de observar todo a su alrededor—. ¿Cuántos vinilos debe de haber aquí?

—¿Cientos?

—Alucinante.

Una cosa que admiro de Olivia es que es capaz de sorprenderse en el año 2025. Ha mantenido esa ilusión por las cosas pequeñas que el resto de los mortales hemos ido perdiendo por culpa de la inmediatez; por culpa de las redes sociales y de todas las aplicaciones que han conseguido que nos olvidemos de pararnos de vez en cuando a admirar algo con detalle.

—Ey, Jack —me saluda Matt, acercándose a nosotros—. No te esperaba. Me alegro de verte.

—Hola, tío. —Le estrecho la mano y doy un paso atrás—. Esta es Olivia, mi compañera de piso.

—Encantada.

—Lo mismo digo —le contesta; le coge la mano y le sonríe.

Matt es de las personas más puras que he conocido nunca. En su vida no hay nada más importante que la música y nunca está en sus

planes hacer daño a nadie que no sea, cito textualmente, «el tipo que le vendía droga a Jim Morrison».

—Tengo algunas novedades que podrían interesarte —me anuncia, saliendo del mostrador.

—¿Es lo que creo que es?

Su sonrisa de suficiencia me confirma que, una vez más, ha podido encontrar un disco descatalogado y prácticamente desconocido para saciar mi capricho.

—Seguidme.

—¿Estamos hablando de discos o hemos pasado a hablar de sustancias ilegales? —me susurra Olivia, caminando justo detrás de Matt.

Yo sonrío por lo bajo.

—Aquí lo tienes.

Cuando saca de un cajón de la trastienda el álbum de *Scary Monsters*, de David Bowie, y veo que está prácticamente intacto, me entran ganas de abrazarlo. El problema es que nunca se me ha dado muy bien el contacto físico en general, por lo que pongo mi mano en su hombro y declaro un sincero:

—Gracias, de verdad.

—No hay de qué. —Sonríe—. ¿A ti también te va la música?

—Me gusta, sí —responde Olivia, un poco más tímida de lo normal —. Tienes una tienda increíble, me recuerda a una en concreto que hay en Nueva York. Rough Trade, no sé si la conoces.

—Solo por fotos, pero es un halago que hayas pensado en ella al entrar aquí. Oye, Jack, como siempre, avísame si necesitas algo, ¿vale? Salgo a atender.

—Perfecto.

—Y si quieres entrar en la habitación del misterio con ella, adelante.

Compartimos una risa que Olivia no llega a entender y, cuando Matt desaparece, no tarda ni dos segundos en preguntarme.

—Dime que la habitación del misterio no contiene armas o algo que pueda meternos en la cárcel.

—Qué va. —Niego con la cabeza—. Es una sala cerrada al público donde Matt esconde verdaderas joyas. Luego, si quieres, te la

enseño.

—Vale. Antes me gustaría mirar qué hay por aquí, igual compro algo —dice, acariciando con los dedos las filas de vinilos que tiene frente a ella.

—Damos una vuelta y nos vemos aquí en un rato. Ah, y si quieres escuchar un disco en especial, allí hay un tocadiscos abierto al público.

—Ya me parecía raro que no sonase nada de ambiente.

—Eso lo elegimos nosotros. —Le guiño un ojo y ese simple gesto me hace sentir estúpido. Fuera de lugar.

Cuando Olivia me guiña un ojo de vuelta, se me pasa.

Se gira y comienza a caminar por la tienda despacio, analizándolo todo a su paso. Hay algo en ella, en su forma de vestir o de enfrentarse al mundo, que me hace pensar que pertenece a un lugar como este... o, al menos, que se siente cómoda aquí. Sus pies van de puntillas la mayor parte del tiempo; parece que quiera asomarse a cualquier portada o grupo musical para avistar un secreto que el resto no podemos ver a simple vista.

Yo, por mi parte, voy a la zona de folk, donde Matt siempre trae algún grupo desconocido que acabo descubriendo. Miro varios títulos sin mucha concentración y mis ojos se van de vez en cuando hacia la melena pelirroja que tengo a solo unos metros.

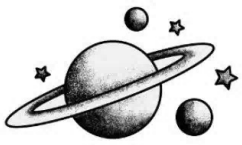
«Tienes un problema». Ignoro a mi subconsciente, pero sé que en el fondo lleva razón. Últimamente no puedo dejar de pensar en ella. No solo en lo que conozco, sino en lo que me queda por saber. Y si ni siquiera la mayor de mis pasiones me mantiene ajeno a ella, no concibo ninguna otra escena en la que Olivia no vaya a colarse en mi cabeza.

«Tengo un jodido problema».

Entre otras cosas, porque los monstruos aterradores y superescalofriantes de los que habla Bowie no solo existen bajo la cama o en los sueños más oscuros. También pueden estar en tu cabeza, enumerando todas tus inseguridades y alejándote de lo que realmente quieres.

Capítulo 32

«Who Are You», The Who



Olivia

Echaba de menos salir a mirar vinilos y dejar que el tiempo pasara sin prisa. Hacía mucho que no reconectaba con mi pasión dormida y tengo que decir que, una vez más, Jack es la persona que consigue unirme a ella. Lo que no me esperaba era que en el rincón del popurrí internacional iba a encontrarme con un disco demasiado familiar.

Estoy pasando con el dedo a los diferentes artistas cuando de pronto reconozco los colores al instante. Un disco de Cosmic Love ha llegado hasta Suiza. Lo cojo con cuidado para observar todo lo que logramos hace un año, al tiempo que no reconozco del todo que lo que tengo entre mis manos haya salido de mí.

—¿Me acompañas y así te enseño la sala?

Jack aparece justo a mi lado y lo primero que me sale es tirar la copia de mi disco por miedo a que mi pasado se descubra. Por suerte, no sale mi cara en la portada; solo aparecen flores y planetas. Es una estética lejana que, aun así, parece haber cogido un avión desde Nueva York hasta aquí... alcanzándome de improviso.

—¿Qué mirabas?

Sus ojos intentan averiguar qué era lo que tenía en la mano, pero yo me pongo justo delante y finjo una sonrisa con ganas.

—Nada, de todo un poco. ¿Vamos?

En Suiza vivo tranquila la mayor parte del tiempo, salvo en las pocas situaciones que me ponen alerta y me recuerdan que aquí nadie tiene ni idea de quién soy en realidad. Ni de dónde vengo. Ya el otro día, en Lucerna, casi me da un infarto al ver que aquellas jóvenes no dejaban de hacernos fotos desde la mesa de atrás. Como pude, tranquilicé a Jack y le quité importancia al asunto. En mi interior temía que cualquiera de ellas se levantara, viniera hasta nuestra mesa y me llamara por mi nombre antes incluso de hablar conmigo.

Lo sigo en silencio, después de elegir un par de álbumes que me han despertado curiosidad, hasta que me indica la entrada a la «sala del misterio» de la que hablaba con Matt... sala que, por cierto, no puede tener un nombre más cómico.

Acabamos tirados en una moqueta mullida, con la espalda contra la pared, observando lo que nos rodea con todo lujo de detalles. Es en estos momentos cuando siento que Jack y yo nos conocemos más de lo que habría pensado en un principio; es imposible no darse cuenta cuando no nos hace falta hablar y nuestros cuerpos están relajados como si estuviéramos solos en casa.

La sala en cuestión contiene demasiados estímulos para alguien que ama la música como nosotros. Ediciones especiales, *merchandising* que jamás hubiera imaginado, pósteres originales de conciertos... Es inevitable pensar en la habitación que tuve hace muchos años, o en cualquiera que pertenezca a un adolescente inquieto y en busca de sí mismo. Y no me cabe duda de que este es ese lugar para Matt.

Me hace gracia ver a Jack mover la cabeza de un lado a otro mientras escuchamos «Waiting Around to Die», de un grupo de folk que no había escuchado en mi vida.

—Suenan bien.

—La cantante es increíble —comenta—. Pocas veces me he emocionado con la música como con esta canción.

Pienso en mi voz, aquella que se quedó en Nueva York y que Jack no conoce. No puedo evitar preguntarme si también se emocionaría al oírme.

—No sabía que tuvieras esa capacidad —bromeo.

—¿Y eso por qué?

Abre los ojos sorprendido y le suelto lo que llevo pensando de él desde que lo conozco.

—Siempre estás muy serio. —Mi confesión lo deja en silencio—. No todo el tiempo, pero me he fijado en que, cuando estás solo o no tienes que relacionarte con alguien, tu semblante suele ser bastante estoico.

Arrugo la nariz, con miedo de haber metido la pata y cruzado una línea de confianza que no tenemos.

—Eso crees, ¿eh?

En cambio, su reacción me desvela que mi forma de definirlo lo divierte.

—Si te soy sincera, los primeros días que conviví contigo, me dabas un poco de miedo.

Una carcajada se escapa por sus labios, lo que me relaja al instante.

—¿Y ahora?

—Aunque no seas la persona más feliz de la tierra —se ríe ante mi afirmación—, me he dado cuenta de que tienes el poder de hacer desaparecer problemas.

«O, al menos, haces que me olvide de ellos por un rato».

—Vaya —suelta asombrado—. Pues me alegro de que así sea.

Volvemos a nuestro mundo interior, sin dejar de escuchar la música que suena en la habitación.

El otro día, aunque Jack no lo sepa, logró que mi mejor amigo pasara a un segundo plano, que mi ansiedad bajara a una velocidad increíble. Ojalá el efecto calmante durara para siempre; sin embargo, los problemas vuelven a ocupar su espacio. Como ahora, que Noah ha vuelto a mi cabeza de forma abrupta y, de pronto, no hay música suficiente en el universo para que no piense en él y en su adicción.

—Oye —llama mi atención; vuelvo a mirarlo y su rostro ha cambiado—, ¿estás bien?

Tengo dos opciones: seguir ocultando la tristeza con sonrisas fingidas o comenzar a mostrarme vulnerable sin miedo a que Jack

salga corriendo. Imaginaba que no tardaría mucho en preguntarme, sobre todo después de haberme pillado llorando más veces de las que me gustaría.

No sé qué imagen doy desde fuera, pero por dentro me siento invisible.

Olvidada.

Perdida.

—La verdad es que no —admito.

—Puedes contarme lo que sea. Si te apetece, claro.

Lo miro con ternura. Jack no tiene pinta de ser esa clase de persona que va escuchando problemas ajenos, pero el simple hecho de que haga el esfuerzo por hacerme sentir menos sola, para mí, es un mundo.

—No quiero amargarte la tarde.

—No podrías.

Dejo escapar un suspiro largo antes de empezar a hablar.

—Es mi mejor amigo, Noah. Él... Bueno, tiene un problema con las drogas. Tenía —corrijo—. Ha recaído y va a volver a entrar en un centro después de muchos años limpio.

—Joder.

—Me siento una amiga de mierda ahora mismo. Estoy a muchos kilómetros de Nueva York; ni siquiera he podido evitar que esto ocurriera cuando vi señales claras de que el peligro estaba ahí. Él siempre ha estado para mí, sobre todo cuando mi pareja... Y yo... — Las palabras se agolpan en mi garganta, igual que mis lágrimas.

—No es culpa tuya, Olivia. —La mano de Jack roza la mía con miedo. Es un gesto que me hace saber que está ahí, sin entrometerse demasiado—. Los actos de una persona no pueden arrastrarnos al fango con ella. Te lo digo por experiencia —susurra casi para sí—. Es normal que te preocupes y que quieras estar allí con él, pero tú no has puesto esa droga en su organismo.

—No, pero...

«No he pensado en ningún momento que Noah ha perdido a dos de las personas más importantes de su vida en muy poco tiempo», decido callarme.

—Yo también he conocido el riesgo de las drogas de cerca —empieza a contarme—. Es como un agujero que lo engulle todo a su paso. Lo único que digo es que no podemos dejar de prestarnos atención por cargar con los problemas de los demás. Es jodido, pero la clave es no olvidarnos de nosotros mismos sin dejar de ayudarlos. ¿Tú... —duda si hacer la pregunta— cómo estás?

Sé a lo que se refiere. Una noche le conté que había perdido al amor de mi vida y nunca más he vuelto a hablar de ello.

—A ratos, pero creo que estoy mejor. —Y lo hago de verdad—. Suiza está mostrándome una forma de vida que antes solo creía posible en las películas. Y, no sé, me estoy conociendo un poco más.

—Este país tiene ese poder, sí.

Nos quedamos en silencio unos segundos, cada uno inmerso en la relación que tiene con un lugar idílico como este. Ambos dejando atrás una ciudad tan caótica como Nueva York.

—¿Y tú? —le pregunto, incorporándome un poco—. Es difícil saber lo que hay en tu cabeza.

—Ruido. Ya te lo dije una vez. —Su respuesta me decepciona un poco—. Aunque todo suena un poco diferente desde que llegaste. Esa es la verdad.

Sus palabras hacen más pequeña la estancia en la que estamos al entrar en contacto con el aire. Trago saliva, algo nerviosa, muriéndome de ganas por preguntarle qué significa eso exactamente; cómo sonaría esa confesión en su guitarra. Quiero decirle que para mí él lo hace como una melodía sin nombre gracias a los acordes que salen de su habitación alguna medianoche.

Pero no hago nada de eso porque la culpa acalla todas mis preguntas.

«Esto no está bien», me digo a mí misma. Incluso el rostro de Sam aparece en mi mente como un recordatorio de que no hay espacio para emociones nuevas en mi pecho.

Seguimos mirándonos. Retándonos de algún modo. Y el ambiente se ha vuelto tan tenso que ya no soy capaz de distinguir la música que estaba sonando hace un rato. Justo cuando no sé cuánto más podremos aguantar así, en silencio y con los rostros demasiado

cerca, la puerta se abre y los dos apartamos la mirada casi asustados.

—¿Cómo vais? —pregunta Matt—. Oye, Jack, ¿vais a la fiesta que da Roger esta noche en su casa?

Cojo aire algo incómoda. Prefiero no cuestionarme qué habría pasado si nadie hubiera interrumpido el momento.

—No lo he decidido...

—Hace mucho que no te vemos por allí —insiste—. Habrá una banda en directo y seguro que se lía bien gorda.

Una sonrisa canalla asoma en sus labios, pero Jack no parece ceder al chantaje de su amigo. Entonces me mira a mí, alza las cejas y me invita de manera telemática a un plan que, debo reconocer, me provoca curiosidad. Igual hacer algo diferente me devuelve un poco la cordura.

—Por qué no. —Me encojo de hombros y sonrío de forma tímida.

La sonrisa que me devuelve Jack, en cambio, es diferente. Llena de complicidad.

Y eso me asusta.



Al llegar a la fiesta, percibo que no hace falta estar en Nueva York para rodearse del desenfreno y el escándalo que se produce en el mundo de la música. No hubiera dicho que este ambiente le pegue a Jack; cuando miro su rostro, lo confirmo. Parece querer estar en cualquier otro sitio que no sea este.

A nuestra izquierda, hay una pareja casi desnuda que se besa contra la pared. A nuestra derecha, varias chicas bailan encima de una mesa mientras tres tíos miran desde abajo con todo descaro.

Desde luego, no es lo que más echo en falta de mi mundo.

—¡Olivia!

Anna viene casi corriendo hasta mí y se tira a mis brazos.

—Menos mal que has venido —me susurra—. Estaba empezando a aborrecer ser casi la única tía de la fiesta.

Vuelvo a mirar a mi alrededor y reparo en que casi todos los invitados son hombres. No me extraña nada la estampa. Después de varios años moviéndome por este mundillo, he comprobado que el sector musical lo dirigen ellos y que nosotras, muy a nuestro pesar, tendemos a ser productos en sus manos. Nos modelan a su antojo y nos prometen todo aquello que no podríamos conseguir por nosotras mismas; no porque no tengamos la capacidad, sino porque ser mujer es una barrera que nos mantiene ancladas a la tierra y no nos permite volar como lo hacen ellos.

—¿Cómo estáis? —pregunta Peter—. Me parece increíble que Jack esté aquí. ¿Cómo lo has hecho, Olivia?

—¿Yo?

—¿Qué pasa, no puede uno cambiar sus hábitos de vez en cuando?

—Sí, sí... —responde Peter alzando las manos en son de paz—. ¿Qué queréis beber?

Los seguimos a la zona de la barra. No tengo muy claro a quién pertenece esta vivienda, pero, sea quien sea, ha adaptado cada uno de sus rincones para convertirla en un lugar parecido a un casino, donde el tiempo es relativo y nadie tiene pinta de saber qué hora es.

Un pinchazo de nostalgia me golpea el estómago al ver que este entorno se parece demasiado a cualquiera de las fiestas a las que iba con el grupo. Todos los presentes parecen felices y extasiados; sin embargo, la realidad es otra. Intuyo que, debajo de sus fachadas ensayadas, brotan los problemas, los miedos e inseguridades. Una banda de jazz está tocando al fondo de la sala, veo a varias personas bañándose en la piscina de manera escandalosa, los cócteles pasan de unas manos a otras sin cesar... Estoy rodeada de bohemios, *hippies* disfrazados y gente que exagera su verdadera personalidad o la transforma para encajar.

«¿Y no es eso lo que llevas haciendo tú desde que llegaste a Suiza?», me pregunto en silencio.

Hace un tiempo, cuando todavía cantábamos en garitos vacíos e idealizábamos el triunfo, me hubiera quedado prendada de un

ambiente así. Me hubiera sentido afortunada de poder compartir un rato con personas interesantes y con contactos. El problema es que ahora soy capaz de ver los entresijos debajo de cada conversación vacía y cada copa llena. Soy capaz de saber cómo termina una noche de este estilo y puedo asegurar que es de todo menos glamurosa.

Y, si no, que le pregunten a Noah...

—¿Qué quieres beber? —me pregunta Jack.

—Un zumo de piña. —Mi respuesta le hace gracia, pero no dice nada al respecto—. Oye, ¿de quién es esta fiesta?

—De Roger, un tío al que le encanta divertirse día sí y día también.

—¿Y se dedica a...? Quiero decir, no creo que todo el mundo pueda permitirse una mansión así ni una agenda de amigos tan amplia para llenarla.

—Bueno, digamos que Roger tiene muchos contactos en el mundo de la música y todos los que vienen a sus fiestas lo hacen por si sacan algo a cambio —me dice casi al oído, lo que me provoca un cosquilleo inesperado.

—¿Y a vosotros no os interesaría que os consiguiera una prueba o algo para que Long Days se dé a conocer?

—Preferimos seguir en nuestro garaje y no vender nuestra alma a nadie. —Niega con la cabeza.

Ojalá nosotros lo hubiéramos tenido tan claro antes de firmar un contrato, obnubilados por el éxito que nos prometieron desde el inicio en Golden Records. Reconozco que empiezo a envidiar la manera de pensar de Jack.

Sonrío en respuesta y me quedo en la barra esperando a que regrese con las bebidas. Debe de haber más de cincuenta personas en esta casa y todas están ansiosas por decirle algo a la que tienen al lado.

Todas, menos yo.

—Toma. —Minutos después, Jack vuelve con las bebidas y me sorprende ver que también ha pedido un zumo de piña para él.

Lo sigo hasta la zona de sofás en la que están sentados los demás. Están hablando sobre el festival de Brienz justo cuando nos

sentamos al lado de James, que no deja de fardar a voces sobre lo increíble que va a ser su actuación.

—Igual un poco más de modestia no te vendría mal. —El comentario de Anna nos hace reír a todos, incluso a él.

—Nena, cuando nos veas tocar ahí arriba vas a suplicarme que pase contigo esa noche.

—Por favor —contesta ella, con cara de asco—, antes preferiría cortar leña en tanga en plena nevada que agrandar tu ego en la cama.

—No sería la primera vez... —susurra, a lo que ella responde con un codazo en su brazo.

Aunque se metan el uno con el otro, el cariño que se tienen es palpable. No tengo muy clara cuál es su historia, pero tiende a ser una de esas relaciones en las que se cogen y se dejan continuamente porque no pueden estar el uno sin el otro. Vamos, nada a lo que aspirar.

—¿Qué día era el festival? —pregunta Matt.

—El 13 de agosto —contesta Jack.

—Allí estaré. Ese día cierro la tienda y listo.

—¿Quién es tu amiga? —pregunta de pronto el tal Roger, sin dejar de observarme—. ¿También vas a ir a verlos al festival?

—Estaré en primera fila —contesto antes de que pueda hablar Jack—. Y mi nombre es Olivia.

—¿Nos hemos visto antes? Me suena muchísimo tu cara —me dice, entornando los ojos.

—Lo dudo. Es la primera vez que estoy en Suiza.

Su mirada me sigue analizando sin rendirse. No puedo entrar en su mente, pero me niego a emparanoiarme de nuevo pensando que, a este lado del charco, alguien conoce mi verdadera identidad.

El tiempo pasa entre anécdotas, sobre todo del tal Roger; conversaciones trascendentales sobre la vida que solo pueden tener una panda de borrachos que quieren arreglar el mundo, y miradas. Sobre todo, miradas. Jack no ha dejado de observarme durante el tiempo que llevamos en la fiesta. Podría decir que me siento incómoda, pero sería una hipócrita. Más de una vez, he sucumbido al hormigueo que me produce tener sus ojos encima.

—Voy a pedir otro zumo —le digo.

Hace ademán de levantarse y venir conmigo pero niego con la cabeza para, acto seguido, marcharme sola antes de que pueda acompañarme.

En la barra, me cuelo entre un montón de personas que están esperando a ser atendidas. Logro apoyar el brazo derecho para que el camarero pueda verme tarde o temprano. No sé qué hora es, pero casi todo mi alrededor está fuera de órbita. Lo sé porque solo he bebido zumo y tengo la capacidad de captar sus movimientos torpes y sus rostros desencajados. Por el contrario, esta noche yo me siento liberada. Lúcida. Como una pieza más del tablero que, además, es capaz de diferenciar lo que está bien de lo que no.

Va a resultar una buena idea eso de apuntarme a planes corrientes que eviten que la nostalgia me devore en mitad de la noche.

—¿Te puedo invitar a una copa?

Una voz que no conozco me rasga el oído desde atrás, lo que hace que me sobresalte de inmediato. Al darme la vuelta, un hombre de unos cuarenta años está sonriéndome de una forma algo oscura.

—No, gracias. Estoy bien.

Intento girarme de nuevo para darle la espalda, pero vuelve a hablar. Esta vez más fuerte.

—¿Estás sola? No veo por aquí a tus amigos. —El olor a alcohol que desprende su boca me pone los pelos de punta.

No lo estoy, pero sí me siento como la única persona de la fiesta ahora mismo. Busco con la mirada los sofás en los que estaba sentada hace un momento, pero no consigo ver a Jack ni al resto entre tanta gente.

—Mis amigos están viniendo.

—Déjame invitarte a una copa hasta que lo hagan —repite, aunque ahora una de sus manos acaba en mi cintura de manera sutil para después apartarla.

Lo primero que pienso es que su roce ha sido producto de mi imaginación, ya que ha durado menos de un segundo. Aun así, no estoy cómoda y tengo ganas de huir de aquí. No digo nada. Algo se

me ha atascado en la garganta y mis pies parecen estar anclados al suelo.

—¿Eso es un sí?

—No, gracias, estoy bien.

Intento sonar más firme, sin éxito. El hombre, que no deja de acercarse a mí, no termina de pillar las indirectas y sus ojos llenos de vicio me examinan de arriba abajo.

—Venga. —Ahora su mano me agarra de la muñeca más fuerte de lo normal y me acerca un poco más a él—. Vamos a pasarlo bien.

Arrastra mi cuerpo hasta el suyo de manera brusca. Me dan ganas de vomitar al notar su entrepierna a la altura de mi estómago.

—Déjame —exijo, casi sin voz.

—Solo un poco.

Hace el amago de restregarse conmigo, y yo solo quiero gritar, pero la voz no me sale. Me encuentro rodeada de personas que no me escuchan y la música parece más alta que antes.

—Ha dicho que la dejes. —La voz de Jack se cuela entre nosotros.

Está justo a mi espalda y, al girarme, veo cómo ni siquiera repara en mí. Su mirada, llena de rabia, apunta al borracho que aún tiene mi mano agarrada.

—¿Y tú quién coño eres? —El desconocido alza la voz—. Solo estábamos divirtiéndonos, ¿verdad, preciosa?

Cuando su mano me suelta la muñeca para aterrizar en mi cadera, todo ocurre demasiado rápido.

—Ni se te ocurra tocarla.

No me da tiempo a frenar a Jack cuando este se abalanza sobre el tipo y le pega un puñetazo en la cara que hace que termine en el suelo. Varias copas de la barra se caen, haciendo que los cristales me rocen los tobillos.

—¡Jack! —exclamo—. ¿Qué estás haciendo?

Mi voz no llega a sus oídos. Solo tiene un objetivo claro y rezo porque este no le siga la pelea. Observo la escena sin saber muy bien qué hacer. Jack se acaricia el puño sin dejar de mirar al suelo mientras su víctima se palpa la cara ensangrentada por miedo a que le haya roto algo.

—Ey, tío, tranquilo —dice desde el suelo.

Dos chicos que están a su lado lo ayudan a levantarse y se lo llevan lejos para calmar el ambiente. Entonces, cuando desaparece de la escena, Jack se da la vuelta y me mira con una intensidad que me asusta.

—¿Estás bien? —Su mano me roza el brazo y yo lo aparto.

—¿Por qué has hecho eso?

—Yo... —Da la sensación de que su mente está saliendo del trance, volviendo a funcionar de forma corriente—. No podía quedarme de brazos cruzados.

—¿Y te ha parecido que era buena idea pegarle un puñetazo?

No dice nada. Está buscando las palabras adecuadas; los dos lo estamos. No me imaginaba a Jack como una persona agresiva y lo que acaba de pasar me tiene contrariada. Por un lado, odio la violencia. Creo que no hace falta sacar los puños a paseo para solucionar problemas, pero, por otro, si Jack no llega a aparecer a tiempo... Prefiero no pensar en lo que podría haber pasado.

—Te estaba molestando —dice, con la rabia aún en su piel—. Yo... no he podido mantenerme al margen.

—No te quito la razón en que me estaba incordiando, ese tío es un cerdo, pero... —suelto, sintiendo todavía el roce de su mano en mi cadera—. Necesito irme a casa.

Echo a andar, jadeante por lo que acaba de ocurrir y con una lágrima a punto de desencadenar una tormenta en mis ojos. Estoy disociada, abrumada por tener tanta gente alrededor, y lo único que necesito es meterme en mi cama y dejar que la noche pase.

—Olivia... —oigo que me llama por detrás.

—No tengo ganas de seguir aquí, Jack. No me sigas —le pido con la voz entrecortada.

Me guardo para mí todas las dudas que me produce esta situación. Me encantaría preguntarle de dónde viene esa rabia, o quién fue en otra época; qué es lo que ha hecho detonar la ira en mitad de su oasis de calma.

Pero ahora no es el momento de hablar con él.

Se queda parado, sin saber muy bien qué hacer mientras yo decido buscar a Anna y pedirle por favor que me lleve a casa. Lo

último que necesito ahora mismo es luchar también con Jack y lo que sea que está removiendo en mi pecho desde hace unos días.



29 de julio de 2025

Hoy he estado en una fiesta que me ha hecho recordar algunas de las peores cosas que nos trajo el mundo de la música hace tiempo. Sé que sobre todo tenemos recuerdos preciosos, solo que ahora mismo no logro acceder a ellos.

He visto cómo el ansia de fama cambia a las personas. Me he topado de frente con el esfuerzo que somos capaces de hacer por llegar más alto, aunque nos perdamos por el camino. Y me ha dado pena, ¿sabes?

Hace tiempo, cuando empecé a comprender de qué iba todo eso de cumplir sueños, cuando pude conocer todas sus caras, mi único consuelo era llegar a casa y compartir unos noodles contigo en el sofá.

Pero ahora, aunque esté alejada de ese mundo y no acepte del todo que tenga que volver pronto, al llegar a casa me siento más sola que nunca.

Hay una persona en este país que me está ayudando mucho. Se llama Jack y parecía comprender mis heridas sin mucho esfuerzo, pero hoy se ha comportado de una manera que no esperaba. Su actitud me ha descolocado, aunque no puedo obviar que ha sido el único de la fiesta que ha aparecido en el momento preciso para defenderme.

Te caería bien, estoy segura.

No sé por qué sigo escribiéndote si tengo la certeza de que mis palabras van a morir cuando doble esta carta. Aun así, me hace sentir un poco más cuerda.

Buenas noches, Sam.

Olivia

Capítulo 33

«Goodbye Stranger», Supertramp



Jack

Cuando llegué a casa anoche, Olivia ya estaba en su habitación con la puerta cerrada y la luz apagada. Venus, un día más, había decidido dormir antes con ella, por lo que me metí en la cama con una sensación aplastante en el pecho.

¿Qué coño había hecho en la fiesta? Hasta mis amigos me preguntaron si estaba bien. Cualquiera que me conozca un poco sabe que yo no soy violento. Ni siquiera visceral. Pero anoche vi a aquel tío, hasta las cejas, con una mirada asquerosa y unas intenciones aún peores con Olivia, y se me fue la cabeza. Al verla tan asustada frente a él, algo se rompió dentro de mí.

Me recordó demasiado a una escena que había vivido antes.

Y actué sin pensar en las consecuencias. Permanecí un momento alejado, a solo unos metros de la barra, confiando en que el tío se fuera y la dejara en paz, pero su insistencia me sacó de mis casillas. Cuando la agarró de la muñeca, simplemente necesité ir hasta allí y soltar un puñetazo lleno de rabia.

—Pensaba que la edad del hombre de cromañón ya había pasado —dicta Guida tras contarle lo ocurrido, sin dejar de mirarme.

Al comprobar que Olivia ya no estaba en casa cuando me he levantado, he venido a visitarla con la esperanza de que no me juzgara tanto como yo me he juzgado a mí mismo. El problema es que Guida nunca miente ni maquilla la verdad, así que básicamente he venido hasta aquí para escuchar la realidad... aunque sea como un jarro de agua fría a primera hora de la mañana.

Ella conoce mi pasado al detalle, por lo que dice:

—Mira, Jack, no voy a ser yo la que romantice que te comportes como un malote de barrio, pero tampoco voy a consentir que te castigues así. —Su mano roza la mía—. Si actuaste así anoche es porque has vivido una situación parecida con demasiada frecuencia.

—Me imaginé que ese tío le tocaba un pelo y los impulsos me controlaron.

—¿Cómo no ibas a hacerlo? Jack, tú eres una persona maravillosa y pocas veces toleras que alguien sufra si puedes evitarlo. Anoche pudiste haber reaccionado de otra manera, pero tu pasado no te dejó mucho espacio para el raciocinio. Llevas luchando contra personas como ese borracho mucho tiempo —me aclara—. La próxima vez, que no llegue a las manos.

—No sé qué me pasó —confieso—. Fui todo aquello que odio, pero no pude quedarme al margen.

Un suspiro sale de sus labios, lo que me indica que lo que va a decir a continuación seguramente lleve días danzando en su cabeza.

—Puede que esta chica te importe más de lo que esperabas, ¿no?

No digo nada. Sé la respuesta desde hace un tiempo, pero no me atrevo a pronunciarla en voz alta.

—Lo sé —añade, obligándome a mirarla—. No se te dan bien estas cosas, pero he visto cómo la miras.

—Solo ves lo que quieres ver.

—Igual sí, pero no suelo equivocarme en estos temas.

Quiero salir de dudas y preguntarle si también ha percibido un brillo así en ella al mirarme. Pero no quiero darle la razón. Ni complicarlo todo.

—Olivia no está pasando por un buen momento —comienzo a contarle—. Ella... te aseguro que no está pensando en este tipo de cosas. No ha reparado en mí de esa manera.

Duele decirlo en voz alta, pero soy consciente de que el corazón de la chica pelirroja que duerme a solo unos metros está ocupado desde que llegó.

—A mí me parece que solo buscas excusas para no atreverte a vivir de una vez.

Sus palabras se me clavan cuando descubro algo de razón en ellas.

—Voy a tener que irme —digo, levantándome del sofá—. Luego tengo ensayo.

—Habla con ella. —Una sonrisa se dibuja en sus labios al tiempo que en los míos—. Cuéntale que solo querías asegurarte de que estaba bien.

—Sí...

—Y cuéntale también por qué reaccionaste así. No puedes mantener en secreto lo que eres eternamente. Y nuestro pasado no deja de definirnos a nosotros y nuestros actos —me asegura, sabiendo a la perfección lo que pueden bloquearme mis fantasmas —. A veces las personas necesitamos un contexto para comprender el comportamiento de otros.

Mi pasado.

Mi historia.

Todos tenemos una, pero la mía se encuentra en un cajón oscuro y desordenado que no soy capaz de destapar desde hace tiempo. Pienso en Olivia, abriéndose a mí aquella noche y contándome uno de los episodios que la llevaron a viajar lejos; no me parece justo que ella no sepa nada de lo que provocó que yo huyera de Nueva York.

Ella me hizo ponerle nombre a su tristeza y me ayudó a entenderla mejor.

¿Por qué a mí me cuesta tanto hacer lo mismo?

—Haré lo que pueda. —Abrazo a Guida y recibo uno de sus besos sonoros en la mejilla antes de irme.

Me estoy acercando a la puerta cuando oigo que grita:

—¡Jack! Deja de intentar ser invisible. No te va a servir de mucho con ella.

Cierro los ojos, doy un portazo y echo a andar mientras en mi cabeza se estructura el discurso al que me enfrentaré al llegar esta noche a casa.



El ensayo con los chicos ha sido un puro trámite. No me apetecía mucho charlar ni que saliera a la luz lo que pasó anoche, por lo que me he limitado a cantar y tocar todo el repertorio. Al terminar, he puesto la excusa de que me dolía la cabeza y he salido del garaje de Peter casi corriendo. Ninguno se ha creído que me encontrase mal; sin embargo, han decidido no insistir.

Cada vez queda menos para que toquemos en el festival y, mientras los chicos están eufóricos, en mi interior se debate una mezcla de ilusión y vértigo. Cada vez que me acuerdo de que la fecha está cerca, este último gana terreno.

Prefiero no pensarlo.

Llego a casa sobre las ocho de la tarde y veo la luz del salón encendida. Me imagino a Olivia acurrucada en el sofá, con Venus a sus pies y una película de fondo que seguramente pertenezca a los noventa y sea romántica. No sería la primera vez que la pillase llorando desde el pasillo, sin dejar de mirar la pantalla y con los brazos cruzados a la altura del pecho. Es como si, cada vez que le diera al *play*, tuviera la esperanza de que las escenas tristes de esas películas que se sabe de memoria se convirtieran en finales felices.

El problema es que, al igual que en la vida, hay historias que están destinadas a no terminar bien.

Abro la puerta con cuidado, algo que no pasa desapercibido para Venus; viene corriendo hasta mí y sube sus largas y delgadas patas hasta mi cintura.

—Hola, chica. —Le acaricio el morro—. ¿Has salido ya?

—Hemos dado una vuelta hace un rato.

La voz de Olivia llega tímida desde el salón.

—Gracias por ocuparte. No tenías por qué. —Sonrío.

—No es nada.

Habla conmigo sin mirarme directamente a los ojos, ya que los suyos están inmersos en ese cuaderno morado del que sigue sin separarse.

—Esto... —Las manos empiezan a sudarme. No sé cómo entablar la conversación que tenemos pendiente—. ¿Podríamos hablar un momento?

Levanta la vista hacia mí y duda unos segundos. Entonces asiente, se cruza de piernas y espera a que me siente en el sillón que está frente al suyo.

—Vuelves a ser tú.

No es una pregunta, sino una observación.

—No sé por qué me comporté así. —Suelto un suspiro mientras ordeno las palabras en mi mente—. Me siento un imbécil integral.

—Yo tampoco estuve muy acertada —reconoce—. Gracias por apartar a ese tío de mí. Es verdad que lo del puñetazo sobró por completo, pero si no hubiera sido por ti...

La voz se le quiebra, a la vez que sus ojos luchan por no llorar delante de mí. Sé que ahora me toca hablar, así que cojo aire e intento abrir la caja de recuerdos sin desmayarme en el camino.

—¿Te acuerdas de la noche en la que me contaste por qué habías terminado en Lauterbrunnen?

Ella asiente, viajando a ese momento.

—Tú me preguntaste por qué odiaba tanto Nueva York, pero no fui tan valiente como tú para contarte lo que realmente me hizo abandonar esa ciudad de la noche a la mañana.

—No tienes por qué hacerlo solo porque yo te haya contado lo de Sam.

No sabía el nombre de su pareja hasta ahora.

—No lo hago por eso. Creo... —dudo—. Creo que necesito hacerlo. Me apetece que sepas quién soy aparte del músico novato que vive en la casa de las flores violetas con su perra.

—No te olvides del tatuador sin tatuajes —me recuerda.

—Cierto. —Sonrío, aunque estoy nervioso—. Pues, antes de ser todo esto que me he labrado desde que estoy en Suiza, estuve muy

desorientado. Yo no llegué a perder a nadie, pero sabía que, si seguía un minuto más en casa de mis padres, me perdería a mí mismo —sentencio. Es hablar de aquella época y sentir cómo el sudor me perla la frente—. Mira, lo último que quiero es justificar mi comportamiento de ayer, pero he presenciado tantas veces cómo mi padre nos agredía a mi madre y a mí que, cuando vi a ese tío tocarte, por un segundo, fue como ver a mi padre ante mis ojos. Después de tantos años, su cara apareció delante de mí...

Paro en seco. Me está costando respirar más de lo que esperaba, por no hablar de que el hecho de ocultarlo y fingir que todo va bien delante de Olivia está haciendo que me entre menos aire en los pulmones. Es lo que tiene no hablar las cosas, que con el tiempo se encallan en alguna parte del cuerpo y cuesta volver a ellas sin sentir un dolor que creías dormido.

Es lo que ocurre cuando una fachada te acompaña siempre que tienes miedo; un día deja de ser lo suficientemente nítida y no hay máscara que cubra tus emociones. Olivia no deja de mirarme preocupada, hasta que alzo una mano pidiendo un segundo para recomponerme.

Si permites que los traumas se queden a vivir contigo, te arriesgas a que un día se alcen en armas dentro de ti y te declaren una guerra para la que no estás preparado.

—Ey... —Olivia se me acerca un poco más, con tiento, y posa su mano sobre mi pierna—. ¿Estás bien?

Pienso en asentir y capear los temblores que me están entrando en las manos; es lo que suelo hacer siempre que me pongo nervioso y tengo gente a mi alrededor. Pero decido contar la verdad por primera vez.

—Me cuesta respirar, pero se me pasará —contesto como puedo.

—Es un ataque de ansiedad. —Lo reconoce tan pronto que es imposible no ver que lo ha vivido en primera persona antes—. Da la impresión de que todo en tu cuerpo va a explotar, pero te prometo que nada es tan grave como lo que está sintiendo tu mente ahora mismo.

La miro a los ojos y me concentro en el roce de su mano. Siento una mezcla entre vergüenza y miedo que me hace parecer un

extraño en mi propio salón.

—Respira —me pide, sin soltarme—. Yo lo hago contigo.

Con cada bocanada, me trago la imagen nítida en la que mi madre se agarra al toallero del baño y acaba resbalando hasta el suelo, donde mi padre comienza a darle golpes y no para hasta que su propio cuerpo no puede más; aspiro también esta oleada de culpa que llevaba años sin sentir por dejar a mi madre en las manos de un monstruo; las inseguridades que recorren mi cuerpo siempre que me acuerdo de que voy a tener que cantar frente a cientos de personas; también intento respirar el perfume de Olivia, que huele a lavanda y consigue calmarme al instante...

No sé cuánto rato pasamos respirando al mismo ritmo, uno frente al otro. En sus ojos ya no queda ni pizca de enfado; en cambio, atisbo la tristeza que le produce tener delante a un niño roto que se ha empeñado en olvidar quién es.

—Yo tampoco suelo pensar mucho en el pasado —reconoce—. Hay recuerdos difíciles de gestionar. Qué te voy a contar, no soy la más indicada para dar consejos. Lo único que puedo decirte es que estoy aquí. —Su mano sigue sobre la mía, paciente.

—No suelo hablar de ello... —El aire vuelve a entrar poco a poco con normalidad en mis pulmones, aunque mi voz sigue temblorosa —. Para mí, alejarme de mi madre fue como vivir un duelo —confieso—. Pero ella no quería separarse de él. Prefería vivir ese tormento y que todos los días fueran una pesadilla a probar una vida lejos de sus golpes. Cuando tenía que elegir un bando después de cada paliza, nunca me elegía a mí. Lo defendía a capa y espada y me pedía que lo comprendiese, que desde que no tenía trabajo todo estaba siendo muy duro para él. —Una risa amarga acompaña mis recuerdos—. Un día, simplemente, me cansé de esperar.

Olivia piensa muy bien qué decir a continuación.

—Alguien me dijo una vez que no podemos cargar con los comportamientos de otros. Solo podemos intentar ayudarlos sin llegar a caer con ellos. —Me aprieta el muslo delicadamente, repitiendo mis palabras de hace unos días—. Nadie es perfecto, Jack. Ojalá tuviéramos la solución a todos los obstáculos que surgen en la vida. Pero eso sería una utopía enorme.

—Lo sé —susurro, algo más tranquilo.

—A lo largo de los años, vamos dejando atrás a personas que creíamos que estarían con nosotros hasta el final. Unas se van sin remedio y otras... —Su voz se rompe sin que pueda evitarlo, pero veo cómo se esfuerza por mantenerse entera—. A otras les tenemos que decir adiós para salvarnos. La conclusión siempre es la misma: al final del día, con la única persona que puedes contar es contigo mismo.

Me sorprende mucho la facilidad que tiene Olivia de curar heridas ajenas cuando se nota que ella todavía vive con muchas en su piel. Su personalidad no deja de asombrarme y atraerme sin remedio.

—Gracias —le contesto sincero—. Y lo siento. Lo de ayer me dio vergüenza hasta a mí.

—Ya se me ha olvidado. —Alza los hombros y sonríe—. Pero hay algo que puede revertir cualquier cagada, Jack.

—¿A qué te refieres?

—Todo el mundo se siente mejor después de comer tortitas con chocolate y ver una película de amor que termina bien.

No puedo evitar reírme ante su filosofía. Hace unos minutos, luchaba por respirar, y ahora la risa se me escapa como la arena entre los dedos. Es lo que tiene convivir con Olivia: hasta el día más gris de la semana se llena de tonos cálidos.

—Hecho. ¿Te puedo hacer una pregunta antes?

—Dime.

—¿Qué es lo que escribes en ese cuaderno?

Sus ojos viajan hasta el lado del sofá donde descansa y vuelve a mirarme algo confundida. Al principio, creo que no me va a contestar (y no tendría por qué hacerlo), pero entonces dice:

—Todos tenemos secretos que no estamos preparados para contar.

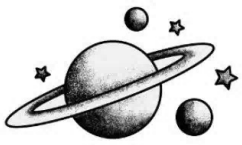
Touché.

—Y, ahora, lo importante. —Alza las cejas y se dirige a la cocina a paso ligero.

Aunque nunca me hubiera imaginado a mí mismo en una escena parecida, media hora después estamos viendo *La boda de mi mejor amigo* con el aroma de las tortitas inundando el salón.

Capítulo 34

«Your Flame Is Always Burning», Olivia Smith



Olivia

Cuando todo parece derrumbarse a tu alrededor, el simple hecho de oír la voz de un ser querido te ayuda a reconstruirlo desde los cimientos. Es como escuchar una canción que lleva tiempo sonando en tu cabeza pero, hasta que colocas el vinilo sobre el tocadiscos y la aguja encima, no consigues que el cantante cobre vida fuera de ese álbum.

Solo entonces se convierte en algo tangible y a lo que poder aferrarse con fuerza en un día malo.

Algo parecido me ha ocurrido esta mañana, cuando mi móvil ha comenzado a sonar mientras daba un paseo por el pueblo y compraba un par de cosas en el supermercado. Desde que Mark me contó que Noah tenía que entrar en un centro porque su situación era insostenible, no he dejado de llamar a mi mejor amigo ni un solo día. Sin éxito.

Mark me prometió que hablaría con él antes de que le quitaran el móvil y ha debido de cumplir su promesa. El pecho se me afloja un poco cuando leo su nombre en la pantalla.

—¿Noah?

—Hola, pequeña.

Tiene la voz ronca, pero al mismo tiempo guarda esa dulzura que suele emplear al utilizar ese apelativo cariñoso. En realidad, siempre

he sido la «pequeña» para todos los del grupo, incluido Sam, ya que me sacan cinco años.

—¿Cómo estás? ¿Has entrado ya?

—Ya me han puesto la bata blanca de abuelo. —Su comentario me hace sonreír, pues no es la primera vez que bromea con ello. Me lo imagino solo, a punto de pasar unos días repletos de temblores y desesperación...—. Siento mucho no ser más fuerte, Oli.

—¿Tú? Pero si eres de las personas más valientes que conozco.

—Eso lo dices porque me quieres.

—Y porque es verdad —le aseguro—. ¿Cuánto tiempo vas a estar?

—De momento, un mes. Es la tercera vez que me encierro aquí por no quererme lo suficiente —me cuenta, cargado de una autocrítica que no me esperaba por su parte—. Cuando el recepcionista me ha saludado por mi nombre, me he sentido como el estudiante que tiene que repetir curso mientras el resto de sus compañeros han avanzado.

Lo entiendo más de lo que se imagina. En este país, en más de una ocasión he pensado que estoy estancada y que, por mi culpa, mis amigos no pueden seguir cumpliendo sueños. También es verdad que, cuando me pasa algo así, tengo una sesión con Layla, visito a Guida o hago un plan con Jack y se me pasa.

—Oye —llamo su atención—, cuando salgas, vamos a ir a Central Park con las bicis. También vamos a pillar *makis* en ese sitio de sushi que está en el norte de Manhattan y acabaremos viendo el atardecer tirados en el césped.

—Mataría por poder hacer ese plan hoy mismo.

—Un mes no es tanto tiempo.

—¿Tú cómo estás? —redirige la conversación antes de que nos pongamos más emocionales de lo que podamos soportar. Lo conozco bien—. ¿Te cuida el guitarrista con el que vives?

Su sola mención me produce un escalofrío y me lleva directa a la conversación que tuvimos hace un par de días, donde se rompió al hablarme de su pasado.

«Aunque no sea su intención, con él me siento a salvo».

—Es un buen tío —banalizo—. Su grupo tocará en unos días en un festival e iré para apoyarlos. Es su primera vez.

—Los envidio. —Suspira—. Ojalá pudiera volver a sentir el éxtasis de las primeras veces. Luego vas acostumbrándote tanto a él que necesitas buscarlo fuera de la música...

Sé a lo que se refiere, pero no voy a permitir que se castigue más.

—A mí también me gustaría volver a sentir esa adrenalina. De alguna manera, que me hagan partícipe de sus ensayos y sus nervios es como vivirlo en mi propia piel.

—Aquí en Nueva York, sin embargo, siguen preguntándose si te ha tragado la tierra. —Se ríe.

«Ojalá».

—Y, mientras tanto, se inventan noticias para generar morbo —respondo.

—Respecto a eso... Siento mucho haber tocado con Addict en aquella fiesta. James Miller estuvo vendiéndome la idea de tocar junto a Chloe Alvord durante días. Ahora comprendo que solo era una estrategia para llamar tu atención, para lograr que volvieras antes.

—Tranquilo. Si Miller pensaba eso es que no me conoce lo más mínimo —contesto molesta—. Cada día acumulo más rechazo hacia la industria.

—Ni que lo digas, amiga. Pero para triunfar hay que entrar en su juego. Esa es la putada.

—Estaría bien mandarlo todo a la mierda en algún momento, ¿no?

—O, al menos, soñar con ello. —Ríe—. Cuando vuelvas, todo va a ir bien. No pienses mucho en ello.

—Tengo el presentimiento de que Miller va a llamarme en cualquier momento —confieso—. Intuyo que no le queda mucha paciencia y va a querer presionar con la grabación del próximo disco.

—Siempre puedes no cogerlo —dice, exactamente lo que él haría en mi lugar—. Te llame o no, mientras estés allí, olvídate de todo esto. ¿Me lo prometes?

—¿Tú me prometes que vas a estar bien?

—Claro —responde con la voz inundada de dudas, puedo sentirlo a miles de kilómetros de distancia—. A la vuelta, tenemos un disco que grabar.

—Estoy orgullosa de ti.

—No lo estés —me pide—. Soy un puto desastre.

—Muchas cosas tendrían que pasar para que no me enorgullezca de mi mejor amigo.

—Cuídate, pequeña. Te quiero.

—Yo más. Llámame cuando puedas, ¿vale?

—Lo que me dejen, Oli. Y, si ves que no llamo, no te preocupes. He entrado aquí por voluntad propia, no como otras veces. Ahora mismo, es donde tengo que estar. Al menos, las enfermeras son preciosas —bromea—. Y la comida no está tan mal.

—Serán unas vacaciones —le aseguro.

—Así es.

Después de colgar, uno de los nudos que me estaban revolviendo el estómago se deshace lentamente. Ha sido un «clic». Al saber que él va a estar cuidado, mi mente puede aterrizar en Suiza al cien por cien.

Cojo el cuaderno, me tumbo rápido en la cama para que los pensamientos no se escapen de mi cabeza y añado una estrofa a todas las que ocupan sus páginas. Igual no estoy hecha para los focos y la fama, pero nunca dejaré que la música desaparezca de mi vida.

Cuando el miedo delinea tu vida
y el sol cae a media tarde,
la oscuridad parece cubrirlo todo,
pero tu llama siempre arde.
Tu llama siempre arde.



Me estiro de manera exagerada sobre la alfombra de mi cuarto tras llevar horas tirada, sin dejar de escribir y escuchar música. Me parece irreal que hace un mes no pudiera enfrentarme a ningún tipo de melodía, por miedo a romperme en pedazos. Ahora, en cambio, vuelvo a necesitar la música para sentirme viva.

Todo es cuestión de perspectiva, supongo. Y de trabajo.

He seguido teniendo alguna sesión *online* con Layla en las que hemos hablado del amor sin tapujos, de la pérdida, de los sueños y las expectativas. También me ha preguntado por Jack, aunque, cuando sale su nombre, intento cambiar el rumbo de la conversación sin mucho éxito.

—Está bien sentir atracción por otras personas —me decía el otro día—. Tu cuerpo sigue vivo aunque creas que no. Sé que, de algún modo, tu mente está poniendo el freno ante cualquier cambio, pero, si llegara a producirse, no estarías traicionando a nadie. Solo estarías saliendo adelante.

Y yo no supe qué contestarle. Imagino que tiene razón; al fin y al cabo, de las dos, ella es la que tiene la carrera de Psicología.

Cojo la toalla y el pijama y me dirijo hacia el pasillo sin saber si estoy sola en casa.

—¿Jack? —alzo la voz, pero nadie contesta.

Lo único que consigo es que Venus me siga hacia el baño dando saltitos. Muchas veces la miro y me pregunto cómo he podido vivir hasta ahora sin la compañía de un perro.

Y también pienso en lo que la voy a echar de menos cuando me vaya...

Le acaricio el hocico y le planto un beso sonoro que hace que saque la lengua con el roce. Es tan adorable que parece un ser en extinción al que hay que cuidar por encima de todo.

—Voy a la ducha —le digo—. Espérame aquí.

Abro la puerta del baño decidida y una nube de vaho me cubre entera. No oigo el agua de la ducha correr, pero, al abrir los ojos después del impacto, me encuentro a Jack completamente desnudo y cubriéndose a duras penas la entrepierna con las manos.

Nos cuesta reaccionar a los dos y, durante unos segundos, nos miramos avergonzados.

«Haz algo», me chilla mi subconsciente.

—Lo siento muchísimo. —Me tapo la cara y le tiendo la toalla que traía para mí.

—¿Puedes acercarla un poco más? —Su tono es divertido.

«Maldito Jack». Mientras yo solo quiero morirme aquí mismo, él parece disfrutar de ello.

Cuando me retiro la mano de los ojos, veo su sonrisa y lo confirmo.

Yo, por el contrario, estoy deseando salir corriendo.

—Toma. —Le pongo la toalla en la mano y el roce de su piel, caliente y mojada, hace que retire los dedos al instante, como si un rayo me hubiera alcanzado.

—Gracias.

¿Por qué me lo ha agradecido casi con un gruñido? ¿Y por qué me ha gustado tanto que lo haga?

Salgo del baño hasta con dolor de cabeza. Cierro la puerta, me apoyo con la espalda en la pared y dejo que mi cuerpo se deslice hasta el suelo. He intentado no mirar, pero el torso de Jack me ha parecido lo más sexy que he visto en mucho tiempo. Sus pectorales están más trabajados aún de lo que se adivina bajo sus camisas. Los brazos son grandes y tersos... por no hablar de la uve que forman sus músculos a cada lado del ombligo.

«Joder».

Meneo la cabeza de un lado al otro, por si con suerte puedo borrar la imagen de mi mente. Sin embargo, no sé qué hacer con las partes de mi cuerpo que creía fuera de juego; con los puntos nerviosos que no dejan de palpitar mientras me levanto y camino de vuelta a mi habitación.

¿Qué se hace con el placer cuando convive a diario con la culpa?

Capítulo 35

«Light My Fire», The Doors



Jack

La primera semana de agosto pasó entre ensayos, conversaciones enrevesadas con Olivia y mucha música. La mayoría de las veces que me ponía a escribir alguna canción, ella venía y se quedaba justo a mi lado, haciendo cualquier otra cosa y preguntándome de cuando en cuando qué era lo que ocupaba mi mente.

Es algo que suele hacer Olivia, intentar meterse en mi cabeza y alborotar todo a su paso.

Esos ratos en el salón se convirtieron en costumbre y ya no era solo ella la que me preguntaba a mí, sino que, cada vez que me quedaba en blanco o no conseguía expresar una emoción, le pedía opinión.

No volvimos a tener un percance como el encuentro del baño, del que seguía riéndome a sus espaldas. Sin embargo, a los dos se nos quedó grabado el vértigo que sentimos al estar tan cerca y con tan poca ropa.

En definitiva, la primera semana de agosto me di cuenta de dos cosas: que juntos formábamos un buen equipo y que los días antes del festival pasaban a una velocidad alarmante.

—¿Una palabra que defina la nostalgia? —le pregunté una tarde de domingo.

—Añoranza.

—Me vale.

Ella siguió comiendo patatas mientras veía una película y yo volví a coger la guitarra para seguir tocando los acordes bajito. Me dijo que oírme de fondo era como tener una banda sonora personalizada y que todo lo que salía de mi guitarra le daba paz. Me lo dijo así, con una tranquilidad aplastante, mientras yo luchaba por no morir de una embolia cada vez que tenía que responderle algo inteligente.

A medida que pasaban los días, me daba menos vergüenza tocar delante de ella, incluso cantar alguna estrofa extraviada que hablaba sobre nosotros.

Aunque eso nunca se lo decía.

—Este libro es increíble —me comentó otra mañana.

Yo había cerrado el estudio de tatuaje por vacaciones, por lo que pasábamos prácticamente las veinticuatro horas del día juntos.

—¿Por qué página vas?

—Por la veintiocho.

Lo dijo con tal orgullo que no pude evitar reírme. Llevaba todo el verano con el libro de Murakami y no había avanzado ni una cuarta parte.

—Habla de la soledad de una manera muy original.

Me abstuve de contarle que el libro va yendo a menos a medida que avanza porque la vi muy ilusionada con lo que estaba leyendo.

—Me gusta que sea un libro de relatos —añadió—. Es perfecto para las lectoras vagas como yo.

—Supongo que sí. —Sonreí sin dejar a un lado la guitarra.

—No me has hablado de tu libro favorito. ¿Acaso tienes uno?

—No lo sé —reconocí—. Elegir solo un libro de todos los que hay en el mundo me parece igual de imposible que elegir entre cualquiera de las películas de *El padrino*.

—¿En serio? Para mí sería fácil: no me quedaría con ninguna.

—¡Venga ya! —exclamé—. ¿Coppola?

—Donde estén las películas de *Crepúsculo* que se quiten esas.

Y se quedó tan ancha.

—No puedes hablar en serio.

—Y tanto. Team Edward.

Puse los ojos en blanco en un gesto involuntario. Sus piernas estaban rozando las mías sobre la alfombra, ya que nos habíamos acostumbrado a estar siempre por el suelo: escribiendo, tocando, comiendo o hablando de banalidades como las de aquella mañana.

Sin quedar a una hora, ambos terminábamos encontrándonos en el mismo lugar y al mismo tiempo. Quizá porque buscábamos estar con el otro. Quizá porque la casa no es tan grande.

Aún no lo sé.

—Si elegir es tan fácil como dices —la reté—, voz femenina con la que te quedarías.

—Dolly Parton. ¿Y tú?

—Nina Simone.

—¿Grupo? —me preguntó entonces.

Cada vez hablábamos más rápido, en una especie de Trivial en el que solo podían ganar las respuestas de uno de los dos.

—The Who.

—Jefferson Airplane —dijo ella.

—Te pega. Muy psicodélico.

Sus ojos me miraron con curiosidad. No sabía si estaba de acuerdo o no con mi afirmación, pero el caso es que se quedaron fijos en los míos durante lo que pareció una eternidad.

—¿Y si solo pudieras quedarte con una canción?

Se lo pensó más de la cuenta y me atrevería a decir que la canción que escogió no era la que había pensado en un principio.

—«Jolene». ¿Y tú?

—«Creep» —respondí—. Lo sé, demasiado típico lo de sentirse el raro del grupo, pero esa canción es mítica por algo. El mundo está lleno de gente que no encaja.

Mis palabras nos sumieron en un silencio compartido. Nos acercaron de manera indirecta y nos sentimos esas piezas del puzle que no acababan de encajar en determinados ambientes, pero que, aun así, habían encontrado su sitio en ese salón.

—Brindo por eso —acabó diciendo mientras alzaba un vaso de Coca-Cola y apuraba lo que quedaba de un trago.



Ya estamos a día 6 de agosto y la cuenta atrás hasta el festival no está siendo como esperaba. Olivia viene a los ensayos a diario. Me dice que no tiene otra cosa mejor que hacer, pero en el fondo me da la sensación de que quiere estar ahí conmigo. Ya se sabe todas nuestras canciones; no solo las versiones, sino las que compuse hace años y han pasado a formar parte de nuestro repertorio y nuestra esencia.

Dice que su favorita es «Clouds in My Mind». La veo mover los labios mientras tocamos y me sorprende que alguien como Olivia, con tanto mundo interior, pueda ver el atractivo en una de mis letras.

Ya en casa, me siento en la barra de la cocina y dejo escapar un suspiro de cansancio que no la deja indiferente.

—Ni se te ocurra pensar que va a ser un desastre —me advierte—. Sonáis increíbles en un garaje de mala muerte, imagínate delante de cientos de personas, Jack. Va a ser una pasada. ¿Quieres comer pasta?

La observo moverse por la cocina como si llevara toda la vida en esta casa. Últimamente, la veo más feliz. Más enérgica. Y, de alguna forma, consigue transmitirme su energía con cada gesto.

—Pasta está bien.

—Perfecto. Si quieres, pon algo de música y yo la preparo.

Me dirijo al tocadiscos y pongo el álbum *Surrealistic Pillow*, de Jefferson Airplane. En cuanto comienzan a sonar los primeros acordes, oigo a Olivia emitir un grito de felicidad.

—Hacía demasiado que no escuchaba este disco.

Baila por la cocina sin ningún pudor, cierra los ojos en ocasiones y se nota que su relación con la música va más allá que la de cualquier persona de la calle. Eso se ve.

—Baila conmigo —me pide.

—Yo no bailo.

Me quedo parado en la entrada, con los músculos tensos. Olivia, en cambio, no deja de contonearse. Ahora mismo, yo soy sólido, y ella, un líquido capaz de cubrir cualquier superficie. Es hipnótico ver cómo conserva esa pasión que se tiene por las pequeñas cosas, aunque la vida le haya arrebatado casi todo.

Se acerca a mí y me tiende la mano con gesto divertido sin conseguir que me rinda ante su petición. Se oye el agua hervir de fondo, la voz de Grace Slick susurrando detrás de mí... Oigo hasta mi propia sangre corriendo por mis venas.

—Créeme, no quieres verme bailar —la aviso.

—Ahora lo necesito aún más.

Cojo su mano y me acerco con miedo, lo que provoca una risa suave en sus labios. Nuestros dedos están entrelazados y bailamos con los ojos cerrados porque así parece que existe un halo de protección contra la timidez.

De pronto, comienzo a sentirme más cómodo. Las piernas me pesan menos que antes y mis pies saben seguir el ritmo que marca Olivia. Cuando abro los ojos, su rostro está más cerca del mío de lo que pensaba. Puedo contarle las pecas, analizar el verde exacto de sus ojos y preguntarme más de diez veces por qué sus labios resultan tan apetecibles ahora mismo. Ella simplemente me devuelve la mirada.

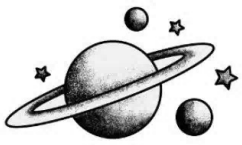
Nuestros cuerpos se han parado, a la espera de que explote entre nosotros todo lo que ninguno de los dos es capaz de delimitar. Entonces, el sonido del agua chocando contra el fuego y rebosando por los bordes podría ser una metáfora perfecta de lo que ha estado a punto de pasar.

—Será mejor que... —dice de manera apresurada, poniendo rumbo a los fuegos y dejándome en mitad de la cocina, sin saber si ir hacia delante y alcanzarla o dar media vuelta e ignorar lo que acaba de ocurrir.

«Jack, si sigues por este camino, te vas a quemar».

Capítulo 36

«Melodía sin nombre», Jack Evans



Olivia

Justo antes de dormir, al cerrar los ojos, nos visualizo de nuevo en la cocina. Demasiado cerca. Con la vergüenza recorriendo el rostro y el cuerpo tenso de Jack. No sé por qué lo he invitado a bailar. Yo solía ser así con los chicos; me decían que era su terremoto favorito. Y, por un momento, he querido que Jack también me viera así. He sentido el deseo fugaz de hacerlo salir de ese molde recto y aburrido que se empeña en mantener.

Mis mejillas vuelven a teñirse de rosa incluso horas después.

«Olvídalo», me pido bajito.

Aunque es difícil ignorar la intriga que me provoca el saber qué habría ocurrido si el agua hirviendo no nos hubiera sobresaltado. Estoy haciendo un trabajo enorme para entender qué es lo que siento cuando estoy con Jack. Pensaba que tardaría muchos años en volver a vibrar con otra persona; una vida entera, incluso.

Layla me dijo una vez que, en cuestión de sentimientos, por mucho que queramos, no podemos construir una valla invisible y esperar que no logren saltarla. «Los sentimientos van por libre», me aseguró.

Cada vez que experimento un momento tan íntimo como el de esta mañana con Jack, confirmo cada una de sus palabras.

Apago la luz de la mesilla, me arropo con las sábanas y me concentro en el tacto suave de la tela rozando mi piel. La temperatura de un verano en Suiza es perfecta por la noche, ni frío ni calor. Justo estoy a punto de quedarme dormida cuando oigo un grito ronco que rompe cualquier duermevela posible.

Me incorporo rápidamente, pero no me muevo hasta pasados unos segundos. Lo primero que pienso es que alguien ha entrado en casa y mi vida corre peligro. Lo sé, suena dramático. Lo segundo que se me pasa por la cabeza es que Jack está sufriendo. Este pensamiento va cogiendo fuerza a la vez que el silencio se instala en la habitación de forma pesada.

Poso los pies descalzos en el suelo y, al no ver a Venus cerca, imagino que está junto a él en su habitación. Los animales, por mucho que algunos humanos intenten tacharlos de insensibles, siempre están donde se los necesita.

Camino de puntillas hasta su cuarto y me asomo a la puerta con cuidado. Tres toques y un cerrar de ojos casi imperceptible después, entro a hurtadillas y me quedo plantada al lado de su cama. Una pequeña luz en su mesilla nos alumbra tímidamente.

—¿Estás bien? He oído un grito y pensaba que había pasado algo.

—Sí, estoy bien.

Su rostro empapado y el temblor en sus manos me cuentan lo contrario.

—¿Puedo?

Hago amago de sentarme en la cama, esperando que él asienta en silencio. Lo último que quiero es invadir su espacio, pero tampoco me nace dejarlo solo en este estado. Jack me saca algunos años, no muchos, y aun así ahora mismo solo parece un chico asustado que no termina de encontrar la paz. Justo como el otro día, cuando tuvo un ataque de ansiedad e intentó ocultarlo detrás de sus respiraciones entrecortadas.

Me siento cerca de sus pies descalzos y apoyo la espalda en la pared, imitando su postura.

Su habitación es justo como la imaginaba: austera, con más de una guitarra colgada en la pared, decorada con tonos marrones y un estilo minimalista. Los libros también adornan la estancia en una

librería de madera que hay justo al lado de la cama. Por lo demás, no encuentro nada remarcable que pudiera hacer que un desconocido averiguara cómo es su personalidad.

—Son pesadillas —dice de pronto—. Estuve mucho tiempo sin tenerlas, pero desde hace unos meses han vuelto casi a diario.

—Lo bueno de las pesadillas es que, sin excepción, uno consigue despertarse de ellas. —Me encojo de hombros y le resto importancia a algo que a mí también me ha atormentado durante meses.

Ese tipo de sueños son un espejismo demasiado real que te muestra todos tus miedos y les pone un rostro conocido. No hace falta que Jack me cuente que es el de su padre el que se pasea por su mente en plena oscuridad.

Como veo que no habla, me atrevo a preguntarle.

—¿Y qué sueles hacer cuando te pasa?

—Coger la guitarra —contesta sin dudar.

«Ya me lo podía imaginar», pienso.

Descubro que la melodía que he escuchado algunas noches proviene, en realidad, de sus mayores miedos. Una melodía que antes me parecía dulce ahora me conecta con el dolor que encierra en sus notas.

Sus ojos se desvían a la guitarra que hay apoyada justo debajo de su escritorio.

—Hazlo —lo animo—. Como si yo no estuviera.

Se frota los ojos somnolientos, se levanta para coger una Alhambra española y se sienta en la cama, con una pierna cruzada y otra tocando el suelo. No es la primera vez que veo tocar a Jack, pero sí es la primera que siento que lo hace solo para mí. Para los dos.

Y ahí empieza la melodía que me ha ayudado a dormir otras noches, aunque finja que la escucho por primera vez. La intimidad de sus acordes, las caricias de sus dedos y mi empeño por imaginar que siguen moviéndose hasta llegar a mi piel. Puede que los músicos hablemos un lenguaje único que no necesita palabras; por eso mismo, la canción que toca, desordenada y visceral, me va acercando a él irremediablemente.

Miro cómo los mechones despeinados de su melena le cubren parte del rostro. Tiene los ojos cerrados, sintiendo cada una de las notas mientras su mente se aleja de esta habitación. Lo sé porque he desaparecido mil veces al sellar mis párpados y cantar delante de otros. Me fijo bien en sus facciones hasta que no puedo negar que Jack tiene un atractivo difícil de ignorar. Aun llevando un pijama de cuadros escoceses, logra mantener esa apariencia de chico folk y atormentado que lo acompaña a diario.

Termina de tocar porque en algún punto hay que ponerle fin; sin embargo, me ha quedado claro que podría seguir haciéndolo toda la noche. Al mirarme, interpreto que me está diciendo algo como «Esto es lo que soy». Yo le sonrío en respuesta cuando observo un rastro de agradecimiento en su expresión.

—No es la primera vez que escucho tu música por la noche.

—Lo siento —se disculpa.

—Me suele ayudar a conciliar el sueño.

Mi comentario le arranca una sonrisa, aunque sus ojos siguen tristes.

—Me sorprende que tenga ese efecto en ti —responde.

—¿De qué habla esta canción?

—Ni siquiera podría considerarse como tal. —Apoya el pie de la guitarra en el suelo y se gira hacia mí, colocando ambas piernas sobre la cama—. Cada día cuenta una historia diferente, pero hoy podría estar hablando sobre los sentimientos sin nombre. —Piensa muy bien las palabras que va a decir a continuación—. Sobre la duda.

Trago saliva, mordiéndome el labio inferior sin querer. Hay tanta tensión concentrada entre los dos que mi cuerpo no deja de moverse por si consigue desviar la atención de sus ojos.

—A algo así me ha sonado a mí también.

Mis manos juegan entre ellas, nerviosas. Jack tiene un brillo en los ojos que no había visto antes, por lo que no puedo interpretar qué significa. Solo puedo teorizar sobre qué hacemos en una cama tan pequeña hablando sobre sentimientos sin nombre. Todo en esta habitación parece hacerse diminuto menos nosotros, que cada vez estamos más cerca.

Creo que es imposible no fijarme en sus labios justo ahora. Me pone nerviosa imaginar a qué saben, tanto que mi mano decide actuar por su cuenta y rozar la suya sutilmente. Evito mirarlo y decido seguir las señales primitivas que me envía mi cuerpo. Tiene la piel caliente y suave. Sobre todo cuando su mano me roza la barbilla y me obliga a mirarlo en mitad de la noche.

Tenemos una curiosidad enorme por saber qué estamos haciendo. Me tiraría de cabeza en la mente de Jack y nadaría desnuda entre sus pensamientos para intentar cazar cualquiera que lleve mi nombre.

«Voy a besarlo», me cuento a mí misma.

Estoy tan convencida de lo que quiero hacer que acerco mi cuerpo hasta él delicadamente. Luego son los labios los que se me adelantan hasta que el sonido de nuestras respiraciones se acompasa. Estoy acortando la distancia que nos separa y a él no parece importarle, por lo que me lanzo sin red.

Cuando estoy a punto de besarlo, Jack se aparta con cuidado.

—Olivia —susurra de manera incómoda.

Una ola de vergüenza recorre mi cuerpo de arriba abajo. Me siento como una adolescente fuera de lugar.

—No sé si es la mejor idea —me dice con tacto—. ¿Estás segura?

Y su pregunta me hace entenderlo todo. No es que yo esté loca y me haya montado una película sobre nosotros, sino que su fijación por protegerme no lo deja actuar sin meditarlo primero.

Veo la condescendencia en sus ojos y vuelvo a sentirme la chica con el corazón roto que era cuando llegué. Aquella pelirroja vestida de tristeza que no podía dejar de pensar en el pasado. Lo que Jack no parece entender es que he ido evolucionando a lo largo del verano. Me enfada que decida por los dos, por lo que respiro hondo antes de hablar con un tono más serio.

—¿Qué soy exactamente para ti, Jack?

Mi pregunta lo deja fuera de juego. Sin habla.

—Que una noche te contara mi triste historia —continúo— no significa que yo sea un juguete roto al que hay que cuidar todo el tiempo.

—Yo no he dicho eso...

—Pero lo veo en tus ojos —lo corto, incorporándome—. Me consideras alguien frágil.

Una lágrima me resbala por la mejilla al darme cuenta de que igual nunca me recompondré del todo; que, por mucho que me sienta fuerte por dentro, el resto del mundo escuchará mi historia y no podrá evitar sentir lástima por mí.

—Olivia. —Su mano se posa en mi mejilla, retirándome la única lágrima que me permito derramar ahora mismo—. Te prometo que me pareces cualquier cosa menos frágil.

—Como qué. —La voz me tiembla por el miedo a su respuesta.

Suspira lentamente. Se toma su tiempo mientras me aparta un mechón rebelde del rostro y me lo coloca detrás de la oreja. Es un gesto tan tierno que me ayuda a relajarme casi al instante.

—Eres valiente, espontánea, directa. —Sus ojos pasan a directamente a mis labios—. No parece importarte lo que piensen los demás. También creo que eres preciosa —confiesa casi en un susurro—. Desde el día que llegaste, pienso que una belleza como la tuya es difícil de encontrar.

Ambos nos quedamos en silencio, sin saber muy bien qué más decir. Por lo poco que lo conozco, creo que en este instante está pensando que ha metido la pata y se ha pasado de sincero, ya que baja la mirada a nuestras manos, que desde hace un rato se han entrelazado sin pedirnos permiso.

No puedo más.

Acerco mi rostro al suyo hasta posar mi nariz en su piel. Hasta recibir su aliento cálido.

—Entonces bésame —le pido en un susurro.

No tarda ni dos segundos en envolverme la cara con sus manos y lanzarse a mi boca, que lo recibe con una mezcla de ansia y cariño parecida al revoltijo de un primer beso. Su lengua y la mía juegan a descubrirse por primera vez, sensibles. Mis brazos lo rodean por el cuello y los suyos acarician mi cintura en un baile infinito.

El silencio de los Alpes suizos nos deja la intimidad que no es posible encontrar en una gran ciudad. No sé cuánto tiempo estamos besándonos ni qué significa. Solo tengo la certeza de que me siento tan libre como aquella tarde en la que vi un glaciar a más de tres mil

metros de altura. Nos tocamos de manera torpe y atropellada. Nos reímos en mitad del beso para después volver a morder nuestros labios con deseo.

Mis pulsaciones están desbocadas cuando decidimos separar nuestros labios.

—Joder —gimo en voz alta, asimilando lo que acaba de pasar.

—Exacto. Joder —repite, sin dejar de mirarme.

Noto los labios hinchados, sedientos de lo que sea esta sensación adictiva. Una parte de mí no pararía hasta descubrir cada rincón de su cuerpo, pero otra, la más racional y consecuente, sabe que mañana podría arrepentirme.

—¿Y si intentamos dormir? —le propongo, haciéndome un moño despeinado.

—Claro.

Al tumbarse, me invita a acurrucarme sobre su brazo izquierdo. Parece una tontería, pero que no quiera que me vaya de su habitación me confirma que Jack no tiene nada que ver con la imagen que había creado de él cuando lo conocí.

Nos damos un pico con la risa nerviosa que confirma que no hay edad para las emociones. Y que se pueden experimentar tantas primeras veces como tantos corazones solitarios encuentres en el camino.

Lo que acabamos de hacer esconde todo lo que hemos callado desde que nos conocemos.

Esconde todo lo que nadie sabe si va a llegar a pasar.

—¿Bien?

—Bien. —Sonrío. Es adorable la manía que tiene por comprobar cómo estoy y, de paso, reafirmar que ha estado a la altura—. Es la primera vez que beso a otra persona en seis años —confieso—. Ha sido raro, pero también bonito.

Me abraza por detrás, acerca su boca a mi oído y me susurra:

—Yo me lo había imaginado tantas veces que todavía me estoy preguntando si ha pasado de verdad.

Sonrío como una idiota y apago la luz de la mesilla.

Acurrucados en la cama, asumimos dos cosas que no imaginábamos al principio del día: que la música y el poder que

tiene sobre nosotros nos han unido de una manera irremediable, y que, para bien o para mal, no existe una fórmula para volver atrás.



Detrás de cada músico, existe un dolor que nunca sale al exterior. Un dolor que se maquilla para que el resto del mundo no pueda acceder a la vulnerabilidad del compositor.

Ahora mismo, entre tinieblas, oigo los latidos de Jack pegados a los míos y confirmo que no nos libramos de pertenecer a ese club de corazones magullados. Y que, independientemente de quién nos esté esperando fuera de esta casa, solo nosotros conocemos ese lado oculto del otro.

Puede que mañana vuelva a oír a los fantasmas que suelen acompañarme, pero dentro de este abrazo no me llegan sus voces.

THE NEW YORK RUMORS

8 de agosto de 2025

LA CARA B DE LA MÚSICA SIEMPRE ES MÁS OSCURA

Noah Addams sigue en el punto de mira. Después de protagonizar una escena dantesca en la última fiesta de Golden Records, donde había bebido de más, su imagen vuelve a ser la protagonista tras filtrarse una información impactante.

Según fuentes cercanas al teclista de Cosmic Love, este se encuentra ingresado en el centro de desintoxicación donde ya estuvo hace unos años. Parece que la banda que prometían ser los Jefferson Airplane contemporáneos se va desmembrando poco a poco.

Olivia sigue sin aparecer en escena y James Miller, su productor, no ha hecho ningún comunicado de cara a septiembre.

Cuesta aceptar la realidad, pero quizá tengamos que asimilar que hay grupos que están condenados a brillar de una manera tan breve como la de una estrella fugaz.

Ojalá no sea el caso de Cosmic Love.

Capítulo 37

«Melodía de medianoche (Instrumental)», Jack Evans



Jack

Con el paso de los años, asumes que tu vida es un camino recto y sin sobresaltos; un cuadro austero que podrías replicar de memoria... hasta que, sin esperarlo, llega alguien que te descubre el resto de los colores de la paleta.

Una persona repleta de matices, que hace de tu rutina algo indomable.

Intrépido.

Imprevisible.

Como lo que pasó anoche en mi cama después de mostrarle a Olivia mi parte más vulnerable y oculta. En ocasiones, creo que ambos nos hemos enfrascado en una batalla sobre quién está más triste de los dos; quién lleva un pasado más jodido a las espaldas, o quién está dispuesto a esconderse mejor del resto del mundo. Enseguida me doy cuenta de que no se trata de competir por la historia más dolorosa, sino de compartir ese dolor y hacer que desaparezca juntos.

No es la primera vez que conseguimos calmar la herida del otro. La diferencia es que por fin me he sentido bien mostrándome tal y

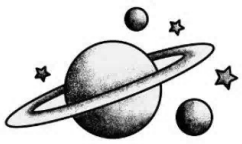
como soy, sin miedo al rechazo.

Si soy sincero, no tengo ni idea de qué significó el beso que ahora no me puedo quitar de la cabeza. Ni si va a haber más. Simplemente, no puedo comprender que alguien tan memorable como Olivia haya visto algo destacable en alguien como yo.

Solo sé que ahora será difícil tocar esa canción a medianoche y no viajar directamente a sus labios.

Capítulo 38

«Like a Rolling Stone», Bob Dylan



Olivia

—¿Cómo te sientes después de haber compartido un momento tan íntimo con Jack sin que sepa quién eres realmente?

—Layla, ¿por qué tus preguntas siempre son como un dardo?

Nunca pensé que podría adquirir con mi terapeuta la misma confianza que se tiene con una amiga de toda la vida. Ella, por supuesto, mantiene un gesto neutro mientras medito la respuesta. Aunque por su profesión no pueda desvelar mucho de su personalidad o sus juicios, sé que le caigo bien; que, en el fondo, quiere que sea feliz y salga adelante, y no solo por el contrato profesional que firmé con ella en su día.

Ha sido complicado hablarle sobre el beso que todavía ronda por mi mente dos días después. Reconozco que mi mayor temor era que me juzgara en silencio y pensara que me he olvidado de Sam demasiado rápido; que mi pena no se corresponde con mis actos. Lo único que quiero contestar a su pregunta es que sigo queriendo a Sam con toda mi alma, como siempre. Y que me he cansado de vivir sometida al recuerdo. Eso también. Pero esta sesión en concreto no es fácil.

Y su pregunta tampoco.

—Quiero decírselo, de verdad que sí. —Suspiro—. Es solo que necesito encontrar el momento, ordenar todo lo que ha pasado en mi cabeza. Soy consciente de que no es justo que no lo sepa aún.

—Tienes que tomarte el tiempo que necesites. Sobre todo, no culparte por ello.

—Gracias por entenderme siempre.

—No existen personas incomprendidas, sino entornos que no quieren escuchar —me comenta, filosofando—. Lo que quiero decir es que todos tenemos nuestros motivos para actuar de una manera o de otra, Olivia.

—Lo sé. Gracias igualmente.

—No hay de qué. Y pásalo bien en la comida en casa de Guida.

—Sí. De hecho —miro el reloj y descubro que voy mal de tiempo —, llego tarde.

—¿Cómo te sientes con el plan?

—Me apetece —reconozco—. Cada vez me cuesta menos socializar, aunque las personas que he conocido aquí me lo ponen muy fácil.

—Eso es importante, Olivia. Céntrate en esos pequeños pasos y ya nos encargaremos de los abismos que haya que saltar cuando toque.

Le sonrío como muestra de agradecimiento.

—Hasta la próxima semana.

Colgamos la videollamada y, una vez más, tengo la sensación de pesar un poco menos después de hablar con Layla.

Me quito el pijama y escojo un vestido de colores que solía ser el favorito de Sam. Es increíble cómo huimos de todo lo que nos recuerda a quienes ya no están; al menos es lo que he hecho hasta hoy. Desde una prenda de ropa, un sabor concreto de helado o una canción, resulta difícil no asociar determinadas cosas con el pasado.

Ya con el vestido puesto, me miro en el espejo. Es largo hasta los pies, de un color verde botella mezclado con trazos de otros colores que hacen que parezca un cuadro impresionista. Tiene un escote pronunciado y los tirantes son de un hilo fino y trenzado. En el reflejo me reencuentro conmigo y me veo casi tan radiante como lo fui hace tiempo.

El mayor problema de un duelo es que nadie cuenta con la respuesta correcta a la hora de determinar unos tiempos. Nadie sabe en qué momento exacto dejan de doler algunos recuerdos para, un día de pronto, transformarse en sonrisas comedidas. Incluso alguna carcajada inesperada. Ojalá supiera cuáles son los ingredientes perfectos para devolverme las ganas de ser feliz. Tengo que reconocer que en Suiza puede que estén casi todos: los atardeceres de colores, el silencio de la noche, el verde bajo mis pies descalzos, la tranquilidad... Supongo que todo eso ayuda a encontrar motivos por los que luchar.

No me estoy olvidando de Sam, nunca podría hacerlo. Solo estoy aprendiendo a vivir con su ausencia.

Y lo hago lo mejor que puedo.

Ya en casa de Guida, todos ayudamos a poner la mesa en el jardín mientras ella toma un whisky por el que ha tenido que suplicar mucho, hasta que Jack le ha concedido el capricho por ser un día especial.

—Si ya no puedo tomarme un lingotazo de vez en cuando, enterradme en vida —suelta melodramática.

—Firmaría ahora mismo por estar como tú a tu edad —le dice Peter.

—Con tanto vicio, veremos si llegas.

Todos nos reímos ante su comentario, con el sol pegando en nuestros rostros y el olor a asado en nuestros platos. Si la casa de las flores violetas es un paréntesis en la rutina, la de Guida es directamente un remanso de paz. Se nota que hay mimo en cada detalle, porque, tras muchos años trabajando por convertirlo en hogar, todos los rincones tienen algo que contar. Sin duda, mi favorito es el jardín.

No es ni muy grande ni muy pequeño, del tamaño perfecto para acoger a un grupo tan variopinto como el nuestro y conseguir que encajemos a la perfección. Tiene unos columpios que venían con la vivienda y nunca quiso quitar; una pequeña fuente de piedra preside el centro del patio, por no hablar de la variedad de flores que inundan las vallas de madera. Si me imagino un escenario para una

película *feel good*, con una protagonista repleta de enseñanzas, no tengo dudas de que estoy ahora mismo en él.

—Voy a por una cerveza —anuncio, y me levanto de la silla.

—Ya voy yo —se apresura a decir Jack, haciendo que todos los presentes se giren hacia él—. ¿Alguien quiere algo más?

—¿A mí también me lo vas a traer o tengo que ser pelirroja y tener los ojos verdes? —El comentario de James lo pone nervioso, pero también le arranca una sonrisa.

—También sirvo a imbéciles como tú, tranquilo.

Lo observo salir del jardín y luego noto que las miradas de Guida y Anna se clavan en mí. Es algo con lo que contamos las mujeres: la capacidad de intuir cuándo dos personas se han besado por primera vez sin necesidad de hablar; cuándo hay una conexión que quizá Peter y James no terminan de percibir, pese a las bromas que puedan soltar. Lejos de hablar con ellas, bajo la cabeza y rezo en silencio porque alguien diga algo que desvíe su atención.

—Yo quiero otro whisky.

—Y yo un avión, Guida —contesta Jack riendo al tiempo que coloca las cervezas en la mesa y se sienta justo enfrente de mí—, pero la vida es injusta a veces.

—Pues al menos contadme cómo os sentís respecto al festival. Entretenedme.

—Lo vamos a petar —asegura James.

—Tan humilde como siempre. —Guida sonríe.

—Ya lo conoces, prefiere sentirse el rey del mundo antes que aceptar que es un simple mortal más —comenta Anna.

—¿Vosotros seguís pelando la pava después de tantos años o vais a admitir que sois una pareja de pleno derecho?

La pregunta de Guida hace que James se atragante con la cerveza, Anna niegue con la cabeza y el resto pensemos algo como «Al fin alguien ha dicho en voz alta lo que todos llevamos callando un tiempo».

—Tan directa como siempre —contesta el aludido—. Respecto al festival, en menos de una semana tenemos la primera prueba de sonido y, dos días después, por fin tocaremos ante más de diez personas.

—¿Y vais a ir así vestidos? —pregunta la anfitriona.

Los chicos llevan las pintas de siempre: pantalones desgastados y camisas de cuadros. Jack lleva un sombrero marrón (que le queda increíblemente bien) y unas botas que vivieron años mejores. Todo su *look* grita a voces que no cambiarían su vestuario por nada del mundo. Y mucho menos el día en el que van a mostrarse ante todos como los puristas que son.

—Ningún icono del rock fue recordado por llevar traje y corbata —dice Jack.

Su comentario hace reír al resto, pero yo me quedo congelada un instante. Seguro que la cabeza me está jugando una mala pasada y he oído mal. Pero recuerdo esas palabras en boca de Sam cuando alguien comentaba sus *outfits*. Era una especie de oda al hecho de no cambiar por nada ni por nadie.

Pensándolo bien, no es tan raro, ¿no? No es la primera ni la segunda vez que pienso que este grupo se parece demasiado al mío.

Después del beso, de todo lo que siento cuando Jack está cerca, oír esa frase de sus labios me confirma que la vida puede estar repleta de casualidades.

Y algunas se clavan como una astilla afilada.

—Solo espero que lo grabéis todo y me lo enseñéis al día siguiente.

No sé cuánto tiempo han seguido la conversación sin mí, pero me incluyo como puedo lanzando una sonrisa de asentimiento a lo que sea que están debatiendo.

—No lo dudes. Sigo pensando que podrías venir con nosotros y verlo desde el *backstage* —dice Jack.

—Lo último que queréis es a una vieja que vaya a tener que ir al servicio más de cinco veces en lo que dura el concierto. Salid ahí, *rockanrolear* y volved aquí para contármelo.

—Eso está hecho.

Todos levantamos las bebidas y brindamos por la oportunidad que va a tener Long Days en unos días de enamorar a todos los que asistan al concierto.

—Olivia, ¿me acompañas a por el postre?

La voz de Jack me atraviesa sin previo aviso. Asiento en silencio y lo sigo, dejando las voces de nuestros amigos atrás. Ya en la cocina, abro la nevera para sacar una tarta de chocolate que ha traído Anna. Percibo cómo el ambiente ha cambiado en comparación con el jardín. Aquí ambos sabemos qué hay entre nosotros, qué nos sobrevuela desde hace dos días.

Jack se pone justo detrás de mí y deposita un beso en mi hombro desnudo que me pilla desprevenida. Noto la piel de gallina en los brazos y cierro los ojos por si puedo alargar el momento.

—Con este vestido pareces la *hippie* que querías ser de pequeña —me susurra al oído—. Estás preciosa.

—Me alegra haber cumplido ese sueño de alguna manera.

La voz apenas viaja desde mi garganta hasta el exterior. Me doy la vuelta, dejando la encimera a mi espalda y su rostro a unos centímetros del mío. El sol entra por la ventana y me sorprende tenerlo tan cerca con este tipo de luz, ya que nuestros encuentros más íntimos se han producido en la penumbra. Puedo ver con detalle el color miel de sus ojos, al igual que los pelos castaño claro, casi rubios, de su barba a punto de rozar mi mejilla.

—¿Falta algo, chicos?

La voz de Anna nos separa de golpe. Quizá hayamos actuado con demasiada brusquedad, ya que advierto la sonrisa de la suiza detrás de sus labios apretados.

—Nada —se apresura a contestar Jack.

Anna entrecierra los ojos antes de salir por la puerta y, por unos segundos, nos deja a solas con un secreto que cada vez es más difícil de esconder.

«Llevas demasiados a la espalda», me regaña mi subconsciente, siempre preparado para darme un golpe de realidad.

«Ahora no», lo acallo.

El resto de la sobremesa lo pasamos entre risas y silencios cómodos. Me quedo dormida en una de las hamacas con las gafas de pasta de corazón que suelen hacerme sentir en casa. Y recuerdo que lo último que pienso antes de dejar de oír al resto y entrar en un sueño de media tarde es que la felicidad no solo depende de lo lejos que esté alguien querido.

La felicidad también se define por las personas que se quedan contigo cuando crees que ya no hay nadie a tu lado.



—¿Cómo te trata Suiza, chica de ciudad?

Cuando todos estábamos saliendo por la puerta, Guida me ha ofrecido quedarme un rato más con ella y charlar a solas. No tengo mucho que hacer por la tarde, así que he accedido. Además, reconozco que estar con ella es parecido a volver a casa, en Texas, donde los días pasaban sin contratiempos y vivir tranquila no era un imposible.

—Bien, todo bien —miento.

Su mirada me somete a un escrutinio intenso por si decido contar, de verdad, cómo está mi vida ahora mismo.

—¿Sabes que nunca había visto a Jack tan feliz como ahora?

Niego con la cabeza, sin tener claro hacia dónde se dirige esta conversación.

—Siempre ha sido un chico excepcional, no me malinterpretes —continúa, al tiempo que se recoloca en el sillón que está junto a la ventana—. Lo que pasa es que ahora tiene ese brillo en los ojos... —Chasca la lengua, meneando la cabeza—. Se nota que ha vuelto a sonreír de verdad y no solo a fingir que es feliz para sobrevivir en el día a día.

Mis labios siguen sellados. Lo último que quiero es debatir sobre la felicidad de Jack sin que él esté presente; por otro lado, soy consciente de que Guida lo conoce más que él mismo y tengo curiosidad por saber más.

—Sé que tuvo una infancia difícil.

—¿Eso te ha contado? —me pregunta incrédula.

—Más bien, lo he descubierto. La otra noche tuvo una pesadilla y fui hasta su habitación para ver si estaba bien. —«Y terminamos

besándonos como dos adolescentes», me quedo con ganas de confesarle—. Por lo visto, son recurrentes.

—Ningún niño debería pasar por eso. —Su tono se torna más serio de lo normal—. Son experiencias que definen tu personalidad, ¿sabes?

Pienso en Sam y en lo que me ha transformado su ausencia. Puede que no entienda de familias rotas ni de padres convertidos en monstruos, pero sí que he tenido que sufrir un duelo que me ha convertido en la persona distante y temerosa que soy en ocasiones.

—Me lo puedo imaginar —respondo al cabo de unos minutos.

—¿Dónde estaba tu mente?

—¿Cómo? —pregunto, desorientada.

—¿Cuál es tu miedo, Olivia? ¿Qué te frena?

Al principio, me hago la tonta. Después, me harto de seguir escondiéndome ante todos. Incluso me apetece contarle por qué estoy aquí y por qué nada es tan fácil como parece con Jack.

Bebo un sorbo del té negro que hemos preparado en la tetera verde inglesa que descansa en su cocina, cojo aire y me abro sin miedo ante Guida. Le hablo de Sam sin tapujos. Le confieso que me ha llegado a doler el corazón hasta tal punto que creía que se había parado. Ella me coge la mano con cuidado y abre los oídos a mi historia. Asiente en algunas ocasiones, me limpia las lágrimas en otras. Le cuento también el problema que tengo con los tiempos y que nadie ha escrito nunca sobre cuándo es buen momento para sentir de nuevo; que, por muchos libros que cogiera de la biblioteca, jamás encontraría la respuesta correcta.

También le hago partícipe del beso que he dado después de seis años a una persona que jamás habría pensado que aparecería; que fue tierno, íntimo, lleno de dolor y, a la vez, como una cura para nuestras heridas.

Que la culpa no apareció en el momento, pero que llevo dos días sintiendo un cosquilleo molesto que puede que me castigue por ser mínimamente feliz.

Y también le digo, cansada pero con una sonrisa, que la vida es una mierda en ocasiones. Y que no la entiendo.

—Mi niña. —Aprieta mi mano con fuerza y se incorpora levemente para colocarse a mi altura—. Ojalá pudiera decirte que, con ochenta, recibes las instrucciones que llevas buscando toda la vida. La realidad es que no importa los años que pasen, ya que nunca vas a tener claro qué es lo correcto. Pero sí que vas a saber qué te pide esto. —Acerca su mano a mi pecho y me la posa sobre el corazón—. ¿Qué es lo que te dice ahora?

—Que me deje llevar.

Sonríe orgullosa.

—Cariño, si yo he sido capaz de volver a reír después de perder a mi compañero de vida, tú también puedes. Eres joven, preciosa y con una luz que pocas personas tienen.

—Lo siento mucho —digo, sincera.

—Hace ya muchos años que Luka murió de una sobredosis. —Se me encoge el estómago al oír sus palabras—. Cuando somos jóvenes y alocados, nos seduce demasiado la idea de vivir como un *rolling stone*, ¿sabes? Y algunos se lo creen tanto que ya no son capaces de regresar a su vida anterior. Él era prácticamente perfecto, pero tenía una debilidad que acabó ganándole la batalla. Me culpé durante muchos años por no haberlo cuidado como debía, por no haber estado más pendiente de él. —Hace una pausa en la que sus recuerdos se acomodan en esta habitación, justo a nuestro lado—. Luego me di cuenta de que lo quise de la mejor manera que pude y que fue él quien decidió no cuidarse lo suficiente. Todavía hoy lo echo de menos, pero te aseguro que no he vuelto a sentir que mi vida no tenga sentido.

—Yo lo pienso demasiadas veces —admito.

—Cuando perdí a Luka yo ya tenía cincuenta y seis años, lo que significa que contaba con menos esperanza de la que puedes tener tú. Y con menos energía —reconoce—. Aun así, aquí me tienes: encontrando cada día un motivo por el que no pensar que la vida es una mierda. Hoy, por ejemplo, me he rodeado de jóvenes guapos y llenos de vida en mi jardín. Hasta me he bebido un whisky bajo el sol. Quizá parezca una tontería, pero las arrugas tienden a desaparecer cuando están rodeadas de todo lo que un día fueron. Se mimetizan.

Su crudeza me hace sonreír. Me encanta hablar con Guida, tanto que no sé si llevamos en este salón un año o una década. Escucharla es como tocar un árbol milenario y sabio con la punta de los dedos y descubrir partes de ti que no conocías.

—Llevas razón. Sin embargo, mi cabeza es un saco de miedos ahora mismo. Me cuesta mucho ordenar lo que hay dentro.

—Ya irás encontrando un sitio para cada cosa.

—Gracias por escucharme. —Ahora soy yo la que coge sus manos entre las mías.

—Gracias a ti por traer algo de felicidad a este pueblo, a la casa de las flores violetas y a la persona que habita en ella.

Me guiña un ojo e, irremediablemente, mi pecho se calienta con su gesto.

—Por cierto, te dejo la tarea de grabar todo el concierto de mis chicos y traerme el vídeo. No quiero perderme ni un detalle.

—Hecho —le aseguro.

Lo que no puedo ni imaginar, a unos días del festival, es que esa actuación hará que nuestras vidas den un giro de ciento ochenta grados.



Ya en casa, llamo a mi madre después de unos días sin saber nada la una de la otra. La conversación que he tenido con Guida ha despertado mi añoranza hacia ella y hacia todo lo que tiene que ver con el lugar del que provengo. No sé cómo lo hacen, pero las madres son capaces de contar con un consejo para cualquier tipo de problema y, después de nuestra llamada, confirmo que ese superpoder sigue surtiendo efecto a miles de kilómetros de distancia.

Me pregunta por cómo está mi relación con la música; si sonrío varias veces al día o sigo teniendo un escudo contra la felicidad; me pide que le hable de mis amigos y de Jack. Yo le cuento que pronto

estaré de vuelta y que, aunque los eche de menos, Suiza está resultando un hogar inesperado. Incluso le confieso que estoy escribiendo una canción sobre ello, aunque mi inspiración lleve brillando por su ausencia todo el verano.

Para despejarme, al igual que solía hacer cuando era pequeña, me ha detallado anécdotas de mi padre en la cocina y me ha hablado de la vida de todas sus amigas para que no tuviéramos que reparar en la mía, que sigue buscando su rumbo.

Reímos sin parar cuando me entero de que papá intentó preparar una cena romántica con recetas experimentales y el resultado fue peor que horrible.

Por un momento, quiero teletransportarme y ser capaz de oler el quemado de la lasaña en su cocina; de abrazarlos durante una hora para, de alguna manera, conectar de nuevo con mis raíces, que ahora mismo han perdido el ancla y vuelan a mi alrededor. Justo como las letras de mis canciones inacabadas.

Al colgar, sonrío de pensar que mi familia estará esperándome a mi vuelta.

Tres toques en la puerta de mi habitación me traen de vuelta desde Texas hasta uno de los rincones de la casa de las flores violetas.

—¿Puedo?

Jack se asoma inseguro. No parece tener algo concreto que decirme, simplemente pasaba por aquí y ha decidido hacerme una visita... algo que me pone más feliz de lo que llegaré a reconocer delante de nadie. Lleva el pelo húmedo y puedo percibir el olor a lavanda de su champú desde aquí.

Está guapísimo, esa es la realidad.

—Claro.

Mira a su alrededor, descubriendo mi rincón por primera vez. Analiza las plantas que compré en mi primera semana, los pósteres que me traje de Nueva York para seguir sintiéndome yo misma lejos de casa, la ropa amontonada en la silla, las fotos esparcidas por la mesa...

«Las fotos».

Traje un taco de fotografías que han permanecido en el interior de la maleta casi toda mi estancia; sin embargo, hace dos noches estuve rememorando algunos momentos a través de ellas y las dejé desperdigadas sobre la mesa. No recuerdo que ninguna me tuviera a mí como protagonista encima de un escenario, eran más bien imágenes cotidianas de los chicos y la vida en Nueva York. O eso creo.

Entonces, justo cuando me relajo, Jack me hace una pregunta que jamás hubiera imaginado que haría. Una pregunta que me cuesta digerir desde el principio.

—Oye, ¿y esto?

Coge una foto mientras mi corazón se salta un latido esperando saber en qué se ha fijado exactamente.

—¿Qué ocurre?

Abre los ojos sin dejar de mirar la Polaroid hasta que los posa sobre mí.

—¿De qué conoces a Sam?

Y es justo ahí, en ese segundo en el que sus labios pronuncian su nombre, cuando creo que el destino no solo se conforma de casualidades.

Es ahí cuando pienso que alguien tuvo que lanzar algún hechizo sobre nosotros para que yo terminara conociendo a Jack Evans.

Capítulo 39

«Louie, Louie», The Kingsmen



Jack

Me cuesta creer que la tierra tenga miles de millones de habitantes. Me niego a pensar que en una superficie tan grande se produzcan eventos tan específicos como que la chica que ha terminado viviendo conmigo y volviéndome loco conozca a aquel chico con el que compartí otro verano hace casi diez años. Un verano que estuvo repleto de música y esperanza lejos de Nueva York.

Los libros de geografía pasan a parecer irreales en el momento en que veo el rostro de Sam al lado del de Olivia en una playa de Estados Unidos. En serio, el mundo es jodidamente pequeño en comparación con como imaginamos que es en realidad.

Al principio, no soy capaz de hilar la información con la que cuento hasta llegar a una verdad que duele demasiado. El rostro pálido de Olivia es lo último que me falta para atar cabos.

—Este Sam... —comienzo a decir mientras me acerco a ella— ¿era tu pareja?

Me siento a su lado con la intención de despejar la mente. La habitación me da vueltas, no puedo pensar con claridad y, por lo que veo, Olivia está igual de desubicada que yo.

Asiente en silencio, sin mirarme a los ojos. «Entonces, Sam está... muerto». Ese pensamiento llega a mi cabeza igual de letal que un puñal al corazón.

—¿De qué lo conocías?

Su voz suena desesperada, como la de alguien que necesita respuestas a algo inexplicable. Ni me imagino la cantidad de preguntas que se están formando en su mente, por lo que organizo como puedo nuestra historia antes de comenzar a hablar, pero me cuesta encontrar las palabras.

—Perdona, es que todavía estoy asimilándolo todo —confieso, moviendo levemente la cabeza en un intento de despejarla por completo—. Siento muchísimo que una persona como él se haya ido tan pronto.

Tengo ganas de saber cómo fue. Intentar entender por qué alguien con tanta luz se puede apagar tan joven, pero no pregunto nada más. No pretendo agobiarla.

—Cuéntame cómo os conocisteis.

Me lo pide con ternura, con la sensación de que va a descubrir algo de él que desconocía. Se sienta con las rodillas encogidas y apoya la barbilla en ellas, atenta a mis palabras.

—Fue el primer verano que pasé en Suiza. —Suspiro, rememorando mi primer contacto con el país—. Coincidimos en un bar de Lucerna en el que todos los viernes había música en directo. También era la primera vez que Sam visitaba el país, con su mochila al hombro y esas ganas que te acompañan cuando no sabes qué esperar de un lugar nuevo. No sé cómo, acabamos tocando juntos, creo que a él le dejaron una guitarra que ni siquiera estaba afinada, pero que enseguida afinó de oído.

—¿Qué tocasteis?

Una risa se escapa de mis labios al recordar con tanta nitidez la versión que hicimos.

—«Louie, Louie». No me acuerdo de quién era el batería, es probable que no lo volviéramos a ver después de aquello, pero en lo que duró esa canción fuimos un grupo aparentemente consolidado.

—Le encantaba esa canción —dice más para sí misma que para mí.

Yo, por el contrario, sigo pensando que es demasiado triste hablar de él en pasado.

—¿Qué es lo primero que pensaste de Sam?

Está hecha una madeja junto a la almohada de la cama, pero se incorpora levemente al hacer la pregunta. Advierto que quiere conocerlo a través de unos ojos que no son los suyos; que intenta tener una última cita con él mediante mis palabras.

—Que era un tío demasiado auténtico —reconozco—. No parecía importarle nada ni nadie, pero, cuando lo conocí un poco, me di cuenta de que todo eso era solo una fachada.

—Le importábamos demasiado las personas que estábamos en su vida.

—Solíamos escribir canciones absurdas y buscar juegos de palabras para, después, llegar al piso que compartimos y tocar durante horas.

—¿Vivíais juntos?

—Algo así. En aquella casa, todos eran bienvenidos, como si cada rincón nos perteneciera a todos, por lo que era muy normal levantarse una mañana y no conocer al sesenta por ciento de las personas que se habían quedado a dormir la noche anterior. —Niego con la cabeza, asumiendo que nunca podría volver a vivir de esa manera, pero que en su momento tuvo su gracia—. Cuando terminó el verano, nos intercambiamos los teléfonos, pero, cuando yo cambié de móvil, perdí todos los datos y no supe más de él. Asumí que había sido una de esas personas que pasan por tu vida para dejar huella, sin que sea necesario volver a verlas. Nunca he tenido redes sociales ni nada parecido, por lo que mi amistad con Sam se guardó en mi memoria. Nada más. Y el tiempo, supongo, nos convirtió en viejos amigos. En el fondo —añado—, tenía la esperanza de verlo de nuevo porque siempre juró que regresaría.

—Era su idea —susurra Olivia—. Nuestra. Si él no me hubiera hablado tanto de este país, yo no estaría aquí.

—Me parece increíble que hayas sido tú la que se ha presentado en mi casa —admito. Nuestras manos se rozan en ese lenguaje que ya da la impresión de que entienden ellas solas—. Justo tú.

—Todo esto parece irreal. —Niega con la cabeza.

—¿Fue feliz?

La pregunta se me escapa de los labios como un relámpago imparable. Necesito saber que al menos tuvo una vida plena.

—El que más. —Las lágrimas de Olivia desembocan en una pequeña sonrisa al decirlo—. Derrochaba vida hasta que... se apagó. ¿Sabes que más de una vez he pensado que os habríais llevado bien? —me confiesa entonces—. Había algo que os conectaba antes de saber esta historia. Quizá vuestra manera de vivir la vida a través de la música, o vuestro empeño por cuidarme, no lo sé.

Sus ojos se clavan en los míos mientras siento que se está creando un vínculo fuerte entre nosotros. Ya no somos dos personas que comparten casa y se atraen. Tampoco somos solo dos amantes de la música que charlan durante horas sobre otros tiempos. Ahora lo que nos une es mucho mayor: un recuerdo compartido de los que no desaparecen con el paso de los años.

—Para mí, que me compares con él es el mayor halago que me podrías hacer. —«En cuanto a cuidarte, no concibo no hacerlo», me guardo para mí.

Termino la frase con un nudo en la garganta. Intento entender cómo es posible que estemos hablando de lo que Sam nos dejó a cada uno, en el mismo país; en el mismo tiempo; entre las mismas sábanas. ¿Cuáles eran las probabilidades de que esto sucediera?

Me quedo embobado mirando a Olivia viajar a una época de la que yo no sé mucho. Por su expresión, fue tan feliz como siempre imaginé que sería Sam. En realidad, ambos son esa clase de personas que se merecen todo lo bueno que pueda pasarles, por lo que no me extraña que sus caminos se acabaran cruzando.

—¿Cómo os conocisteis vosotros? —pregunto con algo de miedo —. Si te apetece contármelo, claro.

—Fue un año y medio después de que él estuviera en Suiza. No te imaginas lo pesado que era hablando de este país y de cómo algún día acabaría retirándose a vivir en las montañas. —Su voz se rompe cuando se da cuenta de que ese sueño ya no podrá cumplirse—. Lo nuestro comenzó como en una película de los ochenta. Yo era una camarera texana que buscaba triunfar en la gran ciudad, y él, un músico sin dinero y sin vergüenza.

Me cuenta que cada semana iba a visitarla para invitarla a salir y que ella se negaba con una sonrisa en los labios, esperando a que llegase de nuevo la siguiente invitación. Me hace saber que Sam estuvo tocando un tiempo y que se fueron a vivir juntos, pero tampoco me da muchos detalles sobre los años posteriores. Y yo no se los pido. Aunque veo cómo le brillan los ojos al hablarme de él, también percibo el dolor que hay detrás de ellos y de todo lo que decide no contarme.

No ha dejado de llorar prácticamente desde que se ha enterado de que en otra vida Sam y yo fuimos colegas durante un verano entero.

—Ven aquí —le susurro, abriendo los brazos para que sienta que tiene un refugio entre ellos.

Olivia se acerca y se acomoda en mi hombro. No sé cuánto tiempo permanecemos en silencio; ella, con los ojos cerrados, yo mirando el paisaje a través de la ventana. Es curioso cómo alguien que ya ni siquiera está ha conseguido unirnos un poco más. Es el poder que tienen algunas personas: ser tan jodidamente memorables que es imposible que no se vuelvan eternas para los que las conocieron.

—¿Tú crees que esto, nosotros, es una falta de respeto? —pregunta de pronto.

Lo medito más de la cuenta, aunque termino contestando de la manera más honesta que sé.

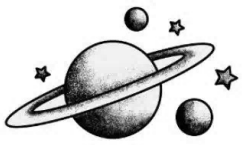
—Yo creo que Sam solo querría que fuéramos felices.

Entonces noto cómo se agarra un poquito más a mí. Esa noche dormimos en su cama, en un nudo de brazos y piernas que se asemeja al que se ha formado en nuestro pecho al hablar de Sam.

Un nudo doloroso y precioso que nos hemos propuesto deshacer juntos.

Capítulo 40

«Cosmic Love», Cosmic Love



Olivia

11 de agosto de 2025

¿Hay algo que conecta a las personas de forma invisible y hace que se encuentren pase lo que pase? Tú solías hablar de estas teorías, Sam. Me contabas la leyenda asiática del hilo rojo y su destino. Me asegurabas que nosotros éramos dos de esos afortunados que siempre iban a estar juntos, pero lo cierto es que tú te marchaste y yo he terminado viviendo con el que fue tu amigo hace diez años.

Te dije que lo primero que pensé al verlo es que os llevaríais bien, pero la realidad supera la ficción. Siempre lo hace. La vida real hace que todo se perciba más fuerte, que se oiga la sangre viajar por las venas, que se lata con más intensidad. Cuando decidí venir a Suiza, pensaba que estaba huyendo de tu recuerdo, pero me he dado cuenta de que, sin quererlo, me he reencontrado contigo en un plano que no contemplaba.

Jack ha hablado de ti con tanto cariño que me ha confirmado que es la buena persona que pensaba. No he sido capaz de contarle quién soy verdaderamente, quién llegué a ser contigo y con los chicos. He estado a punto, pero algo me ha frenado y me ha mantenido como la Olivia que estudió una carrera aburrida y se marchó de Nueva York para pasar un verano sabático. Nada de focos y nervios antes de un concierto. Nada de la adrenalina que supone cantar delante de tantas personas. Nada de lo que me quema el pecho y creo que no podré sostener mucho más tiempo dentro.

Layla me aconsejó que te escribiese estas cartas para sentir, de alguna manera, que podía contar contigo. Me ha encantado parlotear como hacía tiempo justo antes de dormir, cuando me pedías entre risas que te dejara en

paz y que apagara la luz. Sin embargo, en el camino, he descubierto que, por muchas palabras que te dedique, estas no van a obtener ningún tipo de respuesta.

He aprendido que tu recuerdo no tiene por qué martillear mi mente a diario, sino ser la calma que me solías aportar cuando aún podía abrazarme a tu cuello. Ha sido Suiza la que me ha ayudado a darme cuenta de esto. Bueno, y también Jack. Te juro que no me esperaba empezar a sentir por nadie que no fueras tú ni en un millón de años, pero, como acostumbrabas a repetirme siempre, los sentimientos no se eligen, te eligen ellos a ti.

Te escribo esta última carta para recordarte que una y mil veces te seguiría eligiendo. Y para darte las gracias por haber sido la persona que me confirmó que el amor va mucho más allá de lo terrenal.

Que el amor es cósmico.

Te quiere,

Olivia

Parte 4
Acordes

m. Conjunto de sonidos que suenan armónicamente.

***

Cuando dos personas son capaces de armonizarse sin pretenderlo.

Capítulo 41

«Disorder», Joy Division



Jack

Ha llegado el día del festival y, aunque tengamos el concierto a la hora de la comida, hemos querido venir temprano para mimetizarnos con el entorno. En el recinto se respira un ambiente del que es difícil huir: carcajadas, bailes, música por todas partes, olor a queso y a comida recién hecha y a algodón de azúcar, un sol que lo baña todo, el agua azul cristalina del lago justo a unos metros... Todo sería idílico si no sintiera que me falta el aire cada cierto tiempo.

Olivia me dedica una sonrisa mientras da un mordisco a un *croissant* con mucho chocolate y caramelo. Se la ve realmente feliz aquí. Lleva un top de ganchillo amarillo, un chaleco marrón con flecos, unos pantalones minúsculos que hacen que sus piernas parezcan infinitas y unas botas altas que rinden honor a sus raíces texanas. Se ha colocado piedrecitas brillantes en los ojos y en el pelo, aunque estoy seguro de que produciría el mismo efecto sin ellas. Curvo los labios en respuesta y me trago el nerviosismo que se está instalando en mis dedos desde que hemos puesto un pie en este césped.

Los chicos no dejan de comentar todo lo que ven mientras beben cerveza, imagino, para relajar tensiones. Es la primera vez que

vamos a tocar delante de tanta gente, debería estar eufórico; en cambio, me siento un ser diminuto.

—¿Todo bien? —Anna se cuelga de mi cuello despreocupada. Veo el orgullo en sus ojos al saber que por fin vamos a salir del garaje de mala muerte en el que tantas tardes nos ha acompañado.

—Perfecto.

—Chicos, yo prefiero esperar aquí —comenta Olivia.

Estamos en la zona que hay detrás del escenario, que ahora mismo está desierta. Hay mesas y sillas por todos lados, neveras con bebidas, la música de fondo...

—¿No quieres venir? —pregunto, algo confuso.

—Estoy bien. —Se encoge de hombros con una sonrisa.

—Nos quedamos contigo —dice Anna de pronto—. No hace falta estar en el meollo si se lleva la fiesta por dentro.

La pelirroja sonríe agradecida y todos cogemos algo de beber con la intención de quedarnos por aquí hasta que sea nuestro turno. Hay un rincón estratégico desde el que se ven las actuaciones sin tener que compartir el espacio con desconocidos.

Todos están felices de estar aquí, se les nota en las arrugas que decoran su rostro, mientras yo me visto con la capa de seguridad que suele funcionarme. Puede que algún día, simplemente, deje de ser efectiva, pero hoy necesito más que nunca sentir que todo va a ir bien y disfrutar con la música como lo llevo haciendo desde que era un niño.

Nos colocamos justo en ese rinconcito en el que podemos ver qué está sucediendo en el escenario, sentados en el césped y volviendo a los quince durante un rato. El grupo que está tocando en estos momentos me recuerda a Joy Division, hasta el cantante se mueve de una manera tan particular como la de Ian Curtis. Tienen un estilo muy marcado y, sobre todo, no se huele su miedo desde aquí. Se nota que no lo tiene pegado a la nuca, justo del modo en que yo sí lo siento agarrado a la mía.

—¡Son buenos! —grita James por encima de la música.

—Muy buenos —confirma Peter.

—Eso es porque aún no os han escuchado a vosotros —dice Anna, convencida de que somos la mejor banda del universo. Es una

creencia errónea, claro, pero me hace ilusión que, al menos una persona (aunque esté involucrada hasta las trancas emocionalmente con nosotros) nos vea con esos ojos.

Las tres horas siguientes logro despreocuparme entre risas y cervezas. Los chicos y yo soltamos nuestro cuerpo e, incluso, movemos los pies al son de la música. Olivia y Anna, por el contrario, no paran de saltar y bailar sin ningún tipo de vergüenza. La pelirroja lleva una cámara de vídeo antigua que Guida le ha obligado a traer, con la que no deja de grabar todo a su alrededor. Da la sensación de que sus preocupaciones se han ido escurriendo de su cuerpo con cada salto. Y está... radiante.

—¡Muchas gracias, Brienz! —oímos de fondo.

El grito del cantante, completamente agotado y extasiado, me recuerda que dentro de unos minutos voy a ser yo el que tenga que lograr que el público se sienta tan frenético como ahora. Los aplausos y silbidos se cuelan en mi pecho como la señal de todo lo que no tendré. Y el hecho de no vislumbrar lo que hay al otro lado de bastidores, el número de personas al que nos vamos a enfrentar, me acelera el pulso de una forma estresante.

«Deja la jodida negatividad», me ordeno sin mucho éxito.

—Chicos, nos toca —anuncia Peter, que ya ha echado a andar hacia el *backstage*.

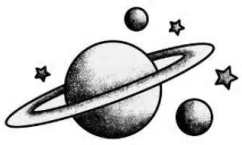
Mis pies se quedan anclados al césped mientras veo cómo mis amigos pueden caminar sin la gravedad tirando desde las suelas de sus botas.

—Lo vas a hacer genial. —La voz de Olivia en mi oído es un susurro que acompaña con un beso casi imperceptible en mi mejilla —. Estaré solo a unos metros.

Me tiende la mano, sin presión, sin juzgar los millones de planos fatales que se están desarrollando en mi cabeza y que ella, de alguna manera, conoce de antemano. No lo pienso mucho más, agarro su mano durante un instante y la suelto antes de dirigirme al escenario sin pensar en todas las personas que me rodean y que, dentro de un rato, van a ser capaces de ver a través de mi piel.

Capítulo 42

«Telescope», Cage The Elephant



Olivia

Agradezco que todos se hayan quedado conmigo lejos del barullo durante toda la mañana, además de no insistir ni preguntarme por qué no me apetecía dar una vuelta por el recinto. Se han perdido el jaleo y la comida rápida por el silencio y la intimidad que solo proporciona un grupo que se conoce desde hace muchos años. Es verdad que yo soy la que menos tiempo lleva con ellos, pero eso no ha impedido que me hayan hecho sentir como una más. No estaba preparada para mezclarme con tantas personas justo ahora, cuando estoy a punto de contarle a Jack quién soy en realidad dentro de la música. He querido esperar hasta después del festival para que él pudiera centrarse en su actuación. Por mucho que lleve toda la mañana repitiendo que está todo bien, sé que su mente anda dispersa y que el miedo le sube por la espalda.

Lo he visto en sus ojos apagados y en sus manos inquietas.

El sonido de mi móvil me hace suspirar con cansancio. No me hace falta mirar la pantalla para saber que James Miller vuelve a intentar hablar conmigo. Lleva haciéndolo continuamente estos últimos días; querrá saber cómo van mis letras o cuánto queda para tenerme de vuelta en Nueva York. Ya lo llamaré cuando me vea capaz de charlar con él de manera educada, ya que ahora mismo solo me apetece gritarle por manipular a todo el grupo en mi ausencia. Lo único que

me sale es acusarlo, una vez más, de elegir el dinero por encima de las personas. Me encantaría poder decirle que estoy fuera del grupo y que me largo; sin embargo, esto último no lo hago porque me comprometí con los chicos a sacar un álbum más. Se lo debemos a Sam; es una forma bonita de despedirnos de todo lo que fuimos sin que sea un adiós abrupto y doloroso. De hecho, pronto me tiene que llegar el contrato que siempre revisa Mark antes de pasárnoslo. Cuando lo firme, será la última ocasión en la que escribiré mi nombre para Golden Records.

No hay nada que tenga más claro que esto.

Es tentador saber que puedo desahogarme así en una llamada con Miller, pero no quiero relacionar Suiza con una discusión de esa índole. Prefiero que este país siga siendo el oasis en el que los problemas se hacen pequeños para, cuando regrese a la gran ciudad, recordar que puedo coger un avión y volver a ese rincón del mundo que va a recibirme con cariño.

Una vez que los chicos se han ido a preparar los instrumentos, Anna y yo nos quedamos a solas en un silencio quizá más denso de lo normal. Estamos en uno de los laterales del escenario, viéndolo todo en primer plano. Entonces, sin previo aviso, Anna me pregunta algo que hace latir mi corazón más rápido.

—¿Cuándo se lo vas a contar?

Sus ojos se dirigen a un Jack que está afinando su guitarra, ajeno al subtexto que se está creando entre nosotras.

—¿Cómo?

Sé perfectamente a qué se refiere, solo intento ganar tiempo para encontrar una respuesta que la convenza.

—El día que te conocí, supe que había visto tu cara antes —me confiesa, entornando los ojos—. No le di mucha importancia. Pensé que tenías un rostro precioso y que parecías haber traído un poco de luz a la rutina de Jack.

—Yo... —No sé cómo salir de este aprieto cuando ya está bastante claro que conoce mi secreto.

—Después empecé a pensar que algo no cuadraba —me interrumpe—. Entendías mucho de música, no me creía del todo que alguien como tú se dedicara al *marketing*, no contabas mucho sobre

tu vida en Nueva York y, aunque moralmente no sea la opción más sana, busqué tu nombre en internet intentando averiguar algo nuevo. —Abre los ojos con diversión—. No me acordaba de tu apellido, pero lo busqué en el registro del hotel. Contado así, suena un poco *creepy*. —Se ríe de su propia broma—. Y vaya si encontré información. Si Jack y los chicos no saben nada aún es porque no tocan un móvil ni aunque tengan la obligación de hacerlo.

—Gracias por no decírselo.

—Prefiero que lo hagas tú. He visto varios vídeos tuyos, conciertos de tu grupo —me cuenta con lo que parece una pequeña sonrisa en los labios. La vergüenza que siento ahora mismo se acrecienta con su siguiente frase—. Sois increíbles, Olivia —suelta emocionada, agarrándome los hombros con fuerza—. Lo que me obligó a pensar que algo grave debía de haber ocurrido para que te alejaras de todo aquello, llegaras a otro lugar y ocultaras tu verdadera identidad durante un verano entero. —Su voz se torna más seria—. Empecé a encontrar noticias sobre el accidente y lo entendí todo. —Coge mi mano, en señal de cariño—. Siento muchísimo que tuvieras que pasar por eso. Los medios pueden ser asquerosamente crueles.

—Lo último que quería era mentir a nadie; de hecho, si no le he contado nada a Jack antes es porque quería esperar a que pasase el festival —le explico—. Llegué aquí y descubrí que se podía vivir sin ser el foco de atención, sin que el estrés te acompañe a diario. Simplemente quise ser la Olivia que tenía la posibilidad de ser feliz de alguna manera; que me conocierais por lo que soy y no por lo que cuentan de mí.

—Reconozco que Olivia Smith es una reina sobre el escenario. —Me guiña un ojo.

Su comentario llena mi pecho de orgullo. Hacía mucho tiempo que nadie hablaba de mi carrera centrándose en lo musical.

—Ya no sé si Cosmic Love volverá a ser lo que fue... —pienso en alto.

Nos quedamos calladas, asimilando nuestra conversación. Me tranquiliza saber que hay alguien a este lado del charco que sabe quién soy y me acepta sin querer nada a cambio ni intentar hundirme por el camino.

—No se merece sufrir —dice, de pronto. No hace falta que mire a su amigo para adivinar que habla de él—. Todos tenemos un pasado del que no queremos acordarnos, pero también la oportunidad de volver a empezar.

—Lo sé. Necesito contárselo todo, pero estaba esperando el momento adecuado —me justifico—. Es verdad que Jack no sabe quién soy en realidad, pero hemos hablado mucho. Más de lo que habría imaginado. Y... digamos que ambos conocemos las heridas del otro.

No termino de entender su expresión al oír esto, parece sorprendida de que Jack se haya abierto a mí en ese aspecto. Los dos lo hemos hecho. Aún no me puedo quitar de la cabeza que Sam y él fueran amigos en otra época, dato que decido no contarle a Anna para no abrir más frentes en esta conversación.

Hay acontecimientos imposibles de frenar, igual que un tsunami que arrasa una ciudad entera. Cuando te encuentras frente a él, te sientes la persona más diminuta del planeta, aterrorizada de los pies a la cabeza. Y la única opción que tienes es dejarte llevar y confiar en que, en el destino que te espera, estén todas las respuestas.

Eso si no terminas muerta antes.

—Chicas, deseadnos suerte. —La voz de James se cuela entre nosotras y me devuelve a la realidad.

—No la necesitáis —responde Anna, que se acerca a él y le da un beso apasionado en los labios.

Busco a Jack con la mirada y, cuando lo encuentro a unos metros, lo beso en la distancia. No sé si él lo recibe, pero cierra los ojos con fuerza antes de encaminarse al centro del escenario. La sensación que está ahora recorriendo su cuerpo me resuena directamente: la presión, el miedo a no hacerlo bien, a no conectar con el público, a olvidar la letra... Son tantos los pensamientos que se cruzan justo antes de exponerse al resto que lo mejor es dejar la mente en blanco e imaginar que estás en tu casa, cantando frente al espejo del baño. Le sonrío, levantando el pulgar en señal de que todo va a ir bien, pero, en esta ocasión, no es capaz de devolverme el gesto.

Al aparecer en escena, la ovación del público me pone los pelos de punta. No solo porque me hace viajar a algunas de las veces que

Cosmic Love vivió justo esto, sino porque, para Long Days, esta es su primera vez.

Y las primeras veces nunca se olvidan, ya que no pueden repetirse.

Las notas iniciales de «Eternal Lights», canción con la que siempre empieza su repertorio y que me sé de memoria, suenan por todo el recinto. La música nos envuelve mientras Jack parece tensarse frente al micrófono. Llega la primera estrofa, pero de sus labios no sale ni una palabra.

Anna y yo nos miramos preocupadas.

—¿Qué le pasa? —me pregunta.

—Creo que está teniendo un ataque de pánico.

«Jack, tú puedes», le suplico desde la distancia, esperando que un poder telemático le haga llegar mi mensaje. Pero sigue sin ocurrir nada.

«Joder».

Escuchamos cómo los chicos vuelven a tocar el inicio en bucle, con la esperanza de que el vocalista se suba a la canción, pero no surte efecto. Jack parece de piedra en estos momentos. Sé que es cuestión de segundos que el público reaccione a su bloqueo con silbidos y abucheos. No suelen tardar mucho.

Me pregunto por un momento si lo que estoy a punto de hacer es una locura, pero no le doy mucho espacio al raciocinio cuando mis pies comienzan a andar por inercia.

—¡Olivia! —susurra Anna a mi espalda.

Lo veo ahí encima, indefenso, y en ningún momento pienso en las consecuencias. Ni en Nueva York, ni en la discográfica, ni en los cientos de móviles que puedan grabarme.

Solo pienso en salir ahí, ponerme a su lado y conseguir que deje de temblar.

Capítulo 43

«Eternal Lights», Long Days



Jack

No solo me tiemblan las piernas, sino que también tengo la sensación de que mi voz se ha convertido en cemento dentro de mi garganta. No tengo claro cuánto tiempo llevo decepcionando a todos los que me miran desde abajo con cara de circunstancias. Seguro que mis amigos tampoco están orgullosos de tener que tocar una y otra vez el inicio de una canción que casi se ha convertido en un mantra para nosotros.

Intento lanzarme a cantar, aunque solo sea un susurro al inicio; sin embargo, se me ha olvidado hasta mi nombre y mis extremidades no responden a mis órdenes.

Oigo una voz en mi cabeza que me grita que salga corriendo, pero mis piernas no se mueven. Otra voz me insiste para que comience a cantar como cada tarde en el garaje de Peter, pero he perdido el habla.

Cuando creo que voy a desmayarme de un plumazo, el público comienza a aplaudir y a vitorear sin haberme visto hacer ni un movimiento, por lo que me pregunto qué está pasando a mi alrededor. Desvío la mirada y veo aparecer a Olivia caminando con paso seguro hacia mí. Es una imagen tan abstracta que, sumada a

mi confusión mental, me hace creer que es una ilusión óptica. Una especie de esperanza materializada.

Pero, por suerte, no desaparece.

Llega hasta mí, se coloca a solo unos centímetros del micrófono, sonríe con seguridad y todo parece perder importancia. Noto el roce suave de su mano en mi brazo, que hasta hace un instante se mantenía tenso y agarrado al mástil de la guitarra. ¿Es posible romper una roca con una simple caricia? Supongo que la respuesta es que sí, si es Olivia la encargada de dedicarme ese gesto.

La pelirroja va despertándome del letargo a cada segundo que pasa a mi lado, con el sol reflejándose en su pelo y en sus pecas. Percibo que hace un gesto a los chicos para que empiecen de nuevo y, cuando llega la primera estrofa, su canto termina de traerme de vuelta a la tierra.

—*Somos todo aquello que nos robaron hace tiempo.* —Su voz es ronca, capaz de arañar la piel de cualquiera que se pare a escuchar —. *Llegaste a mi vida cuando ya estaba enfermo* —sus ojos se detienen en los míos una milésima de segundo, lo suficiente para que mis dedos reaccionen sobre las cuerdas—*, pero transformaste el cielo en un lienzo tan real.*

Joder. Soy incapaz de dejar de mirarla. Es jodidamente eléctrica. Si antes no podía cantar, ahora no podría hacer otra cosa que no fuera esa a su lado.

—*Con luces infinitas que nos persiguen hasta la oscuridad* —me uno a ella. Al principio, con miedo; después, con una confianza nueva. Nuestras voces empastan mejor que bien, dejando un registro áspero que habla de lo mucho que hemos vivido. Cantamos uno frente al otro, tan cerca que si cierro los ojos me imagino que volvemos a estar solos en casa. Sin nadie alrededor—. *Con luces infinitas que nos pueden ver bailar.*

El solo de guitarra suena desenfadado mientras Olivia baila a mi alrededor con los ojos cerrados y los gritos del público de fondo. Lo que se está creando aquí y ahora es un aura mágica de la que creo que no me voy a olvidar en mucho tiempo.

La analizo sin dejar de tocar mientras me pregunto qué más podré descubrir sobre ella. Tiene unas tablas en el escenario que nos dejan

a todos boquiabiertos y no creo que nadie en este recinto pueda estar pensando en otra cosa que no sea ella. Su pelo salvaje y rojo hasta la cintura, la sonrisa que la acompaña aun estando tan expuesta, su actitud efervescente...

Vuelve a coger el micrófono para cantar la segunda parte de «Eternal Lights». Cuando me doy cuenta de que ya creía que no podría parecerme más sexy, verla cantar una de mis canciones me desarma.

Ya no siento el miedo. Mis manos se agarran con fuerza a la guitarra, incluso improvisan y juegan con ella. Mis pies sienten de nuevo el tempo que marca su voz, a la que le permito terminar la canción en solitario porque, al igual que todo el público, quiero disfrutar de su talento como un espectador más.

En el acorde final, los aplausos llegan hasta aquí arriba trayendo una calma con la que no contaba al principio. Una vez más, Olivia ha conseguido borrar la oscuridad que suele pasearse por mi cabeza.

La veo hacer una reverencia hacia el público, girarse hacia mí y guiñarme un ojo con complicidad. Antes de irse, me da un abrazo y en él esconde un susurro que me ayuda a estar en pie el resto del concierto:

—Imagina que solo estamos tú y yo. Como en tu habitación.

Y no necesito nada más para volver a ver la música como una aliada y no como el enemigo que es capaz de destruirme.



—¿Qué coño ha pasado en ese escenario? —pregunto sin creerme aún el espectáculo que hemos dado.

Olivia y yo estamos en casa, horas después del concierto, en la buhardilla repleta de libros a la que recurro cuando necesito pensar. Salvo que hoy lo hago acompañado.

—No sé cómo se me ha ocurrido salir ahí. —Se debate entre contarme realmente lo que siente y sonreír sin añadir ni una palabra

más.

Decide hacer lo segundo.

—Tu voz ha sido... —Busco la palabra—. Como la lluvia en ese concierto de Goo Goo Dolls.

—Nadie la esperaba —asegura.

—Y ha sido la invitada perfecta —concluyo, recordando aquella conversación que mantuvimos hace tiempo.

Estamos tumbados de lado sobre la alfombra, mirándonos el uno al otro sin descanso. Creo que no podría hartarme de hacerlo. Le acaricio la mejilla con una mano y le retiro un mechón detrás de la oreja, un gesto que ya se ha vuelto rutina entre nosotros. En respuesta, me agarra de la cintura y me acerca un poquito más a su cuerpo. Los centímetros que nos separan forman una nebulosa helada en comparación con el calor que desprendemos nosotros.

Solo me hace falta ver la sonrisa pícara que se dibuja en sus labios al pensar en lo que puede pasar entre nosotros para que me lance hacia ellos sin pensar. Justo de la manera en la que ella se ha lanzado por mí al salir al escenario y salvarme de mí mismo.

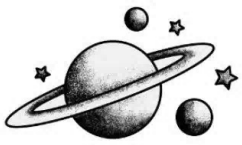
Nos besamos con un ansia difícil de frenar. Con las ganas que se nos agarran al estómago y de las que no podemos huir como otras veces. Me separo un momento para comprobar que Olivia quiere lo mismo. Para ver si está cómoda con lo que se está creando en la alfombra. No me hace falta preguntar para conocer la respuesta, porque ella se pone de rodillas y, sin dejar de mirarme, se quita la parte de arriba despacio hasta quedarse en sujetador.

Acto seguido, se le escapa una risa traviesa que me habría gustado capturar en un tarro de cristal para volver a ella al final del verano.

Y no necesito otra señal para abrazar su piel desnuda con la intención de descubrir cada milímetro de su cuerpo.

Capítulo 44

«You Shook Me All Night Long», AC/DC



Olivia

—Quiero hacerlo.

Me encuentro a mí misma reclamando un deseo que no me he permitido sentir durante meses. Solo puedo pensar en los brazos de Jack abrazando mi cuerpo, en sus manos acariciando mi estómago, en sus ojos pendientes de todos mis movimientos.

Me gusta ver cómo cada uno de sus gestos es delicado y lento. A través de ellos, me está preguntando de manera invisible si estoy cómoda. Soy consciente de que la mayoría de las veces debería ser así, pero el mundo está repleto de hombres sin tacto.

—Esta tarde estabas preciosa sobre el escenario —me dice, y me planta un beso en el cuello—. Eres una diosa.

—No exageres —le pido, sin poder esconder la sonrisa que me han producido sus palabras.

—No lo hago. —Me tumba boca arriba y se coloca sobre mis caderas, con una pierna a cada lado.

En mi campo de visión solo está él. Se quita la camisa por el cuello con un solo movimiento, dejando al descubierto el torso que divisé en la ducha aquel día, solo que ahora me permito mirar descaradamente. Me paro a analizar lo diminuto que es el lunar que tiene por encima del ombligo o lo marcados que están sus músculos sobre la cintura.

Algo dentro de mí me dice que debería confesarle la verdad sobre quién soy antes de llegar más lejos, pero la visceralidad es lo que tiene: no deja ni un mísero hueco a la razón. Solo permite que sintamos fuerte y sin miedo, justo como estoy haciendo ahora.

«Mañana se lo contaré todo», me repito a mí misma como un mantra.

Lo atraigo hacia mí cuando me doy cuenta de que nuestros labios llevan demasiado tiempo sin rozarse. Lo beso a la vez que la piel de su pecho se funde con la mía por el calor que desprenden. Nos acariciamos despacio, ralentizando el momento que creo que ya ha ocurrido en nuestras cabezas.

—¿Puedo?

Una de sus manos alza el tirante de mi sujetador, a lo que yo asiento sin decir una palabra y me recreo en el movimiento de sus dedos al retirar la tela de mis hombros. Mis pechos quedan al descubierto, pero, lejos de sentirme vulnerable, me excita que sus ojos no puedan dejar de mirarlos.

Posa sus labios en el centro de uno de mis pechos, lo que me produce un escalofrío que me recorre la tripa hasta llegar a mis pezones, como si fuera una corriente eléctrica. Sin dejar de darme besos en cada milímetro de piel que encuentra, siento cómo su dirección va encaminada hasta mi ombligo, después a mi cintura, después...

«Joder».

Soy yo la que tira de mis pantalones hacia abajo para que ese camino que dibujan sus labios no se interrumpa por nada del mundo. Para ponérselo más fácil. Ahora mismo, esta buhardilla parece estar lejos de todo lo que se contempla fuera de ella: aquí no existen los remordimientos, ni el pasado. Aquí la culpa no se relaciona directamente con el placer que está latiendo justo en mi entrepierna.

En el momento en el que sus labios rozan mis bragas, cierro los ojos por miedo a marearme. Es él el que las coge y las baja más allá de mis tobillos, sin dejar de mirarme con deseo. Me muerdo el labio al pensar en su lengua recorriendo mi sexo; aprieto los puños alrededor de la alfombra que nos sustenta con solo imaginármelo.

Un gesto que debe de resultar para él una luz verde a todas sus intenciones porque, en menos de cinco segundos, su cabeza está entre mis piernas.

No puedo respirar. Y aun así sé que no me estoy muriendo. Mis pulmones solo intentan acompasarse a mi respiración entrecortada como buenamente pueden.

Sería absurdo intentar explicar lo sexy que es divisar la melena despeinada de Jack ahí abajo. No veo su rostro, pero siento su lengua lamiendo mi clítoris por primera vez, y cualquier ficción reproducida en mi cabeza queda reducida a cenizas en comparación con la realidad. Un latigazo que no creo que pueda frenar sucede a otro. Y a otro. En círculos, luego en zigzag... Lo que se está generando en el borde de sus labios llega hasta mi garganta en forma de grito ahogado. Jack no deja de hacerme de todo mientras me recuerda lo que es ser mujer en este sentido.

Tiene el pelo revuelto y mojado, lo que lo hace aún más atractivo de lo que ya es en la cotidianeidad. Me lame la entrepierna durante tanto tiempo que creo que me voy a volver loca, así que comienzo a fijarme en los detalles. En sus manos grandes y en cómo uno de sus dedos se ha colado en mi interior sin mucho esfuerzo. Ahora son tantos los puntos de placer que podrían estar estallando fuegos artificiales en mi vientre y ni me daría cuenta.

Lo agarro del pelo, en esta ocasión más fuerte de lo que puedo controlar, para que no frene la brujería que está hipnotizándome por completo, para dirigir el ritmo de su lengua antes de que esta me dirija a mí.

—Ven —jadeo. Si no se lo pido ya, voy a correrme en sus labios sin remedio. Y, aunque sea una escena que me muero por experimentar, prefiero alargar esta sensación hasta llegar al siguiente paso.

—Me he imaginado cómo sería tu sabor muchas veces —susurra ya a la altura de mi oído—, pero nunca pensé que fuera a ser tan adictivo.

Noto cómo me sonrojo ante su comentario y, aun así, continúo acariciándole la espalda hasta llegar a la cintura de sus vaqueros.

Mis ojos se clavan en los suyos, que brillan tanto como las estrellas que nos observan desde el otro lado del techo acristalado.

Incluso más.

«Yo me he imaginado varias veces cómo sería tenerte dentro», le confieso a través de mis ojos, abiertos y expectantes. Parece que me entiende, porque se deshace de la ropa que le queda y se tumba pegado a mí sin ninguna barrera que impida nuestro roce.

No sé explicarlo, pero estar entre los brazos de Jack es como volver a casa. Ahora mismo ese concepto está difuminado, aunque sé con certeza que justo aquí, con mis labios rozando su cuello y sus manos agarrando mis caderas, estoy a salvo.

Noto su dureza en mis piernas. La curiosidad hace que desvíe los ojos hasta su miembro y me recree en cada detalle. Lo agarro con una mano, sintiendo sus pulsiones en mis dedos y robándole un gruñido que me hace sonreír de medio lado. Lo aprieto levemente y deslizo la mano arriba y abajo arrancándole un gemido que me pone los pelos de punta. Nuestras narices se rozan para recordarnos que estamos en tierra; de lo contrario, nuestros sexos estarían flotando en algún lugar lejos de esta habitación.

—Voy a follarte, Olivia —me asegura, acercándose más a mí.

Por primera vez, no me pregunta antes de hacer algo y, lejos de disgustarme, me pone aún más cachonda. Que alguien introspectivo como Jack tenga tan claro lo que quiere y sea capaz de demandarlo sin miedo me hace sentir una privilegiada. Además, yo deseo exactamente lo mismo.

Asiento, trago saliva y me agarro a su cuello. En un movimiento rápido y desesperado, me da la vuelta. Mi cuerpo está tumbado de lado, sintiendo la presencia de Jack justo detrás. Oigo cómo abre el envoltorio de un preservativo y se lo pone a toda velocidad. Levanta mi pierna derecha y aprovecho la postura para llevar mi culo un poco más atrás, de manera que roce de nuevo su entrepierna.

En menos de dos segundos, está dentro de mí. Estoy tan mojada que apenas hay fricción entre nosotros, solo un balanceo sexy y placentero que no quiero que termine nunca. Mientras Jack no para de entrar y salir a un ritmo cada vez más acelerado, nuestras bocas se buscan. Se muerden. Se besan.

Hasta se gimen en un idioma que solo se entiende dentro del sexo. Un idioma repleto de suspiros y jadeos al compás de nuestros latidos.

—No pares —le pido.

Follamos con cariño, pero también con ansia y con reclamo. Llevo demasiado tiempo sin sentir lo más mínimo, por lo que su cuerpo pegado al mío se asemeja a un volcán a punto de entrar en erupción.

A una tormenta que me niego a contener más tiempo.

—Me voy a correr —me dice al oído con lo que ya no es una voz, sino un ronquido.

—Hazlo.

Saber que está a punto de llegar al clímax consigue que yo deje de apretar todos los músculos de mi cuerpo. Me dejo llevar en un orgasmo largo y visceral. En él caben nuestras manos entrelazadas, los dientes de Jack clavados suavemente bajo mi oreja, mis labios hinchados, mis pezones duros y el sudor que nos recorre de arriba abajo.

Caben todos los libros que descansan a nuestro alrededor. La noche cerrada que nos observa en silencio. El concierto en el que lo he arriesgado todo esta tarde.

Cabe un secreto que no me atrevo a soltar.

—Ha sido... increíble.

Su voz se posa en mí, al igual que el abrazo que nos damos para culminar todo.

—Mejor que increíble —respondo, pensando en todos los miedos que me he quitado de golpe.

Y silencio. Uno de los que arropan, no de los que te obligan a pensar el doble de rápido hasta decir lo primero que se te ocurra.

Un silencio que no necesita ser llenado.

Es curioso lo fácil que es olvidar la mujer que un día fuiste. Pero basta que alguien te desee como tal para que la máscara con la que te escondías delante de los demás se caiga a golpe de gemidos.

Nos quedamos dormidos con la sensación de que las heridas pueden llegar a encontrar una cura temporal. También con la certeza

de que el pasado vuelve, pero no tiene por qué ser malo reencontrarse con él.

Y sin pensar mucho en las consecuencias. Ya están los malditos medios de comunicación para recordaros a ti y a todo el mundo que no puedes esconderte eternamente.

VARIOS DIARIOS NEOYORQUINOS, BLOGS, VÍDEOS DE TIKTOK E INSTAGRAM

14 de agosto de 2025

Olivia Smith reaparece en un festival de Suiza. ¿Es el fin definitivo para Cosmic Love?

¿Quién es el cantante suizo que ha robado el corazón de Olivia Smith?

Romance de verano: Olivia Smith olvida el pasado y descubre un nuevo amor en el lago de Brienz.

Adiós, Nueva York. La independencia de Olivia Smith y la posible caída de Cosmic Love.

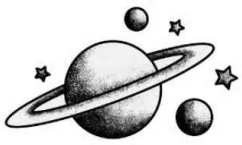
Se viraliza un vídeo en el que Olivia Smith interpreta una canción junto a un desconocido en un festival de Suiza.

El fin de la amistad y la búsqueda de un nuevo sonido. Olivia Smith deja Cosmic Love para embarcarse en la vida festivalera.

Nada es para siempre. Olivia Smith reaparece en Europa con un nuevo sonido y un nuevo compañero.

Capítulo 45

«Little Lies», Fleetwood Mac



Olivia

La información puede ser imparable, como una pequeña llama que consigue quemar una cabaña entera.

Cuando me he levantado, Jack ya no estaba. En el hueco que ha dejado había una nota en la que me deseaba un buen día y me contaba que había quedado con los chicos para ensayar. Lo primero que he pensado ha sido que, en cuanto llegara a casa, le hablaría con el corazón en la mano y le contaría todo lo que no me he atrevido a decir en voz alta dentro de esta casa.

Lo que, desde luego, no he calculado es que, cuando vuelva a verlo, quizá haya perdido la oportunidad de hacerlo.

Quizá ya sea tarde.

Capítulo 46

«Do I Wanna Know?», Arctic Monkeys



Jack

Salgo de casa con una sensación nueva en el cuerpo. Hasta el sol parece brillar más que en todo lo que llevamos de verano. No creo que pueda olvidarme fácilmente de la melena pelirroja y despeinada de Olivia sobre la alfombra, ni de su cuerpo desnudo, ni siquiera de las pecas que anoche parecían brillar en la oscuridad.

«Estoy jodido».

Me he pillado hasta las trancas y, después de conocer su cuerpo al milímetro y escuchar cómo su voz cautivaba a cientos de personas (a mí el primero), no creo que pueda desprenderme de este sentimiento cuando acabe agosto.

Y para esto no queda mucho.

Sería una utopía pensar que alguien como ella, con una vida y un trabajo en Nueva York, preferiría quedarse en un pueblo que ni siquiera tiene más de dos calles. Lauterbrunnen puede ser un oasis temporal perfecto; sin embargo, todos los que lo visitan acaban volviendo a su lugar de origen, donde el ocio y el ruido no cesan; donde abundan las oportunidades. Y la realidad es que solo somos unos pocos los que decidimos quedarnos en el silencio y la soledad de las montañas.

Lo entiendo, de verdad que sí. Pero eso no me hace sentir ni un poquito mejor al imaginar su marcha.

Al llegar al garaje de Peter, oigo voces antes incluso de entrar. Reconozco las de James y Anna, pero solo son murmullos. Hasta que me acerco más a la puerta no logro entender lo que dicen con claridad.

—Yo ya lo sabía, pero no quería entrometerme.

—¿Y no podrías habérmelo dicho? —pregunta James, algo más histérico de lo normal.

—Era su intimidad... —oigo que se excusa Anna.

—¿Cómo cojones vamos a contárselo a Jack?

Abro la puerta con un ansia inesperada al oír mi nombre.

—¿Contarme qué?

Sus caras se vuelven tan blancas como la pared y, de pronto, parecen haber olvidado cómo hablar. Incluso cómo quedarse de pie y mantener el equilibrio.

—¡Jack!

Peter se acerca hasta mí y me arrastra al interior, apoyándome una mano en la espalda.

—Estábamos esperándote para ensayar. Lo de ayer fue una puta locura. —Aunque comienza a soltar una verborrea infinita, no logra evaporar mi curiosidad.

—¿Contarme qué, Anna?

Se lo pregunto directamente a ella porque sé que es la única que no podría mentirme a la cara. Cierra los ojos con fuerza y suspira antes de hablar.

—¿Olivia habló contigo después del concierto?

—¿Olivia? —No sé qué tiene que ver ella en todo esto. Lo único que puedo hacer es pensar en aquello que no hablamos por estar descubriendo un lenguaje diferente durante la mitad de la noche—. No estoy entendiendo nada.

—Vamos a sentarnos. Yo sigo pensando que no somos nosotros los que tenemos que contarte esto, pero...

—Chicos, por favor —les ruego—. Necesito saber qué está pasando.

Nos acercamos a los sofás, pero, antes de que mi culo roce el cojín, Peter no puede contenerse más y suelta una frase que me deja de piedra.

—Olivia no es quien dice ser.

—Joder, Pet —se queja James, acercándose a mi lado—, lo del tacto no es lo tuyo.

—¿Perdona?

Mi desorientación no parece sorprenderlos. Al principio, me da por pensar que todo esto es una broma, aunque el silencio que sigue a mi pregunta me da una pista de que quizá mis amigos sepan algo que ni siquiera puedo llegar a imaginar.

—Ayer, en el concierto —comienza a explicar Anna—, ¿no te sorprendió la voz de Olivia encima del escenario?

Asiento en silencio, sin saber qué añadir.

—Y las tablas que tenía —continúa—. Daba la sensación de que no era la primera vez que actuaba delante de tanta gente.

—Sí, no sé —dudo, nervioso—. ¿Me podéis explicar qué coño pasa?

—Olivia Smith es una jodida estrella del rock en Nueva York.

La afirmación de James me arranca una carcajada seca. Más bien es el impulso que tiene mi cuerpo al recibir esa información. Un impulso breve que, tras unos segundos, da paso a la tensión y a las dudas.

—¿Qué?

—Será mejor que veas de lo que estamos hablando, cariño —me dice Anna.

Me pasan un móvil en el que se puede ver a Olivia subida a un escenario que no parece pequeño, con una banda detrás y un sonido... alucinante, esa es la verdad. Me recuerdan a Jefferson Airplane y a Fleetwood Mac; sin embargo, lo hacen sin dejar de ser algo novedoso. Mi compañera de piso va vestida con un traje muy brillante y el pelo alborotado. Canta sobre un amor del espacio y, en cuanto puedo dejar de mirarla a ella —lo que reconozco que me lleva bastante rato—, comienzo a fijarme en los detalles que la rodean. En el cartel gigante que hay al fondo en el que pone Cosmic Love, en la sincronización que tiene el batería, quien no deja de

sonreír, en... Sam. Trago saliva como puedo mientras reparo en su mirada llena de vida. A menos de un metro de ella, el guitarrista que una vez tocó conmigo hasta la madrugada sigue su voz hipnotizado. ¿Quién podría no estarlo teniendo a Olivia tan cerca?

En este momento, siento que las emociones luchan dentro de mi cabeza por hacerse más grandes. Por un lado, me siento estúpido porque mis amigos me presenten a una Olivia completamente desconocida para mí. Por otro, sigo admirándola como lo hacía ayer. Incluso más.

«¿Marketing?».

Pienso en cada una de las mentiras que me ha contado, en el papel que le ha servido para esconder su verdadero yo... e, inevitablemente, me hago pequeño. Noto cómo mis brazos y piernas se encogen al tiempo que la voz de Olivia se hace más grande en ese concierto.

Quizá solo he sido un entretenimiento de verano para poder olvidar el dolor que se quedó en Nueva York a principios de la estación. Igual no siente ni una mínima parte de lo que yo...

—Llegaron a estar en el número uno de una cadena de radio estadounidense. —La voz de Peter suena lejana y, aun así, consigue cortar de golpe mi monólogo.

Mis oídos vuelven a dejar espacio a una canción cargada de significado que me hace comprender un poco más la personalidad soñadora y romántica de Olivia.

—*Quererte es como recorrer el espacio sin casco* —se desgarra Olivia a través de la pantalla, con el bullicio del público de fondo—. *Tú, repleto de planetas; yo, esperando conquistarlos. Lo nuestro es un amor cósmico.*

—Luego pasó lo del accidente y... —comienza a contarme Peter de nuevo.

—Cállate —le pide James.

Les cedo el móvil antes de seguir aguantando que mi entorno no deje de hablar como si no estuviera delante. Me tapo los ojos con las manos, frotando con fuerza hasta hacer desaparecer la sensación que me recorre el cuerpo.

—Sé lo que le pasó a su novio —digo seriamente—. De hecho, descubrí hace poco que era Sam.

—Sí, ese era otro *plot twist* que no sabíamos cómo contarte —comenta James, sin dar crédito a todo lo que está ocurriendo.

—El mundo es jodidamente pequeño —suelta Peter.

—¿Cómo estás?

La mano de Anna roza la mía.

«Me siento como una mierda. Insignificante».

—Bien —miento.

Sus ojos se clavan en los míos, dándome a entender que no me cree. Por suerte, no intenta averiguar más.

—¿Cómo os habéis enterado de todo esto?

—El festival, tío —me explica James—. Algún fan de Olivia os grabó cantando juntos y ese vídeo se ha viralizado tanto que un grupo como el nuestro ha llegado hasta Nueva York. Al menos, todos se hacen la pregunta de quién es el cantante suizo que logró que Olivia Smith volviera a los escenarios.

Imagino que ese «cantante suizo» soy yo. El mismo que no consiguió cantar ni una estrofa sin ayuda.

«Joder. Me voy a desmayar».

Abro los ojos por la sorpresa. Es demasiada información que asimilar, aunque lo que más me duele, ese pinchazo constante que no termina de irse de mi pecho, es que me haya tenido que enterar de la identidad de Olivia así.

Pensé que confiábamos el uno en el otro.

Supongo que me equivocaba.

La siguiente media hora es una consecución de titulares en internet, vídeos antiguos de su banda, fotos en las que puedo ver a una Olivia sin miedo en la mirada, artículos dañinos en blogs... Al cabo de un rato, tengo ganas de vomitar al comprobar que los medios tienen la misma sensibilidad que un pedazo de cemento.

Estoy enfadado con Olivia, es un enfado inconsciente e infantil, pero contra quien de verdad guardo ira es contra todas aquellas personas que se han dedicado a calumniar su imagen sin ponerse en su lugar ni un segundo; sin pensar en el dolor que puede albergar alguien que lo ha perdido absolutamente todo.

—Me voy. —Me levanto de golpe del sofá y me dirijo a la puerta sin que ninguno de mis amigos intente frenarme.

Agradezco que empaticen conmigo y no quieran presionarme para hablar sobre un tema del que, sinceramente, aún no sé ni qué decir. En un principio iba a ir a casa con Olivia, ya que esta mañana he salido de allí contando los minutos para volver a tenerla entre mis brazos.

Ahora, en cambio, no me apetece abrazar a alguien a quien no conozco del todo.

Así que voy al único lugar donde suelo encontrar respuestas. En muchas ocasiones, no son las que espero oír, pero son respuestas al fin y al cabo.

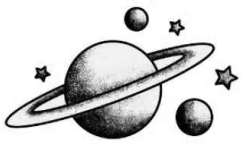


Mi móvil vibra avisándome de que acabo de recibir un mensaje de Olivia, aunque no me cuesta mucho ignorarlo. Ahora mismo no tengo nada que hablar con ella.

Ahora soy yo el que prefiere guardar silencio.

Capítulo 47

«Suspicious Minds», Elvis Presley



Olivia

Bailo por el salón con la esperanza de que Jack vuelva a encontrarme encima del sofá, dando saltos sin vergüenza alguna. Llevo todo el día con un cosquilleo en el estómago que no me permite estar quieta. Lo de anoche con Jack... Simplemente me hizo creer que la vida es mucho más que la pérdida y el dolor que conlleva. Y, aunque suene extraño, descubrir que él y Sam fueron amigos hace muchos años me hizo sentir protegida en todo momento. Sentí algo parecido a lo que se experimenta al regresar a casa con solo cerrar los ojos, y no me sentí culpable por nada de lo que pasó en la alfombra de la buhardilla.

Ya son las seis de la tarde, justo cuando el sol comienza a esconderse tras las montañas, pero él aún no ha hecho acto de presencia. Imagino que se habrá liado y ya vendrá para cenar. Mientras tanto, estoy esperando una llamada de los chicos desde hace un rato. Por lo visto, Noah tiene permiso en el centro de rehabilitación, por lo que han ido a buscarlo para dar una vuelta por los alrededores y así conseguir que se sienta una persona normal de nuevo —y no un preso con demasiadas adicciones que superar—. Si todo va bien, en dos semanas acabará su reclusión y no se llega a imaginar las ganas que tengo de que salga.

Cuando vibra el móvil, acepto la videollamada con una sonrisa tan grande que me sorprende hasta a mí.

—Vaya, Oli —comenta Noah—. Hacía tiempo que no te veía tan radiante.

Él, por el contrario, está pálido y más delgado de lo normal. Sus ojos brillan menos de lo habitual, pero sus labios intentan estar a la altura con una sonrisa sincera.

—¿Cómo estáis? —pregunto sin dejar de mirar a los tres chicos que aún me quedan en Nueva York—. ¿Te están tratando bien?

La última pregunta la dirijo a mi mejor amigo, del que no he sabido prácticamente nada en las últimas semanas.

—No me quejo. —Se encoge de hombros—. Comida gratis, televisión de pago y unas vistas a un lago que me hacen olvidarme de la ciudad.

—Ya le he dicho que igual me apunto a ese centro por un tiempo —bromea John.

—Me alegro de que todo esté encontrando su rumbo. —Sonrío.

Un silencio demasiado largo me hace sospechar que los tres están guardándose una información que no saben cómo sacar a la luz. Los conozco desde hace muchos años: la manera que tiene Noah de rascarse la barbilla, cómo John evita mirarme a los ojos directamente o la sonrisa tirante de Mark son señales suficientes para alarmarme.

—Chicos, ¿pasa algo?

Tras un suspiro largo y sonoro, Noah comienza a hablar.

—¿Cómo acabaste subida a un escenario cantando una canción de un grupo prácticamente desconocido?

Su pregunta se cuela en mi estómago y lo agita con fuerza.

—¿Cómo os habéis...?

—Está en todas partes —me interrumpe Mark—. En internet hay vídeos en los que sales cantando con ese amigo tuyo suizo.

Mark no parece estar conforme con mi aparición en público, aunque ahora mismo no puedo prestar mucha atención al subtexto de sus palabras. Comienzo a sentir un leve mareo que me obliga a sentarme. No sé qué creía que iba a ocurrir exponiéndome de ese

modo en el festival; aun así, no imaginé que la información fuera a volar tan rápido.

—Jack estaba... —comienzo a decir sin ningún orden—. Necesitaba mi ayuda.

—Oli, no has matado a nadie —me asegura Noah—. Es solo que Miller está algo inquieto.

—Me ha llamado varias veces, pero no lo he cogido —reconozco, sintiéndome menos adulta de lo que soy.

De pronto, caigo en la cuenta de que, si mis amigos se han enterado de mi numerito a miles de kilómetros de distancia, puede que Jack ya sepa quién soy antes de que haya podido contárselo por mí misma.

«Seguro que aún puedo hablar con él y explicárselo todo», guardo la esperanza para frenar la falta de aire que se está generando en mis pulmones.

—Cógele el teléfono. Sabes que Miller puede ser un cabrón, pero le gusta ladrar demasiado y en pocas ocasiones muerde.

—Ya...

—¿Y cómo fue? —Los ojos de John se abren levemente y comprendo enseguida lo que echa de menos subirse a un escenario.

—Alucinante —confieso, con una sonrisa de oreja a oreja—. No sé, volví a sentirme yo el tiempo que duró la canción. Además, la voz de Jack...

Me detengo antes de hablar más de la cuenta sobre los sentimientos que se llevan formando en mi interior desde hace un tiempo. Lo último que quiero es que los chicos crean que he olvidado a Sam. No lo entenderían, pero él sigue en mi cabeza cada minuto de cada día aunque haya aprendido a ser feliz sin él.

—Oli, nos parece bien.

—¿El qué?

—Lo que sea que tengáis ese tal Jack y tú —dice Noah—. Da la impresión de ser buen tío.

Sonrío en señal de agradecimiento y me quedo con ganas de contarles que la vida es una casualidad inmensa; que Jack y Sam fueron amigos en otro tiempo, lo que me parece una señal preciosa

de que este viaje a Suiza no ha sido una locura, sino una forma de explorar el mundo y lo que puedo aprender de él.

Justo cuando voy a hacerlo, Mark cambia de tema de manera radical.

—Por cierto, tienes en el *mail* el contrato del próximo disco. Está todo revisado y comprobado —me asegura.

—Gracias por encargarte, Mark. Ahora mismo no estoy para leer cincuenta páginas de palabrería.

—Los chicos ya lo han firmado. Nos comprometemos a un disco más. Sé que estás pensando en cambiar el rumbo de tu vida, por lo que le he insistido a Miller para que, de momento, solo tengamos que grabar el próximo álbum y la gira correspondiente.

—Yo no sé qué haría sin tu cerebrito —comenta Noah—. Creo que no he leído ni un solo párrafo de los contratos que hemos firmado hasta ahora.

Mark es el encargado de velar por nuestros intereses desde que Cosmic Love emprendió su carrera a manos de Golden Records. Nadie le ha concedido ese puesto porque sí; simplemente él estudió Derecho hace años y, mientras que para el resto de nosotros es un martirio intentar descifrar documentos, para él es un pasatiempo de lo más sencillo.

—Gracias. Lo firmo cuando colguemos —contesto.

No me detengo mucho a preguntarme si realmente firmaría si no fuera por ellos. Se merecen disfrutar un poco más del sueño que hemos conseguido y parar aquí creo que sería hacer un alto en el camino demasiado pronto. Por una parte, yo también estoy deseando volver a compartir tardes de estudio con ellos. Por otra, Suiza me ha mostrado un estilo de vida del que me va a costar alejarme en unos días.

—Nos vemos pronto, pelirroja.

—Os quiero, chicos.

Colgamos el teléfono con una mezcla de nostalgia y alegría que se nos agarra a la piel. Tengo muchas ganas de abrazarlos cuando vuelva a la ciudad, aunque eso signifique no poder abrazar a Jack de nuevo.

Me tumbo en el sofá, agotada mentalmente. Observo el salón de la casa de las flores violetas e intento retener cada uno de los detalles que lo conforman para recordarlos cuando esté lejos. Escribo a Jack para saber si vendrá a cenar y, una vez más, no contesta, por lo que la idea de que se haya enterado de algo cobra más peso.

«Joder».

Entonces suena el teléfono y mi pecho se relaja cuando creo que es él... hasta que veo el nombre de Miller en la pantalla y sé que ya no puedo alargar lo inevitable.

—Pensé que no me lo ibas a coger nunca.

—Hola a ti también, James —respondo cortante. Desde que lo conocí, me cuesta adaptarme a su personalidad hermética... y a su manera de tratar a las personas como si fuéramos máquinas expendedoras de dinero—. Existen los mensajes de texto.

—Como si los hubieras leído.

Bufo como un gato enfadado y espero a que me diga o, mejor dicho, me exija qué es lo que necesita de mí.

—¿En qué narices estabas pensando al subirte a un escenario con una banda que no es la tuya? —No contesto—. Llevas desaparecida del mapa meses y, de pronto, se te ocurre la gran idea de cantar una canción ajena con un melenas desconocido.

—Esa canción tiene más esencia que muchas de las que se han producido en la discográfica —escupo, defendiendo la música de Long Days.

—¿Me estás echando un pulso, Olivia? ¿Es eso?

—No tengo la menor intención de provocarte, James. Me subí a ese escenario para ayudar a un amigo, nada más.

—¡Has incumplido el contrato! —exclama enfadado—. Al menos, deberías hacerte cargo de tus errores y pedir perdón.

Exhalo agotada. Sé que, en parte, tiene razón, pero me cuesta demasiado disculparme con un tío tan egoísta como él.

—Lo siento, ¿vale?

—Disculpas aceptadas... pero, para que la discográfica no te demande, a ti y a la banda, tienes que volver antes. Te quiero aquí a finales de agosto. Ya he tenido demasiada paciencia, lo único que

me faltaba era ese vídeo corriendo como la pólvora. Solo espero que esa aventura se quede en Suiza y, cuando regreses a Nueva York, te centres en Cosmic Love.

No puedo negarme si no quiero arruinar a todo el grupo. Es cierto que incumplí una de las cláusulas de nuestro contrato y la maquinaria legal de James nos pasaría por encima como una apisonadora si no diera mi brazo a torcer.

—Tranquilo, James —respondo tirante—, seguiré siendo la impresora de dinero que siempre has querido que sea.

—¿Has conseguido componer? —me pregunta, ignorando mi comentario.

«Ni una décima parte de lo que tenía pensado».

—Estoy en ello. Tengo alguna canción que puede llegar a ser muy buena. —Me siento ridícula mintiendo de forma tan descarada, pero no voy a darle el gusto a James de confirmar que mi viaje a Suiza no ha sido tan productivo como lo pinté a finales de junio.

—Bien. Cuando vuelvas y te reúnas con los chicos, ponedlo todo en común y ensayad a tope. Recuerda que a finales de septiembre tenemos reservado el estudio de grabación de Los Ángeles.

Sus palabras lo hacen real. Mi regreso, la ausencia de Sam en el grupo, el miedo a no ser suficiente sin él...

—Un momento —caigo de repente—. ¿Y el guitarrista?

—Tranquila. Cuando regreses, harás una selección entre varios candidatos —me asegura—. Pediste encargarte de ello y así será.

—Vale.

—Ya tienes el contrato en el *mail*. No íbamos a hacerte venir para firmar en oficinas.

—Ya he hablado con Mark y me ha dicho que todo está en orden.

—Solo queda que firmes.

—Cuando colguemos, lo hago. —Mi tono de voz es más borde de lo normal, como si esta conversación estuviera tirándome del brazo a la fuerza para arrastrarme hasta Nueva York antes de tiempo; como si el resto de mi cuerpo se resistiera con todas sus ganas—. ¿Algo más?

—Nada. Nos vemos pronto. Cuídate.

—Nos vemos.

Cuelgo con una sensación amarga en el estómago. Abro el portátil, me meto en el correo y encuentro el contrato que me ha enviado Golden Records. No me hace falta leer ni un párrafo porque Mark se ha encargado de ello. «Solo un año más», me digo a mí misma. Bajo hasta el final del documento y firmo de manera rápida y autómata. Nada que ver con la primera firma, en la que la emoción y los nervios se me agarraron a los ojos.

Miro desde lejos mi cuaderno morado con miedo. Ojalá dentro de él descansaran unas letras visionarias y pegadizas; o un mensaje revelador sobre un verano en los Alpes y una chica con el corazón roto; sin embargo, en sus páginas solo hay tachones y estrofas sin un hilo conductor que les dé sentido. Vuelvo a la última canción que comencé a escribir el otro día, cuando Jack y esta casa empezaron a convertirse, sin remedio, en un segundo hogar para mí. Y leo en voz alta:

Cuando tus pies ya no pesan como antes
y tu alma se pinta de colores,
recuérdalo bien: estás en casa.
Sin muros, sin techo,
solo una mezcla de piel y huesos
que te abraza en plena noche.
Ahí sabes que estás en casa.

Miro por la ventana y veo cómo el cielo se oscurece lentamente.

Ni rastro de Jack.

Mi mente suele jugar a imaginarse lo peor, pero hoy no me apetece hacerlo. Seguro que se ha entretenido con los chicos y que no está prestando atención al móvil.

Tengo una urgencia repentina por contarle quién soy y qué voy a hacer cuando vuelva a Nueva York. De pronto, me entra una prisa que no he sentido en todo el verano. Y, por ello, la letra de esta canción quizá suena algo más vacía que cuando la escribí. Como si su mensaje se resquebrajara igual que una pared vieja y el concepto de hogar se difuminara para mí. Aun así, me arropo con la manta,

pongo una película que me sé de memoria y espero a Jack con la esperanza de poder hablar con él antes de dormir.

El problema es que, cuando comienzo a soñar con Venus acurrucada a mis pies, aún no ha llegado.

Capítulo 48

«Season of the Witch», Donovan



Jack

Cuando Guida me ve aparecer por la puerta de su salón, entorna los ojos y me pregunta:

—¿Qué ha pasado?

—¿Tiene que pasar algo para que venga a verte?

No deja de escrutar mi rostro y me da miedo que pueda descubrir, a través de él, pensamientos que ni siquiera he llegado a procesar aún. Para mí, Guida es una bruja, en el buen sentido de la palabra; de hecho, no creo que exista uno malo. En muchas ocasiones, he pensado que, si fuera un personaje animado, sería la abuela sauce de Pocahontas: siempre con las palabras adecuadas en los labios; siempre con el superpoder de adelantarse a los problemas y lograr que pesen menos al cabo de un rato.

—Me extrañó que ayer nadie viniera gritando a voces cómo había ido el festival, por lo que imaginé que igual no había salido como pensabais.

—El concierto fue increíble —confieso—. Bueno, terminó siéndolo. Al principio, yo me bloqueé y si no hubiera sido por Olivia...

Me interrumpo, sin tener claro cómo continuar la frase para contarle a Guida que, sin Olivia, me hubiera quedado sin aire allí

arriba; que no me habría acordado ni de mis propias letras ni de lo enamorado que estoy de la música.

Esto último se me olvida con frecuencia.

—¿Olivia?

—Salió al escenario y cantó conmigo.

No me atrevo a mirarla a los ojos porque, de nuevo, temo que pueda leer en ellos lo que siento por la pelirroja. Creo que, por mucho que lo intente, no podría ocultarlo delante de ella.

—Vaya. —Sonríe—. O sea que no solo compartís casa, sino también una voz prodigiosa.

—El problema es que esa faceta no la he descubierto hasta ahora. —Sueno molesto, lo que hace que Guida se incorpore y preste más atención a lo que estoy a punto de decir—. Resulta que Olivia es una cantante medio conocida en Nueva York y no ha encontrado el momento, en mes y medio conviviendo juntos, para contármelo.

Mi comentario le hace gracia, lo que me cabrea aún más.

—¡Sabía que esa chica tenía un alma vieja! ¿Y cómo canta encima de un escenario? ¿Cómo es su voz?

—¿Has escuchado algo de lo que te acabo de decir? —pregunto irritado—. Nos ha engañado a todos.

—¿Y qué hacemos? ¿La quemamos en una hoguera en mitad de la montaña? —Niega con la cabeza, quitándole importancia—. Si no me equivoco, fue la única que se acercó a ti y te ayudó a salir del bloqueo.

La escena se reproduce en mi mente de una manera tan nítida que es imposible dejarla en blanco. Su voz acallando a cientos de personas, su pelo brillante bajo el sol, la sonrisa que me dedicó mientras cantaba «Eternal Lights»... Joder. Dudo que pueda olvidar aquello jamás.

—Le agradezco que saliera ahí, pero...

—Y que se expusiera, Jack —me corta Guida—. Ella no tenía por qué aparecer delante de tanta gente, en un lugar donde no la conoce nadie. Pero lo hizo por ti.

—Ya, pero...

—¿Acaso no has soñado nunca con empezar desde cero? —Vuelve a cortarme—. ¿Acaso no lo hiciste hace ya muchos años?

Recuerdo el día en el que me fui de Nueva York con la esperanza de comenzar una nueva vida en la que nadie pudiera juzgarme. Ni destrozarme a diario. Obviamente, Olivia también tiene derecho a escapar de un entorno en el que no es feliz.

—Lo que le pasó a Olivia no es fácil —continúa—. Perder al amor de tu vida siendo tan joven provoca que todo el color que suele inundar a cualquier persona de su edad se torne gris y se llene de voces.

—En cuanto a eso —medito unos segundos cómo contarle que a Olivia y a mí nos une algo más que la música—, no te vas a creer quién era su pareja.

Le hablo de Sam con todo detalle y, tras varias anécdotas y una descripción bastante detallada, Guida consigue recordar alguna que otra vez en la que coincidió con él. Me rompo en mitad del relato y ya no sé si estoy llorando por la muerte de Sam, por el paso del tiempo o por la rabia que siento hacia Olivia (una rabia que no sé si procede del hecho de que me haya mentido o porque dentro de poco va a irse de este país para, seguramente, no volver).

Cuando termino de hablar, la mano de Guida está agarrada a la mía con fuerza. Su piel callosa y arrugada me resulta de lo más suave y confortable, como si, mientras estemos en contacto, pocas cosas puedan ir a peor.

—Te puedes reír todo lo que quieras y llamarme loca, pero estas cosas —levanta el dedo índice para hacer hincapié en lo que va a decir— suceden por algo. Las casualidades dejan de serlo cuando, en un mundo tan grande, dos personas predestinadas a encontrarse consiguen hacerlo en mitad de las montañas.

Su comentario me parece pretencioso. Demasiado soñador para alguien como yo, que está anclado a la tierra como un árbol más del bosque.

—Sigo sin entender por qué no me dijo quién era —insisto—. Yo le he contado partes de mi vida que no le he confesado a casi nadie.

—Quizá solo quería que conocieras a Olivia, sin todas las circunstancias que la acompañan.

Quizá. Aunque eso no logra rebajar mi enfado.

—¿Vas a estar el poco tiempo que le queda en Suiza sin hablarle?

—No lo sé —refunfuño, algo avergonzado.

—Eso es una estupidez, Jack. No puedes juzgarla por querer olvidarse del dolor. Estoy segura de que nunca quiso hacerte daño con sus decisiones.

—Pero tuvo tantos momentos para contármelo... Me siento un estúpido.

—Quizá no lo hizo, pero salió a ese escenario a salvarte. Y, en ocasiones, los actos dicen mucho más que las palabras. Entérate ya —me advierte—. Lo único que estás haciendo es convencerte de lo mala que es Olivia porque sabes que pronto se va a marchar y no puedes hacer nada para evitarlo. Prefieres odiarla a echarla de menos.

Abro la boca para responder, pero la cierro en el momento en el que sé que no tengo absolutamente nada que decir al respecto. Sus palabras me han caído como un jarro de agua fría y me niego a investigar en profundidad cuánto de verdad esconden.

—Eso pensaba —concluye, con una sonrisa de suficiencia.

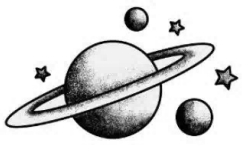
No volvemos a hablar de Olivia. Cenamos viendo una película antigua en la televisión, alargando el momento de volver a casa, hasta que decido quedarme aquí a dormir e intentar reposar toda la información de la que he sido consciente esta tarde.

Guida prefiere no interceder; no me dice nada cuando me ve dirigirme al cuarto de invitados y tumbarme en la cama. Estoy tentado a buscar más información sobre Olivia antes de dormir. Más vídeos que me confirmen que ella y su banda no tienen nada que envidiar a muchos de los grupos de rock psicodélico de la historia de la música. Me bastaron treinta segundos de uno de los vídeos que me mostró Anna para declararme fan absoluto de su música.

Y ahora no sé cómo coño voy a dormir sabiendo que mañana voy a tener que enfrentarme a ella y a todo lo que nunca me dijo.

Capítulo 49

«Midnight», Coldplay



Olivia

Cuando oigo el portazo de la puerta principal, a solo unos metros, abro los ojos de golpe, imaginando que serán las tres de la mañana. Sin embargo, el sol de primera hora baña el sofá en el que anoche me quedé dormida y tardo unos segundos de más en darme cuenta de dónde estoy, de qué hora es. Y de que Jack no ha pasado la noche en casa.

Me incorporo lentamente justo en el momento en que su figura atraviesa el pasillo.

—Ey —lo llamo.

Su intención parece ser la de ir directo a la planta de arriba sin saludarme siquiera, lo que me resulta más raro aún. Oigo cómo frena sus pasos y vuelve sobre ellos hasta pararse justo en el umbral de la puerta del salón.

No dice nada. Se limita a mirarme como si fuera una extraña para él. La frialdad en sus ojos y el silencio que nos cubre me confirman que he llegado tarde.

—¿Estás bien? —pregunto con un hilo de voz, aunque ya sé la respuesta.

Sigue observándome, sin soltar ni una sola palabra.

—¿Quieres que hablemos? —insisto.

Tanteo el terreno con el fin de que se acerque un poco más a mí, se siente en el sofá y deje de sentirlo tan lejos. Me parece imposible que hace dos noches nuestras pieles pudieran calentar Suiza entera y ahora nuestra interacción acumule la escarcha de todo un invierno.

—Habla —responde de manera seca.

Si le importa un mínimo lo que estoy a punto de decir, lo disimula de maravilla.

—No sé qué ha pasado para que estés así —comienzo a decirle—, pero...

—¿Puedes imaginarlo?

«Mierda. Lo sabe».

Su voz me desafía a dejar de actuar. Es inútil seguir pensando que aún puedo contarle quién soy sin que, para variar, otros hayan hablado de mí sin conocerme del todo.

—¿Cómo te has enterado? —desisto, soltando el aire.

—¿Es eso lo que te preocupa?

—No, en realidad no. —Suspiro—. Ayer quería haber hablado contigo, pero no viniste a casa.

—Simplemente, no lo entiendo.

Su hermetismo me cabrea. Mantiene los hombros tensos, apoyado en el marco de la puerta y con un juicio en su mirada con el que no me había cruzado antes. No es el Jack que conozco, sino uno que está dolido y enfadado. Por una parte, entiendo que le haya molestado enterarse por ahí de que su compañera de piso no es quien dice ser, pero, por otro, he tenido mis motivos para guardar un secreto que me ha permitido ser libre durante unas semanas.

«No todo es blanco o negro», pienso con la frustración golpeando mi cabeza sin descanso.

—Si me concedes unos minutos, me gustaría explicártelo todo.

Nuestros ojos se retan, esperando que alguno de los dos baje la guardia. Una vez más, soy yo la que tiene que ceder porque Jack sigue manteniendo esa actitud inquebrantable y seria.

—¿Puedes venir? —Apoyo la mano en el sofá, invitándolo a sentarse a mi lado.

—Estoy bien aquí, gracias.

—Como quieras —contesto de mala gana—. Jack, lo último que quería era que te sintieras engañado. Cuando vine a Suiza, nunca imaginé que iba a crear lazos tan importantes como para tener que explicar todo lo que me hizo huir de Nueva York. Allí... —busco la palabra que defina a la perfección cómo me sentía— era un producto. Una figura de la que todo el mundo opinaba, a la que nadie preguntaba... Pasé de ser Olivia Smith, cantante de Cosmic Love, a la viuda del rock psicodélico. Y eso me perseguía cada noche antes de dormir —confieso, con un nudo en la garganta—. Cuando me reuní con la discográfica para hablar del siguiente álbum, vi el hueco de Sam vacío y simplemente supe que no podía hacerlo. Necesitaba alejarme de todo, sentirme normal.

Alzo la mirada y me encuentro a Jack igual de serio que hace unos minutos, aunque percibo que, de alguna manera, empatiza con todo lo que le estoy contando.

—Creía que habíamos sido sinceros el uno con el otro, eso es todo.

—Lo he sido en muchas cosas, te lo aseguro —contraataco—. Además, no te ofendas, pero, hasta hace tres semanas, para mí eras un conocido con el que compartía piso y al que no le debía ningún tipo de explicación.

Mi comentario le duele, lo sé en el momento en el que asiente despacio, abre la boca para decir algo y la vuelve a cerrar.

—Supongo que tenía miedo de perderte si te contaba quién era en realidad. Tenía miedo de que me trataras diferente. —Mi confesión abre una grieta en mi pecho, justo donde almaceno las emociones que no siempre somos capaces de exteriorizar—. ¿Sabes? Me gustaba demasiado pensar que la vida puede ser esto: una casa de madera, la intimidad de las montañas y la idea de que volver a sentir no es ningún delito.

Aunque me escucha, noto la rigidez que desprende su cuerpo, como si quisiera estar en otro lugar que no fuera este.

Mis palabras lo dejan callado. Pagaría mucho dinero por colarme en su cabeza y averiguar qué es lo que está pensando. Me pregunto si mi historia lo ha ablandado aunque sea un poco o si, por el

contrario, Jack es realmente el hombre solitario y antisocial que creía.

—Ya me ha quedado claro, Olivia Smith —suelta al rato.

No sé si me enfada más que me llame por mi nombre completo y me recuerde lo molesto que está con mi secreto o que no ponga en valor que me haya abierto a él.

—Lo siento —alzo la voz.

—¿Algo más?

«Sí, que madures», pienso con los dientes apretados.

Su actitud es la de un niño de diez años que no lo tiene todo controlado, por lo que no voy a seguir insistiendo. Lo último que necesito ahora mismo es ir detrás de alguien que tiene que gestionar sus ideas, cuando llevo trabajando en la gestión de las mías varios meses.

Yo ya voy al psicólogo, que lo haga el resto del mundo solo depende de ellos.

—¿Tú no tienes nada que decir? —le pregunto, con la esperanza de que también se abra a mí.

El problema es que, en ocasiones, el silencio es mucho mejor que una respuesta que creemos necesitar.

—No me apetece discutir —contesta—. Un día piensas que conoces a alguien y, al siguiente, te das cuenta de lo lejos que estás de la realidad.

—Lo último que quería era...

—Mensaje captado —me interrumpe—. Disculpas aceptadas, pero estoy muy cansado y solo quiero subir a mi habitación.

Me hundo en el sofá, confiando en que pueda mimetizarme con sus cojines y desaparecer unas horas, pero no lo consigo. Los pasos de Jack al subir las escaleras resuenan en mis oídos, así que me dirijo a la cocina para desconectar de esta situación de la mejor forma que conozco. Allí me paso el resto del día cocinando tortitas y *cupcakes*, imaginando que estoy en mi casa de Texas, con mis padres a solo unos metros de mí y con la película *Grease* a punto de empezar.



La incomunicación se asemeja a una madeja de lana cerca de un gato: basta un descuido para enmarañarlo todo. O a una pequeña bola de nieve en pleno invierno. A largo plazo, si no haces nada por evitarlo, se hace tan grande que puede llegar a arrollarte sin remedio.

Tras cinco horas sin dejar de dar vueltas por toda la casa sin un rumbo fijo, comienzo a oír los acordes de la guitarra de Jack y no lo medito mucho antes de dirigir mis pasos hasta su habitación. Debe de ser medianoche, pero prefiero encarar el problema que nos sobrevuela a forzarme a dormir con la conciencia intranquila.

—¿Podemos hablar?

Entro en su cuarto sin siquiera llamar antes. Su cara de sorpresa me confirma las sospechas que tenía de que lo último que esperaba esta noche era volver a hablar conmigo. Reconozco que me da rabia tener que ser yo la que insista, pero me niego a fingir que no pasa nada cuando la realidad es que ambos vamos a sufrir insomnio esta noche.

—Claro —responde con la voz mucho más suave que hace unas horas.

Me hago un hueco en su cama, donde nos besamos por primera vez aquella madrugada. De pronto, me resulta imposible no revivir aquel roce como si estuviera pasando de nuevo. Lo miro intentando averiguar si en su cabeza también se está reproduciendo ese beso, pero, de nuevo, no logro ver más allá de sus iris. Es cierto que brillan más que esta mañana y que, de alguna manera, parecen más receptivos.

Por lo que lo conozco, algo me dice que se alegra de que haya dado el paso que él no se ha atrevido a dar.

—No puedo irme a dormir sin hablar las cosas antes —sentencio —. Me parece absurdo que ambos estemos en habitaciones diferentes, como dos niños enfadados, pudiendo aclararlo todo.

—Casi siempre llevas razón y esta no es una excepción. —Se encoge de hombros en un gesto adorable y me relajo al instante.

—Sam y yo teníamos ese pacto, ¿sabes? Nunca nos íbamos a dormir enfadados, era como una promesa.

Al oír su nombre, los labios de Jack se destensan. Incluso creo atisbar una media sonrisa que consigue que deje de sentirme una intrusa en esta habitación.

—Huele toda la casa a chocolate —suelta de pronto.

—Estaba nerviosa y la repostería me convierte en un ser de luz —digo avergonzada.

—Oye, siento haberme comportado como un imbécil cuando he llegado.

—Has sido un imbécil —corroboro—, pero ya me estoy acostumbrando a esa faceta tuya.

Una carcajada breve se escapa de sus labios, hasta que el silencio nos envuelve de nuevo. Sé que tengo que contarle muchas cosas; abrirme en canal y compartir con él la visión que tengo sobre la música desde dentro. Sin embargo, no es fácil. Cada vez que dejo que alguien conozca mi mundo, la vulnerabilidad se cuela por mi ropa y se pega a mi piel como si fuera un lunar oscuro y denso.

Me tomo unos segundos para reordenar mis ideas y comienzo a hablar bajo su atenta mirada.

—Cuando se produjo el accidente... —mi voz se quiebra unos instantes, pero logro no derrumbarme antes de seguir hablando— me pasé mucho tiempo encerrada en casa. Mientras me escondía en mi cama, en internet se rumoreaba que iba de fiesta en fiesta, consumiendo drogas sin parar, tonteando con famosos a los que ni siquiera he conocido en persona. Fue muy duro enfrentarme a la imagen que el resto de la humanidad se inventó para crear un contenido vacío y cruel. Me miraba en el espejo y no solo no me reconocía, sino que no tenía intención de hacerlo —admito—. Un día me levanté de la cama, imaginé que desaparecía del mapa y una paz aterradora me inundó por completo. Me asusté tanto que cambié el chip de inmediato.

La mano de Jack sujeta la mía con fuerza, susurrándome a través de su piel que no estoy sola. Y quizá me confiesa en silencio que él

también se sintió así alguna vez, cuando sus padres decidieron dejarlo fuera de la familia.

—Querer desaparecer es un sentimiento mucho más común de lo que imaginamos —me cuenta, acercándose un poco más a mí—. Lo que pasa es que no todo el mundo es capaz de confesarlo en voz alta.

Agradezco sus palabras. Jack es de las pocas personas que consiguen hacerme sentir alguien corriente (en el mejor sentido). No es la primera vez que una sola conversación con él me confirma que es posible tener una vida tranquila y sin sobresaltos.

Con intimidad.

Sin mentiras.

—¿Tú lo has sentido alguna vez? —pregunto con interés.

—Tantas como para escribir una canción sobre ello.

Mis ojos se desvían a su guitarra; los suyos, a mis labios.

No me hace falta pedirle que la toque. La agarra con la seguridad que le otorga la música y me sonríe antes de interpretar una pequeña estrofa para mí.

Hay un componente social en el dolor. Lo descubro esta noche, con Jack a solo unos centímetros, tocando para mí y asegurándome que no soy la única persona del planeta que ha deseado extinguirse por completo; como si compartir el sufrimiento hiciera que el impacto final fuera más ligero.

Las notas de su creación golpean mi interior e inundan la estancia. Al instante, Jack cierra los ojos y viaja al rincón de su mente en el que guarda una canción que habla sobre la necesidad de parar. Aunque solo sea de forma momentánea.

—*Nunca me sentí mejor que entre sombras.* —Su voz penetra bajo mi piel—. *Bailando hasta el amanecer, sin nadie que frenara mis pasos. Lo malo ya está en una caja de madera, tírala al mar cuando ya no esté. Tírala al mar para no volverla a ver.*

Me paro a analizar el significado de cada letra, sin dejar de pensar en que yo también hubiera querido tirar toda la mierda que me rodeaba al mar. Los dedos de Jack siguen acariciando la guitarra en una melodía tan triste como liberadora. Es curioso cómo se puede encontrar belleza en algo tan trágico.

El pelo le cae por la frente y la pequeña luz de su mesilla ilumina su rostro anguloso. Jack no puede ser más atractivo pegado a un instrumento y desgarrando una voz que no siempre es capaz de exteriorizar.

—*Nunca me sentí mejor que entre sombras. Donde pude desconectarme como un robot viejo y empezar a vivir de verdad.*

Cuando la canción cesa, abre los ojos y me mira como si llevara años sin verme.

—Es muy buena —afirmo—. Y cruda.

—La vida lo es —resume, dejando la guitarra a un lado de la cama —. ¿Tus canciones no hablan de miedos?

Noto cómo mis pulmones se llenan de aire al ver que, por primera vez, Jack y yo vamos a hablar de música sin tapujos. Sin las barreras que me impedían mostrarme tal y como soy con respecto a lo que me hace vibrar.

—A veces sí. Sobre todo las que aún no se han grabado.

—¿Las que están escritas en tu misterioso cuaderno morado?

—Las mismas. —Sonrío—. Antes de que Sam muriera, casi todas nuestras letras hablaban del amor, de la suerte que supone encontrar a la persona correcta entre tanta gente. También hablaban del universo y de la inmensidad —rememoro con nostalgia—. Ahora, en cambio, solo hablan de lo difícil que es llenar ese hueco cuando a tu alrededor sobra demasiado espacio. Perdona, no sé si lo que estoy diciendo tiene mucho sentido.

—Lo tiene —asegura—. Sois buenos.

—¿Eso crees?

—Anna me enseñó un par de vídeos vuestros en directo. Y no podía dejar de pensar en cómo habéis logrado crear un sonido nuevo cuando en la música ya está todo inventado.

—Nunca está todo inventado, Jack *Evans* —hago hincapié en su apellido, igual que ha hecho él antes con el mío—. A finales del siglo XIX, imagino que nadie podía concebir nada más innovador que el blues o el jazz. Entonces, llegaron el rock and roll, el góspel, el funk... La música se retroalimenta del pasado para poder tener un futuro.

—Me caes mucho mejor desde que eres una experta en musicología —bromea.

—Está bien saberlo. —Me río, y le doy un codazo suave en el brazo —. Y tú eres un guitarrista increíble. —Deja de reírse para mirarme fijamente, dudando de mis palabras—. Lo digo en serio. Ojalá pudieras verte a través de mis ojos. Si lo hicieras, estoy segura de que en el festival del otro día no hubieras vacilado ni un momento en salir al escenario y demostrárselo a todo el mundo.

—Supongo que me han repetido tantas veces lo poco que valgo que he decidido creérmelo —comenta con semblante serio.

—Las personas suelen volcar en los demás sus mayores miedos. No sé quién te diría eso —aunque me lo imagino—, pero estoy segura de que era mucho menos valiente que tú.

—Era alguien a quien no le gustaba la música —me cuenta—. Y nunca me he fiado mucho de ese tipo de personas.

Ambos compartimos una sonrisa cómplice en mitad de la noche. Tengo la sensación de pesar dos kilos menos después de nuestra conversación. Ahora mismo, lo único que hacemos es mirarnos en silencio y, en algún punto, Jack ha comenzado a acariciarme el brazo con delicadeza.

—Hasta las flores pueden crecer más rápido si tienen música a su alrededor —digo de pronto—. Si hay personas que no son capaces de darse cuenta, en efecto, no son de fiar.

Jack dedica los minutos siguientes a analizar mis tatuajes con descaro. Hasta ahora, nunca me ha hecho la pregunta que suele hacerme cualquiera que me acaba de conocer: ¿qué significan? Y lo agradezco enormemente, ya que yo no voy preguntándole a cada persona con la que me cruzo por qué lleva un color de pelo concreto o qué hay detrás de los ocho *piercings* que adornan su rostro.

—Algunos me los hice por el simple hecho de decorar mi piel —decido contarle. Desvía rápido la mirada, como si no supiera de qué le estoy hablando—. No busques nada trascendental. Creo que el único que tiene un significado importante para mí es este planeta. —Señalo el dibujo en mi antebrazo—. Me lo tatué el mismo día que Cosmic Love firmó su primer contrato.

—Es la primera vez que conozco a alguien que colecciona tatuajes solo por el hecho de ser bonitos.

Me encojo de hombros en respuesta.

—¿Cómo decías tú? Ah, sí, que nunca habías encontrado nada lo bastante trascendental para tatuarlo en tu piel —cito textualmente la explicación que me dio a los pocos días de conocernos.

—Trabajar en el estudio te hace lidiar con personas muy intensas, ¿sabes? —Niega con la cabeza—. Por culpa de clientes *trascendentales*, nunca he conseguido conectar tan fuerte con algo como para dibujarlo en mi piel.

—Esa es una tontería —le quito importancia. Busco en la mesa de su habitación un bolígrafo, lo cojo y lo acerco a su brazo con cautela —. No te muevas.

Jack abre los ojos expectante, pero me deja dibujarle una flor rodeada de notas musicales. Al estar tan cerca, puedo oler su cuello y teletransportarme a la alfombra de la buhardilla, donde Jack logró que me olvidara de todo y sintiera un placer que creía dormido.

«Concéntrate», me digo.

—Ahora dibújamelo en la espalda —le pido.

Intento sonar segura de mí misma, aunque por dentro estoy temblando. Aun así, coge el boli mientras yo me quito la camiseta y me quedo en sujetador como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta entre nervioso y excitado.

—Demostrarte que nada es tan importante.

—¿Cómo?

—¿Tienes una aguja de tatuar en casa?

Capítulo 50

«Don’t Look Back in Anger», Oasis



Jack

Aún no sé cómo he pasado de estar molesto y encerrado en la habitación a estar concentrado mientras le tatúo la espalda a Olivia de madrugada. Cuando la he visto pintar sobre mi piel, me he dejado llevar de una manera nueva, pero, cuando se ha quitado la camiseta y me ha mirado con esos ojos tan verdes, he dejado de pensar con coherencia.

Ella actúa como si todo lo que improvisa su mente fuera a ser imprescindible: algo que, para qué engañarnos, no quiero perderme por nada en el mundo.

—¿Tienes una aguja de tatuar en casa? —me ha preguntado, alzando las cejas, a lo que yo solo he podido asentir embobado mientras pensaba una vez más en la forma tan peculiar que tiene Olivia de ver la vida.

No cuento con un número exacto de los tatuajes que he hecho a lo largo de los años, pero parece que este sea el primero. Me tiemblan las manos, me importa demasiado el resultado y, por primera vez, mi clienta consigue ponerme nervioso en cada trazo. No me pasan desapercibidos ni el vello erizado de su espalda en

contacto con la aguja ni los leves gemidos de molestia que intenta contener.

—¿Te duele? —le pregunto, pausando la máquina.

—Son como cosquillas. —Se hace la fuerte.

Sonrío ante su comentario y termino de hacer las sombras en los pétalos de la flor. No le he preguntado el significado del dibujo porque imagino que tiene que ver con la frase que ha dicho hace un rato: la de que las flores crecen más rápido con música alrededor.

Estoy casi seguro de que, si hubiéramos hablado de cualquier otra cosa, este dibujo sería algo completamente diferente. Ese es el nivel de importancia que Olivia les otorga a las cosas. Para ella, llevar en la piel algo para toda la vida no deja de ser un recuerdo que no la define en absoluto.

Ojalá yo fuera capaz de dar a las acciones el significado que merecen, en lugar de buscar mil excusas antes de tomar una decisión.

—¿Cómo está quedando?

—Me he tomado la licencia de modificar algún detalle. Espero que la autora del dibujo no se ofenda —bromeo.

—La autora estará encantada de no llevar en la espalda una flor pocha e irregular —responde riendo—. Seguro que está increíble.

Acabo de repasar las líneas y limpio la zona con jabón higiénico antes de darle un pequeño espejo.

—Si te acercas al espejo de la pared, puedes verte a través de este —le digo, inquieto.

La veo caminar despacio, con el pelo alborotado y el torso descubierto. No me acostumbro a tener a Olivia semidesnuda en mi habitación de una manera tan corriente.

—Me encanta. No voy a verlo nunca, pero el resto del mundo podrá preguntarse por qué llevo una flor musical en la espalda.

—¿Y por qué la llevas?

—Porque una noche de verano quise explicarle a alguien que nada es tan importante —dice con una voz irremediablemente adictiva.

Está preciosa plantada frente a mí, con los ojos brillantes.

—Me alegro de que te guste.

Es lo único que se me ocurre contestar. Rebusco en mi mente algo inteligente con lo que seguir la conversación, pero todo está tan alborotado que es imposible. Así que hablo por inercia y para romper el silencio que se ha creado de pronto. Para frenar el cosquilleo que se está formando en mi estómago; el mismo que creía haber dejado en la adolescencia, pero que parece que me ha estado acompañando hasta la treintena.

Sin preguntar, Olivia coge uno de los vinilos que descansan en mi estantería y lo coloca en el tocadiscos. Llevaba razón aquel día en mi coche, de camino a Lucerna, cuando me acusó de ser un chico de costumbres. El simple sonido de la aguja sobre el disco me hace sonreír. Es lo único que se oye en la habitación junto a mi respiración irregular, lo que nos concede un poco más de intimidad. Entonces, la voz de Liam Gallagher comienza a cantar el inicio de «Don't Look Back in Anger» al tiempo que Olivia se acomoda de nuevo en la cama.

Una cama que ahora parece medir medio metro menos que antes.

La oigo cantar la canción en susurros cuando se tumba. Su voz acompaña a la del cantante mientras ambos reflexionan sobre el peligro de dejar tu vida en las manos de una banda de rock que lo pueda echar todo a perder.

Es increíble lo mucho que puede hablar de nosotros una canción; o de una etapa de nuestra vida; o de unos pensamientos que jamás diríamos en alto si no fuera a través de la música. Oír a Olivia cantar esta letra me hace pensar en cómo sería su vida si no estuviera atada a una gran discográfica.

Por un segundo, no sé si quedarme sentado o acostarme a su lado. Finalmente, la imito hasta que nos quedamos en horizontal, mirando al techo y con los dedos meñiques rozándose con disimulo.

—Cuando era adolescente, solía tumbarme a escuchar música durante horas en mi habitación —suelta de pronto—. Mi madre me llamaba a cenar tantas veces que, al no tener respuesta a ninguna de ellas, terminaba trayendo la comida hasta la cama. Las canciones siempre han sido mi salida de emergencia.

No se puede imaginar cuánto la entiendo. No soy capaz de enumerar las veces que la música tapó los gritos de mi padre y los

llantos de mi madre cuando era solo un niño. Era darle al *play* e imaginar que fuera de mi cuarto no existía ni un solo ser humano capaz de hacerle daño a otro. Eso sí, cuando el disco terminaba, el silencio me recordaba que esa utopía solo existía en mi cabeza. Y los gritos se oían entonces con más fuerza.

Me giro hasta observar su rostro de perfil, con los ojos cerrados y el pelo esparcido por las sábanas como si fuera un cuadro de Klimt. De forma inevitable, me olvido de nuestro pasado tormentoso para pensar únicamente en besar sus labios, desabrocharle el sujetador de encaje y perderme en su piel durante horas. Sin embargo, lo que me ha contado tiene más peso ahora mismo.

—¿Has puesto ese disco porque te preocupa algo? —indago con cuidado.

Ahora es ella la que gira el cuello en mi dirección, provocando que nuestras narices casi se rocen.

—Es raro —admite—. Si pienso en el tiempo que me queda aquí, en Suiza, una calma me invade por completo; en cambio, es pensar en la vuelta a Nueva York y solo soy capaz de atraer la ansiedad que todo eso conlleva.

—Imagino que tienes cosas pendientes con el grupo —tanteo el terreno, sin meterme hasta el fango, ya que no la quiero obligar a hablar de ello.

—Digamos que, antes de venir aquí, le prometí a la discográfica varias canciones que... —se muerde el labio de una manera adorable— no existen. Es decir, tengo los retazos de lo que podrían ser buenas canciones, pero solo son bocetos.

—Yo puedo ayudarte.

—¿En serio?

«Haría lo que fuera por ver la sonrisa que estás poniendo justo ahora», pienso.

—Claro. Podría ponerles música a tus letras.

—A mis retazos —me corrige.

—A lo que sea. —Mis labios se curvan hacia arriba, justo en el momento en el que me doy cuenta de que Olivia me tiene obnubilado por completo—. Así puedes hacerte una idea de cómo quedarían en su versión final.

Mi voz se torna algo más seria, intentando sonar estrictamente profesional... aunque fracaso en el intento, sobre todo cuando Olivia se lanza a mi cuello y me da un beso suave.

—Gracias —me susurra al oído.

Joder.

Devuelvo la vista al techo con la certeza de que, si la miro a ella, no voy a poder aguantar las ganas que tengo de probar su sabor de nuevo. En el tocadiscos suena «Wonderwall» justo cuando nuestras manos se acarician con confianza, deslizándose por nuestros brazos como si fuera el único lenguaje que hablamos entre nosotros.

—¿En qué piensas? —pregunta. Ya me estoy acostumbrando a la mala relación que tiene Olivia con los silencios.

«En que, ahora que todo cuadra entre nosotros, el verano se acaba», vuelvo a decirme a mí mismo como un cobarde.

—En que nunca me ha gustado del todo esta canción —miento, aunque a la vez digo la verdad.

—¿Cómo? —Se sienta de golpe y clava su mirada acusadora en la mía.

—Es cursi.

—Es tierna —matiza—. Si alguna vez vienes a Nueva York, jamás le digas algo así a Noah. Vive por y para esta canción.

Intuyo que Noah es el amigo que tiene problemas con las drogas, pero no lo recuerdo bien. El simple hecho de imaginarme de nuevo en esa ciudad me provoca ganas de vomitar. Es cierto que nunca sabemos dónde vamos a terminar, pero Nueva York siempre será para mí como una relación complicada de las que dejan heridas a largo plazo.

—Es más probable que vuelvas tú aquí —termino diciendo.

—Tengo la sensación —comienza a divagar, apoyando su mejilla en la mano derecha— de que esta no va a ser mi única visita a Suiza.

Sus labios cada vez están más cerca o, al menos, yo no soy capaz de dejar de mirarlos. Me incorporo hasta ponerme a su altura, provocando en ella una sonrisa traviesa que da luz verde a todas mis fantasías.

—Por si acaso —le sujeto la barbilla y acerco su boca a la mía para morderle los labios delicadamente—, se me ocurren varias maneras

para aprovechar el tiempo que queda.

Me lanzo con la prisa que solo provoca el deseo más profundo y nos besamos con pasión y cariño. Ambos somos conscientes de lo que está surgiendo entre nosotros desde hace un tiempo. Por ello, en este beso se esconden libros sin leer, una tienda de vinilos que sobrevive al futuro, un glaciar en pleno verano, una torre de tortitas recién hechas, las confesiones de dos corazones heridos... Y también la pequeña risa que Olivia suelta cuando nuestros labios deciden coger aire unos segundos.

—Aparte de buen guitarrista y compañero de piso —dice entonces, posando su dedo sobre mi pecho—, es usted un aprovechado, señor Evans.

Y no se imagina lo que me pone escuchar de su boca esa forma de llamarme. Tanto que me resulta imposible no ponerme sobre ella, desnudarla por completo y hacerle todo lo que mi cabeza imagina desde hace días.

El resto de la noche la pasamos descubriéndonos de nuevo. Una y otra vez. Como si nuestras pieles fueran mapas que explorar y el tiempo hubiera dejado de correr con el primer gemido.

Capítulo 51

«I’m Not for Sale», Olivia Smith

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE OLIVIA EN SUIZA

Olivia

LUNES

Esta mañana le he enseñado mi cuaderno a Jack sin sentir que estaba dándole unas gafas de rayos X con las que ver a través de mi piel. Ahora que todos los secretos han salido a la luz, que lea los fragmentos sin sentido de mis futuras canciones es lo de menos. De hecho, gracias a ello, llevamos componiendo juntos más de cuatro horas.

Hemos pedido comida china para comer en la alfombra, sin parar de debatir acerca de si una palabra rima con otra o sobre qué es lo que realmente quiero contar con mis canciones. Jack, receptivo y lleno de ideas, me está ayudando a hurgar en mi interior hasta dar con la clave.

—Lo que está claro es que las canciones tienen que salir de las entrañas —le digo, frustrada—. Y yo estoy vacía.

—Lo dudo mucho —responde.

No se ha separado de la guitarra en ningún momento.

Ni de mí.

Cuando ayer me contó que pensaba cerrar el estudio de tatuaje por vacaciones durante toda la semana, pensé que Jack no podía ser mejor persona. No me lo confesó, pero sé que lo hizo para que pasáramos mis últimos días en Suiza juntos... para, de alguna

manera, infundirme fuerza antes de volver al patio de leones que es Nueva York actualmente para mí.

—Tienes que hacerte las preguntas correctas —me dice—. Por ejemplo, ¿qué sientes ahora mismo?

Medito bastante la respuesta. Sé que con «ahora mismo» no se refiere a estar aquí en este instante, físicamente, en la buhardilla de la casa de las flores violetas. Si fuera así, diría cariño, que es justo lo que le estoy cogiendo a Jack sin poder evitarlo. En cambio, con su pregunta hace referencia a qué me arde en el pecho, qué pienso de la vida y qué quiero reivindicar con mi canción.

—Enfado.

Estoy cabreada por perder al amor de mi vida tan pronto, por no saber gestionar todo lo que se viene en mi carrera, por la cantidad de mentiras que circulan sobre nosotros en internet. Estoy enfadada por tener un jefe gilipollas y por la falta de empatía de la sociedad.

—Entonces, enfoca la composición desde ahí —me anima, sacándome del discurso autodestructivo que se está desarrollando en mi mente—. Desde la rabia que puedas sentir.

Me lo dice por experiencia. Sus primeras canciones destilaban odio en cada una de sus palabras; al menos, alguna de las que han tocado en el garaje perteneciente a sus inicios. Después Long Days fue cambiando el tono, aunque lo primero les sirviera como terapia.

—Pero Cosmic Love habla del amor y de la libertad...

—Eso era antes. —Suena algo brusco al decirlo, por lo que suaviza la voz al instante—. Ahora estáis en otra etapa y las preocupaciones vitales van cambiando, al igual que la perspectiva que tenemos de las cosas. Imagino que, al firmar tu primer disco, tu visión del éxito era muy diferente a la que tienes ahora.

—Ni que lo digas. —Suspiro—. Nadie te avisa de la ansiedad que provoca, el síndrome del impostor, sentirte una maldita cifra entre cientos...

Yo sola caigo en la cuenta de que lo que quiero expresar está dentro de mí, solo que todavía tengo que encontrar el modo de sacarlo.

—Ahí lo tienes —se da cuenta él también.

Es la primera vez que Jack y yo componemos juntos, pero juraría que el tiempo se ha estirado de manera surrealista un lunes cualquiera. Durante horas hablamos sin parar, debatimos sobre el arte y la creatividad, cantamos a pleno pulmón, borramos y escribimos... Pasamos toda la tarde y parte de la noche rebuscando en mi estómago la primera de varias canciones que vamos a sacar adelante.

Nos sale solo. Formamos un equipo que no necesita pensar antes de hablar. Fluimos bajo la atenta mirada de Venus y, por primera vez, me siento comprendida por completo. Jack me mira sin el velo que suele cubrirme cuando tengo que enfrentarme al mundo. Me ve tal y como soy. Y me acepta; algo que a mí me ha costado tanto trabajo como asimilar que entre nosotros hay algo más que un buen sexo y una pasión compartida.

Cuando se me pasa por la cabeza ese pensamiento, lo deshecho al instante. En primer lugar, por miedo a que el amor que he sentido por Sam se vea eclipsado por otro, aún no; en segundo lugar, porque en unos días estaré muy lejos de Jack y de sus montañas. Y lo último que quiero es sufrir, más que nada porque creo que mi corazón ya no aguanta más desengaños por el momento.

—Creo que lo tienes —dice, con los ojos achinados por el sueño y el pelo revuelto.

No se me escapa que ha dicho «tienes» cuando sin él no hubiera conseguido ni dos estrofas.

—Buenas noches, pelirroja.

Me da un beso en la frente y sube las escaleras hacia su cuarto, dejándome con la certeza de que el arte no se vende. Me agarro al cuaderno morado, donde ahora descansa una canción que habla sobre el inconformismo, la identidad y el amor propio. Y me parece curioso que la letra más personal que he escrito hasta ahora siempre me vaya a recordar a otra persona.

Y así es como nace «I’m Not for Sale»: de un lunes de madrugada, dos mentes inquietas y las ganas que en ocasiones todos tenemos de gritar.



Jack

MARTES

Esta mañana he despertado a Olivia temprano y le he pedido que se subiera al coche sin muchas explicaciones. He actuado por impulso. Ayer compartimos demasiadas cosas para no querer aprovechar cada uno de los días que le quedan aquí.

Sé que, en el fondo, lo único que busco es que se enamore del país irremediablemente; crear recuerdos que le hagan querer volver algún día. Aunque sea dentro de muchos años.

Durante todo el camino, se ha quejado de que, sin desayunar algo dulce, su cuerpo no tira, por lo que hemos parado en una gasolinera y se ha comprado dos dónuts de chocolate que han conseguido cambiarle el ánimo de forma radical.

—En serio, Jack —me dice con los labios manchados de chocolate —, lo de que no te guste el dulce es algo grave. Igual deberías tratarlo con un experto.

Yo me limito a sonreír sin apartar la vista de la carretera. Con las ventanillas bajadas, escuchamos a todo volumen un disco de David Bowie que pone Olivia y que terminamos cantando como si nos fuera la vida en ello. A veces yo dejo de cantar para observar cómo lo hace ella; entonces, me doy cuenta de que la estoy mirando demasiado y la acompaño de nuevo.

Hasta dos minutos antes de dejar el coche en un *parking* de Zúrich no sé adónde vamos realmente. Pero de pronto me he acordado de un garito de música en vivo al que fui con Sam hace muchos años y he sabido al instante que a Olivia le encantaría visitarlo.

Ignoro el interrogatorio policial al que me somete la pelirroja sobre adónde estamos yendo mientras me pregunto si aquel sitio seguirá abierto. Me divierte su impaciencia, por lo que la hago sufrir un poquito más a través de mi silencio.

«Creo que era por aquí», pienso doblando la esquina en una calle solitaria y estrecha.

—Este garito tiene pinta de cerrado —dice Olivia, mirando la fachada de un antiguo astillero, que además de un bar musical, nuestro objetivo, contiene un teatro y un restaurante.

No recordaba que se llamara Moods. Las puertas metálicas están solo un poco entreabiertas, lo suficiente para ver una tenue luz sobre una barra increíble.

—Vamos a echar un vistazo para ver si está abierto.

Empujo la puerta y entramos en un lugar que me resulta tan familiar como extraño a la vez.

—¿Está abierto? —pregunto en alto antes de avanzar más.

—¿Esto no es allanamiento de morada? —susurra Olivia, aferrándose a mi brazo.

Es imposible que no me parezca adorable. La miro divertido quitándole hierro al asunto, pero, cuando se encienden más luces del local, hasta yo me acojono.

—Aún estamos cerrados —anuncia un camarero que aparece detrás de la barra.

Está concentrado secando un vaso de cristal con un trapo hasta que repara en mi presencia. Sinceramente, al principio no tengo claro que vaya a reconocerme, luego rememoro todas las noches que pasamos en este antro y no lo pongo en duda. Me mira de arriba abajo, después mira a Olivia y vuelve a analizarme con una sonrisa canalla.

—No me jodas —suelta sin poder creerlo. Billy está mayor, aunque conserva aquella actitud entusiasta que solía contagiar a cualquiera que tuviera un día triste—. ¿Jack Evans?

Antes de confirmarle que, efectivamente, sigo siendo aquel chaval que se colaba entre grandes artistas para tocar la guitarra con sus colegas, me da un abrazo al que no sé corresponder. Al menos de inmediato.

—El mismo.

—Pensé que ya estarías lejos de Suiza, tío. ¿Cómo es que no has vuelto por aquí? —pregunta desviando la mirada hacia Olivia, quien nos escucha atenta—. Perdona, soy Billy.

Ambos se dan un abrazo mucho menos rígido, a pesar de ser dos completos desconocidos. Y yo solo puedo darle vueltas a por qué no he vuelto a este local en tantos años.

—Olivia —responde amable.

—Encantado. Oye —centra su atención de nuevo en mí—, ¿cómo os va? ¿Seguís todos por aquí?

Un nudo se me forma en la garganta al reparar en la palabra *todos*. Al pensar en Sam. Aquel verano no dejó de venir a este club, donde recuerdo que hizo muy buenas migas con Billy.

Pienso bien la respuesta, ya que lo último que quiero es sacar esta conversación delante de Olivia.

—Algunos nos quedamos y ahora estamos viviendo en Lauterbrunnen y alrededores. —Sonrío algo tenso—. Escucha, si está cerrado podemos irnos. —Me paso una mano por detrás de la nuca, más nervioso que antes tras descubrir que a los tres nos une la misma ausencia.

—¡Qué va! Sentaos por allí y os sirvo lo que queráis.

—Vale, gracias.

Mis pies van directos a una de las mesas situadas junto al escenario, como si tuviera diez años menos y supiera que en unos veinte minutos iban a llegar todos. Hay lugares que te pertenecen sin firmar un contrato; lo hacen a través de la rutina, los detalles y las charlas infinitas. Lo percibo al sentarme de nuevo en uno de los largos bancos de cuero desgastado: este rincón sigue siendo un hogar para mí.

—El sitio es increíble —dice Olivia, con la emoción que le provocan las cosas desconocidas.

Camina despacio cerca del escenario, observándolo todo. Me fijo mejor en su vestimenta, lo que me hace sonreír al comprobar que, subida ahí arriba, podría pasar por una cantante de los setenta sin ningún tipo de esfuerzo; o por una rebelde que se ha escapado del festival de Woodstock y ha terminado aquí. Lleva un chaleco marrón

con flecos, una falda larga beige y una camisa casi transparente del mismo color. El rojo de su pelo brilla un poco más a la luz tenue del local.

Quizá la estoy mirando demasiado...

—Es una pena que no disfrutes de este lugar con música y vida.

—Eso se puede remediar, ¿eh? —oigo la voz de Billy a mi espalda —. ¿O qué? ¿Me vas a decir que ahora te has vuelto funcionario y has renegado de la música?

Deposita dos refrescos y un bol de patatas fritas delante de nosotros.

—Funcionario —repito casi para mí mismo con una sonrisa—. No tengo mi guitarra.

—Como si eso fuera un problema. —Agita las manos, restándole importancia—. Si queréis subir ahí arriba en cualquier momento, es todo vuestro.

Alza las cejas desviando la mirada al escenario, para después dar media vuelta y volver a la barra. Me sorprende que haya incluido a Olivia como a una música más, pero a la vez no. Ahora que sé a lo que se dedica realmente, no entiendo cómo no me di cuenta antes de que la música recorre cada una de sus venas.

—Qué simpático —observa.

—Billy fue muy buen amigo —le cuento, y doy un trago a mi bebida—. Nos acogió a todos como a una familia. He dormido más veces en el almacén de este garito de las que voy a confesar.

Mi comentario la hace reír, aunque también entorna los ojos con cautela al escucharme.

—¿Sam también venía aquí? —pregunta con la voz entrecortada—. ¿Aquí os conocisteis?

—Pensé que te gustaría conocer el Moods —contesto, confirmando sus teorías.

Sus ojos se llenan de lágrimas mientras mira a su alrededor impregnándose de cada detalle. Observa con atención los altos techos de este espacio vanguardista de hormigón visto y diseño moderno, las velas por encender, las enormes fotografías de músicos conocidos que han visitado este lugar desde su apertura... y el escenario. Se queda mirando ese punto en concreto tanto tiempo

que no me hace falta preguntarle en qué piensa para saber que se está imaginando a Sam ahí arriba, mucho más joven y con toda la vida por delante.

No es necesario que diga ni una sola palabra para que ambos lleguemos a la misma conclusión.

—¿Qué te apetece cantar? —le pregunto de manera directa.

—Hay una canción que aún no he tenido la oportunidad de tocar en un escenario —me cuenta, mordiéndose el labio inferior—. No hay público para escucharla, pero para mí es importante hacerlo. Contigo.

—Vamos a cantar ese nuevo *single*. A ver cómo te desenvuelves, Olivia Smith —la reto.

Sube a la plataforma con decisión. Yo le hago un gesto a Billy, que provoca que su sonrisa se ensanche; al fin y al cabo, es una manera diferente de confirmarle que la música es lo que me sigue trayendo a este bar después de tanto tiempo.

Aunque sea en otra compañía.

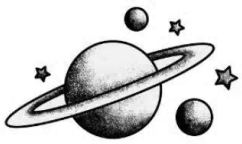
Cojo la guitarra que sigue descansando detrás de la cortina, afino las cuerdas y comienzo a tocar la versión acústica del tema que Olivia y yo compusimos ayer durante horas. Se podría decir que esta canción es de los dos hasta que la pelirroja comienza a cantar la primera estrofa. Ahí, su voz me deja claro, a mí y a cualquiera que pasase por delante, que todo lo que esconde la letra habla de ella, de su lucha. Y también nos hace saber que, en unos días, volverá a Nueva York para no dejarse pisotear por nadie.

Oigo vuestros pasos,
pero no podéis alcanzarme.
Estoy hecha de letras y fuego
y no estoy en venta.
Podéis meterme en una caja de plástico
o incluirme en una subasta de primera.
Pero nunca estaré en venta.

Su voz es desgarradora. Ronca y delicada al mismo tiempo.

La acompaño con la guitarra, haciendo que mis acordes sean una alfombra roja por la que pisar descalza. Aunque, si soy realista, mi único objetivo ahora mismo es que no note que mi corazón se salta un latido cada vez que recuerda que la semana que viene volveré a vivir solo.

Y, por supuesto, que estoy completa e irremediablemente colado por ella.



Olivia

MIÉRCOLES

No soy tonta. Puede que esta última semana Jack y yo hayamos decidido pasar tiempo juntos sin la necesidad de plantearlo. Hemos conversado sobre mil cosas, dejado correr la confianza entre nosotros y compuesto sin parar. Pero eso no impide que ambos estemos huyendo físicamente del otro.

Todo el tiempo evitamos tocarnos, mirarnos a los labios o hablar de lo que ya ha pasado entre nosotros. ¿Por qué? Por mi parte, me da miedo engancharme demasiado a algo que va a terminar casi antes de empezar. Me aterra sufrir de nuevo por alguien, aunque el motivo sea completamente diferente. Por la suya... No tengo claro qué esconde su mundo interior, la verdad.

Por eso mismo, la mano de Jack rozando mi pierna sin querer en nuestra cocina tiene el efecto del mismísimo fuego. Noto cómo me arde el muslo mientras intento concentrarme en las patatas que estoy acabando de pelar sobre la encimera.

—¿Está el aceite lo bastante caliente?

Hasta una frase tan banal como esta me parece provocativa.

—Está justo en su punto.

Su voz me sigue el juego mental del que solo yo estoy informada.

«¿Qué te pasa?», me reprendo, apretando un poco más las piernas para ver si se calma mi instinto.

En unos días, estaré volando a Estados Unidos. Lo último que necesito es acumular más motivos que me hagan extrañar la casa de las flores violetas y a sus dos habitantes. La pequeña interacción sexual que hemos tenido ha hecho crecer mis fantasías: imaginándome todo lo que podríamos seguir descubriendo del otro si continuáramos experimentando. Es tentador, eso seguro. Pero lo que más me ha gustado es que el sexo con Jack ha sido bonito, sincero, con la delicadeza que creía que no podía existir entre dos personas que no cuentan con la confianza de los años.

Él me pregunta cómo estoy, qué quiero en cada momento, si me está gustando. Y en mi situación emocional, en la que mis sentimientos están subidos en el vagón más extremo de una montaña rusa, agradezco mucho que sea paciente. El mito que afirma que los hombres solo hablan con gruñidos en la cama él es capaz de romperlo en pedazos.

Lo miro de reojo. Está concentrado secando los cubiertos, un gesto tan familiar que me hace recordar otro tiempo en el que compartía casa con otra persona. El rostro de Sam cruza mi mente de manera más nítida y no es la primera vez que me pasa.

«¿Qué te diría Sam?», acostumbra a preguntarme Layla en nuestras sesiones, cuando se me hace complicado diferenciar si algo está bien o mal. Lo pienso con detenimiento, al ritmo en el que las patatas van cogiendo color en la sartén. Entonces me viene a la cabeza una frase que solía decirme él a menudo: «Oli, los que tenemos la suerte de disfrutarte a diario ya podemos confirmar que la felicidad existe».

Sonrío con nostalgia. Sam era un exagerado y un romántico empedernido. Cuando soltaba afirmaciones tan rotundas, yo le hacía saber que su idealización de mí se desinflaría cuando fuéramos dos ancianos casi sin fuerzas para coger un micro.

—Olivia. —Mi nombre en los labios de Jack me sobresalta.

—Dime.

—¿En qué piensas?

Dejo el pelador apoyado en la mesa de centro y lo miro fijamente.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Llevas un buen rato sumida en tu mundo y me preguntaba...

—En ti —lo corto. Antes de que pueda frenar esas dos palabras, ya han salido de mi boca disparadas—. En nosotros.

Abre los ojos ligeramente, aunque no le sorprende mi respuesta.

—¿Y qué piensas sobre nosotros? —Alza la barbilla en un gesto provocativo y se coloca un poco más cerca de mí, si es que es posible.

Dudo un momento si recular o, una vez más, hablar sin filtros. No me cuesta mucho decidirme por lo segundo.

—¿Te parece una locura que esté pensando en besarte mientras preparo patatas fritas?

Mi pregunta le arranca una risa sincera. Y, sinceramente, prefiero esa reacción a que salga corriendo.

—No, no lo es —niega—. De hecho, yo también estoy pensando en lo mismo mientras corto verduras.

Mis labios se curvan hacia arriba sin remedio. Jack, pese a ser un tío alto, fuerte y con pinta de importarle una mierda el mundo, también es adorable.

—También le daba vueltas a si es buena idea seguir con... —Busco la palabra correcta, pero no la encuentro—. Con lo que sea esto a solo unos días de que me marche.

—Ahora estamos aquí, ¿no? —Asiento—. En el mismo punto del mapa, me refiero. Aunque solo sea por unos días.

—¿Qué quieres decir?

—Que sería una pena no aprovechar el tiempo. —Me aparta un mechón de la cara con suavidad, y ese mínimo contacto logra que me tiemblen las piernas.

Cierro los ojos automáticamente en el momento en el que sé que Jack va a besarme. Lo sé cuando su mano me rodea la cintura, acercándome más a él; también cuando retira la sartén del fuego, señal de que vamos a tomarnos un tiempo para nosotros.

Y cuando nuestras bocas se juntan de nuevo, el ruido que hace unos segundos inundaba mi cabeza disminuye a tal velocidad que creo que estoy en cualquier otro lugar. Lejos de la civilización.

—Quiero hacerte sentir —admite junto a mi boca—. Solo dime qué es lo que quieres y lo haré.

«Joder».

Si las piernas me temblaban hace un momento, ahora se han convertido en gelatina. Con un solo gesto, sus brazos me alzan sobre la encimera, con las piernas abiertas y él justo en el centro. Ni dos centímetros separan nuestras terminaciones nerviosas. Justo a punto de explotar.

Sin decir nada, comienzo a desabrocharme el pantalón con algo de prisa. Su confesión ha activado todas mis fantasías y ahora necesito sentir a Jack entre mis piernas; mirarlo desde aquí arriba y agarrar su pelo con fuerza. Él pilla enseguida la indirecta, me desnuda de cintura para abajo y se arrodilla ante mí con devoción. Joder, me siento una diosa capaz de cambiar las normas fuera y dentro de esta casa.

—Joder —vuelvo a soltar, ahora en voz alta.

—Solo cierra los ojos y déjate llevar —me dice, justo antes de hundir su lengua en mi sexo.

Hago lo que me pide, sintiendo cada uno de sus lametones como si fueran descargas eléctricas. Aprieto las piernas en un acto reflejo, enmarcando su rostro, que ya no sé si le sigue perteneciendo a él o ha pasado a formar parte de mi piel desde hace un rato. El ritmo de su lengua va creciendo mientras los gemidos se caen de mis labios y se posan en su pelo y sus oídos.

En esta cocina, el tiempo y el espacio dejan de ser relevantes. También el bien y el mal, que ahora pertenecen a una masa sin forma incapaz de alcanzarme. Desde aquí, a punto de llegar al orgasmo, me olvido de que en pocos días voy a estar muy lejos.

Y conecto con lo primario, lo animal. Todo aquello que nos hace recordar que el instinto es otra manera, completamente lícita, de encontrar el amor propio.



Jack

JUEVES

—Gracias, chicos —oigo cómo Olivia habla por teléfono a solo un metro de mí.

Estamos tirados en el sofá, viendo una película de la que creo que ninguno se está enterando. Hace unos minutos le ha sonado el móvil y, desde entonces, está hablando en clave y repitiendo la palabra *gracias* sin descanso mientras yo finjo que sigo el hilo de la trama que transcurre en la pantalla.

Esta semana parece que un imán invisible nos esté manteniendo unidos las veinticuatro horas. Reconozco que me he cogido vacaciones en el estudio para estar más en casa, pero no imaginaba que fuéramos a compartir tanto tiempo juntos. Ni tantos silencios cómodos.

La miro de reojo y con curiosidad, ya que es como asomarse por una mirilla a su mundo y a la relación que tiene con él. Habla con una sonrisa, en pijama y con un moño despeinado que le queda especialmente bien. Me sigo preguntando qué hace una chica como Olivia Smith en mi casa, con los pies sobre mis piernas, bajo una manta.

—Nos vemos en nada, chicos. Un beso enorme.

Cuelga el teléfono, me mira y, aunque aparto los ojos de su rostro rápidamente, se da cuenta de que estoy observándola con curiosidad.

—Los chicos —aclara, dejando el móvil en la mesa.

—¿Cómo están?

No sé mucho del entorno de Olivia, pero intuyo que su banda es algo parecido a una familia para ella.

—Noah ha salido del centro y he notado en su voz que está mucho más animado —me cuenta feliz.

—Me alegro. Les has dado las gracias varias veces. —Sonrío, dejando en segundo plano la película.

—Ya, bueno... —duda si decirme algo más, hasta que termina confesando—: es que han llamado para felicitarme.

Se toca el pelo nerviosa, volviendo la vista hacia el televisor.

—¿Hoy es tu cumpleaños?

Asiente, evitando cualquier contacto visual conmigo.

—¿Cómo no me has dicho nada? —insisto.

«Habría aprendido a cocinar tortitas solo para que, al levantarte, tuvieras tu desayuno favorito». No hablo yo, sino la faceta detallista y cursi que poseo desde que Olivia vive conmigo.

—No lo sé. No me preguntaste. —Se encoge de hombros, lo que me hace reír sin remedio.

—No suelo preguntar cada día a la gente si es su cumpleaños, pero imagino que tienes razón. Una vez más.

—Digamos que no es mi día favorito del año.

En eso nos parecemos. Cuando era pequeño, nadie se acordaba de mi cumpleaños y, cuando mi madre decidía hacerme una tarta, mi padre se la comía entera y solo me dejaba los restos. Recuerdo un día en el que estuve encerrado en mi habitación, imaginando cómo sería haber nacido en otra familia, preguntándome cómo debía sonar una casa cuyos habitantes se quisieran por encima de todo.

Y siempre me parecía una utopía enorme.

Así que entiendo a Olivia. Por no hablar de que, además, este año aún es más duro para ella celebrarlo sin Sam.

—Felicidades, pelirroja. —Agarro su mano y aprieto suavemente, concentrando en ese gesto el abrazo que quiero darle.

—Muchas gracias. Es un día más —susurra para sí misma, autoconvenciéndose de que no hay nada de especial en cumplir años—. Sobre todo, en la llamada hemos hablado de mi vuelta y de la agenda que nos espera.

—¿Estás nerviosa por ello?

—Disociada —determina con exactitud—. Cuando vuelva, descubriré de nuevo que los relojes de Nueva York van más rápido; que es imposible dejar de correr si quiero cumplir con lo estipulado.

—¿Cuándo grabáis el disco?

—A finales de septiembre. Nos retiramos a Los Ángeles un mes con todo el equipo para poner nuestras ideas en común.

—Van a adorar tus letras —le aseguro, recordando la fuerza que tienen.

—Serán días de dormir poco, componer mucho y comer sándwiches prefabricados.

—Suena increíble.

—Si tú lo dices —responde con desidia—. Tengo ganas de ver a los chicos, pero te mentiría si dijera que no quiero alargar mi estancia en Suiza unos días más. Eso sí, Miller me mataría si lo hiciera. Por no hablar de que el resto de la banda me necesita.

—Va a ser un disco increíble.

—Eso espero, ya que va a ser el último para mí. Me comprometo porque era lo pactado. Y era lo que quería Sam. Este disco también es suyo, pero, después de grabar y hacer la gira, me retiro.

Es un titular demasiado rotundo para no haber meditado durante todo el verano sobre ello.

—Lo tienes claro —observo con cautela.

—Me he dado cuenta de que hay otras maneras de vivir a través de la música. —Me sonríe—. Tú me has enseñado eso.

Un pellizco en mi estómago me avisa de que esa confesión me ha gustado demasiado.

—Supongo —le concedo—. Aunque tiene que ser increíble vivir las giras, ver tu disco en todas las tiendas, escuchar tu música en la radio...

—La fama, las mentiras, los medios —me interrumpe, enumerando algunas de las consecuencias—. Hace un año no me afectaba en absoluto. Ahora, en cambio, pesa sobre mis hombros cada día. Un disco y habré terminado —me asegura—. Los chicos ya lo saben y Mark se ha encargado de que el contrato que hemos firmado solo nos comprometa durante máximo un año. Disco, gira y actos promocionales: nada más.

—¿Y después?

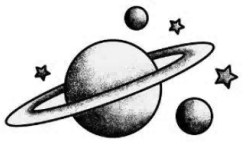
Una parte de mí tiene la esperanza de que su respuesta incluya un plan en el que vuelva a Suiza para compartir casa conmigo de nuevo.

«Espabila, Jack».

—Después seré libre.

Sin saber qué significa exactamente la libertad para ella, me fijo en la amplia sonrisa que se le dibuja en la cara.

No necesito nada más.



Olivia

VIERNES

Esta mañana Jack se ha ido a casa de Guida y me ha pedido por favor que viniera al atardecer para ayudarlo a llevarnos unas sillas que ella ya no quiere... o algo así; la verdad es que no me he enterado muy bien. Como venir a esta casa es sinónimo de salir de ella con una energía más limpia, con menos preocupaciones, no le ha costado mucho convencerme.

Llamo a la puerta, con la otra mano metida en el bolsillo y reparando en lo mucho que voy a echar de menos estos jardines de ensueño en Nueva York. Oigo unos pasos que se aproximan al otro lado y me atuso el pelo rápidamente para estar presentable.

—Gracias por venir.

La sonrisa de Jack también la voy a echar de menos, sobre todo desde que no tiene miedo de mostrársela al mundo. Ya casi no me acuerdo del chico que conocí a principios de verano, el mismo al que le costaba mantener una conversación de más de dos frases.

—No hay de qué. —Le guiño un ojo antes de seguirlo hasta el salón—. ¿Dónde está Guida?

Un murmullo lejano me hace sospechar que pasa algo en el jardín, aunque no le doy mucha importancia.

—Está fuera. Voy a por un vaso de agua, ahora salgo —me dice, animándome a reunirme con ella.

—Vale.

Al salir, descubro que Guida no está sola, sino que los amigos de Jack gritan a la vez, rodeados de confeti y decoración de colores.

—¡Felicidades!

Me cuesta entender qué está pasando. Me giro para buscar a Jack y lo veo aparecer con una tarta de chocolate repleta de velas y un gesto tímido que me conquista por completo.

«¿Has organizado todo esto para mí?», me quedo con ganas de preguntarle.

—Todo el mundo al que le encanta el dulce debería poder comer tarta por su cumpleaños —me dice, acercando las velas a mí—. Pide un deseo, Olivia.

Dejo que salga del pecho, justo entre los dos pulmones: «Que el mundo que hay ahí fuera se parezca más al que se esconde entre estas montañas». Soplo con fuerza, acompañada por los aplausos del resto y sintiéndome tan feliz como una niña exenta de preocupaciones.

Todos nos sentamos alrededor de la mesa, donde descansan vasos con té, refrescos y cervezas. Guida coge una, pero Anna se la quita con una sonrisa, por lo que termina escogiendo un vaso de té a disgusto.

—Cuando Jack me contó ayer que era tu cumpleaños, todos estuvimos de acuerdo en que teníamos que organizar una merienda con tarta y una cena al más puro estilo suizo —me dice la dueña de la casa.

—No teníais por qué —contesto agradecida.

—Ah, por supuesto que no. —Se ríe—. Pero contigo nos nace hacerlo, cielo. Virgo, ¿eh? Un signo como ese es difícil de ignorar: la sexualidad y la inteligencia que poseéis es una definición perfecta de lo que es una mujer.

¿Por qué no puedo verme a mí misma como Guida es capaz de hacerlo?

Repartimos la tarta mientras Peter y James discuten por quién se come el trozo más grande. Observo cómo se ríen entre ellos, sin dejar de estar agradecida porque se hayan reunido todos aquí por mí.

—¿Cómo estás? —La voz de Anna me sorprende a mi lado.

—Asimilando todo esto. —Sonrío.

—Oye... —Antes de que lo diga, adivino lo que está pasando por su cabeza—. Siento muchísimo haberle contado a Jack tu secreto antes de que pudieras hacerlo tú.

—No hay nada por lo que pedir perdón. Estuve demasiado lenta. —Sonrío.

—Espero que su enfado no durase más de un día.

—Tranquila. Hablamos las cosas y lo solucionamos. Ojalá se lo hubiera contado todo antes; no sabes lo que me está ayudando a componer —confieso—. Estaba completamente seca y ahora parece que las ideas me salen solas.

—Los artistas... —Suspira—. Os juntáis y no hay quien os siga el ritmo —bromea—. Ahora en serio, Jack es muy bueno con las letras. Si no fuera por él, Long Days se hubiera quedado en un grupo experto en versiones.

—Sí lo es —coincido.

No le cuento detalles como que estuvimos en aquel garito tocando para un montón de sillas vacías, ni tampoco le hablo de los descansos entre canción y canción en los que nos hemos conocido de otra manera. Supongo que ella sola ya se lo puede imaginar.

—Jack me ha puesto algunos de tus conciertos, Olivia. —La voz de Guida se impone en la mesa, lo que hace que todos prestemos atención a lo que tiene que decirme—. La energía que desprendes en el escenario... hipnotiza. Me recuerdas a alguien, ¿sabes?

—¿A quién? —pregunto con interés.

—En realidad, eres una mezcla entre Nico y Joan Jett.

—Gracias por el piropo, pero ojalá pudiera ser una parte de lo buenas que fueron.

—¡Eres mucho mejor! Piensa que una está igual de vieja que yo y la otra directamente está muerta.

Su comentario nos hace reír a carcajadas.

—Ahí le doy toda la razón —añade Peter—. Vuestra música es una pasada.

Le sonrío con la vergüenza trepando por mi espalda. Nunca se me ha dado bien ser el centro de atención. Por eso mismo quizá me queda grande el papel de vocalista en un grupo que ha conseguido despegar en una industria casi imposible.

—Te vamos a echar de menos —admite James, al que considero la persona más directa que he conocido por aquí—. Unos más que otros —añade sin dejar de mirar a Jack, que se remueve incómodo en su silla.

—Aún queda para la cena, ¿jugamos al Jass? —pregunta, cambiando de tema.

Me explican que es un juego de cartas suizo al que Guida es una verdadera adicta. Las normas son medianamente sencillas y, entre bocados de tarta y sorbos de cerveza, jugamos más de cinco rondas sin parar. Cinco rondas en las que Guida sale victoriosa.

—La verdad es que ninguno de los que estamos aquí tiene el valor de recriminarle sus trampas —musita Jack en mi oído, lo que me hace reír al instante.

Minutos después, Peter saca el tocadiscos y pone el vinilo de *Kinda Kinks*, en mi opinión uno de los mejores álbumes de The Kinks. Nuestros cuerpos se levantan y bailan al ritmo de la música debido al alcohol y la felicidad que produce una reunión así. Hasta Guida nos muestra sus pasos prohibidos, con los que asegura que conquistó a David Bowie hace mucho tiempo en España. La miro sin saber si alguna de sus historias es real, pero con la certeza de que pasaría años escuchándola hablar de todas sus aventuras.

Jack me agarra las manos, contoneándose de manera torpe y atractiva. Sé que es una contradicción, pero verlo bailar frente a sus amigos me provoca un calor difícil de eludir.

Y así nos pasamos media hora, sin dejar de bambolearnos unos con otros en un jardincito de ensueño.

Cuando se acerca la hora de la cena, los chicos se ponen a recoger. Anna, Guida y yo, en cambio, nos quedamos sentadas una detrás de la otra en silencio, trenzando el pelo de la que tenemos delante y colocando margaritas entre los pliegues del recogido.

Y una vez más me pregunto por qué es tan difícil encontrar un lugar real del que puedan hablar mis canciones. Un lugar en el que las flores y la música sean capaces de brotar dentro y fuera de nosotros.



Jack

SÁBADO

Hasta las mejores canciones se acaban. Escuchas durante más de tres minutos una melodía perfecta, sabiendo que en algún momento va a saltar un nuevo tema. Uno que lucha o reflexiona sobre algo completamente diferente; uno incluso que no habla tanto de ti o de tus inquietudes.

Creo que el silencio que nos envuelve a Olivia y a mí desde esta mañana se debe a que ambos sabemos que la canción está a punto de terminar. Y lo único que queremos es escucharla con atención para guardar todos los detalles posibles.

Subo las escaleras hacia su cuarto, del que lleva horas sin salir. No tengo nada en concreto que decirle, pero me apetece estar con ella. Escucharla hablar sobre lo que sea sin parar, ver cómo se enfada cuando no le sale una palabra en sus composiciones o, simplemente, compartir espacio juntos.

Cuando llego hasta la puerta, que permanece abierta de par en par, observo que está haciendo el equipaje en silencio. Al darse

cuenta de mi presencia, me sonríe con tristeza.

—¿Puedo? —pregunto con cautela.

—Claro.

«¿Y ahora qué? ¿Acaso tienes las agallas para hablarle de lo que te preocupa en realidad?». Mi mente me reta sin ningún tipo de empatía a actuar de un modo imposible.

Me siento en el borde de la cama, inquieto. En cualquier otra situación, las palabras de Olivia ya estarían llenando el silencio, pero hoy no llegan. Soy consciente de que su estancia en Suiza llega a su fin al ver cómo guarda toda su ropa de colores en las maletas, sus fotos, el cuaderno morado que ahora pesa más que cuando llegó, los *souvenirs* que ha comprado en algunas tiendas locales... Venus también la observa desde un rincón de la habitación. Está tumbada con los ojos entornados, gestionando, al igual que su dueño, la marcha de la pelirroja.

—¿Cómo lo llevas?

Mi voz es grave, incluso carraspeo al preguntarle lo primero que se me ocurre.

—Bien. Bueno, es raro.

—Sí, lo es —contesto, al tiempo que me llevo la mano al pelo y me lo alboroto por inercia.

Una vez más: el silencio.

Es complicado actuar en una obra que no tiene bien delimitados los papeles. No sé si me explico. Movernos entre grises tiene el riesgo de soltar una frase, palabra o pensamiento que quizá debería quedarse para nosotros. Por el simple hecho de no complicar las cosas. Olivia y yo hemos conectado mucho, sobre todo al final del verano; sin embargo, no dejamos de ser dos personas que se atraen y se llevan bien.

Lo importante, el contexto que nos ancla a cada uno en un punto del mapa, es mucho más fuerte.

Compartimos un silencio que ha pasado a ser cómodo. Me acuerdo de pronto de que tengo un regalo de parte de todos en mi habitación y salgo un momento a por él antes de que se me acabe olvidando.

—Ahora vengo. —En cuatro zancadas de ida y cuatro de vuelta, estoy de nuevo en su cuarto—. Tengo algo para ti. Bueno, es de todos —aclaro, entregándole una foto impresa que hizo Anna de nuestro concierto en Brienz.

—¿Y esto? —pregunta con sorpresa, sin dejar de mirar la imagen.

—Anna bajó corriendo del escenario para captar desde abajo el momento en el que tú y yo cantamos «Eternal Lights» —le cuento, viajando justo al instante en el que me di cuenta de que Olivia podía brillar más que cualquier foco—. Es un recordatorio para que nunca olvides que aquí tienes una casa a la que puedes volver.

—Muchísimas gracias. —Tiene los ojos mojados, y la voz, entrecortada por la emoción—. Lo siento, soy de lágrima fácil.

—Tranquila, cuando se lo cuente a Guida, le gustará saber que su idea te ha hecho llorar. —Sonrío—. Te vamos a echar de menos —confieso.

«Sobre todo yo, que, a partir de mañana, no sé muy bien cómo voy a gestionar los metros cuadrados de esta casa. Me van a parecer kilómetros sin ti».

—Y yo a vosotros. Sobre todo a ti —aclara sin miedo.

Porque ella sí se atreve a poner en palabras lo que le oprime el estómago.

Ella siempre se atreve.

—Bueno, creo que esto ya está. —Cierra la última maleta y se sienta encima de la cama, agotada—. ¿Qué te parece si cenamos pizza y vemos una película?

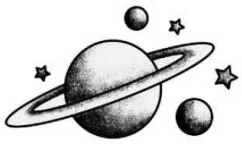
—Solo si es romántica —respondo con sorna.

—Me alegra saber que he hecho algo bien este verano.

—¿El qué?

—Conseguir que valores el buen cine como se merece.

Me río, negando con la cabeza. Y, una vez más, asumo que esta casa va a estar muy vacía sin ella.



Olivia

DOMINGO

Si los aeropuertos ya de por sí son fríos e impersonales, me cuesta encajar una despedida entre Jack y yo que consiga cambiar la imagen que tengo sobre este lugar.

He cargado en el maletero de su coche rojo y brillante dos maletas, un puñado de canciones nuevas y la seguridad que no traje al llegar. El trayecto por carretera ha sido más llevadero gracias a los discos que nos han acompañado y a los paisajes al otro lado de la ventanilla. A medida que atravesamos lagos y montañas, me doy cuenta de lo difícil que va a ser encontrar de nuevo una naturaleza tan libre.

Puedo asegurar que en veintisiete años no he conocido un país tan bonito como este.

Jack se ha empeñado en acompañarme hasta el control de seguridad, alargando un poco más la despedida que, intuyo, ninguno de los dos quiere que se produzca. Seamos sinceros, nada de esto es un drama de dimensiones estratosféricas, pero sí que es una putada. Al fin y al cabo, somos dos personas que han conectado demasiado bien y pertenecen a mundos muy diferentes. Voy a echar de menos compartir mis días con él, pero mi mayor batalla es enfrentarme a la ansiedad que me produce la vuelta. Todo lo que me espera en Nueva York es enorme; en contraposición, Jack se ha convertido en esa pequeña poción de la que puedo beber siempre que necesite escapar.

—Hasta aquí ha llegado el verano —observo, sin ser la más elocuente de la terminal.

Mis pies juguetean solos, al tiempo que el resto de mi cuerpo refleja una tranquilidad impostada.

—Espero que te lleves una buena imagen de Suiza y de los que vivimos aquí. —Alza las cejas divertido.

—Es imposible no hacerlo.

Nuestros ojos juegan una vez más a contarse todo aquello que ambos sabemos, aunque no nos atrevamos a pronunciarlo. Se confiesan que vamos a extrañarnos, que es injusto que el planeta sea tan grande, que la música nos ha unido de un modo inquebrantable...

—Hasta la próxima. —Me agarro a su cuello con una desesperación que no está planeada. Huele a leña en pleno verano, lo que me hace respirar hondo y cerrar los ojos.

—Si nos hemos encontrado en un pueblo diminuto con lo grande que es el mapa —declara, enredado en mi pelo y en mi abrazo—, estoy seguro de que volveremos a hacerlo.

—No lo dudo. —Sonrío.

—El futuro tiene ese nombre porque no nos pertenece. Al menos, aún no —reflexiona, separándose unos centímetros de mí, con las manos apoyadas en mis hombros—. En este momento, tu vida está en Nueva York, y la mía, en Suiza. A ti te esperan los escenarios y a mí, el mismo garaje de siempre, donde no puedo ser más feliz.

Aún recuerdo la primera vez que vi a Jack tocar en el garaje de Peter. Pensé al instante que la energía que desprendían aún era pura. Y los envidié por no poder volver a sentir lo mismo.

—Ha sido increíble actuar contigo, Jack Evans. —Le tiendo la mano, sintiendo su piel una última vez.

—Lo mismo digo, Olivia Smith. Ahora a petarlo —me ordena—. Estaré siguiéndote la pista desde aquí.

—Yo también estaré pendiente de Long Days —le aseguro—. El mundo cree que las *garage bands* han muerto, pero ya estáis vosotros para demostrarles lo contrario.

Y esas son las últimas palabras que nos dedicamos.

Me dan ganas de sucumbir a uno de mis ataques de sinceridad y confesarle que podría vivir aquí con él, en Suiza, pero no quiero engañar a nadie. Ni a él ni a mí misma. Sería absurdo renunciar a una carrera musical por una historia de verano; al igual que lo sería dejar de lado una vida tranquila por regresar a una ciudad que te dio

de lado. Ambos tenemos nuestros motivos para no compartir el mismo lugar durante un tiempo.

En lugar de contarle todo eso, le guiño un ojo y me doy la vuelta. Si él también esconde una verdad, no se le nota. Así que camino hacia el control sin mirar atrás de nuevo.

Y una hora después, con el roce de su mano descansando aún sobre mi piel y el terror que me produce volver a un lugar del que una vez no quise saber nada, me subo al avión y me pierdo entre las nubes.

THE NEW YORK RUMORS

28 de agosto de 2025

OLIVIA SMITH HA VUELTO

Hoy es un buen día para la música psicodélica y los fans de Cosmic Love. Después de pasar todo un verano sin noticias de la pelirroja texana que nos hizo creer en flores y en libertad, al fin sabemos de su paradero.

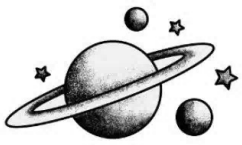
A mediados de mes, nos enteramos de que se encontraba en Suiza experimentando con un grupo poco conocido. Ahí se activaron todas las alarmas de que Cosmic Love quizá hubiera desaparecido para siempre. Sin embargo, hoy hemos podido escuchar una declaración de James Miller, productor de Golden Records, en una entrevista radiofónica en la que contaba en primicia que el grupo volvería a los escenarios con más fuerza que nunca.

Aún no sabemos nada sobre quién será el afortunado o afortunada de sustituir a Sam Williams como guitarrista de la banda, pero estamos deseando conocer todos los detalles. A principios de septiembre, Cosmic Love dará una rueda de prensa en la que se hablará del próximo disco y la posible gira.

Si una vez pensamos que Olivia Smith se había apagado como una cerilla, ahora podemos gritar que sigue brillando como una estrella.

Capítulo 52

«Let Me Out», Dover



Olivia

La sala está repleta de periodistas. Voces de fondo, rostros desconocidos y varios *flashes* esperan impacientes nuestras declaraciones. Mientras tanto, en mi interior, lucho por no desmayarme aquí mismo antes de lograr pronunciar una palabra.

Noto la boca seca, las manos sudorosas, una presión en la cabeza y, sobre todo, la sensación de estar expuesta, desnuda frente a todos aquellos que, a partir de ahora, van a volver a hablar de mí cada vez que dé un paso en falso.

Hace una semana que llegué a Nueva York. Siete días de adaptación en los que he visto a mis padres, he pasado una tarde en Central Park con los chicos como prometimos y he lidiado con la nostalgia, la misma que me produce asomarme por la ventana y no ver un prado verde infinito al otro lado.

Sin duda, este es el momento más difícil hasta ahora: la primera rueda de prensa relacionada con el nuevo disco. Aún no sabemos ni qué canciones vamos a grabar, pero los medios son exigentes y, sobre todo, tienen muy poca paciencia. James prefiere arrojarnos a los leones y que nos llevemos alguna magulladura por el camino a esperar y, de ese modo, arriesgarnos a dejar de ser un punto de interés.

«Tú puedes», me animo desde el fondo de mi mente. Lo hago porque Layla no deja de repetirme que hablarme bien es tan importante como que lo haga el resto de la gente. Incluso más.

En la mesa estamos sentados, por orden: James, Mark, John, Noah y yo. Tenemos un micrófono y un vaso de agua cada uno, pero creo que podría beberme una piscina y seguir necesitando más hidratación. Como una metáfora cruel, a mi izquierda hay una silla vacía que me recuerda que no estamos todos.

—¿Estás bien? —me pregunta Noah, tapando su micrófono.

Los periodistas van cogiendo asiento mientras le sonrío a mi mejor amigo con la esperanza de que no perciba mi estado real.

—Muchas gracias por venir —comienza a recitar James, quien suele tener cierto afán de protagonismo—. La primera vez que me topé con Cosmic Love, supe al instante que poseían la esencia de los setenta que ya pocos grupos destilan. Fue un flechazo —afirma—. Estos chicos no necesitaban adornos ni un vestuario exagerado, ya que sus voces y el espíritu salvaje que dejaban ver en el escenario gritaban a voces que su música podía hacer más ruido que una bomba nuclear.

«No pensaste eso. De hecho, si el cantante de Pyramid no te hubiera insistido durante días para que nos concedieras una reunión, jamás habrías reparado en nosotros», le contradigo en silencio.

—Su primer disco ha superado todas nuestras expectativas —continúa contándole a la prensa—. E intuyo que los amantes de la música esperan ahí fuera impacientes, deseando saber qué más nos tienen preparado. Y vosotros también —añade, riendo de forma exagerada—. Tenéis la libertad de hacer cualquier pregunta.

Tras terminar su presentación, se reclina en la silla mientras varias manos se alzan con el objetivo de dar con algún titular jugoso.

—Sarah Wilson, Stars FM —se presenta una chica rubia de la primera fila—. La primera pregunta va para Olivia. ¿Cómo ha sido seguir adelante sin Sam? ¿Crees que Cosmic Love se transformará en algo diferente cuando haya un nuevo integrante?

Su pregunta me tensa los músculos al instante. Lo peor es haber bajado la guardia al pensar que venía a una entrevista ligera y

genuinamente musical cuando no deja de ser un espacio donde el drama es lo que más vende.

Respiro hondo antes de hablar.

—Hola, Sarah —respondo con el semblante serio—. La primera pregunta la voy a obviar, ya que está completamente fuera de lugar. En cuanto a lo segundo, tiendo a pensar que la transformación es una manera de encontrar la mejor versión de una misma. Espero haber resuelto tus dudas.

Noto la mano de Noah agarrando la mía en señal de apoyo.

—Steve Olson, WNYC —interviene a los dos segundos un hombre de unos cincuenta años que parece querer estar en cualquier otro lugar—. ¿Cuál diríais que es la clave para que un sonido sea novedoso?

—La base para crear un sonido innovador es no pretender hacerlo —responde Noah—. Hay algo visceral en la música, aunque desde pequeños nos enseñan que...

Sigue hablando acerca de su visión; sin embargo, me cuesta mantener el foco en sus palabras. Lo cierto es que la pregunta de la primera reportera sigue golpeando mi corazón como lo haría un martillo.

—Esta es para Olivia Smith. —Oigo mi nombre y deduzco que la persona que lo pronuncia ya se ha presentado. Presto algo más de atención e intento mantenerme anclada a esta sala, en lugar de flotar entre el miedo a no ser suficiente. Es entonces cuando recibo otra pregunta que me cuesta gestionar de primeras—. ¿Es verdad que intentaste entrar en una banda suiza pero que, cuando te rechazaron, decidiste volver?

Una risa inesperada brota de mis labios. No me puedo creer que me estén acorralando de este modo. Estoy a punto de mandar a la mierda a cualquier persona que haya venido aquí a generar morbo a través de las mentiras. Layla viaja de manera fugaz a mi mente, por lo que me obligo a contar hasta tres para crear una armadura invisible que me proteja.

Una cosa es que tenga ganas de correr hacia la salida, otra es que permita que estos buitres se den cuenta de ello.

—¿Es verdad que Elvis fue un agente encubierto de la DEA? —Mi pregunta lo deja completamente descolocado—. Lo que creo es que se dicen muchas gilipolleces, pero solo hay una verdad entre todas ellas.

Se oye algún carraspeo involuntario antes de que James Miller tome el control de nuevo.

—¿Alguien más?

—Para todos —dice una mujer que ni siquiera se presenta—. Se ha rumoreado mucho sobre la disolución del grupo o su corta vida a partir de ahora. ¿Alguna noticia que pueda tranquilizar a los fans?

Me desentiendo del todo, dejando que sean mis compañeros los que respondan. Como es obvio, no podemos contar en público que solo hemos firmado por el próximo disco. Es una información que crearía confusión y que, desde luego, no auguraría una larga carrera.

—En realidad, tenemos un compromiso bastante fuerte con la discográfica. —La voz de Mark nos sorprende a todos. No solo por lo que está diciendo, sino porque no suele ser el que habla en este tipo de eventos—. ¿Puedo contarlo?

La pregunta va dirigida a James, que ríe de manera sospechosa, lo cual me produce náuseas. En ocasiones, no tenemos toda la información sobre algo, pero sí el instinto. Y, justo ahora, empiezo a sentir que algo no va bien.

—Cosmic Love ha llegado para quedarse —sentencia nuestro bajista—. Hemos firmado tres discos más y aún tenemos mucho que dar.

«¿Cómo?».

Lo primero que pienso es que no he oído bien. Lo segundo que se me viene a la cabeza es un contrato que no he leído. Justo ahí, me empieza a faltar el aire. Es imposible aplacar la vergüenza que me produce haber sido tan estúpida. Ridícula. ¿Cómo se me ocurrió no leer un texto en el que se hablaba de mi vida y mi futuro y firmarlo?

Miro a Noah en busca de una explicación, pero parece igual de perdido que yo... y que John, que mira a un lado y al otro en busca de una cámara oculta. Mark, por el contrario, muestra una sonrisa de suficiencia que me provoca ganas de vomitar.

«Pero no puede ser...», me digo a mí misma. Me niego a pensar que alguien a quien conozco desde hace tantos años nos haya vendido en el momento en el que ha visto peligrar su carrera.

Al otro lado de la mesa, James le golpea el hombro a Mark orgulloso, como si de pronto ambos compartieran una familiaridad nueva, como si hubieran estrechado lazos a nuestras espaldas.

Tengo ganas de gritar; de desgarrarme la voz delante de esta panda de carroñeros y confesar que he sido una imbécil por confiar en alguien que creía que era mi amigo. Me muero por manifestar ese lema que ya se ha quedado grabado en mi pecho después de componer y que deja claro que *no estoy en venta*. El problema es que no es lo mismo hablar desde las entrañas, donde nadie puede hacerte daño, a hacerlo en un lugar público, rodeada de personas que están sedientas de tus errores.

—¿Ha dicho tres discos? —le pregunto a Noah nerviosa, colocándome una mano sobre los labios.

Mi mejor amigo alza los hombros, totalmente desorientado, sin saber qué palabras escoger para expresar cómo se siente.

El tiempo sigue avanzando, los periodistas haciendo sus preguntas... Yo, en cambio, me voy convirtiendo en piedra por momentos. Noto la piel escamada y dura, incapaz de moverse a su antojo. Mientras todo gira a mi alrededor, es imposible que pueda interactuar con el entorno.

¿Alguna vez te has sentido invisible? ¿Has pasado a importar tan poco que todo tu mundo se ha olvidado de que existes? Dudo seriamente si alguien puede verme en esta silla, donde se ha decidido mi futuro sin que yo pueda evitarlo.

Me acuerdo de Jack encima del escenario del festival de Brienz. Seguro que sintió algo similar a lo que estoy experimentando en mi pecho: la falta de aire, el bloqueo social, la necesidad de estar en cualquier otro sitio... El problema es que él no se encuentra ni remotamente cerca para venir a salvarme.

Los ruidos de fondo me indican que la rueda de prensa sigue su curso, al igual que mi monólogo interior. Me concentro en Mark, quien sonríe sin parar. Me pregunto quién es y qué ha hecho con aquel amigo silencioso y altruista. Lo miro como si fuera una especie

en extinción que ahora mismo me gustaría eliminar con mis propias manos.

Es una verdad universal que, detrás de cada músico, hay una historia a la que el resto no tiene acceso, un lado oscuro que se mantiene oculto detrás de los focos. Amy Winehouse, Kurt Cobain, Elvis Presley, Jim Morrison... Todos y cada uno de ellos tuvieron que fingir que todo iba bien delante de miles de personas mientras sus corazones estaban cansados de latir. Ya fuera por una obsesión, un vicio, un amor no correspondido o, simple y llanamente, por no encontrarle ningún atractivo al hecho de seguir viviendo. Por lo que fuera, vivían las vidas que les había tocado vivir. Y, a la vez, en su círculo habitaban figuras que sacaban un beneficio de su sacrificio.

En el mundo de la música, como en cualquier ambiente en el que se trafique con intereses, no todos son lo bastante fuertes para recordar quiénes eran sin dinero en los bolsillos. Hoy nos hemos enterado de que Mark no era quien nosotros creíamos.

Y duele.

Porque lo último que esperas de un amigo no es solo que llegue a mentirte, sino que también sea capaz de encerrarte en una jaula de cristal durante tres malditos años.

Una jaula de la que no podrás salir tan fácilmente.



Estoy jodida, Jack. Me han engañado y ahora estoy atrapada. 01.00

Cuéntame qué ha pasado.
Estoy aquí, pelirroja. 01.02

Cuenta una leyenda japonesa que hay personas que están destinadas a encontrarse en diferentes momentos de su vida.

Personas que están unidas por un hilo rojo invisible que puede estirarse hasta el infinito, pero nunca romperse.

Hace unos meses, habría pensado que este cuento era una idealización de la realidad; una manera cursi de autoconvencerse de que todo pasa por algo. Y de que no estamos tan solos como creemos. Sin embargo, al recibir la respuesta de Jack al instante, he comenzado a creer en historias imposibles.

Llevo sin verlo más de una semana, pero lo he sentido tan cerca a través de sus palabras que igual lo nuestro sí que estaba escrito en algún pergamino antiguo.

Me miro en el espejo, con los ojos rojos de llorar y el corazón negro del engaño. Aun así, mi pecho se calienta mínimamente, como una luz que parpadea tímida con la esperanza de resurgir.

Puede que, aunque el hilo rojo ahora mismo mida miles de kilómetros, sea capaz de mantenernos unidos.

A pesar del tiempo...

Tres años después

Parte 5
Estructura

f. Disposición o modo de estar relacionadas
las distintas partes de un conjunto.

***

Cuando todo está en su sitio, nace una canción sólida.
A veces tienen que pasar años para que eso ocurra.

THE NEW YORK RUMORS

25 de septiembre de 2028

HA LLEGADO LA NOCHE MÁS ESPERADA DEL AÑO PARA LOS QUE AMAMOS LA MÚSICA

Esta noche se celebra en el centro de Manhattan la Gala Anual de la Música, donde de manera oficial se ponen en valor los eventos musicales de todo el año. Estamos deseando saber quién es el artista que se lleva la estatuilla por su trayectoria, qué canción ha logrado ocupar los primeros puestos de las listas o qué banda emergente se ha colado entre los grandes nombres de nuestro panorama.

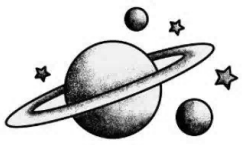
Aunque la información de este tipo de premios es reservada, la organización ha soltado píldoras reveladoras a lo largo de las últimas semanas. Sabemos que la consagrada banda Cosmic Love tocará en directo, entre otras, al igual que se ha confirmado que nombres como William Gallagher, Daisy Hunnan o Darren Davis formarán parte de la magia que conlleva este evento.

Se televisará a las diez de la noche en el canal WCBS, donde un año más se le concederá espacio a una de las siete bellas artes. Nos auguran buenas actuaciones, entregas de premios y alguna sorpresa que seguro nos tienen preparada.

Si no queréis perderos ningún detalle, no solo del balance musical de todo el año, sino de los protagonistas de lo que está por venir, ya sabéis cuál es el plan perfecto.

Capítulo 53

«Redhead», Long Days



Olivia

Me miro en el espejo, recreándome en el vestido verde hasta los pies que me han diseñado a medida y sintiéndome una extraña en mi propio cuerpo. Ya no sé cuándo fue la última vez que sonreí de verdad. Quizá en respuesta a alguno de los mensajes que Jack me envía cuando sabe que ha sido un día duro; o cuando consigo tres días libres y me escapo a Texas para volver a sentir que nada ni nadie puede hacerme daño allí. Sin embargo, no deja de ser una sonrisa comedida. Bajo una manta y sin testigos que puedan corroborarla.

Han sido tres años duros, en los que la esperanza se ha escondido en lo más profundo de la tierra y yo he vivido en piloto automático. Me he visto a mí misma desde fuera, siguiendo al resto del mundo sin preguntarme qué era lo que quería realmente.

Han sido tres años de conciertos impostados, entrevistas incómodas, rutinas ensayadas... Por eso mismo no llego a creerme que, desde hace solo unos días, haya quedado liberada de todo ese teatro. Ahora el problema es otro: no saber qué hacer con el tiempo cuando dispones de él a tu antojo. Me cuesta crear un camino diferente al que llevo recorriendo estos últimos años. No tengo claro lo que quiero, pero sí lo que no quiero.

Por nada del mundo volvería a ser un títere de la industria y, si eso implica renunciar a una de mis pasiones, lo haré con los ojos cerrados.

Han sido tres años de sonrisas falsas y llantos ocultos; de buscar apoyo en Noah y en John mientras los tres mirábamos con odio a Mark en los ensayos. Tres años perteneciendo a una banda que no reconozco; de ver a Henry, el nuevo guitarrista, y aguantar las ganas de llorar que me provocaba no tener a Sam en su lugar. También han sido tres años de charlar con Jack en la distancia y lograr olvidarme de mi vida en lo que duraban nuestras conversaciones.

Llevo sin verlo ya más de un año. Todavía recuerdo lo que sentí al comprobar que, en el concierto de Arizona de 2027, Peter, James y él me esperaban en el camerino al terminar la última canción. Hicieron miles de kilómetros para verme y para sentir que eran jóvenes de nuevo. Quizá un poco más por lo segundo, pero me sentí tan plena al verlos que dudé por un momento si mi hogar realmente seguía en las montañas. Con ellos.

Yo no he vuelto a Suiza por razones obvias: he estado atrapada en un bucle. Jack no ha venido a Nueva York por dos motivos: el primero es que esta ciudad le da el mismo vértigo que le podría dar el borde de un acantilado en un día de viento; el segundo, que su vida y su rutina están lejos de aquí. Aunque no hayamos perdido el contacto, en este tiempo nos hemos tratado exactamente como lo que somos: dos amigos que sintieron mucho cuando sus caminos se separaban.

Y reconozco que soy muy afortunada al saber que Jack sigue en mi vida.

Quizá por eso, noto un pinchazo en el pecho justo antes de salir de casa. Hoy voy a verlo de nuevo, en un entorno hostil, con muchos desconocidos alrededor y por un motivo que él no hubiera creído cuando lo conocí.

Admito que no puedo estar más orgullosa de él.



Las alfombras rojas de una gala me resultan aterradoras. Da la sensación de que el mundo ha frenado en seco y que toda la atención recae sobre ti; sobre tu pelo despeinado, las arrugas de tu vestido, el maquillaje cuarteado o la tensión con la que tu mano sujeta el pequeño bolso, intentando parecer liviana y feliz.

Nada que ver con la realidad.

Al bajar del coche, ya oigo mi nombre en boca de desconocidos. Lejano. Difuso.

Noah me agarra fuerte la mano porque es consciente de lo nerviosa que me pongo en estas situaciones. Caminamos rápido hasta el interior —sin detenernos en ninguna de las preguntas abstractas que nos hacen—, donde ya empieza a entrar un poquito más de aire en mis pulmones. John y Henry ya están dentro. Mark... Sinceramente, no me puede importar menos dónde esté. Después de tres años aprendiendo a tocar con alguien a quien odias y al que no diriges la palabra para nada en absoluto, consigues formar una coraza sobre tu piel. Y todo lo que tiene que ver con esa persona resbala sobre su textura hasta caer al suelo.

Es la segunda vez que nos invitan a este evento, aunque es la primera en la que actuamos y entregamos un premio. El lugar escogido para la celebración es un teatro antiguo; un espacio lo bastante grande para acoger a los artistas musicales que no llenan estadios, pero que sí suenan en todas las radios. Estos premios no tienen nada que ver con los MTV Awards ni con los Grammy, pero se han convertido en un evento local bastante reconocido.

—¿Cómo estás? —La voz de Noah me devuelve a la realidad de golpe.

—Preferiría estar en mi casa —reconozco. Me encamino hacia el *photocall*, donde ambos forzamos una sonrisa encantadora.

Podría haberme saltado la cita de hoy, porque ya no soy presa de la discográfica. No les debo nada en absoluto. Sin embargo, tocar por última vez me parecía un acto de profesionalidad, por no hablar de que esta noche es diferente a todas las demás, ya que voy a verlo de nuevo.

No sé si alguien se está dando cuenta de que mi mirada se desvía continuamente en su busca. Estoy nerviosa, torpe y con más edad

de la que me gustaría, como si ya no tuviera cabida el sentir ese cosquilleo adolescente cuando los treinta acaban de llegar para quedarse.

—Tenéis veinticinco minutos antes de la actuación. Sois los terceros tras la apertura del evento, después el presentador dará paso a los primeros premios. —La voz lineal de James Miller me produce pereza. Lo miro fijamente a los ojos, sin entender cómo alguien como él pudo hacernos creer que este mundo era aspiracional—. Después, Olivia tendrá que entregar el premio que le ha tocado. ¿Me estás escuchando?

—Por desgracia, sí.

Me doy la vuelta, seguida por los chicos, para buscar nuestro camerino. Hace tiempo que dejé de ser amable cuando no me apetecía serlo, por lo que nadie se ha sorprendido por mi contestación. Al llegar, cojo un vaso de cristal y me sirvo un whisky con hielo para relajar mis músculos antes de que sea nuestro turno.

—No me parece mala idea —suelta John, sirviéndose otro.

Noah, por el contrario, se queda con Henry en el sofá. Desde que salió hace tres años del centro, no solo no ha vuelto a tomar sustancias, sino que el alcohol también desapareció de su vida. Gracias a su fuerza de voluntad, he recuperado a mi mejor amigo.

Cuando nos toca salir al escenario, me da pena admitir que lo hago de manera mecánica. Casi por inercia. Tocamos «Distance», una canción que compuse al pensar en los kilómetros que había de la tierra al cielo. Fue número uno hace un año y nuestros fans siempre la piden en los conciertos, por lo que pensamos que sería buena opción despedirse con ella.

Porque, sí, esto es una despedida. Lo sabemos todos.

Al terminar de cantar me siento extasiada, triste, llena de miedos... Tengo una madeja de emociones en la tripa que, por un momento, creo que ya va a acompañarme el resto de mi vida.

Volvemos al camerino hasta que me toca salir de nuevo. Esta vez lo hago con el pelo más despeinado y una seguridad que no suelo poseer. Respiro hondo, cojo el sobre y subo las escaleras, escuchando cómo mis pasos hacen eco en cada rincón del teatro.

Carraspeo al llegar al micrófono y me dispongo a seguir el guion que me han indicado. Es complicado apartar todos los pensamientos que se están paseando por mi mente al barajar quién podría subir a recoger este premio, pero lo intento.

«Tranquila, joder», me regaño al notar cómo mi corazón ha sobrepasado la velocidad recomendada.

—Y el premio al mejor grupo revelación internacional es para —abro el sobre con cuidado, tomándome mi tiempo, hasta que veo el nombre que esconde en su interior. Justo ahí, vuelvo a confirmar que nuestra historia estaba escrita—: Long Days.

Los dos minutos que tarda Jack en subir al escenario me parecen eternos. No dejo de mover los pies detrás del atril, ni las manos sobre el papel. Entonces lo veo. Va increíblemente guapo, con un traje hecho a medida y el pelo engominado hacia atrás. No parece él y, al mismo tiempo, no podría ser otra persona en el mundo.

Cuando se planta a mi lado y lo tengo tan cerca después de más de un año, es imposible que el público no pueda captar la sonrisa que me dedica. Al entregarle el premio, nuestras manos se rozan durante una milésima de segundo, aunque no necesito más para temblar de arriba abajo.

«Joder».

Veo cómo se acerca el micrófono, me dirige una última mirada cargada de subtexto y comienza a hablar.

—Una vez alguien me dijo que la industria de la música era un laberinto en el que no todos los artistas pueden encontrar la salida. —Mi pecho da un vuelco al recordar la conversación en la que le dije exactamente esas palabras—. La intención de Long Days nunca ha sido llegar hasta esta ciudad ni hasta este escenario; igual esa ha sido la clave de que estemos hoy aquí. O quizá fue por aquel vídeo viral que nos puso en el mapa. —De nuevo, no solo yo estoy entendiendo que este discurso habla de mí, sino los miles de personas que nos rodean—. O quizá lo que nos ha traído hasta aquí ha sido «Redhead», nuestra canción más escuchada. Habla de una pelirroja que aprendió a volar en un mundo lleno de gravedad. —Noto cómo todas las miradas se dirigen a mí, aunque en esta ocasión no me molestan. Es extraño, pero, con Jack al lado, parece

que nadie puede alcanzarme—. En resumen, lo importante de este premio es que no conseguirá sacarnos del garaje de Peter. Es algo que no cambiaríamos por nada. Por último, se lo dedico a mis amigos, que una vez me hicieron creer que tres chavales podían cambiar el mundo a través de la música. A Anna, mi mejor amiga y nuestra mayor fan. A Guida, que debe de estar cabreada en Suiza por no haber podido coger un vuelo con nosotros; gracias por ser la madre que necesitaba. Y a Olivia Smith —sus ojos me sonríen con ternura—, gracias por creer en mí cuando ni siquiera yo lo hice.

El aplauso del público es ensordecedor hasta que Jack me abraza delante de todos y el mundo parece desaparecer ante nosotros. Nos agarramos como si la humanidad se fuera a extinguir mañana, pero aun así consigo respirar con tranquilidad entre sus brazos. Incluso sabiendo que es el abrazo menos íntimo de la historia.

No sé cuánto tiempo permanecemos enganchados el uno al otro, pero me basta un segundo para constatarlo.

Es imposible no darse cuenta.

Todo ha vuelto a empezar entre nosotros.

Capítulo 54

«Goodnight New York», Bon Jovi



Jack

Son las dos de la mañana en la última planta de uno de los hoteles más lujosos en los que he estado jamás. Tras la gala, nos han invitado a una fiesta en la que descubro que casi todos los galardonados juegan a creerse los dueños del mundo, inflándose los egos los unos a los otros. Esto de estar a tantos metros de altura les debe de haber afectado al cerebro, ya que, en mi opinión, un premio no te define en absoluto.

Tanto los chicos como yo caminamos entre la gente sintiéndonos ajenos a todo este ambiente. Parece que nos hayamos colado en una fiesta a la que nadie nos ha invitado. Eso sí, aunque en este lugar haya más de cien personas congregadas, mis ojos solo la buscan a ella.

Desde que le he dado ese abrazo espontáneo delante de todos, no hemos vuelto a coincidir. Me parece un suceso casi mitológico que haya sido Olivia la que me haya entregado un premio que, sin ella, no habría conseguido en siglos. Reconozco que, en cualquier otra situación, esta gala no nos hubiera hecho salir de Suiza. Saber que íbamos a verla de nuevo es lo que nos ha empujado a montarnos en

un avión. Es lo que me ha hecho poner un pie en esta ciudad, por mucho que me prometiera a mí mismo que no lo volvería a hacer.

—Si hace unos años alguien me hubiera contado que acabaríamos en esta fiesta, rodeados de pijos, le hubiese preguntado por la droga que llevaba encima —suelta Peter, sin dar crédito.

Los tres bebemos cerveza, apartados del barullo y sin relacionarnos con el resto.

—Pues yo siempre lo tuve claro —lo contradice James—. Sabía que a Long Days le llegaría su momento.

Y sé que lo dice de verdad.

—Sí, claro. Tocar en garitos de mala muerte, con tres borrachos como público, era superrevelador —vuelve a la carga Peter.

Estoy escuchando a mis amigos discutir entre risas cuando la veo. Está sentada en la barra, sonriéndole a un grupo de personas que no paran de hablar. Está incómoda, puedo sentirlo desde aquí, pero finge que todo está bien porque imagino que ya es una experta en hacerlo. Está preciosa. Aunque sus ojos, a juego con el vestido, estén más tristes que de costumbre, esta noche es indudablemente el centro de la fiesta. Bebe una copa azul con una pajita roja, lo que me hace preguntarme qué clase de porquería será esa. Sonrío al recordar lo que le gustaba el azúcar en todas sus formas, así que me cuadra que haya escogido la bebida más estridente de la barra. Me fijo en que aparta la mirada disimuladamente, buscando algo en concreto, hasta que decide levantarse, disculparse con amabilidad y largarse.

No lo pienso mucho antes de hacer lo mismo e ir en su busca. Tengo muchas ganas de hablar con ella y saber cómo está. Aunque en estos tres años no hayamos perdido el contacto, echo de menos nuestras largas conversaciones.

—Ahora vengo —digo más para mí mismo que para mis amigos.

Me encamino hacia ella a través del salón gigante donde un hombre está tocando el piano, las risas rebotan en las paredes y varias chicas bailan el charlestón. Todo me parece surrealista, no voy a mentir. Vuelvo a divisar a Olivia, que sale hacia la azotea, así que aprovecho para seguirla. Lo que no me espero es que alguien me corte el paso sin ningún tipo de tacto.

—Ey, tío, enhorabuena por el premio. —Mark, el bajista de Cosmic Love, me tiende la mano con una sonrisa tan amplia que me dan ganas de borrársela de un puñetazo.

—No sé en qué momento has pensado que voy a hablar contigo —contesto.

—¿Por qué dices eso?

«¿Que por qué digo eso? Pero ¿este tío en qué mundo vive?». Respiro profundamente antes de hablar, aunque noto cómo mi cuello se tensa por momentos.

—¿Vas a fingir que no te has portado como un cabrón con tu grupo? —le pregunto incrédulo.

—No sé qué te habrá contado Olivia, pero...

—En serio, tío. —Mi mano se apoya con fuerza en su pecho, impidiendo que se acerque un milímetro más a mí—. Hazte un favor y deja de negar lo evidente. Los que te querían ya no lo hacen por tu culpa, y los que te quieren dejarán de hacerlo en cuanto no des beneficio.

Su rostro refleja una mezcla de sorpresa y pánico.

—Y que no se te ocurra acercarte a Olivia —lo advierto, sin olvidar todas las veces que la pelirroja ha llorado por su culpa—. Se merece ser feliz de una maldita vez, por lo que, cuanto más lejos estés de ella, mejor.

Sigo mi camino sin dejarle tiempo para responder, aunque, por cómo se ha quedado, creo que no iba a encontrar las palabras en un buen rato.

Al salir a la terraza, veo que Olivia está asomada al borde. Su silueta con ese vestido es espectacular. Parece una actriz del Hollywood clásico, que tiene el mundo a sus pies y lo sabe... aunque eso es lo que podría pensar alguien que no la conociese; por desgracia, los que lo hacemos tenemos la certeza de que debajo de esa fachada se esconde un puñado de miedos.

—Olivia Smith —la saludo antes incluso de que me haya visto—. Por fin nuestros caminos se encuentran de nuevo.

Se da la vuelta con una sonrisa y, aunque no nos abrazamos otra vez, se crea algo mucho más íntimo entre nosotros.

—Jack Evans —contesta con una voz misteriosa—, la nueva promesa del folk rock. ¿A qué debo el placer?

—Me dijeron que una chica increíble podría darme un premio esta noche y no me pude negar.

Su risa, la misma que llevaba sin oír tanto tiempo, hace que me flaqueen las piernas.

—¿Cómo va todo? —me pregunta con interés—. Nunca pensé que podría verte en esta ciudad, si te soy sincera.

—Bueno, en algún momento hay que enfrentarse a los fantasmas. —Me encojo de hombros, quitándole hierro al asunto—. ¿Cómo estás tú? Por fin eres libre.

—¿Tú crees? —pregunta con la voz cansada—. Ya no sé ni lo que significa eso.

—Lo irás descubriendo.

Ambos miramos las luces de Nueva York en silencio. Es una manera diferente de sentirnos livianos a aquella en la que compartimos las vistas de un glaciar a miles de kilómetros de altura. En las dos ocasiones, parecíamos estar solos en el universo.

La diferencia es que ahora somos otras personas.

Más maduras, quizá.

Con más aprendizaje.

—¿Cuándo te vas? —pregunta sin mirarme—. Quizá podríamos vernos antes de que cojas el avión.

Voy a obviar lo tierna que me parece su proposición. Al igual que no voy a pensar en cómo se ha mordido el labio inferior al decirlo, ya que, si lo hiciera, no podría evitar besarla aquí mismo.

—Pues, aunque te parezca imposible, los chicos y yo nos quedamos veinte días en la Gran Manzana.

Se gira hacia mí abriendo los ojos lentamente.

—Eso sí que no me lo esperaba.

—Bueno, los chicos se empeñaron —«y yo tenía demasiadas ganas de pasar tiempo contigo para decirles que no»—, por lo que estaré una temporada por aquí.

No dice nada, pero me mira. Me analiza como si quisiera nadar alrededor de mis pupilas.

—Quizá ahora te toca a ti hacer de guía turística, ¿no?

Mi pregunta la descoloca, aunque veo el brillo que ha provocado en sus ojos.

—En su momento, conseguí que te enamoraras de los Alpes en un verano —le digo, sin dejar de mirarle los labios—. Quizá tú puedes hacer que me reconcilie con esta ciudad en veinte días.

Suena como un reto porque lo es. Porque quiero que cambie su estado pasivo ante la vida y vuelva a sonreír a carcajadas, como la Olivia que llegó a Suiza con el corazón hecho pedazos y supo reconstruirse poco a poco.

Porque, ahora que el tiempo nos ha vuelto a poner en el mismo lugar del mapa, igual las cosas pueden ser de otra manera.

—Eso está hecho.

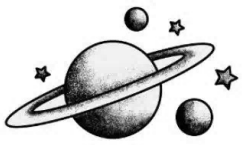
Nos damos la mano para sellar el trato improvisado con el que me aseguro pasar tiempo con ella. Y, de repente, esta ciudad no me parece tan aterradora. Miro las luces de los rascacielos y recuerdo por qué de pequeño me encantaba Manhattan. En esa época, aún creía que los sueños eran posibles.

Y treinta años después, con Olivia justo al lado, sigo pensándolo.

¿Cómo puede mi corazón recordar al instante el ritmo que alcanzaba cuando ella estaba cerca? Da igual el tiempo que hemos pasado separados; es mirarla y perder cualquier tipo de coherencia.

Capítulo 55

«Good Morning Starshine», Oliver



Olivia

Cuando era pequeña, estaba obsesionada con el puente de Brooklyn. Se ha llegado a decir que es la estructura arquitectónica más filmada del cine. *Spiderman*, *Godzilla*, *Soy leyenda*, *Fiebre del sábado noche*... La única forma que tenía una niña texana de ver este lugar cuando quería era a través de esas películas.

La primera imagen que es posible que venga a la mente de cualquier persona que no vive aquí al pensar en este puente es la de una fila de coches al sol, esperando para cruzar al otro lado de la ciudad. Lo que casi nadie sabe es que, al amanecer, este rincón de Nueva York puede guardar el mismo silencio que la Antártida.

Anoche, sin pensarlo mucho, escribí un mensaje a Jack en el que lo citaba a las cinco de la mañana a los pies del puente de Brooklyn. Justo al enviarlo, me di cuenta de que lo más normal sería que declinara la oferta. ¿Quién en su sano juicio quiere levantarse tan temprano en vacaciones? Pues, al parecer, Jack Evans.

Cuando lo vi en los premios y posteriormente en la fiesta, me sorprendí a mí misma poniéndome nerviosa con cada palabra. Después de tanto tiempo, en el que ambos hemos hecho nuestra vida, creía que lo que tuvimos aquel verano se habría ido evaporando poco a poco. Puede que para él haya sido así, pero, si

soy sincera, yo quise besarlo en cuanto se acercó a mí en la azotea y me pidió que fuera su guía turística.

No voy a engañarme a mí misma: Jack me sigue atrayendo de la misma forma que ya lo hacía entre las montañas de Suiza. De hecho, ahora encuentro menos motivos que me impidan dejarme llevar.

Tengo la espalda apoyada en uno de los hierros que conforman la estructura del puente, sumida en mis pensamientos, cuando lo veo aparecer a unos metros de distancia. Lleva una gorra azul oscuro, el pelo revuelto debajo y una cara de sueño imposible de ocultar. Cuando se queda a solo unos centímetros de mí, puedo ver mejor las pequeñas arrugas que ahora decoran sus ojos. Líneas de expresión que me confirman que por su piel ha pasado el tiempo, pero también las risas.

Nuevas canciones.

El recuerdo de las viejas.

En definitiva, su piel me cuenta que ha vivido. Algo que a mí se me ha olvidado hacer.

—Te diría buenos días, pero no estoy seguro —suelta—. ¿Esta es tu manera de reconciliarme con esta ciudad?

—Buenos días. Creo que aún tienes una legaña en el ojo izquierdo —lo pico, solo porque me divierte añadir un poco más de leña al fuego.

—¿Era necesario despertarse cuando las calles aún no están puestas?

—A veces las cosas que aún están por construir tienen más magia, así que no seas quejica. Venga, confía en mí. —Comienzo a andar, ocultando la sonrisa que me produce compartir tiempo con Jack de nuevo.

Soy consciente de que la confianza que seguimos teniendo a pesar de la distancia se ha mantenido intacta en cada una de nuestras conversaciones. Hablando de música (un tema con el que podemos pasar horas charlando), de la vida, de los problemas que supone estar en un grupo que ya no te proporciona la fascinación del principio, de la incipiente fama de Jack y su miedo a que lo conozcan demasiado... Gracias a todos esos mensajes de texto, incluso

llamadas —aunque no fueran a diario, ni mucho menos—, nos encontramos caminando el uno al lado del otro sin sentirnos dos extraños.

—¿Dónde están los habitantes de esta ciudad?

Estaba esperando que Jack me hiciera esa pregunta.

—Durmiendo, supongo. —Cierro los ojos y me concentro en el piar de los pájaros—. O vomitando en cualquier garito de Manhattan, pero no aquí. —Me río—. Los sábados a esta hora se crea una brecha en la que el puente está prácticamente desierto.

—Reconozco que te he subestimado, pelirroja.

Que me siga llamando así, después de tres años, hace que mi pecho se ablande como si fuera gelatina.

—Por supuesto que lo has hecho.

Continuamos andando, sin dejar de mirar a nuestro alrededor. Los rascacielos descansan imponentes al otro lado del puente, el agua del East River fluye bajo nuestros pies y el cielo va adquiriendo luminosidad a cada minuto que pasa.

Ambos sonreímos con timidez, concluyendo que ha llegado la hora de hablar de las cosas importantes y dejar a un lado la charla protocolaria sobre las costumbres neoyorquinas de fin de semana.

—¿Cómo estás?

Su pregunta me llega como una flecha. Él ya sabe cómo lo he pasado, pero imagino que aun así quiere dejarme claro que está aquí para escuchar todo lo que tenga que decirle.

Me gusta que sigamos caminando mientras charlamos y miramos al frente. De alguna forma pienso que estoy hablándole al aire. Y duele menos exteriorizarlo.

—¿Sinceramente? Disociada. La mayor parte del tiempo vivo completamente ajena a mis pensamientos.

—¿A qué te refieres?

—Me construyo un escudo —le explico—. Si estos años me hubiera dado por pensar en lo que se estaba convirtiendo mi vida, habría corrido el riesgo de huir para no volver... con todo lo que eso significaba, claro. Incumplimiento de contrato, más artículos hablando sobre lo cobarde y poco profesional que soy... Tengo que darte las gracias —suelto sin pensarlo demasiado.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque cuando hablaba contigo era como volver a Suiza, donde los problemas no existen, aunque solo sea de manera temporal.

«Y porque seguías siendo esa persona que me reforzaba como mujer. Me recordaba que, a pesar de ser un producto roto, todavía sentía curiosidad por el placer o por las volteretas que era capaz de dar mi estómago al hablar contigo».

Todo eso no lo digo, claro.

—Suiza sigue ahí para ti. —Lo dice bajito, pero aun así alcanzo a oírlo—. Lo de Mark fue una auténtica putada; no entiendo cómo existen personas así de egocéntricas.

—Nos tenía bien engañados, supongo —le contesto a lo último que me ha dicho, pero aún estoy pensando en lo primero. En Suiza y en cómo echo de menos ese verano en el que descubrí lo que era vivir tranquila—. Eso sí, Mark habrá conseguido robarnos tres años de nuestra vida, pero lo que le espera ahora es la soledad más absoluta. Ninguno de nosotros quiere saber nada más de él.

—Lo que merece.

—¿Tú cómo estás? —le pregunto, desviando el tema. Lo último que me apetece ahora mismo es hablar de Mark—. ¿Cómo llevas lo de ser una estrella del rock?

Su carcajada me hace cosquillas debajo de la camiseta. Sin hablarlo, decidimos sentarnos en uno de los bancos que delimitan el puente. Cruzo las piernas en una postura que suelo hacer desde pequeña y Jack se sienta justo a mi lado.

—La estrella del rock siempre has sido tú. —Sus ojos me miran más de la cuenta—. Salvo alguna foto con un fan en mitad de Lauterbrunnen y alguna invitación a festivales suizos, seguimos siendo los mismos. Lo de los premios de anoche tuvo que ser un error. —Su comentario me hace gracia—. Eso o nos invitaron como artimaña para que se produjera un encuentro entre nosotros dos en público.

—Nunca lo sabremos —contesto divertida—. Lo que está claro es que Long Days tiene lo que se merece: haber grabado un disco en estudio y sonar mucho más allá de los Alpes.

No dice nada, solo me mira agradecido.

Más de una vez he pensado que Jack y yo mantenemos dos líneas de conversación paralelas. Una es a través de las palabras, la que puede escuchar y entender todo el mundo; la otra, se esconde en nuestra mirada y en los gestos más mínimos. Y a esta última solo accedemos nosotros, aunque eso no signifique que siempre sepamos lo que piensa el otro.

—No esperaba decir esto, pero me alegro de estar aquí —confiesa de pronto.

—Como puedes ver, en esta ciudad también se puede vivir en silencio.

Algunos deportistas, igual o un poco más locos que nosotros por estar aquí a estas horas, pasan corriendo a nuestro lado. El cielo sigue tiñéndose de un color rojizo que lo calienta todo. Hasta los edificios parecen más altos, ahora que el sol se refleja en sus azoteas.

—Igual te parece raro, pero, ahora que cuento con tiempo, no tengo claro qué hacer con él —le digo, envidiando a todas las personas que parecen tener un propósito a nuestro alrededor—. Escribo de cuando en cuando, pero sin un objetivo fijo.

—Eso a veces es lo mejor.

—Supongo, sí.

Veo al final del puente que un señor con una gorra roja monta un pequeño puesto con *souvenirs* de la ciudad, por lo que me levanto como un resorte.

—¿Adónde vas?

—Todo el mundo sabe que de los mejores viajes se vuelve con un imán para la nevera.

—Si tú lo dices —contesta, negando con la cabeza—. Tendré que comprar dos o Guida me matará si no le llevo nada.

—¿Cómo está?

—Estable, pero la edad pasa factura y sus pulmones cada vez tienen más recaídas. Por lo demás, sigue siendo una guerrera.

Recuerdo la risa nítida de Guida en su salón, viendo cualquier película romántica y merendando todos los bollos de la mesa. Me doy cuenta de que la echo de menos y de que el tiempo no espera por nadie.

Observo cómo compra dos imanes e interactúa con el señor entre risas. Sonrío de medio lado cuando me pregunta si me gustan. Por fuera, asiento en respuesta; por dentro, se me forma una emoción que no sé gestionar ahora mismo, como si una puerta en el interior de mi organismo se hubiera abierto de nuevo.

Tres años después, un contrato dice que soy libre (aunque esté lejos de sentirme así) y Jack vuelve a estar en el mismo país que yo. ¿Vamos a seguir cruzándonos en el camino del otro hasta que decidamos compartir casilla? Sea cual sea la respuesta, no puedo evitar pensar en qué habría pasado si no hubiera tenido que marcharme de Suiza.

Es difícil fingir normalidad cuando compruebas que todas las barreras que te impedían sentir sin frenos han ido desapareciendo.

Es difícil mirar a Jack a los ojos sin que él perciba ese cambio. ¿Acaso soy la única de los dos que vuelve a vernos como algo inevitable?

Capítulo 56

«Brooklyn Baby», Lana Del Rey



Jack

James y Peter juegan a las cartas en la cama del hotel hasta que me ven salir de la ducha. Entonces, la poca concentración que tenían en la partida me elige como único objetivo.

—¿Adónde vais esta vez? —pregunta James.

—¿Y por qué te has echado dos litros de perfume?

Sé que solo quieren sacarme de mis casillas; aun así, levanto el brazo y me huelo por si acaso.

—Ya os he dicho que no lo sé —miento.

—Al menos podríais admitir que estáis teniendo citas.

Pongo los ojos en blanco mientras me visto en silencio. Desde que les conté nuestro paseo por el puente de Brooklyn y, antes de eso, la conversación que mantuvimos en la terraza del hotel, están más pesados que de costumbre.

—«Y para Olivia Smith, que creyó en mí cuando ni yo mismo lo hacía» —me imita James por enésima vez desde el discurso que di en el evento.

Mi contestación es propinarle un cojinazo en la cabeza para que se calle, aunque por dentro tenga ganas de reírme con ellos.

—Sois muy pesados.

—Pesado has sido tú estos tres años —dice Peter—. Que si Olivia me ha contado que tiene una nueva gira, que si tenéis que ver el nuevo videoclip que han sacado, que si vamos a Arizona a ver a Cosmic Love...

Lo fulmino con la mirada hasta que alza los brazos en son de paz.

—Solo esperamos que, ahora que los dos tenéis vía libre, deis rienda suelta al amor.

Es imposible. Ni por todo el oro del mundo dejarían de meterse en mi vida. Sus bromas, sin embargo, me hacen reflexionar sobre lo que está pasando de nuevo entre Olivia y yo. No tengo ni idea del rumbo que van a tomar estas quedadas, ni si son lo más apropiado justo antes de volver a separarnos.

Solo sé que es lo que me apetece ahora mismo y con eso me basta.

—Me voy —anuncio.

—Esperamos que hoy, al menos, haya un beso. ¡No nos decepciones! —grita Peter desde la cama, seguido de las carcajadas de James.

«Imbéciles».

Miro el móvil, leo un mensaje de Olivia, que me confirma que nos vemos en una hora en Coney Island, y lo vuelvo a guardar en el bolsillo. No tengo ni la menor idea de por qué le habrá parecido una buena idea elegir ese lugar; sin embargo, el simple hecho de saber que lo ha preparado solo para mí me hace sonreír como un idiota.



Pasé dieciocho años viviendo en Nueva York antes de salir corriendo hasta la otra punta del planeta, pero reconozco que nunca he pisado esta península del sur de Brooklyn. Ni mi familia era la típica que planeaba pasar un domingo en un parque de atracciones, ni teníamos el dinero para hacerlo. Por eso lo observo todo como un

niño que, por primera vez, descubre lo que es la diversión sin límites.

En el mensaje, Olivia me especifica claramente que nos vemos en la entrada del parque, donde varios críos ya están chillando con un algodón de azúcar en la mano y el resto de la glucosa corriendo por su cuerpo con frenesí. Uno de ellos me mira emocionado, lo que me provoca una sonrisa genuina que igual hace unos años ni siquiera hubiera podido fingir.

Desde que Olivia se cruzó en mi camino aquel verano, una coraza que no sabía que tenía se rompió, dejando al descubierto los comportamientos humanos más básicos. Ya no soy ese ermitaño solitario que pensó que compartir su piso sería un suplicio; no tengo nada que ver con él. En parte, siento que ella me enseñó a relacionarme con el mundo como si no me diera alergia. Y ahora soy una persona más extrovertida y segura de sí misma; si no, no estaría aquí diez minutos antes, con una emoción imparable abriéndose en mi pecho.

A lo lejos, diviso cómo Olivia camina decidida hacia mí. Va vestida con una falda larga hasta los tobillos y un top de ganchillo diminuto. Lleva esas gafas de pasta roja con forma de corazón que solía ponerse en Suiza y dos trenzas que le llegan a la altura del ombligo. Me viene a la mente la canción «Brooklyn Baby», de Lana Del Rey, que, de pronto, parece hablar sobre ella. Sí, definitivamente Olivia podría ser la protagonista de una letra que habla sobre una joven juzgada por todos por cantar sin filtros y sentirse libre.

Cuando se planta frente a mí, me da un beso en la mejilla del que me cuesta salir. Sin decir nada abre los brazos de forma exagerada, abarcando el parque de atracciones gigante que tenemos delante, y me pregunta:

—¿No es genial?

Yo sigo pensando en el roce de sus labios en mi mejilla y en ese pequeño top que no puedo dejar de mirar, por lo que, sí, es absolutamente genial.

—¿Sí? —pregunto, desubicado—. Aquí hay bastante más gente que el otro día...

No es una queja, solo que ambos planes son diametralmente opuestos. Si quería volver a demostrarme que Nueva York puede ser una ciudad en calma, el murmullo de los turistas que nos rodean lo desmiente de inmediato.

—Por supuesto que hay gente, Jack. Es uno de los parques más icónicos del cine y tiene los mejores perritos calientes de la ciudad. Vamos —me pide.

No me da tiempo a contestar cuando me agarra la mano y tira de mí con prisa. La sigo en silencio porque mi poder de reacción ha debido dormirse en cuanto nuestras manos se han enganchado con fuerza. Veo cómo ella serpentea entre la gente, echándome miradas de vez en cuando y dedicándome una sonrisa preciosa; qué voy a decir, un puto parque de atracciones hasta los topes empieza a parecerme el mejor plan del planeta solo porque ella está conmigo.

—Lo primero que vamos a hacer es comprar algo dulce de desayuno, me muero de hambre. —Abro la boca para protestar, pero, antes de que pueda decir nada, sigue hablando—. Lo sé, tienes esa costumbre tuya de no apreciar lo bueno, pero aun así vamos a comprar dos dulces. Si no quieres el tuyo, me lo comeré yo —anuncia, guiñándome un ojo.

—Qué sacrificio —ironizo.

—Lo que sea porque tu primera experiencia en un parque sea perfecta.

Nunca le he contado que es la primera vez que visito un parque de atracciones, pero estas son las cosas que Olivia suele hacer: anticiparse a las necesidades del resto, incluso cuando ellos no son conscientes de lo que necesitan. Ella está al tanto de cómo fue mi infancia; de que en mi casa no se podía pensar en estos planes porque, bueno, los gritos lo nublaban todo hasta teñir los días de negro. Y, joder, que haya pensado en eso y me haya traído hasta aquí para crear ese recuerdo décadas después, para mí, significa demasiado.

Pide dos dónuts más grandes que nuestras cabezas mientras charla animadamente con el dependiente del *foodtruck*. También se hace alguna foto con varias chicas que la reconocen y le confiesan al

borde del llanto que su música las ha salvado; es bonito ver cómo ella las abraza como a una amiga.

Es su forma de sonreír aunque su mundo se haya derrumbado varias veces en su interior. Es su manera de lamerse los dedos manchados de chocolate sin dejar de mirarlo todo como si fuera la primera vez. O quizá es el tatuaje que decora su hombro y que me hace viajar a aquella noche larga de verano en la que dibujé su piel. El caso es que no puedo dejar de mirarla y, mucho menos, decir algo con sentido.

«Espabila, Jack», me reprendo a mí mismo desde lo más hondo de mis pensamientos.

—¿No lo quieres? —Su pregunta me sobresalta.

—¿Qué?

—Tu dónut. —Señala mi mano, que lleva inmóvil desde hace un rato. Niego con la cabeza—. Más para mí.

Me lo quita sin ningún tipo de vergüenza, lo que me hace reír. Estamos esperando en una de las interminables colas para montar en la noria cuando mis palabras salen disparadas sin que pueda hacer nada por evitarlo.

—Me gusta verte así de feliz —reconozco.

—A mí me gusta que estés aquí. Y que el tiempo no parezca haber pasado para nosotros... Eso también —termina diciendo con una sonrisa tímida.

Cuando se comparte la piel con alguien de la manera más íntima, da igual el tiempo que pase. Porque, cuando estés delante de esa persona, ambos vestidos y en un contexto totalmente diferente, tu mente jugará a recordar con nitidez. Y eso es lo que me está pasando ahora mismo: estamos rodeados de gente, pero solo puedo pensar en tenerla desnuda en mi cama.

La parte más visceral de una relación está vinculada al tacto. A lo primario. Sin embargo, hay una parte emocional que aterra aún más. Me siento muy cómodo con Olivia, como siempre, pero tengo la sensación de que cada reencuentro está, por norma, unido a una despedida. Intento no pensar en que dentro de unos días tengo que coger un vuelo que volverá a separarnos. Prometo que lucho por centrarme en este momento, pero, al bajar de la noria, sé que los

nervios que bailan en mi tripa no tienen nada que ver con las alturas, sino con lo que la voy a echar de menos.

—¿Cómo es que me has traído aquí? —le pregunto, tras montar tres veces seguidas en una montaña rusa demasiado endeble para mi gusto.

—¿Tú has visto *Big*?

—¿La película?

—Ajá.

—Hace muchos años —respondo.

—Hay una escena que se rodó aquí —me cuenta.

Estoy perdido, como casi siempre que intento adivinar qué está pensando Olivia.

—Básicamente, te he traído al lugar exacto donde los sueños se cumplen —suelta como si nada.

Una risa de incredulidad se escapa de mis labios.

—Estás chalada, ¿lo sabías?

Sus labios se curvan en una sonrisa traviesa que quiero besar delante de todos.

—¿Confías en mí? —vuelve a preguntarme, igual que hace unos días en el puente de Brooklyn.

«En estos momentos, el infierno me parecería un planazo si fuera con ella».

—Qué remedio —decido contestar.

No descubro el misterio acerca de los deseos hasta que hemos montado en un número excesivo de atracciones. No suele gustarme el dolor que se me instala en la cabeza cuando bajo de una, pero mentiría si dijera que ver a Olivia gritar, reír y agarrar mi brazo con fuerza cada vez que bajábamos en picado no ha merecido la pena.

Sigue agarrada a mí cuando bajamos de una atracción con forma de esqueleto en la que ambos hemos temido por nuestra vida. Sus manos alrededor de mi brazo son como un calambre, una descarga que no pierde intensidad.

—Creía que no lo contábamos. —Se ríe.

Tiene la cara roja de gritar y sus trenzas están deshechas, pero sigue preciosa. Tanto o más que la noche en la que llevaba aquel vestido verde de gala.

—Pensaba que este parque era para niños —digo algo mareado.

—La edad es un número, Jack. Lo que de verdad importa está aquí. —Coge mi mano y la posa sobre su pecho, que late imparable después del subidón de la atracción.

Mis ojos pasan de su pecho a los suyos, después a sus labios, para volver a sus ojos de nuevo. Nos miramos durante una eternidad, en un juego infinito para ver quién aguanta más.

—Ha llegado la hora.

Suena tan contundente que enseguida intuyo que está hablando de un beso que se repite solo en mi cabeza. Me acerco despacio a su rostro, con la intención de averiguar si realmente es de lo que está hablando. Sin embargo, se aparta con una sonrisa y dice:

—Ha llegado la hora de pedir nuestro deseo. —Ahora es ella la que acerca sus labios a mi oído y susurra—: Tranquilo, cuenta la leyenda que el mago Zoltar siempre hace realidad nuestros anhelos más profundos.

Es una mezcla de su aliento en mi cuello y su voz provocativa lo que me hace saber que está jugando. Vaya si está jugando. Desde luego, cuando los chicos me pregunten qué tal ha ido mi tarde, prefiero omitir este tipo de cosas. Si no me aseguro unos cuantos años de pullas con doble sentido.

Lo bueno de que Olivia haya adoptado esa actitud es que no soy el único que está pensando en ese beso. Por alguna razón, prefiere hacerme sufrir, y, por un motivo aún más absurdo, la espera me intriga más todavía.

Encontramos al mago Zoltar escondido en una vitrina de cristal. Estar frente a él me transporta directamente a la escena en la que el joven personaje al que interpreta Tom Hanks le pide ser un adulto. Es curioso que, si esto funcionara de verdad, quizá le pidiera todo lo contrario: ser un niño por un día y pasar las horas en un parque infinito. Le pediría crear un recuerdo imposible con el que ser capaz de mirar atrás y salvar algo de mi infancia.

Pero no lo hago. Alguien me dijo una vez que vivir en la nostalgia es de cobardes; por lo que me sitúo junto a Olivia y simplemente me dejo llevar. En mi turno, no pido nada en concreto, al menos no lo

verbalizo, pero al cerrar los ojos la veo a ella en Suiza, jugando con Venus en el jardín de la casa de las flores violetas.

«Sigues pillado hasta las trancas», me digo a mí mismo al no poder esquivar lo que siento por ella.

—No sé qué has pedido, pero el lugar al que te llevo ahora seguro que es mejor.

—Creía que este era el plan —le digo, dejando atrás los paisajes de Suiza para verla de nuevo entre edificios.

—Esta es la primera parte del plan —me corrige—. ¿Tú por quién me tomas?

Niego con la cabeza en silencio cuando decido seguirla sin saber el rumbo. Puede que Olivia sea la persona más rara que he conocido nunca. En el buen sentido de la palabra, por supuesto. Al fin y al cabo, si en un jardín todas las flores son blancas, pero justo en el centro hay una que es morada y prácticamente imposible de describir, no hace falta decir que el resto de las flores tienden a desaparecer ante nuestros ojos.

Caminamos durante un buen rato, entre silencios y charlas banales. Comentamos que muchas de las calles de Nueva York parecen un set de rodaje recién preparado. Miramos algún escaparate, Olivia entra en una pastelería a por una palmera de chocolate y, cuando estoy a punto de preguntarle cuánto queda para llegar, como si fuera un niño cansado, doblamos una esquina y nos detenemos.

Ante nosotros aparece una pequeña librería de segunda mano que podría ser la protagonista de alguna novela japonesa.

—Abrieron este lugar hace cinco años, por lo que estaba segura de que no la conocerías —me dice con la voz entrecortada. Percibo que busca una respuesta por mi parte, pero, como no la recibe, sigue hablándome del sitio—. Eddie, el dueño, es el tío más literario del mundo.

Me fascina la capacidad que tiene a la hora de usar hipérboles para todo, pero lo hace aún más su facilidad a la hora de conocer a las personas que la rodean. No solo porque hable de Eddie con ese cariño, sino porque haya sido capaz de traerme a una librería cuando

yo no me he atrevido a buscar una en esta ciudad. No cuando todo aquí me frena.

Todo menos ella.

—No sé qué decir —confieso—. Gracias por pensar en un plan tan perfecto.

—No hay de qué. Tú me llevaste a la tienda de vinilos de tu amigo y yo te debo un plan en el que puedas comprar compulsivamente. —Me guiña un ojo mientras caigo rendido a su gesto.

—Porque tú lo de leer...

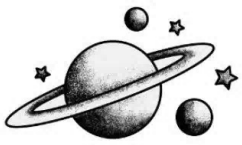
—No es lo mío —concluye—. ¿Entramos?

En el interior, la librería es aún más mágica. Las lámparas son de gas en pleno siglo XXI, los pasillos estrechos parecen llevarte a otros universos y el olor a libro viejo inunda la estancia. Me tomo mi tiempo, aunque de cuando en cuando observo cómo Olivia habla de manera desenfadada con Eddie. Le cuenta que ha montado tres veces seguidas en una montaña rusa que casi la hace vomitar, lo que hace reír al librero.

Es increíble que ni siquiera una librería, la clase de lugar en el que suelo ser feliz, pueda captar toda mi atención. Estoy rodeado de lo que seguro son joyas literarias a punto de ser descubiertas, pero, en este preciso instante, Olivia es la única historia que logra cautivarme por completo.

Capítulo 57

«Psycho-Sonics», The Sonics



Olivia

No hay vuelta atrás. Cuando he invitado a Jack a venir a mi casa, no me he parado a pensar en las consecuencias. Simplemente he cogido el móvil, lo he llamado y en menos de dos minutos me ha dicho que estaría aquí en una hora. No imaginaba que poco después de colgarle me carcomería el miedo.

No es solo que vaya a mostrarle una parte de mí que no conoce casi nadie, sino que esta casa está unida al pasado de un modo irremediable.

Recojo la ropa sucia y los trastos desperdigados por el salón sin dejar de pensar en la llamada de emergencia que he realizado a Layla hace un momento. Lo he sentido como un gabinete de crisis antes de una catástrofe a nivel internacional, aunque mi terapeuta, una vez más, ha sabido calmarme. Creo que soy adicta a culparme de cosas que ni siquiera tienen un culpable, así que Layla, con su paciencia habitual, me ha repetido más de cinco veces que no le estoy faltando el respeto a Sam por traer a Jack a casa. Sé que han pasado más de tres años y medio, un tiempo en el que he logrado sanar el duelo hasta convertirlo en un recuerdo que me hace sonreír. Y estoy orgullosa de ello. Sin embargo, su habitación de la música sigue intacta y este piso no deja de ser el lugar en el que Sam y yo nos enamoramos hasta la médula.

Ver a Jack aquí, entre algunos recuerdos que no le pertenecen, me lleva a pensar que estoy sustituyéndolos por otros.

Y, pese a todo este drama que se ha montado en mi cabeza, me muero de ganas porque conozca uno de mis rincones más íntimos. Dicen que la casa es el espejo del alma; al mirar a mi alrededor, veo mi personalidad estampada en las paredes como si fueran manchas de pintura imperfectas. Pero mías. ¿Por qué no puede Jack echarles un vistazo a esas salpicaduras y juzgar por sí mismo lo que ve?

—¿Puedes parar?

Con el estrés y los nervios, me había olvidado de que Noah está en casa. Ha venido esta mañana a comer y ha alargado su estancia cuando ha visto que, si se marcha, corro el riesgo de sufrir un ataque.

—Solo estoy recogiendo —bufo.

—¿Cuál es el problema, Olivia? —Su voz suena dura, más de lo que me gustaría. Y me advierte de que a continuación vamos a tener una conversación de las serias—. Jack es un tío de puta madre.

—El problema no es Jack —contesto a la defensiva.

—¿Es Sam? —Su nombre en voz alta sigue provocándome un escalofrío incontrolable—. Ven, siéntate.

Me acerco hasta el sofá, haciéndome un hueco justo a su lado y mirando a mi mejor amigo con la seguridad de que me conoce mejor que yo misma.

—Oli, Sam estaría increíblemente feliz de que rehicieras tu vida. Y más si es con alguien como Jack, con el que tuvo una amistad hace mucho tiempo. No me jodas, es casi una señal.

—Lo sé. —De verdad que lo sé—. Pero esta era nuestra casa...

—Era, tú lo has dicho —me interrumpe—. No puedes seguir basando tu vida en el pasado.

—No lo hago —protesto—. Cuando fui a Suiza me dejé llevar y ahora... —Pienso detenidamente en qué se basa mi vida ahora, pero no encuentro los cimientos—. Ahora que ya no tengo ningún compromiso con la discográfica, intento hacer cosas que me hagan feliz.

—¿Cuál es el problema entonces?

—Que dentro de unos días Jack volverá a irse y no sé si quiero sentirlo todo para, después, tener que recoger los pedazos cuando ya no esté —confieso, hecha un lío—. Jack es maravilloso, alguien de quien me podría enamorar como nunca antes lo había imaginado. Y eso me aterra.

—Oli, todo tiene solución menos la muerte.

Sus palabras carecen de tacto pero están cargadas de verdad.

—No es tan fácil.

—Bueno, nada lo es —responde con un deje personal, como si también estuviera hablando de sus propias luchas—. Pero ¿sabes qué? Existen los aviones y, por suerte, ni tú estás anclada a Nueva York por una cadena de hierro ni dependes de un contrato de mierda que te diga lo que tienes que hacer.

Lo miro en silencio. Lleva razón, claro que la lleva. Aun así, lo jodido de saber que puedes viajar al otro lado del mundo es que nadie te asegura que allí vayas a ser bienvenida. ¿Y si Jack, Guida y los demás han elegido una rutina en la que yo ya no tengo cabida?

Abrazo a mi mejor amigo con fuerza. A veces creo que, si no hubiera sido por Noah, me habría vuelto loca. Ya no solo cuando perdimos a Sam, sino en todas las ocasiones en que hemos tenido que cantar mientras sentíamos que nos faltaba la voz; también en los momentos en los que no he querido levantarme de la cama; por no hablar de cuando han mentido sobre nosotros y hemos ensayado juntos una sonrisa en el espejo, aunque por dentro quisiéramos gritar de rabia.

—Te quiero mucho, Noah —le digo, apoyando mi cabeza en su hombro.

—No más que yo a ti.

Y así nos quedamos hasta que nuestros cuerpos se recargan de la sustancia que contiene la amistad de verdad. Es difícil de encontrar, pero, cuando lo haces, puede llegar a ser infinita.



Pego un salto al oír el timbre cuando Noah sigue en casa. Lo veo dibujar una sonrisa canalla que me enfada y me divierte a partes iguales.

—Largo —susurro—. Ni se te ocurra...

Abre la puerta antes de que pueda advertirlo.

—Qué pasa, tío. —Abraza con ímpetu a Jack, quien todavía está asimilando la situación—. Yo ya me iba. Pasadlo bien.

—Gracias —responde, alzando la vista al interior de la casa y cruzándose con mis ojos en el camino.

—Oli, hablamos. En cuanto a ti, ojalá podamos organizar un plan antes de que os marchéis —se despide. Sale por la puerta y, cuando ya va por el pasillo, nos grita—. ¡Recordad que la vida son dos días!

«Lo mato».

—¿Qué le pasa?

—Es Noah, eso es lo que le pasa —contesto, negando con la cabeza mientras voy a cerrar la puerta principal—. Pasa, pasa, no te quedes en la entrada.

Jack mira a su alrededor con curiosidad, lo que me pone un poco más nerviosa de lo que ya estaba. De pronto, he olvidado cómo interaccionar con un ser humano, mis pies no terminan de moverse y jugueteo con las manos con la esperanza de que esto no sea un auténtico desastre. Ya no queda ni rastro de la chica despreocupada que el otro día gritaba en lo alto de una montaña rusa, ni de la que pedía deseos imposibles. Ahora solo soy una persona asustada que necesita un manual de instrucciones para entender por qué mi corazón está desbordado.

«Pero ¿qué me pasa?».

—Tu casa es alucinante —me dice, rompiendo el silencio.

—Gracias. ¿Quieres tomar algo?

Antes de que diga que sí, ya estoy entrando en la cocina a paso acelerado. No puedo quitarme la sensación de que este plan, dentro de estas cuatro paredes, es una declaración de intenciones. ¿Lo es?

El otro día estuvimos a punto de besarnos. Por alguna razón, frené el momento porque pensé que había demasiada gente alrededor... o que todavía no estaba segura de que fuera una buena idea.

«Ahora tampoco lo estás», me discute mi cabeza.

Desde que nos despedimos al salir de la librería de Eddie, Jack y yo hemos quedado un par de veces para tomar algo por el centro de la ciudad; nada del otro mundo, simplemente ratitos que le hemos robado al tiempo antes de que se vaya. En una de esas quedadas estaban Peter y James, por lo que la sensación de intimidad fue muy diferente a la de Coney Island. Allí, aparte de hablar sin parar, nos miramos a los labios más de lo necesario. Algo me dice que hoy nos espera lo mismo, con la diferencia de que no habrá cientos de turistas a nuestro alrededor.

Cojo una de las Budweiser que los chicos trajeron hace semanas, aunque a mí me cueste calificarla como cerveza. Y, al volver, me encuentro a Jack observando con detalle la colección de vinilos que tengo en el salón.

—Puedes poner uno si quieres —le digo, tendiéndole la cerveza.

—Se me hace raro ser yo el que está en tu salón, eligiendo un vinilo de tu colección.

—Ya ves, las cosas cambian. —Sonrío.

—Creo que lo que más echo de menos es pillarte bailando encima de mi sofá cuando creías que estabas sola. —Su comentario me hace sonrojar.

—Eso fue solo una vez —me defiendo—. Y reconozco que aún me da vergüenza recordarlo.

—Lo de que fue solo una vez es lo que tú piensas. —Curva los labios hacia un lado. Genial—. ¿The Sonics? —me pregunta, con el disco de *Psycho-Sonic* en la mano.

—Me flipa ese álbum.

Suenan los primeros acordes de «The Witch» y me hago un ovillo en el sofá. Miro con disimulo los pantalones de Jack, que le quedan especialmente bien, y bebo un trago de cerveza.

—Gracias por invitarme.

Ahí está, la timidez propia de dos personas con un contexto enorme asomando de nuevo.

—No sé cuándo volverás a Nueva York, por lo que he querido aprovechar la oportunidad.

—Me he fijado en que, desde la ventana, se ve Central Park.

—A lo lejos, pero sí —comento—. Cuando nos mudamos a esta casa, Sam y yo teníamos claro que queríamos estar medianamente cerca del parque. En una ciudad así, estar lejos de Central Park es como perder un pulmón.

—Yo no podría vivir sin naturaleza. —Se acomoda en el sofá, seguramente pensando en las montañas que rodean su casa—. Lo digo en serio, si viviera en una ciudad como esta, me diagnosticarían ansiedad nerviosa a los dos días.

Y lo entiendo. La sensación de ahogo en Nueva York es cada vez mayor.

—Lo de Suiza es otro nivel —concuerdo con él—. De hecho, cuando volví hace tres años, los primeros días no pude dormir por el ruido. Me parecía imposible.

Los dos nos miramos con intensidad. Sucede pocas veces, pero, cuando pasa, creo con fervor que, si seguimos así, algo va a explotar a nuestro alrededor; o dentro de nosotros, no estoy segura aún.

—Suiza sigue siendo tu casa —suelta de pronto—. Lo sabes, ¿no?

Asiento en silencio. Su generosidad sigue sin sorprenderme, lo que lo hace es su rostro, que se ha tornado serio después de decírmelo.

Vuelve el silencio, ya no tan cómodo, porque ahora cuenta con muchas rendijas por donde se cuelan las dudas, los miedos, las interpretaciones...

—¿Qué es exactamente esto? Nosotros, quiero decir. —La voz me tiembla cuando decido hacer una pregunta que no entraba en mis planes.

—Sigues siendo igual de directa. —Se ríe.

—Bueno, digamos que estos días estoy teniendo tiempo para pensar —admito.

—Yo también.

«¿Y qué es lo que hay dentro de esa cabeza?», me quedo con ganas de preguntarle. En cambio, lo que hago es levantarme del sofá y sentarme a su lado, dejando una pierna pegada a una de las suyas. En ocasiones, hablar está de más cuando hay gestos que narran con precisión lo que no nos atrevemos a expresar en voz alta.

—¿No te parece que el tiempo nos ha vuelto a poner en el punto de partida? —le pregunto de una manera tan visceral que le arranco una nueva risa.

—Entre tú y yo ha habido tanta casualidad que hace tiempo dejé de pensar que fuera tal cosa —me cuenta, cogiendo mi mano con delicadeza.

—Entonces, ¿qué piensas que es?

—Suerte. —Alza los hombros, sin dejar de mirarme.

—¿Suerte?

—Desde el día que apareciste en mi casa, buscando una habitación en la que quedarte todo un verano, pensé que había tenido suerte. Bueno, puede que el primer día me preguntara por qué narices había aceptado a una neoyorquinas desconocida, pero, a los pocos días, la casa empezó a parecerme más hogar que nunca contigo dentro. —Sus palabras me pellizcan el corazón de un modo inesperado—. Después, conquistaste a Guida por completo. Saliste delante de cientos de personas a cantar una de mis canciones y pensé que todo era tan surrealista que igual acababa despertándome, pero no, al día siguiente me enteré de que eras la vocalista de una banda increíble. —Sigue hablando sin perder ni un ápice de emoción en el discurso, lo que me forma un nudo en la garganta—. Por no hablar de la unión que compartimos con Sam; el día que vi su foto en tu habitación, supe que lo nuestro estaba predestinado de alguna manera. Lo sé —sonríe—, no creo en el destino ni nada de eso, pero tú siempre has sido la excepción para muchas cosas, pelirroja —admite—. Cuando te fuiste, seguimos en contacto durante años. Por no hablar de que eres la única persona que ha logrado que alguien como yo, que odiaba Nueva York con todas sus fuerzas, volviera a pisar esta ciudad solo para verte de nuevo.

Me quedo en shock. No solo me sorprende que Jack sea capaz de vernos con una mirada tan bonita, sino que pueda expresarlo así. Sin tapujos.

—Cuando te conocí, no eras capaz de decir más de dos palabras seguidas —me río, emocionada—. Y ahora sueltas un discurso así.

—Tú me has preguntado —me recrimina.

Su mano sigue acariciándome con cariño el brazo. No perdemos el nexo de contacto porque ninguno quiere estar ni un centímetro alejado del otro. Es algo que se nota en el ambiente.

Siento que me arden las mejillas, al igual que el estómago y algún que otro punto que llevaba mucho tiempo inactivo. En esta conversación, entiendo enseguida que hoy es el día de lanzarse a la piscina, de ser viscerales, de dejar salir nuestras emociones más escondidas.

—Quiero besarte —confieso, acercándome un poco más a él.

—Hazlo —me pide casi sin voz. Ya puedo percibir su aliento cálido llegar hasta mí cuando añade—: No creo que pueda aguantar mucho más sin probar tus labios de nuevo.

No necesito más. Me lanzo a su boca con una pizca de desesperación. No es solo algo físico; todo lo que me ha dicho ha creado una pequeña esperanza dentro de mí. Quién sabe lo que va a pasar en unos meses; de hecho, he podido comprobar que a veces el futuro es solo un regreso hacia el pasado pero con otra perspectiva. Si no, cómo íbamos a estar Jack y yo así, de nuevo, tres años después y con las mismas ganas.

Me subo encima de él, le desabrocho la camisa con prisa y me deshago de ella para encontrarme otra vez con su torso desnudo. Está aún más fuerte de lo que recordaba. Y caliente; su piel arde debajo de mis manos consiguiendo que me contagie de su temperatura como por arte de magia.

Nos besamos olvidándonos del tiempo, de la ciudad que no frena al otro lado de la ventana y del futuro. Dejamos de pensar en qué seremos para centrarnos en qué somos ahora. Somos piel contra piel jadeando en susurros. Somos fuego a punto de prender. Y, sobre todo, somos el placer que creímos no merecernos.

Somos todo lo que nos hemos echado de menos.

Completamente desnudos, con la ropa desperdigada por el suelo, nos damos cuenta de que ningún problema es tan importante.

Follamos como hicimos aquel verano, pero incluyendo nuevos gestos que demuestran lo que hemos experimentado estos tres años. Me agarro a su espalda mientras sus embestidas me hacen perder el control sobre él. Me deslizo arriba y abajo, sintiendo cada

punzada de placer como si fuera un calambre intenso. Las manos de Jack rodean mis pechos con fuerza al tiempo que la fricción de mi sexo cada vez es más sensitiva.

—Joder —gime en mi boca.

—No pares —le suplico, obligándolo a tumbarse boca arriba sin salir de él.

Ahora nuestros movimientos son más libres. Cogemos un ritmo aún más rápido mientras mi melena alborotada cae por su pecho. Nos miramos a los ojos porque no queremos perdernos detalle de cómo el otro llega al orgasmo.

Somos un nudo de piel, sexo, sudor, gemidos y calma; sobre todo calma tras el relámpago. Siento que ha llovido a cántaros después de meses de sequía.

Y me siento plena.

No me hace falta preguntarle a Jack para saber que él siente lo mismo.

Y, sí, puede que no sepamos qué o quiénes seremos mañana. Pero lo que no nos puede quitar nadie es la evidencia de que hoy, durante un lapso de tiempo, lo hemos sido todo.

Capítulo 58

«Here Comes the Sun», The Beatles



Jack

La última vez que pisé Central Park tenía once años. El colegio trajo a toda la clase de excursión para aprender sobre ciencias naturales al aire libre. Recuerdo que ese día di mi primer beso a Amanda, aquella chica rubia y pecosa que fue mi novia la friolera de una semana. El beso no fue trascendental, pero lo recuerdo todavía hoy como si fuera ayer.

Más de veinte años después, estoy sentado en el césped con las voces de mis amigos sonando de fondo, aunque yo solo tengo ojos para Olivia, que los mira divertida apoyada en un árbol. Me encantaría suplantar ese beso adolescente por uno más adulto protagonizado por ella. Me apetece llegar a Suiza y que, al pensar en Central Park, me venga a la mente su imagen.

Lleva un pañuelo verde en la cabeza, el pelo suelto hasta la cintura y los ojos pintados con purpurina. Por mucho que hayamos traído las guitarras, con las que estamos tocando alguna versión, para mí el único espectáculo de hoy es ella.

No solo están James, Peter y Olivia, sino que Noah y John han querido unirse al plan para despedirse de nosotros. Lo que no tengo

claro es si alguno de ellos, excepto Noah, se acordará de algo después de haber fumado tanta maría.

—Nadie puede decir algo malo de «Wonderwall» en mi presencia —suelta Noah—. Esa canción y los Beatles son sagrados.

Miro a Olivia, quien me dedica un gesto que se traduce en «Te lo dije, jamás se la puede criticar delante de él». En cambio, Peter ha decidido embarcarse en una discusión acalorada en la que defiende que los Rolling, pese a no ser tampoco la panacea, al menos hacían rock y no pop para niñas pijas.

—Eso es lo que diría alguien que no ha escuchado ni una décima parte de su discografía —insiste Noah, defendiendo a los Beatles—. ¿Qué me dices de su etapa más psicodélica?

—¿Has dicho psicodélica? —pregunta Peter, escéptico—. Esta señorita de aquí le da mil vueltas a esa etapa —dice mi amigo, señalando a Olivia.

—A mí no me metáis, gracias.

James y yo reímos, sin querer posicionarnos.

—Toca una canción, anda —le pide Peter—. Convénceme.

—Sabes que yo soy el teclista de mi banda, ¿no?

A simple vista, podría parecer que Peter y Noah se llevan fatal, pero realmente son los únicos que comparten la misma intensidad a la hora de hablar de música. Y lo disfrutan.

—Pues que la toque Jack —vuelve a decir Peter.

—Y Olivia puede cantar la letra —añade John.

La pelirroja me mira con cara de circunstancias, sobre todo porque soy consciente de lo poco que le gustan los Beatles. Lo bueno es que sus canciones son tan sencillas que ni siquiera dudamos en aceptar.

—¿«Here Comes the Sun»? —pregunto al aire.

Todos asienten, por lo que comienzo a tocar los primeros acordes de uno de los temas más ñoños de la historia. Con este tema le tengo que dar la razón a la pelirroja cuando dijo que sus temas eran cursis. Entonces Olivia entona la primera estrofa y le da la vuelta al concepto. No es la canción, es la personalidad que la interprete.

Mientras canta, se produce una atmósfera cálida e imperfecta. Su voz da giros inesperados, pero es justo esa imperfección lo que la

hace imprevisible. Un grupo de chicas que estaba a unos metros de distancia se acerca a nosotros para escuchar. No llevan móviles ni son invasivas; simplemente abren los oídos para guardar ese momento en el que Olivia Smith decidió cantar en Central Park sin la presión de ningún foco.

Cuando la canción termina, tanto las chicas como varias personas que también han sucumbido a la curiosidad aplauden a Olivia con entusiasmo.

—Olivia, ¿podríamos hacernos una foto? —dice una de las chicas.

—Claro.

La foto se convierte en más de diez, pero Olivia está agradecida. Y feliz. Desde que ha roto con la discográfica, el significado de la música ha cambiado para ella. Ahora es capaz de sentirla como una niña: jugando con ella sin pensar que alguien más adulto va a señalar todos sus fallos.

—Oye, tíos, esto de juntarse ha estado bien —dice Noah cuando el sol ya se está empezando a poner en el horizonte—. Ojalá no tengan que pasar años para vernos de nuevo.

Olivia me mira en busca de un gesto que le asegure que no tendrán que pasar años para volver a vernos. Ojalá pudiera dárselo. El otro día le dejé caer que en Suiza siempre tendrá una casa, pero no puedo pedirle que deje Nueva York para venirse conmigo. Somos personas adultas, con aspiraciones personales que no siempre tenemos por qué compartir con el resto. Y yo lo último que quiero es que Olivia deje de lado algo que la hace feliz. Quizá su lugar está aquí o puede que vuelva a Texas con sus padres; solía hablarme de lo feliz que era en esa granja.

Sea como fuere, es una decisión que tiene que tomar ella. Y hasta entonces, por mucho que me duela, lo de hoy es una despedida.

—Sí, nos vamos a ir yendo —dice Peter, levantándose del suelo.

Todos se abrazan con cariño. Olivia incluso deja escapar alguna lágrima al abrazar a James y decirle que le dé recuerdos a Anna de su parte. Desde hace un año, ya son novios formales (al fin).

—No te preocupes —le contesta James—. Aunque sabes que allí te esperamos con ganas.

Mi amigo me dirige una mirada poco sutil para después volver a mirar a Olivia, quien asiente en silencio. Justo como el otro día en su casa.

—¿Vosotros os quedáis? —nos pregunta Noah a Olivia y a mí.

Todos están de pie, listos para marcharse, pero Olivia y yo seguimos sentados. Supongo que alargando el momento de la despedida.

—Sí, nos quedamos un rato —responde ella por los dos.

Sonrío disimuladamente y me despido de todos por última vez.

—Al fin en silencio. —Suspira, al tiempo que se tumba en el césped.

—Tenemos amigos muy ruidosos, sí.

La tranquilidad se instala entre nosotros, dejando paso al sonido de los pájaros y el murmullo general del final de la tarde.

Estos días he descubierto que no solo podría compartir casa con Olivia otro verano entero, sino que podrían pasar las estaciones y seguir queriendo estar a su lado. Sin embargo, no quiero asustarla ni estropear lo que tenemos poniéndolo en palabras.

—Es una pena que tengas que irte mañana —me dice, girándose hacia mí.

—Justo cuando empezaba a pensar que Nueva York no está tan mal —respondo.

Nos anclamos al suelo, bajo el atardecer, intentando estirar el tiempo. Aunque, cuanto más desaparece el sol, más cerca estamos de separarnos de nuevo.

—Oye... —medito un segundo si hacerle la pregunta—. Si esto fuera una de las películas románticas que tanto te gustan, ¿qué pasaría ahora?

Mi comentario la hace reír.

—Supongo que los protagonistas encontrarían la manera.

Aunque haya decidido no dar demasiados detalles, su respuesta me tranquiliza.

—Las mejores historias de amor siempre terminan bien —añade.

—Algo bueno tienen que tener —la pico.

—Ay, Jack, puede que ahora no lo entiendas, pero todo final necesita de un gran momento. No sé, algo fuera de lo común. Algo

que no ves venir.

La beso en un impulso incontrolable, que termina siendo dulce y pausado.

—¿Como esto?

—Mucho menos previsible —contesta riendo—, pero no ha estado mal. Puedes hacerlo otra vez si quieres —me propone.

La vuelvo a besar, saboreando los últimos resquicios de este viaje. Después, nos tumbamos boca arriba mirando al cielo y no sé cuánto tiempo pasamos ahí, en silencio.

—Gracias por estos días —me dice.

—Gracias por reconciliarme con mi pasado —le agradezco sincero.

—Ahora solo falta confiar en la suerte, ¿no?

Y así es como al día siguiente cojo un avión casi de madrugada, con la esperanza de que la suerte que un día nos cruzó en el camino vuelva a hacer de las suyas.

THE NEW YORK RUMORS

18 de octubre de 2028

UNA CANCIÓN DE AMOR EN CENTRAL PARK

Lo que todos imaginamos en los premios de la música al escuchar el discurso de Jack Evans se ha confirmado. Hace unos días, Olivia Smith y el guitarrista de Long Days fueron pillados in fraganti en Central Park.

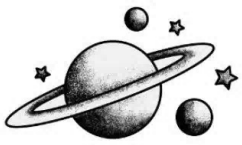
Lo que empezó como una reunión de amigos con concierto incluido para los que estaban en los alrededores acabó siendo una cita íntima a última hora de la tarde. Una foto que nos llegó de una de nuestras lectoras refleja el momento en el que ambos se besan en el césped como dos adolescentes.

Los fans de ambos artistas ya están elucubrando teorías sobre futuras colaboraciones musicales o, incluso, un álbum en conjunto. Aunque Cosmic Love no haya vuelto a hacer referencia a la creación de un nuevo disco, esperamos con ansia saber qué nos tiene preparado una de nuestras bandas favoritas.

Hasta entonces, que viva el amor.

Capítulo 59

«It Says Here», Billy Bragg



Olivia

Leo el blog con una sonrisa en los labios. Por primera vez, no solo no me afecta lo que hayan escrito sobre Jack y sobre mí, sino que, además, me encanta que esa persona no tenga ni idea de lo que está a punto de ocurrir.

Y que, con suerte, nunca llegará a ser un titular.

Por primera vez en mucho tiempo, tengo claro lo que quiero. Y, lo más importante, ya no hay ninguna barrera que no me permita ir a por ello.

Confío en que lo que me espera a partir de ahora se quedará lejos de Nueva York y de cualquier artículo sensacionalista... justo donde los paisajes son tan infinitos como lo son los corazones de sus habitantes.

Capítulo 60

«Starting Over», John Lennon



Jack

Ha transcurrido una semana desde que estoy en Suiza. He vuelto a trabajar en el estudio, he visitado a Guida y he pasado el resto del tiempo con Venus. Mentiría si dijera que no he echado de menos este país. El otoño ya está presente en el paisaje, por lo que una neblina casi mágica recubre las montañas como si de una novela victoriana se tratase.

Todo ha vuelto a la normalidad, pero aun así la vida parece incompleta por algún lado.

Con Olivia he hablado todos los días. Nuestras conversaciones son bastante más intensas que la otra vez que nos separamos. Hablamos de temas tan banales como lo que hemos comido ese día, para después soltar alguna indirecta en la que dejamos claro que nos echamos de menos.

Es complicado.

Guida me advirtió el otro día sobre el orden de las cosas. Una teoría que, sinceramente, creo que se sacó de la manga para que yo conservara la esperanza. Me dijo que todo tiende a encontrar su sitio en el mundo; algunas personas tardan más que otras, pero lo terminan encontrando. ¿Qué me quiso decir con esto? La verdad es

que no lo tengo claro, pero me hizo sentir bien conmigo mismo. Me hizo comprender que, lo que pase a partir de ahora, no depende solo de mí y, por tanto, no puedo aferrarme a esa lucha con uñas y dientes.

Miro por la ventana del salón hacia las montañas y sé que estoy justo donde quiero estar. Suiza es mi hogar. Respiro hondo y vuelvo a meterme en el libro que estoy leyendo. Es uno de los que me compré en la librería de segunda mano a la que me llevó Olivia. Ella estaría orgullosa de mi lectura porque, lejos de ser un *thriller* sangriento, es una novela romántica de lo más profunda. En este punto de la trama, los personajes no están en su mejor momento, pero mientras leo recuerdo las palabras de la pelirroja: «Las mejores historias de amor terminan bien». Así que continúo leyendo con la confianza de que estos dos logren llegar a buen puerto.

Cuando ya llevo más de cincuenta páginas seguidas y el mundo real parece lejano, suena el timbre. Maldigo en silencio, casi seguro que James se aburre tanto como para visitarme sin avisar.

Venus ladra sin parar, seguramente porque el sonido del timbre la ha despertado de la siesta.

—Lo sé, a mí tampoco me apetece socializar ahora mismo. —Le acaricio el hocico y me dirijo a la entrada en pijama.

Al abrir la puerta, me cuesta creer lo que veo al otro lado. Lleva un jersey amarillo de lana, una mochila a la espalda, y tiene una maleta gigante a los pies. Su pelo está igual de rojo que siempre, aunque me da la sensación de que el otoño también se ha colado en él. Como no me salen las palabras, no sabe si sonreír o darse la vuelta.

Me froto los ojos, ya que no sé si lo que estoy viendo es parte de la ficción que estaba leyendo hace un instante o está ocurriendo de verdad.

—¿Te alegras de verme, Jack Evans? —pregunta entonces.

—Estás aquí de verdad —digo como un idiota.

Abro los brazos para acogerla en ellos porque ahora es lo único que necesito.

—Te dije que todo final necesita un gran momento —me susurra al oído.

—Uno inesperado —murmuro a solo unos milímetros de sus labios, asimilando que está de nuevo aquí.

—La primera vez que sentí que podía enamorarme de ti fue entre estas montañas —confiesa con la seguridad que ha ido ganando estos años—. Necesitaba volver para confirmar que ese sentimiento era real.

—¿Y lo es?

Sus ojos se achinan durante unos segundos y arruga la nariz de una manera tan tierna que me dan ganas de besarla de inmediato.

—Tan real como el sonido de cada una de las cascadas de este pequeño pueblo —posa un beso delicado en mi frente—; como cada una de las canciones que compusimos de madrugada —me besa la nariz—; como cada vez que estuviste ahí cuando todo parecía desmoronarse. —Sus labios atrapan los míos en un beso breve pero intenso—. Vine a Suiza convencida de que el amor se había terminado para mí, pero entonces apareciste tú, con tus libros infinitos y tu extraña forma de relacionarte con el mundo. Me enseñaste que los corazones heridos no están condenados a morir lentamente, sino a encontrar una razón para volver a vivir sin miedo. —Se acerca un poco más a mí, rozando su nariz con la mía y termina diciendo—: La música fue una de las razones por las que quise seguir adelante. La otra... fuiste tú.

—Joder —le digo tras escuchar un discurso tan puro—. No se me dan tan bien las palabras como a ti, pelirroja. Ya lo sabes. —Mi confesión la hace reír—. Pero sí tengo claro que te quiero; entre las montañas que inspiraron a Tolkien y entre los edificios de una ciudad con la que me reconcilié gracias a ti.

—Eso es lo más bonito que podrías decirme. —Sonríe—. Yo también te quiero.

Nos abrazamos bajo un cielo azul, rodeados de silencio, mientras Venus se acerca a ella como si no hubiera pasado el tiempo. Solo puedo observarlas embobado, sin creerme del todo que Olivia haya vuelto.

Y no sé si la suerte tiene algo que ver. Ni siquiera pienso en ello.

Lo único que pasa por mi mente mientras mi cantante favorita se sumerge de nuevo en la casa de las flores violetas es que, como en

las canciones, las relaciones a veces tienen que pasar por diferentes fases hasta dar con la nota correcta.

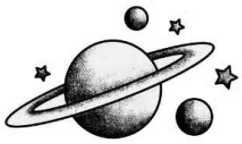
Con el color de voz que mejor las define.

O con los cambios y la paciencia necesarios.

No sé cómo sonaremos Olivia y yo para el resto de la humanidad, pero, cuando vuelve a engancharse a mi cuello y respiro el olor a lavanda que sigue desprendiendo su pelo, deja de importarme.

Porque al fin siento que nuestra melodía está completa.

Epílogo



SIETE AÑOS DESPUÉS, 25 DE AGOSTO DE 2035

Olivia

Ya es costumbre en la casa de las flores violetas que mi cumpleaños se inicie con una interpretación como regalo. Otros veranos había disfrutado de una obra de teatro, una escena de alguna de mis películas favoritas o simplemente un baile ensayado. Tratándose de ellos, si soy sincera, deja de importarme el contenido. Solo me quedo con la esencia que desprenden y que, por suerte, no ha cambiado ni un ápice desde que comenzó esta tradición tan preciosa.

Miro hacia los lados, esperando averiguar pronto qué es lo que están tramando. Desde que me he levantado, solo he oído risas y cuchicheos, envueltos en un secretismo que despierta a mi niña interior sin esfuerzo. No tengo ni idea de lo que está a punto de suceder en el salón, pero me siento igual de expectante que en los minutos previos a un festival. Incluso más.

Sentada en el sofá, bebo un sorbo del café que me han preparado junto a unas galletas caseras mientras el hocico de Venus descansa apoyado en mis piernas como tantas otras mañanas de escritura. Aunque ya esté muy mayor, sigue teniendo la misma predilección por mí. No importan las personas que entren a vivir en esta casa

que sigo siendo su favorita. Y no lo digo yo, lo dicen sus aullidos a la altura de mi cintura cada vez que quiere salir a pasear, las horas que pasa a mi lado en el sofá o todas las noches que duerme pegada a mis pies desde hace siete años.

—¿Estás lista? —La voz de Jack traspasa la pared y me trae de vuelta al presente.

A veces mirar a Venus es como asomarse al tiempo que le queda, y es tan doloroso que después me cuesta mucho dejar de pensar en ello.

—¡Lista! —respondo, con la emoción recorriendo mis huesos.

La juventud que tuvimos Jack y yo años atrás ha dado paso a las líneas de expresión, alguna que otra cana y, en definitiva, a todos esos rasgos de la edad capaces de contarle al mundo que hemos vivido con más ganas que miedo. Sin embargo, ninguna de estas señales logra que mire a Jack con otros ojos. Para mí sigue siendo aquel joven solitario e introvertido que una vez me descubrió un hogar lejos de casa. Sigue siendo tan atractivo como el día que sentí el primer pinchazo al descubrirlo medio desnudo en el baño. Incluso diría que, después de todo lo que hemos vivido, lo es aún más.

—Está bien —dice Jack, alzando la voz y asomando la cabeza por la puerta del salón para terminar colocándose justo en el centro. Me encanta esa parte teatral y creativa que ha ido desarrollando a lo largo del tiempo—. Con todos ustedes, desde los Alpes suizos, los artistas más increíbles del planeta van a tocar «Cosmic Love». ¡Un aplauso, por favor!

Comienzo a aplaudir con la sensación de que un nudo se está formando en mi estómago. No solo porque vaya a escuchar la que seguro sea la versión más especial de una de mis canciones, sino porque, aún muchos años después, este tema me sigue tocando la fibra más sensible.

—Este año se han superado —me susurra Jack al oído justo antes de posar un beso en mi mejilla.

De esto justamente es de lo que hablo cuando digo que el tiempo solo ha conseguido que esté aún más enamorada de él; lo corroboro cuando un simple roce de sus labios me eriza la piel.

Nos acomodamos en el sofá, con las manos entrelazadas y una sonrisa imposible de esconder. Entonces, las primeras notas de una versión instrumental comienzan a sonar en el tocadiscos y veo aparecer a mis niños repletos de purpurina y colores por todo el cuerpo.

«No pueden estar más guapos», pienso con cariño.

El mayor tiene una guitarra de su tamaño colgada al hombro y mira a su padre como lo hace un hijo que espera estar a la altura. Lo que no sabe es que ya es mucho más de lo que Jack hubiera imaginado. Con su pelo castaño claro despeinado y con ese aire de músico melancólico, nadie podría decir que no comparten sangre.

Todavía recuerdo el día en el que el tatuador sin tatuajes, como solía llamarlo hace muchos años, decidió dibujar en su piel un primer recuerdo. Aunque nuestro hijo fuera aún pequeño para entenderlo, había logrado que Jack por fin encontrara algo tan importante como para tatuárselo de por vida. Una mañana salió de casa con el brazo completamente liso, pero, tras mantener una conversación profunda por teléfono con el pequeño, de esas en las que siempre divagan sobre cosas imposibles, decidió que su antebrazo sería un buen lugar para plasmar ese momento. Desde entonces, en su piel descansa un compás en el que las notas, en lugar de ser redondas y aburridas, son estrellas brillantes. Aún me pregunto de qué hablarían ese día, aunque me encanta que siga siendo un secreto entre ellos.

Miro a su lado, donde la más pequeña acapara de pronto toda mi atención. Hay días en los que me pregunto si no estoy mirando al pasado al ver su pelo pelirrojo, o esos ojos verdes de los que cuesta apartar la mirada. Hay días en los que creo que me tengo a mí misma enfrente, solo que con muchos años menos y el mismo sueño por cumplir.

Quererte es como recorrer el espacio sin casco [...]
Lo nuestro es un amor cósmico.

Su voz es dulce y delicada, aunque también esconde un tono rasgado que le da personalidad. Me parece alucinante que siendo

tan pequeña ya experimente con giros en busca de un estilo concreto.

Mientras en el centro del salón se lleva a cabo una actuación tierna y divertida, en el sofá se desarrolla otra clase de música. Jack me acaricia la mano con delicadeza sin dejar de sonreír. Yo, por mi parte, solo puedo pensar en que, si es posible encapsular la felicidad para volver a ella en un futuro, sin duda elijo este momento.

Es curioso. Existe un componente mágico en la manera en la que dos niños pueden llegar a recordarnos tanto a dos personas. Es mágico y complejo, ya que el dolor también aparece cuando reparas en que una de ellas ya no está.

Al principio, nuestra intención era que solo compartieran el nombre con ellos. Era nuestra manera de homenajear a dos personas que forman parte de nosotros; ya sea en nuestra rutina o solo en nuestra memoria. Pero la vida suele tener detalles que hacen que todo cobre sentido: como por ejemplo que Sam agarrara una de las guitarras de Jack con solo tres años y no volviera a separarse de ella. Fue algo similar al amor a primera vista y, desde entonces, ese instrumento ha sido su herramienta más genuina a la hora de comunicarse con el mundo.

Tampoco esperábamos que Guida, quien llegó dos años después, fuera capaz de traer el sol en los días de lluvia a través de sus escandalosas carcajadas. Ese superpoder ya nos recordó a la que también lleva su nombre, pero, cuando fue creciendo y adquiriendo voz, descubrimos que también poseía la sabiduría que solo tienen las almas viejas. Y una personalidad que alude en demasiadas ocasiones a la señora de espíritu libre y consejos infinitos que sigue viviendo a solo unos metros de casa.

Cuando aún estaba embarazada de la pequeña y le preguntamos a Guida si quería ser su madrina, asintió incrédula; entonces, le dijimos cómo se iba a llamar y nos confesó entre lágrimas que nunca nadie la había considerado tan relevante como lo habíamos hecho nosotros. Y, sí, media hora después, terminamos en su casa con el pequeño Sam viendo una película romántica en la que el amor lo puede todo.

Porque hay costumbres que nunca deberían cambiar aunque el tiempo pase.

Aunque Guida casi nunca pueda visitar nuestra casa porque se suele encontrar baja de energía, somos nosotros los que la visitamos cada día. La mayor parte del tiempo, mantiene conversaciones con nuestros hijos que dejarían boquiabierto a cualquier adulto. Lo reconozco, adoro ver que se miran con un amor incondicional, el mismo que reafirma algo muy sencillo: la familia no tiene por qué construirse desde la sangre, sino desde el afecto y el respeto más sinceros. Por ello, sé que, cuando vea la grabación que Jack está haciendo de esta actuación, sentirá lo mismo que yo. Incluso pensará en aquellos días en los que, gracias a su descaro y sus consejos, nos dio a Jack y a mí el empujoncito que necesitábamos para aclararnos.

Hoy por hoy, Jack y yo seguimos hablando de la suerte. La que tuvimos al encontrarnos y la que nos faltó al perder a algunas personas por el camino. Por desgracia, el guitarrista neoyorquino que una vez compartió historia con ambos se encuentra en algún lugar cerca de las estrellas. Lejos. Por lo que nos gusta pensar que una parte de él se ha quedado impregnada en la actuación que estamos presenciando.

Aunque sea ínfima.

Si echo la vista atrás, han pasado muchas cosas desde que me presenté en la casa de las flores violetas con una maleta y un puñado de dudas dentro de ella. Duelos, decisiones difíciles, emociones imparables... Nada se ha mantenido estático, sobre todo en esos primeros meses de experimentación y cambio. Pero, siete años después y con dos integrantes más en la familia, hay algo que no ha cambiado ni un poco: la música sigue llenando cada rincón de la casa.

Solo hace falta observar la pasión que se esconde en la actuación de Sam y Guida, que no dejan de gritar y bailar, dedicándome el homenaje más bonito que se le puede hacer a una cantante retirada; a alguien que brilló una vez, justo antes de decidir que se disfrutaba mejor de la música en la sombra.

Jack y yo fuimos dos corazones desgastados a los que les costó adivinar que su historia estaba predestinada. Dos personas que tardaron en comprender que querían compartir su tiempo en el mismo lugar del mapa, en una rutina bonita y cómoda.

Ahora sabemos que no se puede huir de lo que ya está escrito.

Él siguió tatuando sin dejar de pasarse cada tarde por el garaje de Peter a ensayar. Era algo que se sabía: Long Days igual no prosperaría como grupo, pero sí que mantendría su esencia. Y cualquiera que pasara por delante de aquel garaje en Lauterbrunnen podría sentir desde lejos que los que tocaban dentro estaban hechos de venas, arterias y música.

Yo, por mi parte, seguí escribiendo. Me alejé de los focos y de la industria, pero eso no significó que no tuviera cosas que contar; por ello, empecé a componer canciones para otros artistas... desde la comodidad de mi sofá y desde la certeza de que mis mensajes se seguirían escuchando a través de nuevas voces.

Para ambos, Suiza cada día fue más hogar que el anterior. Y cuando llegaron los niños, curiosos por la música desde casi su primer día de vida, el camino que habíamos recorrido adquirió la estabilidad que tanto buscábamos.

Por todo ello, una mañana de verano en este salón, ver a mis niños cantar la canción que un día me catapultó al éxito en Nueva York es como cerrar el círculo, aunque eso no signifique que deje de girar. De alguna manera, haber llegado hasta aquí es incluso más imposible que cualquiera de los finales románticos de los que Jack solía desconfiar.

La pequeña Guida me guiña un ojo cuando canta la última estrofa. Termina la actuación con una pose icónica y voy corriendo hasta ellos para abrazarlos con fuerza.

—¡Pero bueno! Este es el mejor regalo que me han hecho nunca —les aseguro con lágrimas en los ojos.

—Mamá, yo he hecho de ti —me dice Guida con la mirada hechizada, dejando un rastro de purpurina por donde pasa.

Lleva un rayo rosa atravesando su pequeño rostro en honor a David Bowie. Jack habrá tardado en dibujarlo más de la cuenta,

porque Guida no se caracteriza precisamente por ser una niña tranquila.

—Lo has hecho genial. Los dos lo habéis hecho genial. —Les sonrío.

—Muy bien con la guitarra, colega —apunta Jack desde el sofá.

—¿Has visto que he conseguido hacer lo que me dijiste?

Ambos comienzan a hablar de acordes y tecnicismos que a Guida no le interesan lo más mínimo, por lo que nosotras nos sentamos en la alfombra para darle a Venus sus mimos diarios.

—Mamá —vuelve a llamar mi atención—, ¿por qué tú ya no cantas? Papá nos puso un vídeo el otro día para ensayar y parecías una estrella.

No lo veo venir, pero se me forma un nudo en la garganta antes de poder contestar. ¿Cómo es posible que una niña de solo cuatro años pueda tener tanto poder dentro de mi pecho?

—Porque ahora te tengo a ti para sucederme, cielo. —Le toco la punta de la nariz con cariño—. Hay que dejar paso a las nuevas generaciones.

—Pues yo quiero ser cantante de mayor —responde poniéndose en pie.

—¡Y yo guitarrista como papá!—exclama su hermano.

Jack y yo intercambiamos una mirada divertida, como cada vez que nuestros hijos se enfrascan en una discusión sin fin. Pero en esa mirada también se esconden otras muchas cosas: satisfacción, nostalgia, orgullo e incredulidad. Con los años no se nos ha olvidado eso de hablar sin palabras...

Hubo una época en la que ambos estuvimos tan lejos que pensamos que nuestras vidas no volverían a cruzarse. Por ello nos parece un sueño ver cómo, en este salón, dos niños que aún conservan la inocencia intacta ya aman la música como si fuera un miembro más de la familia.

Quizá Jack y yo hemos perdido demasiado por el camino, pero lo que hemos ganado es tan inmenso que no se puede explicar con palabras.

Así que tendremos que componer una canción...

Nota de la autora

Esta novela es una obra de ficción. Los personajes que aparecen en ella, los vínculos que los unen y las canciones que componen han salido de mi imaginación.

Los títulos de temas reales se mencionan a lo largo del relato como parte del contexto musical en el que se mueve la historia. Sin embargo, todos los fragmentos compuestos y atribuidos a los protagonistas son completamente ficticios, ideados para acompañar sus conflictos y su mundo interior.

Ningún título de Cosmic Love, Long Days o Addict está relacionado con algún grupo o canción existente. Y, aun así, en el proceso de su creación he sentido sus letras tan auténticas como la historia de amor de Olivia y Jack.

Agradecimientos

Es en esta parte del proceso cuando realmente me pregunto cómo he sido capaz de terminar la novela. El camino de la escritura suele ser un mar de dudas, miedos e inseguridades que, en muchas ocasiones, te incitan a tirar la toalla. Pero también es una conexión invisible con los personajes que ya se están desarrollando y su entorno.

La historia de Jack y Olivia es importante para mí por muchos motivos; podría decir que es la historia de amor con la que me hubiera gustado toparme como lectora. Pero, sobre todo, ha sido una terapia preciosa en la que he aprendido muchísimo.

Por primera vez he conseguido profundizar en el duelo sin venirme abajo. He creado una relación que me ha enseñado que en el amor, como en la música, pueden pasar años hasta encontrar la melodía perfecta. Y, por supuesto, he vuelto a viajar a dos de mis países favoritos de nuevo.

Quiero dar las gracias, en especial, a mi padre. Papá, sin las mañanas de música en casa y todas esas conversaciones en las que me hablabas de Eric Clapton, Asfalto o Van der Graaf Generator, no creo que pudiera haber creado esta novela. También te agradezco tu paciencia infinita cuando cada tarde te suplicaba ver *Hair* sin descanso. Creo que mi infancia quedó marcada por esos ratitos.

Gracias a mi madre. Aunque ya no estés, siento tu cariño y apoyo desde aquí. Como Olivia le escribía a Sam, cada vez que miro al cielo pienso que solo un par de nubes nos separan.

Gracias también a toda mi familia y a mi familia política, por apoyarme con cada historia, evento o sarao literario que rodea a mis libros. Con vosotros es imposible tener miedo.

A Andrés. Este libro entero está dedicado a ti, porque sé que, sin tus consejos y tu manera de hacerme reír aun en los momentos difíciles, no podría haber sacado adelante este proyecto. Gracias por creer en mí cuando yo no puedo hacerlo. Y por inspirar romances que parecen de ficción cuando el nuestro la supera día a día.

A Esther. Gracias por darme alas y confiar en cada una de mis historias. Siempre serás la persona que creyó en mí cuando nadie más lo hacía. Gracias por ir de mi mano en este camino.

A mis lectoras cero: Sara, Jen, Gema, Marta y Andrea. Gracias por compartir la pasión de los libros conmigo y por lanzaros a leerme antes que el resto. No sé cómo agradeceros el apoyo y el cariño que le dais siempre a mis historias.

A mis amigos. Sois muchos, soy muy afortunada, así que no os nombraré a todos porque ya sabéis quiénes sois. Gracias por apoyarme en esta aventura y por tener palabras bonitas y de aliento cuando me entran dudas. Es un lujo sentir que mi familia es infinita gracias a vosotros.

A mis compañeras de Bookstagram y de escritura. También sabéis quiénes sois. Gracias por acogerme en este mundo que, en ocasiones, da vértigo. Es precioso ver cómo cumplimos sueños juntas.

Gracias al equipo de MatchStories por el trabajo y la dedicación en cada una de mis historias.

Gracias a ti, lector. Por dedicar tu tiempo a leer esta historia en la que la música es capaz de curar corazones rotos.

Y, por supuesto, gracias a todas las personas que habéis leído cualquiera de mis historias. Por cada reseña, comentario o mensaje privado que me ha alegrado el día. Si este sueño sigue existiendo, es gracias a vosotras.

Banda sonora

«California Dreamin'», un lanzamiento de Geffen Records Release; esta compilación ℗ 1998 UMG Recordings, Inc., interpretada por The Mamas & The Papas.

«Jolene», ℗ 1974 Sony Music Entertainment, interpretada por Dolly Parton.

«Wish You Were Here», ℗ 2016 Los derechos de autor de esta grabación de sonido pertenecen a Pink Floyd Music Ltd., comercializada y distribuida por Sony Music Entertainment, interpretada por Pink Floyd.

«Stairway to Heaven», ℗ 1971 Atlantic Recording Corporation, una empresa de Warner Music Group. Comercializado por Rhino Entertainment Company, una empresa de Warner Music Group, interpretada por Led Zeppelin.

«Take Me Home, Country Roads», esta compilación ℗ 1973 RCA Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por John Denver.

«This Time Tomorrow», ℗ 1970 Sanctuary Records Group Ltd., a BMG Company, interpretada por The Kinks.

«Society», ℗ 2007 Seattle Surf Co. LLC, bajo licencia exclusiva de UMG Recordings, Inc., interpretada por Eddie Vedder.

«Country House», ℗ 2012 Parlophone Records Ltd., una compañía de Warner Music Group, interpretada por Blur.

«Strangers», ℗ 1970 Sanctuary Records Group Ltd., a BMG Company, interpretada por The Kinks.

«She's a Rainbow», ℗ 2013 ABKCO Music & Records, Inc., interpretada por The Rolling Stones.

«American Pie», ℗ 1971 The Media Champ, interpretada por Don McLean.

«Sad Song», ℗ 2014 Big Brother Recordings Ltd., interpretada por Oasis.

«Dust in the Wind», ℗ 1977, 2002 Sony Music Entertainment Inc., interpretada por Kansas.

«To Build a Home», ℗ 2007 Ninja Tune bajo licencia exclusiva de Domino Recording Co. Ltd. para N.A., interpretada por The Cinematic Orchestra.

«Let It Bleed», ℗ 2013 ABKCO Music & Records, Inc., interpretada por The Rolling Stones.

Dirty Work (álbum), ℗ 2012 Promotone B.V., bajo licencia exclusiva de Universal International Music B.V., interpretado por The Rolling Stones.

Let It Bleed (álbum), ℗ 2019 ABKCO Music & Records, Inc., interpretado por The Rolling Stones.

«Smells Like Teen Spirit», ℗ 2011 Geffen Records, interpretada por Nirvana.

«Let It Be», ℗ 2009 Calderstone Productions Limited (una división de Universal Music Group) / Apple Corps Ltd., interpretada por The Beatles.

«More Than Words», ℗ 1990 UMG Recordings, Inc., interpretada por Extreme.

«Boulevard of Broken Dreams», ℗ 2004 Reprise Records, interpretada por Green Day.

«Midnight Special», ℗ 2014 Concord Music Group, Inc., interpretada por Creedence Clearwater Revival.

«Winter Winds», ℗ 2010 Mumford & Sons, bajo licencia exclusiva de Glassnote Entertainment Group LLC, interpretada por Mumford & Sons.

«Strangers in the Night», ℗ 2008 Frank Sinatra Enterprises, LLC, interpretada por Frank Sinatra.

«The House of the Rising Sun», esta compilación ℗ 2004 ABKCO Music & Records Inc., interpretada por The Animals.

«Rock ‘n’ Roll Love Letter», ℗ 2009 The Records, interpretada por The Records.

«Have You Ever Seen the Rain?», ℗ 2009 Concord Music Group Inc., interpretada por Creedence Clearwater Revival.

«The Sound of Silence», ℗ Lanzado originalmente en 1966. Todos los derechos reservados por Columbia Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Simon and Garfunkel.

«Iris», ℗ 1998 Warner Records Inc., interpretada por Goo Goo Dolls.

«This Could Be the Start of Something Big», ℗ 2009 The Verve Music Group, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Ella Fitzgerald.

«You Really Got Me», ℗ 2011 Sanctuary Records Group Ltd., a BMG Company, interpretada por The Kinks.

«I Got Life», ℗ 1988 BMG Music, interpretada por James Rado, Hair Ensemble.

«Aquarius», ℗ 1988 BMG Music, interpretada por Ronnie Dyson.

«Something», esta compilación ℗ 2009 Calderstone Productions Limited (una división de Universal Music Group), interpretada por The Beatles.

«Sweet Home Alabama», ℗ 2015 Geffen Records, interpretada por Lynyrd Skynyrd.

«Dog Days Are Over», ℗ 2009 Universal Island Records Ltd., una compañía de Universal Music, interpretada por Florence and the Machine.

Scary Monsters (and Super Creeps) (álbum), ℗ 1980, 2017 Jones/Tintoretto Entertainment Company LLC bajo licencia exclusiva de Parlophone Records Ltd, una compañía de Warner Music Group, interpretado por David Bowie.

«Who Are You», esta compilación ℗ 2017 Polydor Ltd. (UK), interpretada por The Who.

«Waiting Around to Die», ℗ 2007 Fat Possum Records, interpretada por Townes Van Zandt.

«Goodbye Stranger», ℗ 2010 A&M Records, interpretada por Supertramp.

«Light My Fire», ℗ 2008 Rhino Entertainment Company, una compañía de Warner Music Group, interpretada por The Doors.

«Creep», ℗ 1993 LLLP LLP bajo licencia exclusiva de XL Recordings Ltd., interpretada por Radiohead.

Surrealistic Pillow (álbum), ℗ 1967 Sony Music Entertainment, Inc., interpretado por Jefferson Airplane.

«Like a Rolling Stone», ℗ Lanzado originalmente en 1965 Sony Music Entertainment Inc., interpretada por Bob Dylan.
«Louie, Louie», ℗ 2005 Kingsmen Int'l Licensing, Inc., interpretada por The Kingsmen.
«Disorder», ℗ 2007 London Records 90 Ltd., interpretada por Joy Division.
«Telescope», ℗ 2013 RCA Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Cage The Elephant.
«You Shook Me All Night Long», ℗ 1980 Leidseplein Presse BV, interpretada por AC/DC.
«Little Lies», ℗ 1988 Warner Records Inc., interpretada por Fleetwood Mac.
«Do I Wanna Know?», ℗ 2013 Domino Recording Co. Ltd., interpretada por Arctic Monkeys.
«Suspicious Minds», esta compilación ℗ 2002 Sony Music Entertainment, interpretada por Elvis Presley.
«Season of the Witch», ℗ Lanzado originalmente en 1966 Sony Music Entertainment Inc., interpretada por Donovan.
«Midnight», ℗ 2014 Parlophone Records Limited, una compañía de Warner Music Group, interpretada por Coldplay.
«Don't Look Back in Anger», ℗ 2006 Big Brother Recordings Ltd., interpretada por Oasis.
«Wonderwall», ℗ 1995 Big Brother Recordings Ltd., interpretada por Oasis.
Kinda Kinks (álbum), ℗ 2011 Sanctuary Records Group Ltd., a BMG Company, interpretado por The Kinks.
«Let Me Out», ℗ 2007 publicado por Parlophone Music Spain, S.A., interpretada por Dover.
«Goodnight New York», ℗ 2016 Captain Kidd Corp., bajo licencia exclusiva de Island Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Bon Jovi.
«Good Morning Starshine», un lanzamiento de Capitol Records; esta compilación ℗ 2005 Capitol Records, LLC, interpretada por Oliver.
«Brooklyn Baby», ℗ 2014. Lana Del Rey, bajo licencia exclusiva de Polydor Ltd. (Reino Unido). Bajo licencia exclusiva de Interscope Records en EE.UU., interpretada por Lana Del Rey.

Psycho-Sonics (álbum), ℗ 1965, 1991 Etiquette Productions bajo licencia de Ace Records Ltd., interpretado por The Sonics.
«The Witch», ℗ 1965, 1991 Etiquette Productions bajo licencia de Ace Records Ltd., interpretada por The Sonics.
«Here Comes the Sun», ℗ 2009 Calderstone Productions Limited (una división de Universal Music Group), interpretada por The Beatles.
«It Says Here», ℗ 1987 Cooking Vinyl, interpretada por Billy Bragg.
«(Just Like) Starting Over», esta compilación ℗ 2016 Calderstone Productions Limited (una división de Universal Music Group), interpretada por John Lennon.

Melodía de medianoche
María Vaquero

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Vanessa Estefa

© Ilustraciones del interior: Nick_Picnic / Shutterstock, Kobee / Shutterstock y Rawpixel.com / Shutter stock

© María Vaquero, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2026

ISBN: 978-84-08-31836-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


Melodía de medianoche
María Vaquero
matchstories